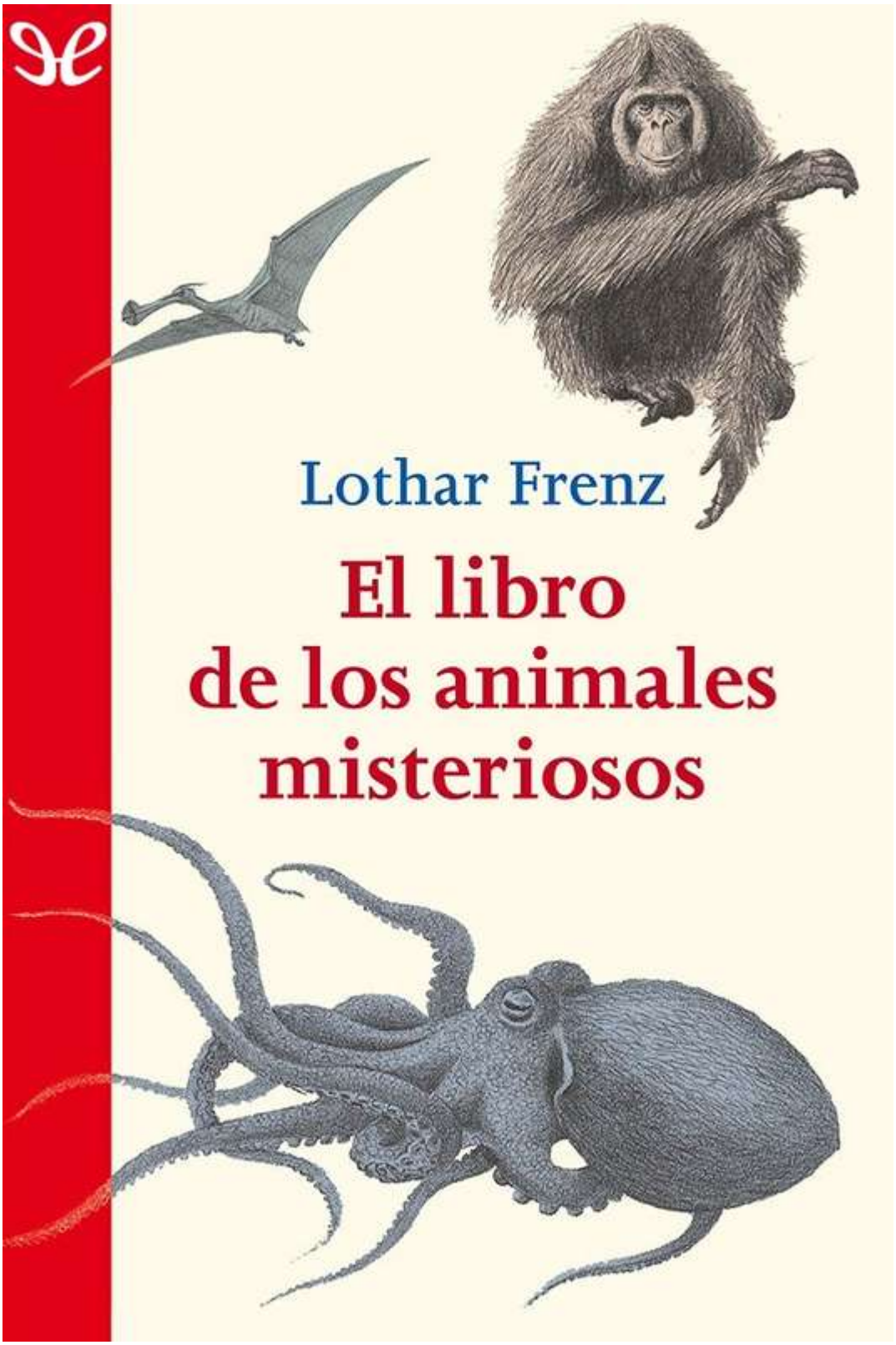

Lothar Frenz
El libro
de los animales
misteriosos

¿Te has preguntado si existen, o han existido alguna vez, seres tan extraños e increíbles como los pulpos gigantes, los hombres mono, los cíclopes, los *bigfoot* y otros seres fabulosos?

Existe una disciplina, llamada criptozoología, que se encarga del estudio científico de animales ya extintos, o que forman parte de la mitología y de las antiguas historias tradicionales de distintas culturas del mundo. En este magnífico libro ilustrado Lothar Frenz nos relata asombrosos descubrimientos de criaturas misteriosas y nos lleva a regiones inhabitadas por el hombre, casi inaccesibles, donde las especies animales más diversas han vivido ocultas a la ciencia.

Exploraremos bosques, mares, montañas y ciénagas de distintos lugares del planeta que avivarán nuestra curiosidad y nuestras ganas de conocer más sobre las especies que quizá los habitan.

Lothar Frenz

El libro de los animales misteriosos

ePub r1.1

Titivillus 24-02-2018

Título original: *Riesenkraken und Tigerwölfe. Auf der Spur mysteriöser Tiere*

Lothar Frenz, 2000

Traducción: Rosa Pilar Blanco

Ilustraciones: Carlos Velázquez

Diseño de cubierta: Carlos Velázquez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Índice

Prólogo

1. ¡Y sin embargo viven!

2. Un monstruo se hace realidad

3. El misterio del cíclope

4. El tenkile y el dingiso

5. *Bigfoot* no puede morir

6. Veinte mil libras de recompensa por un papagayo

7. El redescubrimiento

8. El otro orang

9. La bestia del zoo de Moctezuma

10. Serpientes marinas y fanfarronadas

11. Avistados dinos con plumas

12. La bestia apestosa del Amazonas

13. Sapos del Balneario 6

14. Una luna de miel con sorpresa

15. Buscando tigres desesperadamente

16. Enigmáticos monos boticarios de la selva virgen

17. El asunto del monstruo de Florida

18. Fiebre de descubrimientos en Indochina

19. No estamos solos

20. La lista del siglo

Agradecimientos

Para Ella, Jost, Jasper y Jakob

Prólogo

Imaginar seres desconocidos para la ciencia, que viven ocultos en bosques, montañas, pantanos o en las profundidades marinas, me ha fascinado desde mi infancia. Cómo añoraba encontrar algún día yo misma en una expedición a tierras remotas un animal que hasta aquel momento solo fuera conocido por la población nativa. Desde entonces, y me estoy remontando a la década de los cincuenta del siglo pasado, se han «descubierto», capturado y descrito numerosos animales «nuevos», haciéndolos de este modo «realidad». Lo que antaño fueron leyendas hoy son hechos científicos.

Muchos creen que en el mundo actual ya no caben más descubrimientos, salvo entre las miríadas de insectos y otros seres vivos inferiores. En los bosques del parque nacional de Gombe, donde mi equipo y yo hemos investigado a los chimpancés a lo largo de los últimos cuarenta años, me he topado ciertamente con innumerables escarabajos, moscas y otros insectos desconocidos para la ciencia. Recuerdo una mosca diminuta, de extraordinaria belleza, que se posó en mi mano mientras estaba tranquilamente sentada debajo de un corpulento árbol. Durante un instante me asaltó la tentación de atraparla y mandársela a un entomólogo: si la mosca era desconocida para la ciencia, ¿no podría tal vez recibir mi nombre? Pero ella pertenecía al bosque. La seguí con la vista mientras se alejaba volando y le deseé mucha felicidad en su corta vida. Hoy en día, sin embargo, destruimos hábitats naturales con tanta desconsideración y rapidez que cientos de especies zoológicas de invertebrados son exterminadas antes de ser identificadas o vistas por cualquiera.

Pero ¿qué sucede con los seres vivos de mayor tamaño? Este libro describe animales fascinantes «descubiertos» en años pasados. Y eso que parece imposible que hoy —en la era de la información— puedan efectuarse aún grandes descubrimientos. ¿O sí? ¿Qué ocurre con el yeti del Himalaya, el *sasquatch* de Norteamérica, los hombres salvajes y otros homínidos como los que se avistaron en algunas regiones de la antigua Unión Soviética? Los informes sobre estos seres ejercen una increíble fascinación sobre mí. Conozco tres personas que han vivido experiencias con esas criaturas. En *The Lost Camels of Tartary* , John Hare describe la excitación de su chófer chino cuando afirmaba que acababa de ver a un hombre salvaje cruzando la carretera. El chófer estaba tan alterado que John registró ese momento en vídeo, a pesar de que no entendía las palabras del conductor. Esto sucedió en medio del desierto de Lop-Nur, donde John seguía el rastro de camellos salvajes. Como anteriormente a John no le habían interesado un ápice los hombres salvajes, el conductor tampoco tenía motivo alguno para inventarse un encuentro semejante. Robert Pyle, el autor de *Where Bigfoot Walks* , me contó que una noche, mientras seguía el rastro de un *bigfoot* , escuchó extraños gritos. Al mismo tiempo apedrearon su

coche, pero él no se atrevió a bajar. Y Águila Moteada, un indio de Oregón de trece años de edad, se topó con un *sasquatch* mientras estaba solo en el bosque. Durante un instante ambos se miraron fijamente; luego, el chico escapó a la carrera. Cuando le pregunté si no podía haber sido un oso, se echó a reír: ¡cómo podía hacer una pregunta tan tonta! De hecho para muchos de mis amigos indios que se han criado en las zonas boscosas y montañosas de Norteamérica, la existencia del *sasquatch* no deja lugar a dudas, solo que en la actualidad se ha vuelto mucho más huidizo.

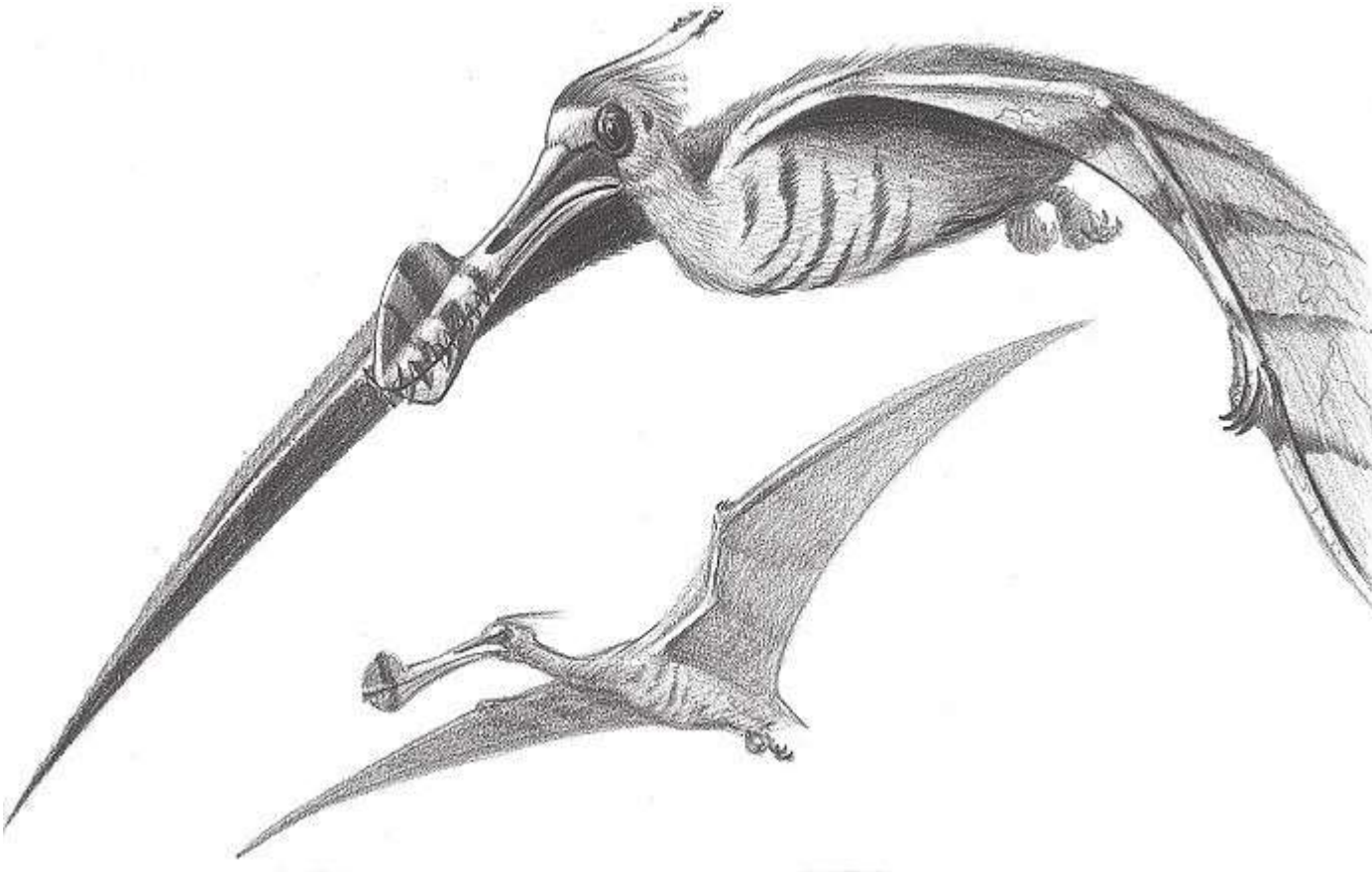
Como soy una romántica incorregible, creo que esos homínidos podrían haber sobrevivido en regiones remotas. Me encanta leer todos los libros e informes que se publican sobre el particular y que me remiten mis amigos. Y no soy la única. Nosotros no queremos vivir en un mundo en el que ya no existen secretos ni nada desconocido que nos desafíe. Seguro que este es uno de los motivos por los que a los humanos nos fascina tanto la exploración del universo y ansiamos tener noticias de vida en otros planetas. No pocas personas están incluso convencidas de que los extraterrestres nos visitan con regularidad.

Sin embargo, creo que ni por asomo hemos desvelado todos los secretos del planeta Tierra y, en consecuencia, los años venideros nos depararán alguna que otra sorpresa. Todavía existen regiones casi inaccesibles en las que los animales más diversos pueden vivir tranquilamente ocultos para la ciencia. Y mientras haya relatos sobre seres extraños, desconocidos, en regiones despobladas, también habrá personas audaces que se lancen a la aventura de descubrirlos.

Este libro recoge descubrimientos espectaculares, pero también esos hallazgos pequeños menos esplendorosos. Con su objetiva exposición, Lothar Frenz consigue transmitir respeto por la criptozoología, un ámbito de los afanes humanos que ha sido malinterpretado con excesiva frecuencia. Este libro animará a una nueva generación de zoólogos a mantener la mente abierta y los estimulará a trasladarse fuera, al mundo real, y a explorarlo, trascendiendo los límites de la realidad «virtual» de las pantallas de sus ordenadores. Este es justo el tipo de estímulo que, a punto de alborear el nuevo siglo, el nuevo milenio, necesitamos tan imperiosamente.

Jane Goodall

enero 2000



¿Ciencia o ficción: han sobrevivido los pterosaurios?Carlos Velázquez

1¡Y sin embargo viven!

«Pero nos dedicamos a seguir soñando a contracorriente,

y nuestros sueños se desvanecen casi con la misma

rapidez con la que los evocamos».

John Irving, *El hotel New Hampshire*

Debido a sus abstrusas teorías, todo el mundo se había burlado del científico que buscaba con ahínco «un eslabón entre los dinosaurios y los mamíferos». Sus adversarios científicos lo denigraron y difundieron que ese tipo de animal había «surgido de la fantasía calenturienta de un catedrático digno de lástima». Al final, el acoso llegó tan lejos que el científico, agotado, emigró y se retiró con sus ayudantes a una isla remota para poder investigar al fin sin ser molestado. Allí el catedrático Habakuk Tibatong encontró al animal que creía extinguido desde hacía millones de años: era Urmel.

Algo parecido le sucedió a otro erudito: el catedrático Challenger informó a la Real Sociedad Zoológica británica que en una expedición a las montañas sudamericanas más remotas había descubierto pterodáctilos —pterosaurios supervivientes—. Pero esos eminentes caballeros se negaron a creerle, pues aquello se les antojaba sencillamente imposible. Entonces Challenger mandó traer un enorme cajón, lo abrió… y uno de los pterosaurios de tiempos inmemoriales se elevó en el aire con sus tres metros de envergadura y huyó por una ventana abierta.

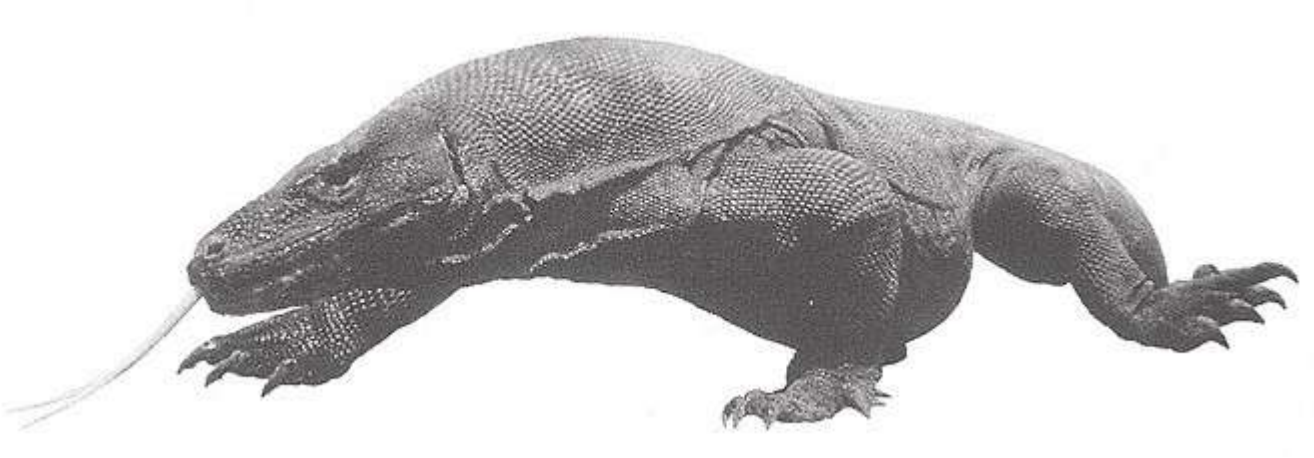
El bebé dinosaurio Urmel del libro infantil de Max Kruse *Urmel aus dem Eis* , conocida estrella del teatro de marionetas de la Augsburger Puppenkiste, y las criaturas de *El mundo perdido* , la novela de aventuras de sir Arthur Conan Doyle, redescubiertas aunque se las creía extinguidas, han atraído y fascinado, no sin razón, a generaciones de lectores: son mensajeros imaginarios de un mundo en el que aún acontecen los milagros, en el que se hace realidad lo imposible porque alguien cree firmemente en ello. Pero ¿de verdad esos milagros son puramente imaginarios?

Hoy el mundo parece descifrado. Los satélites examinan cada metro cuadrado de la Tierra, los submarinos se sumergen hasta las simas más profundas del océano, los mares del mundo son medidos con radares y sonar. Los misterios que quedan están «en algún lugar, ahí fuera», en el universo, que aún no podemos visitar. El tiempo de las grandes sorpresas en el reino animal parece cosa del pasado. ¿Dónde se puede hollar todavía una tierra virgen desde el punto de vista zoológico?

En 1819, el famoso naturalista francés Georges Cuvier declaró: «Hay pocas esperanzas de que en el futuro descubramos importantes especies de mamíferos nuevas». Pero el fundador de la moderna paleontología y anatomía comparada se equivocó: solo en vida de Cuvier se descubrieron animales tan grandes y sensacionales como el rinoceronte blanco y el tapir de la India, el titi y el koala, el ornitorrinco y el equidna. Más tarde siguieron el okapi y el jabalí gigante de la selva, el gorila de montaña y el pavo real del Congo, el dragón de Komodo y el celacanto, un pez de la época de los dinosaurios que se creía extinguido desde hace 65 millones de años. La época de la admiración y el asombro todavía no ha transcurrido ni mucho menos. Es más, la mayoría de los descubrimientos siguen pendientes, aunque sean de menor alcance. Hasta hoy la ciencia ha descrito alrededor de 1.750.000 especies animales y vegetales, más de la mitad de las cuales son insectos. No obstante, algunos científicos dan por sentado que podrían existir 15 o incluso 30 millones de especies desconocidas de esos animales hormigueantes de seis patas.

La Taxonomía aún no se ha detenido. Los investigadores descubren continuamente nuevas especies, y no solo insectos, sino animales realmente grandes, espectaculares. Así, por ejemplo, solo en los últimos años se han descubierto varios monos y cetáceos, el tiburón boquiancho y otro celacántido más. Vietnam se ha convertido en un auténtico «vivero» de nuevas especies: allí se han descubierto recientemente varios ungulados desconocidos por completo hasta la fecha, y no cabe descartar nuevas sorpresas.

La mayoría de estas «nuevas» especies demuestran que también los animales grandes permanecen ocultos durante largo tiempo, a pesar de ser conocidos de sobra por la población nativa. Sin embargo, ¿qué científico «serio» presta oídos a los cuentos de los nativos? ¿O a las historias de dragones gigantes, como las que referían reiteradamente los pescadores y buscadores de perlas de las islas orientales de la Sonda a comienzos del siglo XX? Allí, en algunas pequeñas islas, relataban, vivían monstruos que ellos denominaban *boeaja darat* (cocodrilo terrestre) y que perseguían a los cerdos, a los ciervos y a las personas. John Speke, el descubridor de las fuentes del Nilo, también escuchó en el año 1860 de labios de Rumanika, el rey de Ruanda, historias espeluznantes e increíbles: el monarca hablaba de monos gigantescos y monstruosos que habitaban en las montañas Virunga, raptaban a las mujeres de los nativos y, llevados por su excitación lúbrica, las magullaban hasta la muerte.



Un «dragón» de carne y hueso: el varano de Komodo.*Aurora/Bilderberg*

Tras todos y cada uno de estos informes se escondía una nueva especie animal: el primer «cocodrilo terrestre» llegó en 1912 a los dominios de la ciencia y se lo denominó *dragón de Komodo* . En 1901 el belga Oscar von Beringe demostró la existencia del «mono monstruoso» tras disparar a algunos ejemplares. Hoy los «monstruos raptores de mujeres» reciben un sobrenombre diferente, concretamente el de *gigantes apacibles* , los gorilas de montaña. A lo largo de la historia de la zoología, los monstruos que provocaban horror y las bestias peligrosas han resultado ser especies mal conocidas que, debido a las interpretaciones erróneas, el escaso conocimiento y las exageraciones deliberadas, fueron deformadas hasta convertirlas en criaturas horribles y misteriosas.

Estos hallazgos alientan la esperanza de todos aquellos que sueñan con especies animales que, según la opinión zoológica imperante, ya no existen. Esas especies, opinan, disponían de suficientes refugios, pues lo que sucede realmente bajo el techo de hojas de las selvas tropicales o en las profundidades oceánicas sigue permaneciendo hoy oculto en su mayor parte incluso a las más modernas técnicas de rastreo.

El zoólogo belga Bernard Heuvelmans ha confeccionado una lista sistemática[1] con los indicios de más de cien de esas especies animales que parecen fabulosas y fantásticas, pero que en cualquier caso son desconocidas o al menos discutidas: indicios de hombres mono de todas las regiones del mundo —desde el orang-pendek de Sumatra, el yeti del Himalaya, el almas del Cáucaso hasta el *bigfoot* norteamericano—; de animales exterminados de tiempos históricos, como la vaca marina de Steller, los moas o el lobo tilacino; de especies prehistóricas, dinosaurios, mamuts o perezosos gigantes supervivientes; de especies por entero desconocidas, como el bunyip australiano o el oso nandi de Kenia.

Heuvelmans se convirtió así en el «padre de la criptozoología» o ciencia de los animales ocultos. Los criptozoólogos se toman en serio las

leyendas y relatos sobre criaturas misteriosas, recogen huellas, huesos, pieles, excrementos, dientes y restos similares, con la esperanza de poder demostrar algún día la existencia de estos «seres que casi no existen». En su opinión, las narraciones de los indígenas y los testimonios oculares proporcionan valiosos datos sobre las criaturas escondidas hasta ahora.

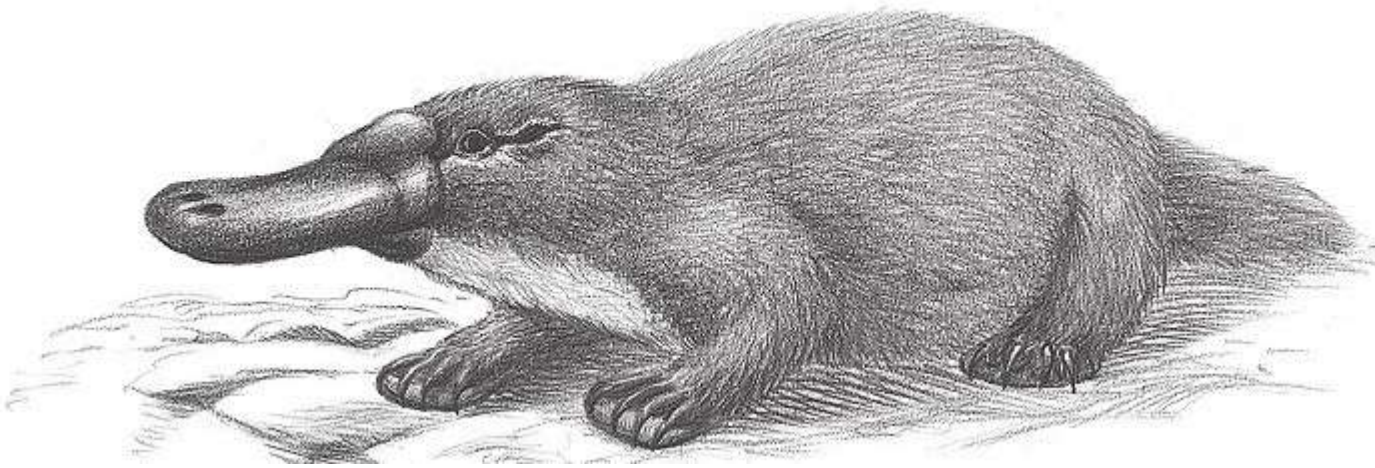
Los criptozoólogos también se ocupan de Nessie, ese monstruo de las Tierras Altas escocesas que vive en el agua. Algunos opinan que la criatura del lago Ness es un plesiosaurio superviviente desde tiempos inmemoriales. Pero ¿cómo podría vivir y encontrar alimento suficiente en un lago de apenas 40 kilómetros de longitud toda una población de saurios acuáticos, pues un único ejemplar difícilmente habría resistido millones de años? Parece como si las peculiares ondulaciones en el lago Ness simulasen una y otra vez desde hace siglos la existencia de esos seres monstruosos —así lo postula al menos otra explicación del fenómeno «Nessie».

Los seres humanos siempre han visto cosas inquietantes y desconocidas, y siempre han intentado interpretar esos fenómenos con ayuda de su experiencia y de sus mitos —unos intentos de explicación que dejan traslucir asimismo el espíritu de la época correspondiente—. Si antes se veían dragones, dragones sin alas o gusanos con patas, hoy se avistan —con claridad meridiana— dinosaurios supervivientes. Si durante los siglos pasados eran faunos, sátiros, duendes o niños lobo los que habitaban los bosques y regiones montañosas remotas, hoy se tiende más bien a pensar que son hombres primitivos. Y donde las personas veían antaño ángeles o santos en los fenómenos luminosos misteriosos, el moderno *Homo sapiens* ve «hombrecillos verdes», extraterrestres u ovnis.

Sin embargo, en opinión del escalador y aventurero Reinhold Messner, tras el misterioso yeti se esconde realmente un animal: el oso del Tíbet, que se convirtió para los nativos en modelo de un ser fabuloso, en una leyenda que juega un papel especial en los cultos de los pueblos del Himalaya. Pero solo en las mentes de Occidente se convirtió el yeti definitivamente en mito: en el «abominable hombre de las nieves», que varias expediciones han buscado en vano.

Así pues, hasta los exploradores exentos de prejuicios se dejan embaucar y creen de buen grado las historias que cuentan los nativos. Comprensible, pues ¿cómo reaccionarían esos viajeros si llegaran por vez primera a las montañas de Baviera y los «nativos» de allí les hablasen de ese extraño ser parecido a una liebre con colmillos y cornamenta de ciervo? En las tertulias nocturnas en el pueblo, los cazadores referirían con absoluta seriedad sus encuentros en los bosques —y presentarían incluso ejemplares disecados de esa criatura, que sin embargo parecen un puzle chapucero hecho con trozos de liebres, ciervos y jabalíes.

El explorador libre de prejuicios conoce sucesos parecidos por la historia de la zoología; en el siglo XVIII se presentó a los científicos por primera vez un extraño pellejo: un animal con la piel suave y sedosa de una nutria, el rabo aplanado de un castor y el pico de un pato. Los investigadores serios consideraron el conjunto un adefesio obra de artistas del *collage* de Asia oriental, que con bastante frecuencia creaban «monstruos» uniendo trozos que no casaban. Y sin embargo ese animal existe realmente: es el ornitorrinco, uno de los mamíferos más curiosos y además ovíparo. Los conocedores de esta historia juzgarán al menos posible que también pueda existir el wolpertinger, la liebre con cornamenta, y que detrás haya algo más que un animal fabuloso de broma de Baviera.



¿Pueden existir animales así? Los científicos del siglo XVIII dudaban de la existencia del ornitorrinco.*Carlos Velázquez*

Por tanto, ¿qué se puede creer y qué no? Los relatos sobre especies fabulosas, ¿son siempre patrañas? ¿Son los criptozoólogos personas que, incapaces de afrontar la realidad, prefieren abandonarse a las fantasías? ¿Los miembros de la International Society of Cryptozoologie (ISC), creada en 1982, son unos meros visionarios, «locos» o creyentes en los ovnis? Las cosas no son tan sencillas.

La criptozoología no encaja en el sistema de las ciencias naturales. Sus fuentes suelen ser antiguas tradiciones; numerosas suposiciones e interpretaciones se basan más en la intuición que en pruebas palpables. Precisamente Alemania muestra mayor escepticismo que otros países hacia el ilustre grupo de los criptozoólogos: de los aproximadamente ochocientos miembros de la ISC, solo veinte son alemanes. En los países anglosajones, por el contrario, científicos de renombre y naturalistas tienen menos miedo al contacto: Jane Goodall, la famosa investigadora de chimpancés de talla mundial, es miembro de la Sociedad de

Criptozoología. Científicos de la Smithsonian Institution de Washington D. C., uno de los centros de investigación más respetados de la Tierra, se declaran también miembros de la ISC, como, por ejemplo, Clyde Roper, que con un batiscafo siguió en la zona batial el rastro del misterioso pulpo gigante, un molusco gigantesco que al parecer mide 20 metros o más y vive a más de 1.000 metros de profundidad. Marjorie CourtenayLatimer, que encontró el primer celacanto, es miembro de honor. Y Phillip Tobias, uno de los paleoantropólogos más importantes del mundo, perteneció hasta su jubilación incluso a la cúpula directiva de la sociedad. La criptozoología, dijo Tobias en cierta ocasión, plantea cuestiones interesantes desde el punto de vista científico e intelectual que no se pueden soslayar. Por esa razón apoyó a la Sociedad, aunque algunos colegas más conservadores quizá frunciesen el ceño.

Porque la ciencia, en definitiva, no solo posee la capacidad de extrapolar un modelo de pensamiento de un fenómeno conocido a otro desconocido, sino también la disposición a afrontar el más profundo desconcierto con mente abierta cuando el mundo se niega a adaptarse al propio sistema, a los modelos de explicación acostumbrados. En definitiva, es la confusión, la sorpresa, la que propicia el verdadero progreso del conocimiento.

«¡Y sin embargo se mueve!», exclamó Galileo Galilei cuando se enfrentó a los guardianes de la cosmovisión de su época y declaró que la Tierra gira alrededor del Sol y no al revés. «¡Y sin embargo viven!», parecen exclamar algunos criptozoólogos casi como el enano saltarín, cuando se enfrentan, a su manera, a la opinión dominante e intentan hallar interpretaciones para fenómenos que ningún científico ha logrado explicar hasta la fecha; cuando a partir de diminutos indicios construyen un caso y ven «cosas detrás de las cosas» —a veces incluso hasta el extremo de negar obstinadamente la realidad—. En este ámbito las etapas de transición son fluidas, la criptozoología es una gama de grises, y eso es lo que la hace tan emocionante.

«Eso es típico de nuestra disciplina», afirma Richard Greenwell, que dirige en Tucson, en el estado federal norteamericano de Arizona, los asuntos de la ISC. «*The mystery continues* , muchas historias no encuentran final». Pero eso, en realidad, no debería sorprender a nadie. «Porque si los animales crípticos no fueran tan tímidos y difíciles de encontrar, si no vivieran en regiones tan remotas e inexploradas, hace mucho que habrían sido descubiertos». A este punto de vista apenas cabe aducir objeciones.

De manera que este mundo también encierra enigmas y descubrimientos asombrosos. Científicos que no se consideran en absoluto criptozoólogos hallan nuevas especies espectaculares; otros buscan en vano animales ocultos, misteriosos. La criptozoología es rica en historias de personas que se niegan a conformarse con lo que en apariencia es imposible, a aceptar que las fantasías de sus sueños infantiles tengan límites fijos. Pero también abunda en aventuras reales, vividas por realistas y románticos, por descubridores fortuitos y por

buscadores tenaces que dan con hallazgos felices o fracasan sin perder la esperanza. «Al menos lo he intentado», afirmó Richard Greenwell.

Al mismo tiempo la investigación de nuevas especies nos suministra nuevos datos sobre las épocas primitivas de la Tierra, la formación y la deriva de los continentes, el origen de las especies, su extinción y la necesidad de proteger la naturaleza, sobre la riqueza de la naturaleza y sobre la «biodiversidad», esa expresión tan de moda hoy.

Dicho de otra manera: quien sigue la pista de animales misteriosos, desconocidos, experimenta la ciencia y los cuentos modernos al mismo tiempo y satisface el irresistible afán del ser humano por las historias.

The mystery continues .

Un pulpo gigante atrapa a un marinero: una visión terrorífica de la novela de Julio Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino* .*Carlos Velázquez*

2Un monstruo se hace realidad

Las ventosas del pulpo gigante se adhieren a las ventanas del submarino *Nautilus* . El cuerpo del cefalópodo tiene ocho metros de largo, sus tentáculos miden más del doble. La boca del monstruo se abre y se cierra amenazadora: un pico córneo, muy parecido al de un papagayo, solo que mucho más grande. De repente aparecen más animales gigantescos; los tenaces pulpos se convierten en un peligro para el submarino. Solo queda una solución: el *Nautilus* tiene que emerger, abrir la escotilla en la superficie y rechazar a los pulpos atacantes. Pero en cuanto la escotilla de hierro se abre, un cefalópodo la arranca con uno de sus tentáculos, mientras otro se enrosca inmediatamente alrededor del submarino. Con un hacha, el capitán Nemo va seccionando los tentáculos del tronco gelatinoso del monstruo, uno tras otro, hasta que el gigantesco animal ha perdido casi todos. Pero con el último, el pulpo atrapa a un marinero: pataleando desvalido, el pobre hombre es arrastrado y desaparece en medio de una nube de tinta negra.

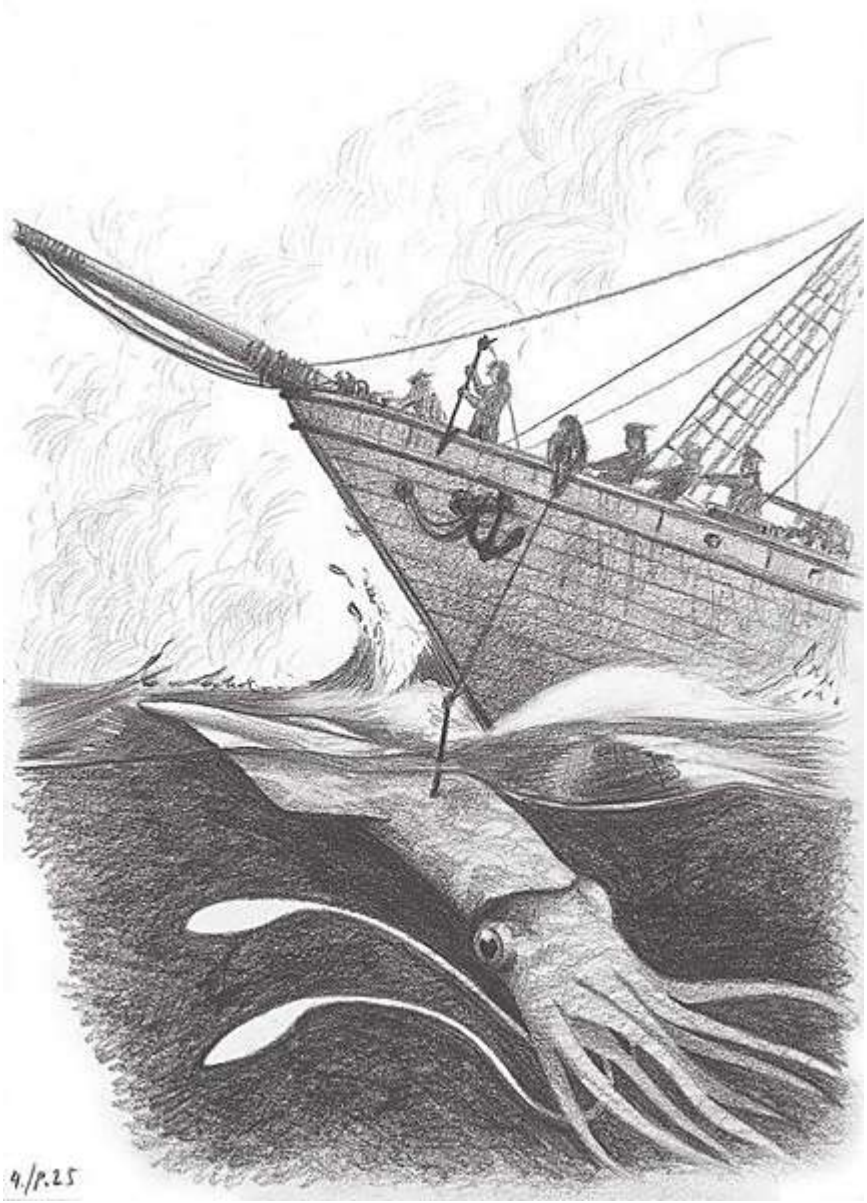
Este encuentro pavoroso, una pesadilla marina, es pura ficción y constituye una de las escenas más emocionantes de *Veinte mil leguas de viaje submarino* , la novela fantástica de Julio Verne publicada en 1870, cuando aún no existían los submarinos. Sin embargo, a finales del siglo XX se haría realidad, al menos en parte, lo que en el siglo XIX era todavía ciencia ficción: en la primavera de 1999 una expedición dirigida por Clyde Roper, de la Smithsonian Institution de Washington, buscaba ante las costas de Nueva Zelanda al legendario pulpo gigante con un pequeño submarino. Desde comienzos de los años sesenta Roper investiga pulpos, calamares y sepias, que se agrupan bajo el nombre de *cefalópodos* . Y el formidable octópodo de la novela de Julio Verne es la pasión por antonomasia del obsesionado investigador.

Los relatos sobre monstruos oceánicos colosales, de muchos brazos, se conocen desde hace muchos siglos: el escritor romano Plinio *el Viejo* , que perdió la vida el año 79 d. C. en la erupción del Vesubio, informa en su obra *Naturalis Historia* de un gran «pólipo» con tentáculos de 10 metros de longitud. El animal había saqueado los viveros de peces situados junto al mar en la española Carteia, la actual Rocadillo. Los centinelas mataron al monstruo. Su cadáver pesó unos 320 kilos y desprendía un olor muy desagradable.

El obispo Pontoppidan, autor de una historia natural noruega publicada en 1755, describió una «bestia» parecida —denominada *krake* , pulpo, o *krabbe* , gamba—, la «mayor y más asombrosa criatura del mundo animal». Este «monstruo marino, el más largo del mundo sin discusión», tenía una longitud de 1,50 millas inglesas (más de dos kilómetros y medio).

Un monstruo con numerosos tentáculos, refiere otro relato de navegantes, atacó frente a la costa de Angola a un velero que acababa de cargar y estaba a punto de levar anclas. De repente, un ser similar a un cefalópodo apareció en la superficie del mar y enroscó sus largos tentáculos en los mástiles. El peso del animal escoró el barco, haciéndolo casi zozobrar. Los marinos invocaron a su patrón Santo Tomás en demanda de ayuda. Finalmente se abalanzaron sobre el monstruo provistos de hachas y arpones de abordaje, liberando de ese modo el barco del peligroso abrazo. En señal de gratitud donaron un cuadro votivo que reproduce el suceso y que se colgó en la capilla de Santo Tomás en Saint Malo.

Los balleneros que surcaban el mar frente a Terranova informaban continuamente de cachalotes arponeados que en medio de la lucha mortal vomitaban largos trozos semejantes a brazos —fragmentos del cuerpo de un animal desconocido y monstruoso, seguramente un cefalópodo gigante que casi nadie había visto jamás—. Los balleneros creían que esos seres eran mucho más grandes que cualquier ballena y superaban incluso al mayor de los barcos en los que ellos viajaban. Y quien afirmaba haber avistado alguna vez a uno de esos monstruos describía su cuerpo como una masa grande, informe y gelatinosa de la que salían por doquier largos brazos o tentáculos.



En noviembre de 1861, los marineros del barco de guerra francés *Alecton* lucharon con un calamar gigante en aguas de Tenerife.*Carlos Velázquez*

Estas historias, que pervivieron durante siglos y que procedían de numerosas regiones de los mares del mundo, ¿eran realmente producto de la fantasía de los marineros, delirios de balleneros supersticiosos? ¿O tras el misterioso ser fabuloso de dimensiones inconmensurables se escondía un animal de verdad? En caso afirmativo: ¿qué características descritas eran verdaderas y cuáles exageradas? ¿Qué tamaño tenían los monstruos? Poco a poco también la ciencia comenzó a interesarse por este «ser fabuloso». ¿Sería real el monstruo?

En 1853 la ciencia consiguió por primera vez un miembro del formidable cefalópodo, cuando el mar arrastró a tierras de Jutlandia el cadáver de uno de esos cefalópodos gigantes —llamados así porque sus tentáculos nacen de la cabeza—. Una y otra vez arribaban pulpos

gigantes a numerosas playas del mundo, pero casi siempre los pescadores troceaban sus descomunales cuerpos y utilizaban la carne como cebo en la pesca. Así sucedió también en esta ocasión, pero la dura mandíbula, que recordaba el pico de un papagayo, llegó a manos del naturalista danés Japetus Steenstrup. En 1857, basándose en los testimonios oculares y en este resto, describió el género *Architeuthis* o «cefalópodo primigenio», pues esa es la traducción del nombre científico. Hoy, tras una cierta confusión respecto al número de especies, este género se reduce a una sola: *Architeuthis dux* .

Poco a poco la ciencia fue describiendo las partes del cuerpo del pulpo: en noviembre de 1861, el barco de guerra francés *Alecton* , que navegaba frente a la isla canaria de Tenerife, suministró el fragmento siguiente tras un encuentro muy especial: un animal monstruoso de cuerpo rojo brillante y casi 6 metros de longitud sin contar los tentáculos, mucho más largos todavía, avanzaba por la superficie del mar. Sus ojos despedían un fulgor verdoso. Al aproximarse el barco, el monstruo intentó apartarse, pero no se sumergió. Los marinos arponearon al ser, que sangraba mucho, el agua se cubrió de espuma y de ella ascendió un olor acre. Cuando se disponían a izarlo a bordo, la soga seccionó su cuerpo, separando la cabeza y los tentáculos del cefalópodo, que cayeron al mar y se hundieron. Solo la parte trasera pudo ser izada a bordo y se trasladó a Tenerife, donde se redactó un informe sobre el animal. Evidentemente Julio Verne llegó a leerlo, pues describe el suceso en su novela.

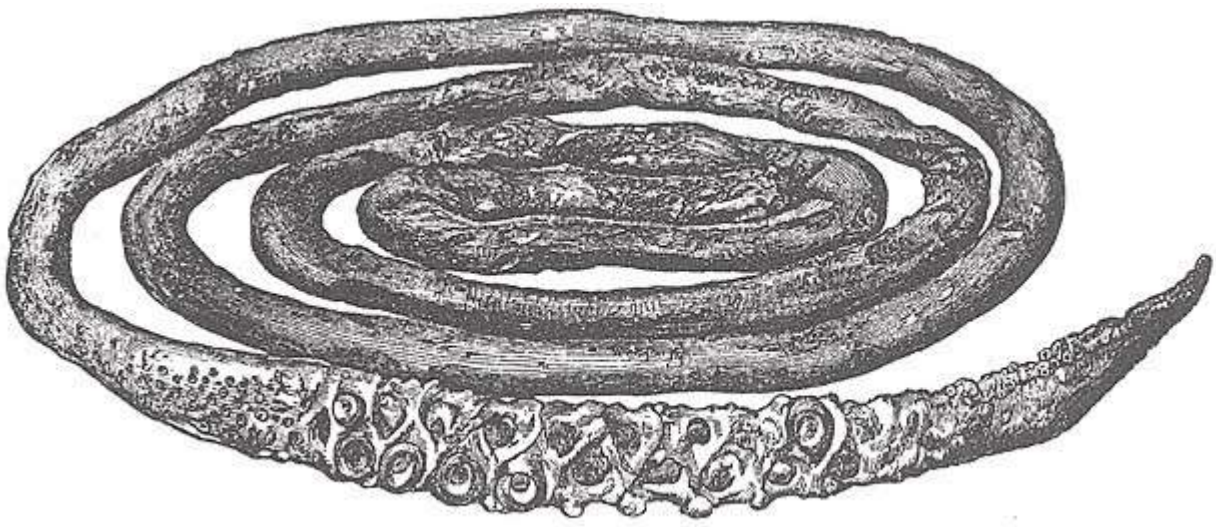
La terrorífica experiencia de tres pescadores de arenques frente a Terranova proporcionó la siguiente prueba de la existencia de pulpos de tamaño descomunal: en octubre de 1873, Daniel Squires, Theophilus Piccot y su hijo Tom remaban hacia los restos de un barco hundido que flotaba en el mar a tres millas de la costa. Cuando quisieron arrastrar hacia su barca los supuestos restos del barco con un gancho de abordaje, una mandíbula grande y dura se clavó de repente en el costado de la embarcación para espanto de los hombres y rodeó el bote de remos con sus gigantescos tentáculos. A continuación, el formidable monstruo desapareció bajo la superficie del mar, amenazando con arrastrar consigo la barca y a su tripulación. Los hombres se quedaron petrificados de miedo. Haciendo gala de una gran presencia de ánimo, Tom Piccot, de doce años, cogió una pequeña hacha y cortó un tentáculo, salvándolos a todos de la muerte. El gigantesco pulpo, tras soltar una nube de tinta oscura, desapareció en las profundidades.

El tentáculo seccionado por Tom Piccot medía más de 6 metros de longitud y estaba completamente cubierto de ventosas. Ese mismo día los pescadores entregaron el largo órgano al clérigo y naturalista aficionado reverendo Moses Harvey, que más tarde escribió: «Poseía una de las más extrañas curiosidades del reino animal: un auténtico tentáculo de uno de los míticos peces infernales hasta entonces desconocidos, cuya existencia los naturalistas debaten desde hace siglos. Yo sabía que tenía en mi mano la llave de uno de los mayores

misterios, que era preciso añadir un nuevo capítulo a la Historia Natural».

Tan solo un mes después, otro *Architeuthis* cayó en las redes de cuatro pescadores no muy lejos de allí. Mataron a cuchilladas al enorme animal; sus tentáculos medían 8 metros de largo, el pulpo en total más de 10 metros. Pero por desgracia el cuerpo se perdió salvo la cabeza y los tentáculos, que entregaron al reverendo Harvey. Este, tras mandarlos dibujar y fotografiar, entregó ambas cosas —el primer tentáculo seccionado por Piccot y los dibujos— a Addison Emery Verrill, catedrático de zoología de la Universidad de Yale y experto acreditado en el ámbito de los moluscos, es decir caracoles, lamelibranquios y cefalópodos.

Verrill quedó cautivado por estos hallazgos y los atribuyó al *Architeuthis* , el pulpo gigante casi desconocido. Ahora por fin contaban con pruebas suficientes de que esos animales marinos gigantescos no eran meras patrañas de marineros, engendros del miedo y de la fantasía. Durante los años siguientes, Verrill tuvo ocasión de estudiar en detalle el gigantesco molusco, pues en la década de los setenta del siglo XIX arribaron docenas a las costas de Terranova. A ellos hay que añadir otros cincuenta o sesenta que en dicha época fueron recogidos por pescadores y utilizados casi todos como cebo para la pesca del bacalao o como comida para perros. En total, Verrill examinó veintitrés de esos animales y hasta 1882 publicó veintinueve trabajos científicos sobre el *Architeuthis* . El pulpo gigante quedó así definitivamente acogido por la ciencia en el reino de los seres vivos reales.



El vestigio de una pesadilla: en 1873, el joven Tom Piccot seccionó este tentáculo de más de seis metros de longitud de un *Architeuthis* que se aferraba a un barco de pesca.Richard Ellis, *Seeungeheuer: Mythen, Fabeln und Fakten* , Birkhauser, Basilea 1994

Hoy, sin embargo, sigue sin esclarecerse por qué aparecieron en esa época tantos pulpos gigantes; ignoramos si las variaciones climáticas u oceanográficas jugaron algún papel en dicho fenómeno. También en la década de los sesenta del siglo XX quedaron varados en esa región pulpos gigantes con llamativa frecuencia. El biólogo Frederick Aldrich de la Memorial University de Saint John en Terranova, que en esa época investigó a fondo al *Architeuthis* , lo explica aduciendo las oscilaciones periódicas de la corriente del Labrador, que en su opinión acontecen cada noventa años. Entonces las corrientes frías arrastran a los pulpos cerca de la costa. Por ello Aldrich profetizó para los años posteriores al 2050 una nueva aparición masiva de pulpos gigantes frente a Terranova.

En 1880, el mayor *Architeuthis* jamás capturado quedó varado en la costa de Nueva Zelanda: desde la punta de su manto —ese tegumento que envuelve el cuerpo y la cabeza— hasta el final de los tentáculos medía 18 metros y pesaba casi una tonelada. Sus ojos de 40 centímetros de diámetro eran mayores que una cabeza humana: poseía sin duda los ojos más grandes de todo el reino animal. Sus vías nerviosas eran tan gruesas que al principio se las confundió con vasos sanguíneos. Aunque las longitudes espectaculares han de tomarse con extrema cautela, Clyde Roper, que ha podido estudiar en persona muchos cadáveres de *Architeuthis* , manifiesta: «Como es natural, todos pretenden haber encontrado el mayor, el pulpo gigante más largo. Pero los tentáculos son elásticos como cuerdas de goma; cuánto más se tira de ellos, más aumenta la longitud del animal». No obstante, el citado investigador supone que en las profundidades de los océanos deben de vivir pulpos aún más descomunales, acaso de 25 metros. Algunos científicos incluso consideran probable que existan animales de 50 metros de largo, aunque apenas tenemos indicios al respecto.

En alemán se ha generalizado para el *Architeuthis* el nombre de *pulpo gigante* , aunque lo correcto sería denominarlo *calamar gigante* , pues el gigantesco molusco pertenece biológicamente a los calamares, esos cefalópodos con cuerpo alargado y terminado en punta, de ocho tentáculos y otros dos mucho más largos con el extremo en forma de maza. Los pulpos genuinos —los octópodos— solo poseen por el contrario ocho brazos y tienen un cuerpo redondeado o en forma de saco. El interior del mayor molusco del mundo se estructura alrededor de un armazón de quitina que asume la función de un esqueleto, la concha (interna), un vestigio de la concha exterior de otros moluscos, como por ejemplo los lamelibranquios y caracoles. En el calamar gigante esta concha puede medir hasta 1,20 metros de largo. (Los aficionados a los pájaros conocen armazones de apoyo similares en otras especies de cefalópodos de mucho menor tamaño y más calcáreos por el «jibión» de las jaulas de los canarios).

Casi todo lo que se sabe hasta ahora sobre el calamar gigante procede de los aproximadamente 200 ejemplares varados en las playas de todo el mundo o capturados en las redes de los pescadores —sobre todo en las costas de Terranova, Noruega y Nueva Zelanda—. Por eso el

conocimiento del *Architeuthis* se limita casi exclusivamente a la conformación del cuerpo del animal. Nadie ha podido observar aún cómo vive el gigantesco cefalópodo, qué come, cómo caza y cómo se mueve. Los ejemplares varados tenían un color marrón rojizo. Pero algunos informes de marinos describen un rápido cambio de tonalidad, similar al que se produce en otras especies de cefalópodos. En segundos, en estas especies se contraen o se dilatan los pigmentos de determinadas células de la piel, formando dibujos que pueden servir de camuflaje o reflejar estados de ánimo como la excitación o la disposición al apareamiento. Se desconoce por completo cuándo y por qué el *Architeuthis* cambia su pigmentación; o el color que tiene en la oscura zona batial y si también varía allí.

Al igual que numerosos cefalópodos, el calamar gigante posee una bolsa de tinta repleta de un líquido negruzco, pero en comparación con su formidable tamaño corporal dicha bolsa es más bien pequeña. ¿Para qué necesita la tinta el *Architeuthis* ? Otros cefalópodos confunden a sus enemigos soltando tinta y huyen ocultándose detrás de las nubes. Pero en las profundidades oceánicas, el gigante apenas tiene otros enemigos salvo el cachalote. Y en esa oscuridad perpetua el gran mamífero marino no se orienta con los ojos, sino con un sistema de radar específico que una nube de tinta oscura no puede alterar. Así pues, ¿para qué sirve la bolsa de tinta? Muchos de estos interrogantes todavía carecen de respuesta; a lo sumo se ofrecen hipótesis aclaratorias que siguen siendo especulaciones, aunque se basen en detalles anatómicos.

Tampoco tenemos demasiados datos de la forma en que se produce el apareamiento de los gigantes en ese mundo submarino carente de luz: así en el *Architeuthis* los machos son el sexo débil, es decir, de menor tamaño. Los machos que miden 6 metros de longitud incluyendo los tentáculos ya se consideran grandes. En febrero de 1999, fue capturado frente a Nueva Zelanda un macho de calamar gigante de solo unos 30 kilos de peso que, sin embargo, estaba lleno de espermatóforos (receptáculos del esperma blancos y alargados), lo cual implica que había alcanzado la madurez sexual plena. Durante el apareamiento los machos transfieren a los calamares hembra esos paquetes espermáticos —posiblemente en un extraño juego amoroso que parecería muy brutal a las personas—. Probablemente en la oscuridad batial los encuentros entre potenciales compañeros sexuales sean raros, y por consiguiente haya que aprovecharlos en el acto. Por eso los machos fecundan a las hembras «buscando el almacenamiento», valga la expresión —sus receptáculos de esperma quedan guardados en el cuerpo de la hembra hasta que los óvulos maduran.

Seguramente, al hacerlo los machos no tratan a las hembras precisamente con delicadeza. Al menos eso indican estudios efectuados por científicos australianos en 1997 con una hembra de calamar gigante de 15 metros de longitud capturada frente a Tasmania. En la piel de un tentáculo encontraron varios paquetes espermáticos debajo de heridas cicatrizadas. Otras especies de cefalópodos almacenan el esperma durante meses en bolsas dérmicas especiales. Pero en ese caso era

obvio que un macho había rajado la piel de la hembra con la mandíbula o con las ventosas provistas de «dientes» y después había inyectado en toda regla con el pene, que puede medir hasta un metro de largo, los receptáculos de semen en los tentáculos. Sin embargo, la hembra en cuestión aún no había alcanzado la madurez sexual: por el momento desconocemos cómo se produce luego la fecundación, cómo el esperma encuentra el camino hacia el ovario.

Pero hay un misterio aún mayor: ¿dónde viven los calamares gigantes «pequeños»? Porque es mucho más raro capturar a los animales jóvenes que a los adultos. Clyde Roper solo ha podido estudiar hasta la fecha dos de esos «mini-gigantes». Medían entre 4 y 6 centímetros y fueron encontrados en los estómagos de peces lancetas. En 1981 un barco de investigación australiano pescó un *Architeuthis* todavía más pequeño, con un manto de 10 milímetros de longitud.

Steve O'Shea, biólogo marino del National Institute of Water and Atmospheric Research (NIWA) de Wellington (Nueva Zelanda), interpreta así lo poco que se conoce del ciclo vital del calamar gigante: los animales adultos ascienden desde la zona batial hasta regiones marinas menos profundas para desovar. Muchas especies de cefalópodos de vida corta se han especializado en producir la mayor cantidad posible de descendientes; tras desovar mueren pronto. Así podría suceder también en el caso de los calamares gigantes. O'Shea cree probable que el *Architeuthis* gigante no viva más de tres años. Esto explicaría también por qué los estómagos de los animales arrojados a tierra están vacíos: en su último viaje ya no precisan más alimento.

Los animales jóvenes, por el contrario, viven seguramente en las zonas más altas del mar, donde se capturó el minúsculo ejemplar de 10 milímetros. Allí pueden convertirse en botín para los albatros. Por lo menos, al estudiar el contenido del estómago de estos pájaros, las aves capaces de volar más grandes del mundo, se encontraron numerosas mandíbulas de calamares gigantes jóvenes. Los albatros solo pueden haber atrapado a esos cefalópodos jóvenes en la superficie del agua. Según otra teoría de O'Shea, los animales jóvenes crecen con extrema rapidez: «Defenderse mediante un crecimiento rápido es una estrategia específica para evitar ser devorado por otros». Clyde Roper coincide con su colega, aunque matiza: «Esto parece evidente y lógico, pero aún no está demostrado».

En consecuencia, los calamares jóvenes a medida que crecen se van sumergiendo en la zona batial. Posiblemente los gigantes poseen un especial sistema de flotabilidad que los mantiene en el agua ahorrando gran cantidad de energía: el tejido de los cefalópodos contiene una concentración muy elevada de iones de amonio que tienen una densidad menor que el agua marina que rodea al cuerpo. Eso permite al calamar deslizarse por el agua casi flotando, sin emplear demasiada energía para no hundirse. Esto acaso explique también por qué los animales muertos o moribundos son arrastrados hasta la superficie del mar. Asimismo el olor acre, descrito a veces como almizclado, de los

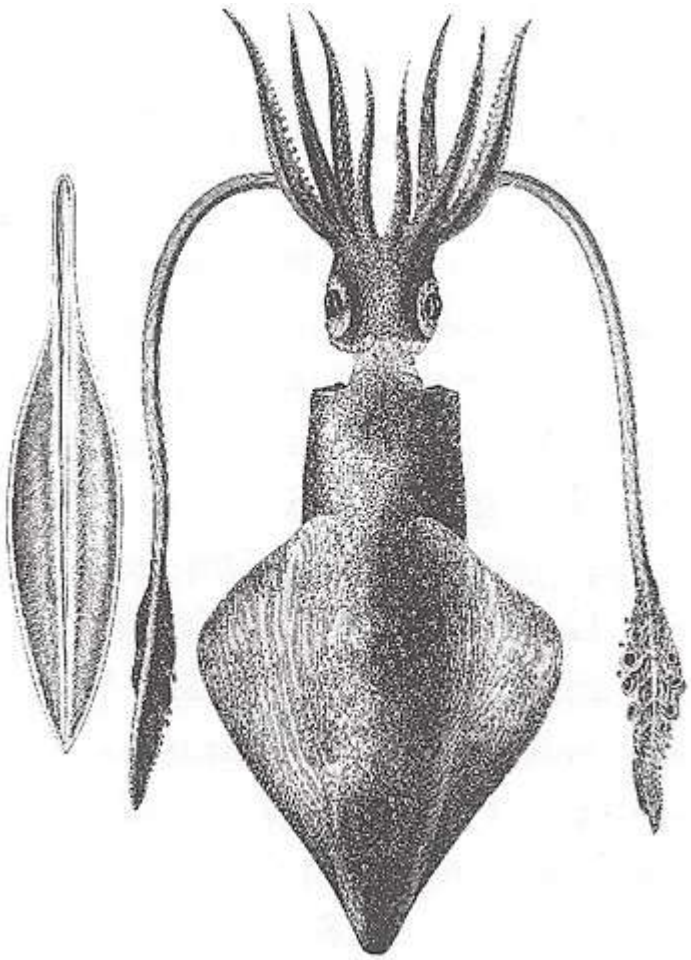
animales arrojados a tierra se debe al elevado contenido de amonio. Al mismo tiempo los iones de amonio confieren a la carne un sabor peculiar, desagradable para el hombre: en cierta ocasión, durante una fiesta de doctorado, Clyde Roper probó un trozo de calamar gigante frito en la sartén y describió la carne como incomible y amarga. Sin embargo a los principales enemigos de los gigantes, los grandes cachalotes, ese sabor agrio no parece importarles demasiado.

Para observar al *Architeuthis* vivo y en su medio natural no queda más remedio que buscarlo en las profundidades con medios auxiliares o incluso en una inmersión personal. Los científicos han intentado en reiteradas ocasiones observar al gran calamar en su hábitat: en 1989, Frederick Aldrich se sumergió con un submarino a 300 metros de profundidad frente a Terranova. Los cebos de atún atrajeron a todos los peces que vivían en el fondo, pero no al calamar gigante. Tras una espera de diez horas, Aldrich desistió.

También Clyde Roper ha intentado unas cuantas veces observar al *Architeuthis* o al menos obtener imágenes reales de su existencia: «Si pudiéramos observar y filmar al gigante en las profundidades solo durante unos minutos, sabríamos mucho más sobre él». La idea de utilizar cachalotes como recurso para capturar al calamar gigante le mereció especial confianza. Porque los cefalópodos son la presa preferida de los más formidables animales de rapiña del mundo: en el estómago de un único cachalote se han encontrado hasta 18.000 duras mandíbulas de distintas especies de cefalópodos, muchas de ellas procedentes del *Architeuthis* . Hasta los 1.000 metros de profundidad, los mamíferos marinos libran combates a vida o muerte con los grandes cefalópodos. A menudo la piel de muchos cachalotes parece el mapa de pasados encuentros: las cicatrices circulares testimonian la resistencia de los calamares gigantes. Porque los ocho tentáculos están provistos de dobles hileras de ventosas absorbentes, los extremos en forma de porra de los dos más largos poseen cuatro hileras de ventosas. Estos aspiradores están reforzados con duros «dientes» capaces de producir profundas heridas.

Así pues, ¿se podría aprovechar a los cachalotes como «sabuesos» que conduzcan hasta los calamares? ¿Y si se los utilizase incluso como *cameraman* ? Ya anteriormente se habían conseguido imágenes muy impactantes con la denominada *critter-cam* , una cámara en miniatura especial que se fijó a osos marinos y tortugas marinas: el espectador nadaba como quien dice con las focas por el mar, acompañaba a las tortugas en sus inmersiones por el océano. Con la ayuda de esta técnica se consiguió que la gente viese el mundo submarino desde la óptica de los animales. Frente a las Azores se colocó a los cachalotes esas cámaras de alta tecnología, en una acción complicada y no exenta de peligro, pues hay que aproximarse con un bote neumático a los gigantes marinos y colocar la cámara con una ventosa. De este modo se lograron tomas únicas, impresionantes, de la vida social de los cetáceos a varios centenares de metros de profundidad, pero por desgracia la cámara no captó un solo calamar gigante. «Es un método maravilloso», afirma

Roper entusiasmado, «pero también muy complejo. Para filmar un combate entre un cetáceo y un calamar, lo mejor sería colocar la cámara en un costado y no sobre el lomo. Pero eso es prácticamente imposible».



Los calamares agarran a sus presas con los dos tentáculos más largos y las arrastran hasta la abertura de la boca. Allí es sujetada por los ocho tentáculos restantes. La pluma (izda.) es una especie de esqueleto que sustenta el cuerpo del molusco.*Brehms Tierleben*

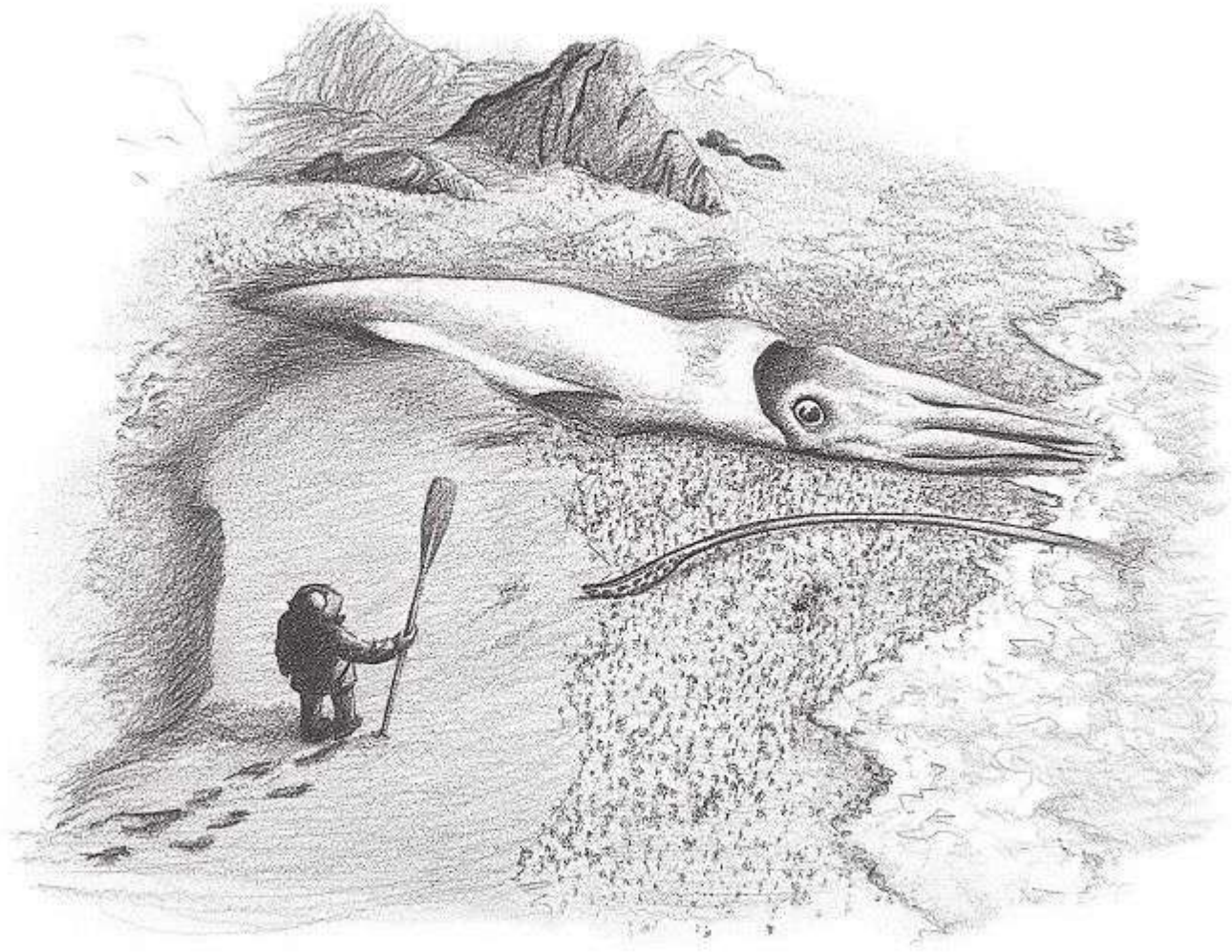
En 1997 Roper siguió la pista del gigante en el cañón de Kaikoura, una fosa oceánica de más de 1.700 metros situada frente a las costas de Nueva Zelanda. Salió de «caza» provisto de robots de inmersión y videocámara. La cámara fue testigo de una lucha dramática a 600 metros de profundidad: un calamar atacó a un tiburón, enroscó sus diez tentáculos alrededor del escualo y los introdujo en las fisuras branquiales. El tiburón estuvo a punto de asfixiarse, pero consiguió soltarse y escapar. Nunca antes se habían filmado imágenes como esas, pero el emocionante duelo no se produjo entre gigantes: calamar y tiburón apenas medían un metro de largo. El cefalópodo era un pequeño pariente del gigante buscado. No obstante, este documento fílmico único

permite imaginar cómo podría vivir y cazar el calamar gigante. Sin embargo, el *Architeuthis* seguía oculto para la cámara.

Pero Roper no cedió al desaliento. Estaba seguro de que se encontraba en el lugar adecuado, pisándole los talones al calamar gigante, porque en la costa sur de Nueva Zelanda, en el cañón de Kaikoura o al menos en las cercanías, los pescadores sacaban del mar continuamente a los formidables animales, siempre de una profundidad entre los 300 y los 600 metros. Por eso programó un nuevo intento para principios de 1999, esta vez con el *Deep Rover* , el «caminante de las profundidades»: un submarino acristalado todo alrededor, una «burbuja» acrílica de 12 centímetros de grosor destinada a proteger a los ocupantes de la presión del agua y de los brazos armados de ventosas del calamar. A Roper no le asustaban las terroríficas historias de la novela de Julio Verne sobre pulpos formidables que presionaban contra las ventanas: «Eso son leyendas, cuentos de miedo. La realidad que se esconde tras el monstruoso pulpo gigante, símbolo de lo desconocido y misterioso de la zona marina batial, es mucho más excitante y emocionante». Desde comienzos del año 1999 hasta finales de marzo se capturaron frente a las costas de Nueva Zelanda seis de esos animales. El lugar, la época del año, la profundidad: todo coincidía, todo ocurría como había predicho Roper, que rebosaba confianza.

Al principio los problemas técnicos y la agitación del mar frustraron las inmersiones en el cañón de Kaikoura. Los micrófonos submarinos anunciaban una y otra vez los típicos sonidos que delataban la presencia de los cetáceos en las profundidades. Los mayores enemigos del gigante acudían allí de caza, justo donde Roper suponía también al *Architeuthis* . Algunos de los cetáceos mostraban las típicas cicatrices circulares causadas por los combates entre gigantes. Era un signo inequívoco: allí, en aquellas profundidades, vivía el calamar gigante tanto tiempo buscado.

El 17 de marzo de 1999 llegó por fin el ansiado momento: el *Deep Rover* se deslizó hacia las profundidades por primera vez. Durante las inmersiones un largo cable mantenía unido el submarino con el barco nodriza. Así los científicos a bordo podían contemplar en directo las imágenes de las cinco cámaras que iban montadas en la burbuja de vidrio acrílico. Y lo que vieron los dejó sin aliento: lanzas de plata cruzaban centelleando, peces gráciles de 60 a 80 centímetros de longitud, hokis. Desde que los científicos neozelandeses trabajan junto con pescadores que utilizan redes de arrastre a profundidades que oscilan entre los 300 y 1.000 metros y que también sacan a la superficie una y otra vez calamares gigantes, se sabe que los gigantes cazan sobre todo peces abisales. Su presa también son los hokis. Durante veinte minutos el submarino buceó entre la bandada de peces relucientes: hokis y más hokis, pero ni un solo calamar gigante se dejó ver. ¿Los asustaba la luz del submarino? La inmersión tuvo que finalizar debido a una tempestad que se aproximaba.



En 1877, un calamar gigante varado en Terranova fue uno de los primeros en llegar entero a manos de los científicos. Hoy los pescadores sacan a estos animales con regularidad desde la zona batial.*Carlos Velázquez*

En conjunto, en esa expedición, el *Deep Rover* realizó ocho inmersiones, la última el 26 de marzo de 1999. Seguía sin divisar al *Architeuthis* , y ese día era seguramente la última oportunidad para Roper de ver vivo al gigante en ese siglo. De nuevo había cachalotes muy cerca, también los peces víctimas del cefalópodo vivían en las profundidades.

¿Cómo se desarrollaría una expedición de caza del *Architeuthis* ? Durante el ataque a hokis u otros peces los dos tentáculos más largos del gigante saldrían proyectados hacia delante y atenazarían a su víctima, arrastrándola hacia la boca donde sería despedazada en trozos adecuados, pues, al tragar, los pedazos no pueden ser muy grandes porque en ese caso podrían lesionar el cerebro del gigantesco molusco, que está situado alrededor del esófago.

El submarino se sumergió hasta los 670 metros bajo el nivel del mar, un nuevo récord en aguas neozelandesas. Los científicos que estaban en la

cubierta pudieron contemplar animales extraños, inéditos hasta entonces, especies completamente desconocidas: peces linterna, estrellas y cohombros de mar, seres submarinos gelatinosos, sifonóforos, por ejemplo, o una medusa transparente que solo se distinguía por los movimientos del ribete de su paraguas acampanado que se mecía suavemente al reflujo de la corriente.

Pero el tiempo expiró, y el último intento de búsqueda del gigante también fue baldío; el submarino regresó a la superficie al agotarse las baterías. «Hemos visto lo que nadie había visto antes que nosotros», dice Roper. «Por eso mi decepción es menor de lo que temía».

La zona batial conserva su misterio: no han servido, tampoco esta vez, los esfuerzos por avistar al legendario pulpo gigante en su entorno natural. El *Architeuthis* continúa sumido en la oscuridad, símbolo de las profundidades insondables. Por el momento.

El único ojo del cíclope Polifemo de la *Odisea* tiene una explicación zoológica.*Carlos Velázquez*

3El misterio del cíclope

Enorme, con un solo ojo y devorador de hombres, el cíclope Polifemo era una de las criaturas monstruosas del mundo fabuloso de la Antigüedad. El gigante fue inmortalizado en la *Odisea* por el poeta griego Homero: el coloso encerró en su cueva al astuto Odiseo, que vagaba por los mares tras la destrucción de Troya junto con doce compañeros. Poco a poco Polifemo iba devorando a los hombres, uno tras otro. Cuando ya se había comido a seis de ellos, Odiseo y los restantes guerreros consiguieron clavar una estaca ardiendo en el ojo que el cíclope tenía en medio de la frente. Trémulo de dolor y de ira, el gigante abrió la entrada de la cueva y los hombres lograron escapar.

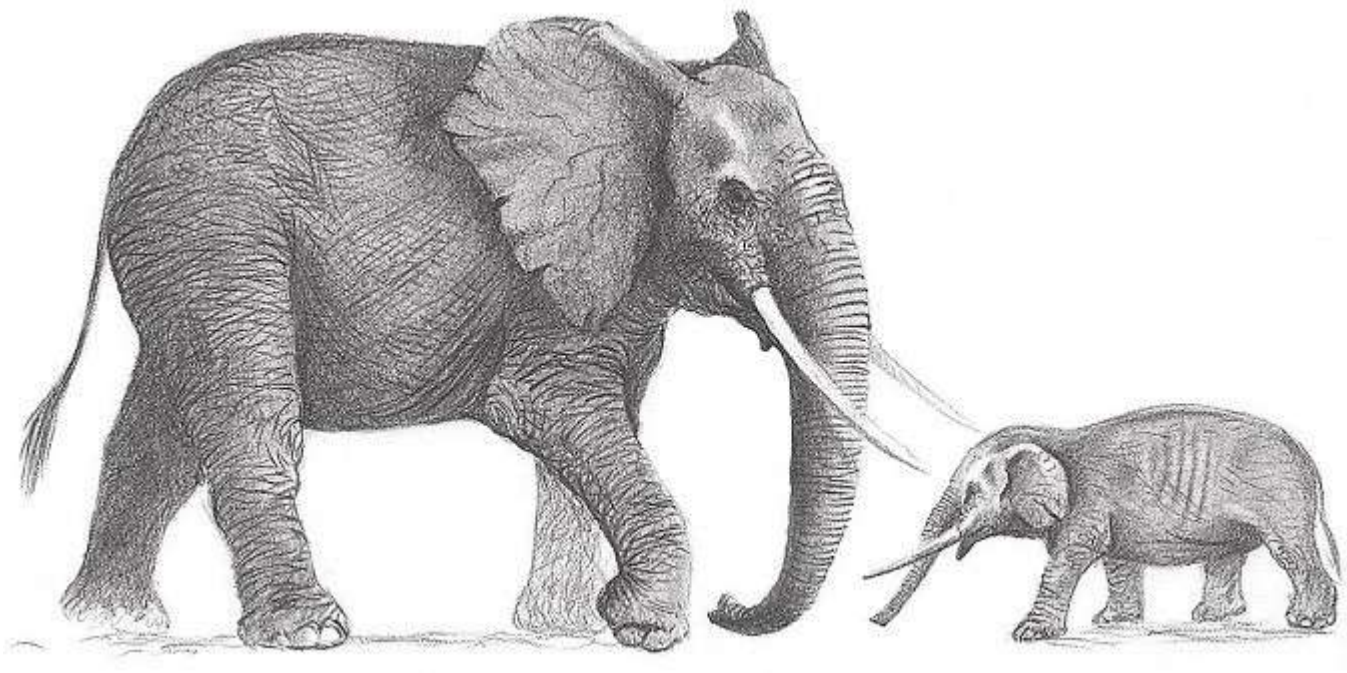
La leyenda de la *Odisea* se basa seguramente en un hecho cierto: tras el cíclope de un solo ojo se oculta un ser vivo que existió de verdad. El ser humano siempre ha necesitado explicar lo desacostumbrado, lo inquietante, lo desconocido: en algunas islas del Mediterráneo se han encontrado cráneos que poseen justo debajo de la frente un extraño agujero, asombrosamente grande. ¿Qué podía ser? Hoy pueden atribuirse esos restos sin la menor duda: pertenecieron a elefantes diminutos, formas insulares enanas cuyos restos se descubrieron en Sicilia, Creta, Malta, Tilos y Chipre. Estos miniproboscídeos, con unos 90 centímetros de alzada, eran apenas mayores que un poni de los Shetland y solo pesaban la centésima parte de sus parientes africanos. Las diminutas criaturas habían surgido cuando el nivel del mar aumentó, separando de tierra firme regiones enteras y convirtiéndolas en islas. Los elefantes que vivían allí solo disponían de una oferta limitada de comida. Para subsistir tenían que disminuir de tamaño; en las islas del Mediterráneo también existieron ciervos e hipopótamos enanos. Los últimos proboscídeos enanos del Mediterráneo debieron de extinguirse hace unos 4.000 años: quizá tras un cambio climático, un largo periodo de sequía, o posiblemente por haber sido cazados en exceso por los humanos. Así permiten deducirlo al menos las huellas encontradas en la isla de Tilos, en el Mediterráneo oriental, donde, junto a utensilios de piedra y fragmentos de cerámica de la Edad del Bronce, se descubrieron también restos de elefantes enanos.

Los primeros griegos, sin embargo, ya no conocieron a los elefantes enanos, y de alguna manera tenían que explicar esos cráneos monstruosos con un agujero grande debajo de la frente. ¿Cómo iban a saber ellos que ahí —como es típico en los elefantes— existe una gran ventana nasal en la que nace la trompa? Así que los hombres de entonces llenaron el agujero con algo que conocían: un gran ojo. Había nacido la fábula del cíclope de un solo ojo.

El descubrimiento de la existencia de elefantes enanos también arroja nueva luz sobre otra antigua leyenda: en las historias orientales de Simbad el Marino, la prodigiosa ave roc, una gigantesca ave rapaz,

vuela por el aire con elefantes enteros entre las garras para alimentar a sus crías en el nido con los proboscídeos capturados. ¿No podría ser que marinos anteriores presenciaran cómo las águilas atrapaban y se llevaban a bebés elefantes no más grandes que un cordero? Pero en el ámbito arábigo, donde solo se conocían los elefantes grandes, ese pájaro creció en las narraciones hasta alcanzar dimensiones gigantescas. Porque solo con unas garras descomunales era posible imaginar las fidedignas historias que se referían una y otra vez.

En la Prehistoria, una gran variedad de animales parecidos a los elefantes se extendían por casi todo el mundo: por todos los continentes excepto Australia y la Antártida. Había mamuts peludos y tremendos mastodontes, dinoterios de colmillos curvados hacia abajo, y estegodontes con grandes jorobas en la frente, proboscídeos descomunales y paquidermos enanos, no solo en la región mediterránea. De la vasta familia solo dos especies han sobrevivido hasta nuestros días: el elefante asiático *Elephas maximus* —el de las orejas pequeñas— se extiende en varias subespecies por Asia sudoriental; del elefante africano de grandes orejas *Loxodonta africana* viven dos subespecies, una en los terrenos esteparios, la otra en las selvas lluviosas del centro del continente negro. Pero continuamente surgen indicios de que podrían existir otras formas desconocidas del grupo de los proboscídeos.



El elefante africano se conoce desde la Antigüedad. Se discute si dicho continente alberga también elefantes enanos.

Parece que en las selvas de África central viven elefantes de pequeño tamaño, no tan diminutos como las especies insulares prehistóricas, pero sí claramente más pequeños que los tipos conocidos: los nativos

hablan desde hace mucho tiempo de un proboscídeo de una alzada apenas superior a 1,80 metros, piel rojiza y más peluda que la de los demás elefantes. A pesar de su menor tamaño, este proboscídeo sería mucho más agresivo; vive sobre todo en las zonas más espesas y pantanosas de la selva lluviosa en la que los elefantes grandes no pueden adentrarse. Los nativos de algunas regiones de la República Popular de Congo denominan *wakawaka* —o elefante de los pantanos— a la modalidad enana del elefante corriente de bosque; ese animal se llama *messala* en Camerún y *mussaga* en Gabón.

En 1905, la ciencia pudo estudiar por vez primera un elefante enano: Carl Hagenbeck, un traficante de animales, llevó a Hamburgo un elefante macho de acaso seis años de edad y apenas 1,50 metros de altura, que en enero de 1906 fue examinado por el zoólogo Theodor Noack y descrito como una subespecie del elefante africano: *Loxodonta africana pumilio* . Poco después, el animal fue vendido a Nueva York, y en el zoo del Bronx lo bautizaron con el nombre de Congo, donde en otoño de 1915 —con apenas 2 metros de alzada— falleció de una infección.

Sin embargo, la mayoría de los zoólogos pensaban que los elefantes enanos eran meras formas raquíticas, ejemplares aislados retrasados en su crecimiento. Y creían saber por qué precisamente los cazadores de caza mayor insistían tanto en que en África vive un tipo enano de elefante: porque si un cazador abatía animales jóvenes de la variedad «normal» con pequeños colmillos, podía infringir fácilmente las leyes de caza que protegen a los animales jóvenes. Pero si en África existiera otra especie de elefante más pequeña, los traficantes de marfil siempre podrían alegar que el valioso «oro blanco» había pertenecido a un animal de esa especie enana completamente adulto. De ahí que todas las noticias sobre elefantes enanos fueran acogidas con desconfianza.

En 1989, un estudio de los zoólogos Martin Eisentraut y Wolfgang Böhme, del Museo Alexander Koenig de Bonn, volvió a llamar la atención sobre el «más desconocido gran mamífero de África». Ambos científicos habían recopilado y estudiado todo el material disponible. Partieron de los trabajos de Ulrich Roeder, un entusiasta zoólogo aficionado y antiguo traficante de animales que, tras retirarse, se consagró en cuerpo y alma al problema del elefante enano: desde 1969 hasta 1985, emprendió dieciséis viajes a Camerún; Roeder había proyectado el decimoséptimo para 1987, pero falleció poco después de su nonagésimo cumpleaños. En sus excursiones a los bosques pantanosos de Camerún había medido numerosas huellas del pequeño proboscídeo, todas ellas de un diámetro entre 26 y 29 centímetros; las de elefantes de bosque adultos, por el contrario, miden de 45 a 50 centímetros. En 1974 pudo estudiar incluso un macho de elefante enano que había sido abatido por unos cazadores: era un animal de cuerpo bajo y rechoncho, corto, acaso de 16 a 18 años y plenamente adulto, como demostraban con claridad los dientes. Sin embargo el elefante solo pesaba 1.400 kilos. Los machos de elefante de bosque adultos, por el contrario, duplican fácilmente ese peso. Roeder estaba convencido de

que el elefante enano no era una mera subespecie, sino una especie autónoma.

También otros han contemplado pisadas de elefantes enanos en los bosques de Gabón y del Congo, huellas de manadas enteras en el suelo de la selva virgen que solo había sido hollado por patas pequeñas cuyas plantas no eran más anchas que las de elefantes de bosque jóvenes. Sin embargo, en medio de ese grupo jamás aparecían huellas de elefantes grandes normales.

Fotografías tomadas por Harald Nestroy, antiguo embajador alemán en la República de Congo, demuestran que manadas de elefantes de bosque y enanos aparecen en el mismo hábitat. En mayo de 1982 Nestroy viajó por el norte del Congo, un territorio despoblado en el que ni siquiera viven los pigmeos, no lejos de la frontera de la República Centroafricana. En un corto intervalo de tiempo consiguió en un claro muy pantanoso de la espesa selva lluviosa fotos de ambos tipos de elefantes desde una distancia de unos 10 metros.

Las fotos de los elefantes enanos muestran a un grupo de seis animales, entre ellos un ejemplar joven que según las indicaciones de Nestroy apenas debía de medir más de 50 centímetros, el tamaño de un perro pastor. Los bebés de elefante «normales», por el contrario, vienen al mundo con una alzada de 80 a 90 centímetros, es decir con el tamaño de un poni. Por desgracia Nestroy no consiguió captar en la película ambos tipos de elefantes al mismo tiempo. No obstante, se puede utilizar como patrón de medida una garza blanca que aparece en una de las fotos en el pantano justo detrás de una hembra de elefante enano. Seguramente se trata de una garceta grande, la mayor especie de garza blanca de cuello largo de África: en ese caso la hembra de elefante debía de medir entre 1,50 y 1,60 metros. Si el pájaro blanco perteneciera a una especie de garza más pequeña, disminuirían asimismo las dimensiones de la hembra de elefante comparada con ella. Pero Eisentraut y Böhme no podían imaginarse a los animales enanos más pequeños.

El zoólogo francés L.-P. Knoepfler comunicó a los científicos otro dato: en un poblado pigmeo de Gabón estudió dos elefantes enanos abatidos, un macho de unos 1,80 metros de alzada y una hembra de 1,60 metros, con un embarazo muy avanzado según se puso de manifiesto al descuartizarla; los pigmeos sacaron de su vientre un feto maduro para el alumbramiento.

Tras todos estos datos y observaciones, los zoólogos de Bonn consideran al elefante enano una especie autónoma (*Loxodonta pumilio*) y refutan todos los demás intentos de explicación:

a) Los «enanos» no pueden ser desviaciones individuales de la norma, porque aparecen en manada. Tampoco son «formas raquíticas» que pudieran haberse originado a consecuencia de malas condiciones del hábitat, escasez de alimento por ejemplo, que frenasen el crecimiento de los animales impidiéndoles alcanzar su pleno desarrollo, porque en el

mismo sitio viven elefantes de bosque que alcanzan las medidas normales.

b) Si los elefantes enanos fueran una subespecie de *Loxodonta africana* no podrían vivir simultáneamente en el mismo hábitat con los elefantes de bosque, porque entonces ambas formas se cruzarían entre sí y se mezclarían, difuminando las diferencias. Pero no es este el caso. Según las observaciones de Nestroy, ambos tipos de paquidermos viven en manadas separadas.

c) Algunos científicos creían que los elefantes enanos eran elefantes de bosque jóvenes que formaban manadas propias. La hembra de elefante preñada abatida y el bebé del tamaño de un pastor alemán contradicen esta hipótesis. «En realidad, ¿qué pruebas adicionales se precisan todavía para convencer a los escépticos más recalcitrantes de que el problema de los elefantes enanos, de su evolución, de su biología y de su protección no puede resolverse ignorando el objeto mismo?». Así concluyen Eisentraut y Böhme su investigación sobre el miniproboscídeo de las selvas lluviosas africanas. Desde entonces se ha hecho el silencio en torno al «más desconocido gran mamífero de África»; estos hallazgos fueron ignorados. Pero ¿por qué? ¿Porque lo que no puede ser, no puede ser, y además es imposible?

En el siglo XIX aún irrumpían con regularidad en el mundo occidental rumores procedentes de Siberia que la ciencia «oficial» explicó mucho más fácilmente: las fábulas de las tribus aborígenes informaban de «una especie de ratas» del tamaño de elefantes, que vivían en la tierra y morían en cuanto salían al aire libre o a la luz del día. Las denominaban con las palabras *mas* (tierra) y *mutt* (topo) y con ese nombre se conoce hoy en todo el mundo al formidable «topo de tierra», una de las «rarezas» más populares: el mamut.

Era el único modo en que los pueblos primitivos podían explicarse la aparición de los gigantescos cadáveres que una y otra vez eran liberados de los hielos perpetuos de la tundra siberiana. Al fin y al cabo parecía como si esos «cadáveres helados» acabaran de morir, pero los humanos no encontraban por ninguna parte mamuts vivos. Por tanto, debían de llevar —nada más lógico— una vida subterránea. Los yakutas, tunguses y otros pueblos incorporaron a los enigmáticos seres del hielo a su mundo imaginario, animado por espíritus de la naturaleza; los elefantes prehistóricos se convirtieron en místicos seres prodigiosos, y los chamanes los incluyeron en sus cultos y construyeron chozas con colmillos de mamut.

En reiteradas ocasiones han aparecido en Siberia cadáveres lanudos de esos animales extinguidos que muestran con fidelidad cómo eran los proboscídeos de la Edad del Hielo. En 1901 se consiguió por primera vez no solo recoger distintos colmillos, osamentas o cuerpos conservados en parte, sino el cadáver completo de un animal primitivo hoy conocido como *mamut de Beresovka* . El animal debió de precipitarse por la grieta de un glaciar y se fracturó la pelvis. En su

estómago se encontraron 11 kilos de restos de comida, sobre todo hierbas que hoy siguen creciendo en Siberia. Gran popularidad alcanzaron también Dima, una cría de mamut descubierta en 1977 que cayó en un agujero cenagoso hace unos 40.000 años, y la pequeña Masha, de unos 10.000 años de antigüedad, que marinos fluviales hallaron en 1988.

«Se busca elefante prehistórico»: en Siberia hay carteles ofreciendo recompensas por informaciones sobre cadáveres de mamuts.*Andrei Sher*

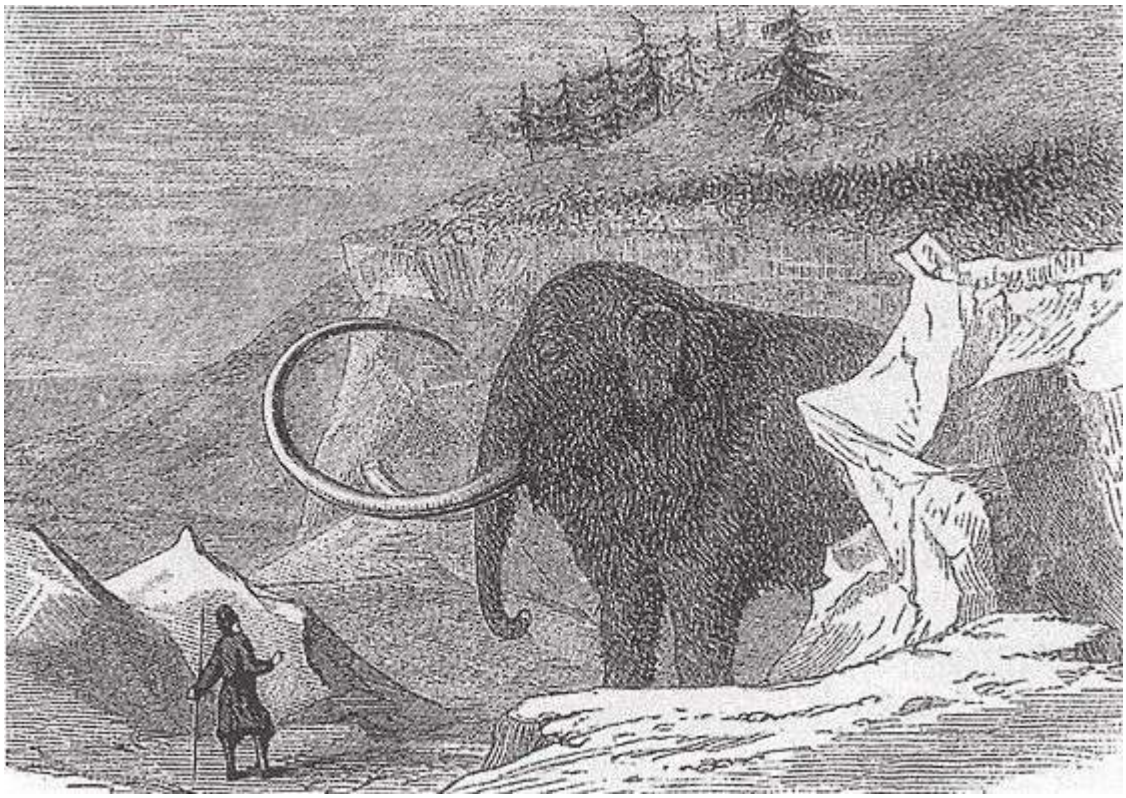
La mayoría de los mamuts lanudos se extinguieron hace unos 10.000 años. Solo pervivieron en una isla de unos 2.000 kilómetros cuadrados situada en el océano Glacial Ártico ruso: en Vrangel, al norte del círculo polar, aún vivían mamuts hace 4.000 años, en la época en la que el faraón egipcio Sesostris I conquistó Nubia e hizo erigir en Tebas su tumba. Desde entonces estos animales lanudos han desaparecido de la faz de la tierra, aunque hay personas que confían en que algún día los mamuts vuelvan a poblar las tundras siberianas.

En efecto, el veterinario japonés Kazufumi Goto, de la Universidad de Kagoshima, quiere resucitar al mamut con ayuda de la moderna medicina reproductora. Goto había demostrado antes que óvulos de vaca fecundados con esperma de toro muerto pueden originar novillos

viables. Ahora Goto quiere intentar algo similar con los elefantes asiáticos, a los que supone un parentesco más cercano con los gigantes prehistóricos que sus primos africanos. Para ello pretende fecundar óvulos de hembras de elefante indio con el esperma de un mamut, confiando en que surja descendencia viable, es decir un híbrido, una mezcla de ambas especies. En sucesivas etapas, esos mestizos serían reiteradamente fecundados con esperma de mamut, de manera que con el paso de las generaciones surgirían animales cada vez más parecidos a los mamuts.

Otra posibilidad de resucitar a los mamuts sería la clonación, lograda por vez primera en 1998 con la oveja Dolly. Para eso se introduciría un núcleo celular intacto de mamut en el óvulo desnucleado de una hembra de elefante indio, y este se implantaría en una «madre de alquiler». La ventaja es que, si esta vía diese resultado, no nacería un ser «mestizo», sino un genuino mamut: una copia clonada, casi perfecta, genéticamente idéntica al animal original fallecido muchos milenios antes.

Solo que para esto es preciso encontrar primero un mamut bien conservado: hasta ahora solo se han descubierto seis de esos «cadáveres helados», y únicamente los órganos sexuales de uno de ellos habían resistido la prolongada estancia en el hielo. Goto, sin embargo, está convencido de que en Siberia existen muchos más mamuts intactos de lo que se divulga oficialmente. Ya en dos ocasiones, en 1996 y 1997, ha estado «cazando mamuts» junto al río Kolymá, al noreste de Siberia, con la ayuda de un aparato de alta tecnología usado por la policía británica para descubrir cadáveres enterrados por sus asesinos. Al parecer este equipo de radar es especialmente útil en el suelo permanentemente helado de Siberia, y Goto confiaba en hallar entre los 5 y los 20 metros de profundidad mamuts ocultos que de otro modo permanecerían enterrados en los hielos perpetuos. Goto pretende descongelar el suelo helado alrededor de uno de esos cadáveres con fuego y chorros de agua caliente, para después extraer esperma del cadáver y congelarlo rápidamente. Hasta el momento su búsqueda ha sido en vano.



Un encuentro fantástico: ¿volveremos a ver algún día a hombres y mamuts vivos?*Mansel Collection*

En cambio dos miembros de los dolganos, los habitantes primitivos de la península siberiana de Taimyr, descubrieron en octubre de 1997 dos grandes colmillos en la tundra. Del hielo asomaban mechones de pelo, olía a carne en putrefacción. Bernard Buigues, empresario turístico y aventurero del polo norte, se enteró de la noticia en la ciudad siberiana de Chatanga, pero primero hubo que convencerlo para que examinase el lugar del hallazgo. Luego, cuando escarbó *in situ* en el hielo y sacó de la rojiza piel hirsuta una flor azul que parecía tan fresca como si no llevara ya 20.380 años en el hielo —según pusieron de manifiesto posteriores exámenes—, se quedó sobrecogido: en lo sucesivo la fiebre del mamut se apoderó de él e hizo todo lo posible para desenterrar al animal intacto que suponía en ese lugar. Buigues vendió los derechos cinematográficos a la emisora de televisión norteamericana Discovery Channel, habló de clonar mamuts a partir de la herencia del animal congelado, y después de trabajar durante meses con martillos neumáticos, secadores de pelo eléctricos y el equipo de radar de suelo ya mencionado, dejó al descubierto un enorme bloque de hielo de unos 3 × 3 × 2,50 metros. El 17 de octubre de 1999, el bloque de hielo más caro del mundo —la empresa había costado hasta entonces unos dos millones de dólares— fue transportado en helicóptero a Chatanga, donde se descongelará de forma controlada. Para ofrecer a la prensa internacional presente la imagen del mamut volando, Buigues volvió a hundir en el hielo los colmillos que en realidad ya había retirado. Pero está por ver cuánto mamut encierra de verdad el hielo.

La mayoría de los científicos dudan de que el esperma del macho u otras células corporales permitan obtener material genético apto para la clonación: «Según los conocimientos actuales, es improbable que el material hereditario permanezca intacto en su interior. Las largas cadenas de ADN hace ya mucho que se habrán deshecho en pequeños fragmentos», opina Adrian Lister, un especialista en mamuts del University College de Londres. La resurrección del gigante lanudo seguirá siendo seguramente ciencia ficción.

Sin embargo, la noticia de que en 1987 aparecieron por primera vez en Nepal, junto al río Karnali, unos animales parecidos a mamuts provocó gran asombro. Los gigantes aterrorizaban a la población de los alrededores de la reserva de Bardia y asolaban los campos. A partir de 1991 el naturalista John Blashford-Snell emprendió varias expediciones a esa región remota en busca de los insólitos proboscídeos. Y realmente encontró dos elefantes machos de figura en extremo desusada, completamente distintos a todos los que había visto hasta entonces: el mayor de los dos es denominado por la población Raja Gaj, «rey de los elefantes», y con una alzada de 3,35 metros supera claramente a los elefantes asiáticos habituales. El más pequeño se llama Kancha, «el más joven». El lomo de ambos animales presenta un extraño declive, pero lo más curioso son las dos grandes jorobas que se abomban en la frente de cada animal. También los rabos son raros, más gruesos de lo normal y con unas curiosas estrías.

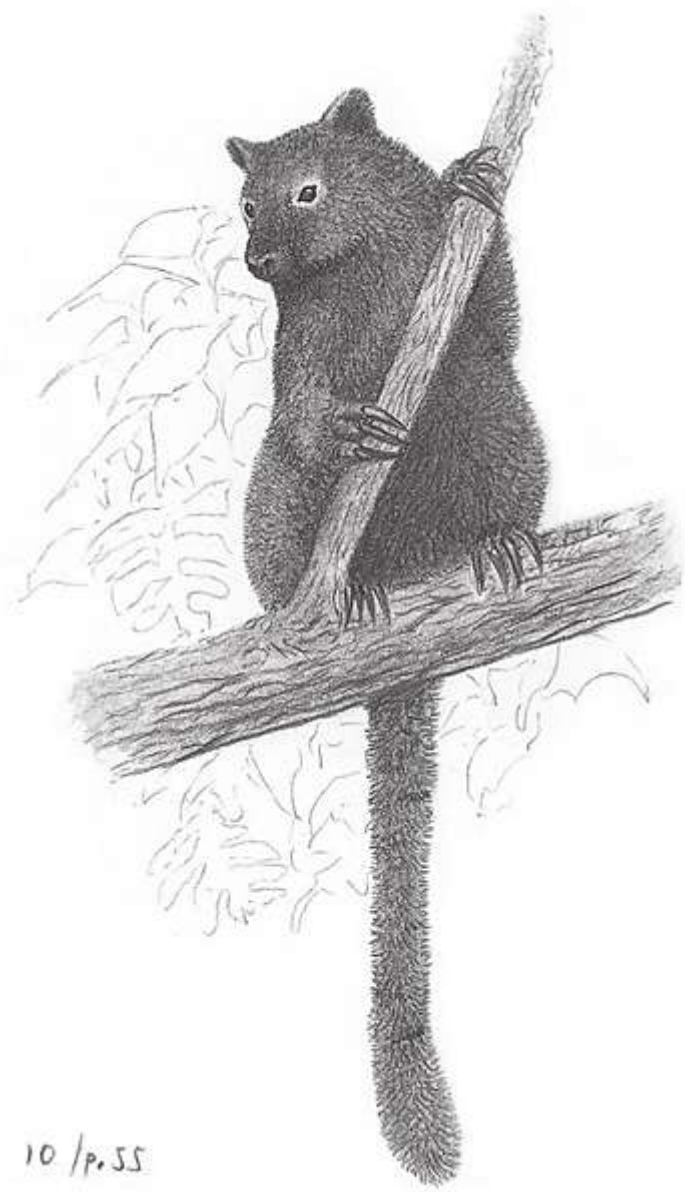
¿Qué animales eran esos? ¿Elefantes asiáticos? Su aspecto era en cierto modo deforme. ¿Mutantes? ¿Habían trastornado las hormonas el crecimiento de los animales? ¿O tal vez se encontraban ante un elefante prehistórico superviviente?

A Adrian Lister, paleontólogo y experto en mamuts, en un principio le recordaban a un estegodonte, el antecesor de los actuales elefantes, que vivió hace unos centenares de miles de años en el sudeste asiático. Más tarde comprobó que en Nepal había fósiles de otra especie, el *Elephas hysudricus* , que seguramente era el antecesor directo de los elefantes asiáticos actuales. Este elefante primitivo poseía también dos grandes jorobas en la frente; si se distribuyera «carne» alrededor de los cráneos fósiles, obtendríamos un ser parecido a Raja Gaj.

Lister y Blashford-Snell volvieron a salir en 1995 para recoger el estiércol de las «bestias de Bardia», como denominaron a los grandes elefantes. De esa manera esperaban conocer más detalles del parentesco de los animales con los elefantes corrientes. Este método ya se había ensayado en algunas especies de animales salvajes: en efecto, los excrementos contenían siempre células procedentes de la mucosa intestinal que permiten aislar material hereditario e investigarlo con los métodos de la genética molecular. Esta metodología se aplicó por primera vez en elefantes, y el mero hecho de que funcionase constituyó un gran éxito. Pero al que confiaba en su intuición le esperaba una decepción: Raja Gaj y Kancha no son mamuts, ni estegodontes, ni

tampoco elefantes asiáticos primitivos, sino que pertenecen a la misma especie de los elefantes asiáticos normales.

Sin embargo, Lister cree necesario realizar más estudios. En su opinión, esta población podría haber pasado a través de un «cuello de botella» por vivir aislada y de ese modo haber desarrollado esa anatomía desacostumbrada, quizá incluso una especie de «regresión» a sus primitivos ancestros. Es posible, no obstante, que Raja Gaj, Kancha y los miembros de su manada pertenezcan a una nueva subespecie, aunque esto está por ver. En cualquier caso la idea de que las «bestias de Bardia» poseen ciertos rasgos prehistóricos no era, por tanto, del todo falsa.



Los canguros arborícolas encontraron el camino de retorno desde la sabana al bosque, en cuyos árboles llevan un estilo de vida más bien apacible.*Carlos Velázquez*

4El tenkile y el dingiso

Tim Flannery había imaginado de otro modo su primera estancia en las montañas Torricelli de Nueva Guinea. En realidad el joven zoólogo quería hollar tierras vírgenes desde el punto de vista zoológico en uno de los rincones más apartados de la segunda isla más grande de la Tierra, rastrear los misterios de los bosques en un mundo en el que algunos pueblos viven todavía igual que en la Edad de Piedra: sin hierro, sin alfarería. Pero ahora yacía gravemente enfermo en las parihuelas, contento de que sus auxiliadores indígenas lo condujesen de vuelta a la civilización. Ya no podía andar, el tifus de las malezas se había apoderado de él. Un día más sin tratamiento médico y Flannery habría fallecido.

En sus pesadillas febriles veía la enorme garra que uno de los porteadores llevaba colgada al cuello como talismán, y a pesar de la gravedad de su estado, Flannery la atribuyó sin ningún género de dudas a un canguro arborícola. La garra era mayor que la de especies ya conocidas por la ciencia y mucho más oscura, también de esto se apercibió. Por consiguiente, tenía que proceder de una especie desconocida.

Estos acontecimientos ocurrieron en 1985, y fue el comienzo de una historia de investigación casi policial que en los años posteriores llevó una y otra vez al zoólogo Flannery, del Museo Australiano de Sídney, a las Torricelli en busca del nuevo canguro arborícola: un animal cuyos movimientos no recuerdan ni de lejos la elegancia del poderoso saltarín de las estepas australianas. Hace unos 50 millones de años, cuando el clima de la meseta continental australiana se tornó más seco, los antepasados del canguro actual bajaron al suelo desde los árboles: debían de parecerse a los pequeños lirones marsupiales actuales, hábiles artistas trepadores que hacen ejercicios gimnásticos entre el ramaje de las copas de los árboles. En ese «descenso» perdieron adaptaciones anatómicas a la vida arborícola: una variedad de pulgar, por ejemplo, situado frente a los otros dedos que les permitía agarrar las ramas, y desarrollaron otras nuevas como por ejemplo un esófago que facilitaba la digestión de las secas hierbas de la sabana. Hoy más de 60 especies de canguros ocupan los nichos ecológicos que en otras zonas del mundo pertenecen a los ungulados. Han evolucionado hasta convertirse en saltadores de longitud con patas delanteras cortas, pero en cambio las traseras les permiten dar saltos potentes. Hace unos 5 millones de años algunos de los marsupiales saltadores regresaron a los bosques y volvieron a subir a los árboles. Sus descendientes son los canguros arborícolas del actual género *Dendrolagus* , que habitan en las selvas lluviosas de Nueva Guinea y del norte de Australia.

Las siete especies de canguro arborícola conocidas hasta la fecha poseen una cola larga, muy peluda, que no sirve para agarrar sino para

balancearse entre el ramaje. Esos animales trepadores que dan impresión de torpeza se sujetan con las potentes garras de las patas y cogen ramas y hojas. En el transcurso del tiempo sus patas delanteras y traseras han vuelto a adquirir la misma longitud, lo cual supone una ventaja en las copas de los árboles. Sin embargo, los canguros arborícolas ya no recobraron la habilidad de los marsupiales primitivos. Tampoco necesitaban convertirse en acróbatas trepadores, pues en los bosques de Nueva Guinea carecían de enemigos que constituyesen un peligro para ellos; su torpe forma de trepar les bastaba plenamente para sobrevivir. Se sujetan con las patas y zarpas delanteras; cuando tienen que descender de los árboles, lo hacen con las patas traseras por delante. Pero también pueden dejarse caer de árbol en árbol con saltos de varios metros o sobre el suelo del bosque desde una altura de hasta 10 metros.

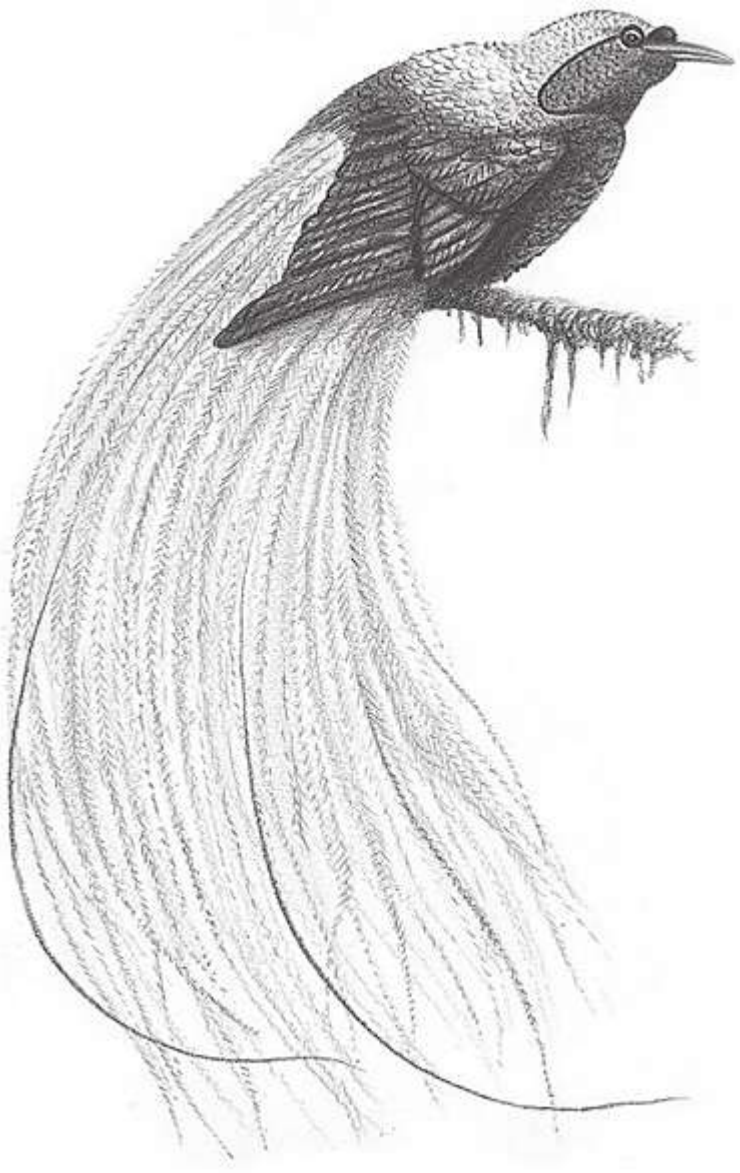
Flannery estaba seguro de que la garra de su sueño febril pertenecía a una octava variedad de canguro arborícola hasta entonces desconocida. Atrapado por la «fiebre del descubridor», regresó a Nueva Guinea tres años después de su primera y desafortunada estancia, decidido a encontrar a la nueva especie. Pero ¿dónde viviría ese animal? ¿Dónde debía comenzar su búsqueda? Las montañas Torricelli se extienden a lo largo de más de 200 kilómetros por el noroeste de Papúa-Nueva Guinea: son cientos de kilómetros cuadrados de terreno escabroso, de selva virgen casi intacta. Flannery sabía lo difícil que es descubrir animales en el espesísimo bosque, pues alguna vez, estando debajo de un árbol, había precisado veinte minutos o más para divisar al animal que el guía nativo intentaba mostrarle en la copa.

Flannery buscó en vano durante semanas. A veces, los cazadores le traían animales que él nunca había contemplado antes al natural, y él les daba dinero porque era la única forma de conocer las especies autóctonas. ¿Cuánto debía pagar a los hombres por sus capturas? Una pregunta difícil, porque él dependía perentoriamente de la colaboración de los nativos; por otra parte no deseaba inducirles a matar animales para él sin orden ni concierto.

Como es natural, también le entregaban continuamente animales que él no quería ni buscaba. Pero tampoco podía rechazarlos, para animar a los cazadores a que prosiguieran la búsqueda. Si los animales aún vivían, los liberaba de nuevo a escondidas. En una ocasión dos muchachos lo observaron mientras lo hacía… y en un santiamén volvieron a capturar a los ejemplares recién liberados para vendérselos de nuevo a Flannery.

A veces el excesivo celo de los cazadores le preocupaba, porque allí las personas estaban saqueando en exceso los tesoros de la selva lluviosa: las plumas de colores de la espléndida ave del paraíso adornaban siempre los tocados tradicionales de los papúas en fiestas y banquetes. A comienzos del siglo XX, decenas de miles de sus pieles con el plumaje fueron exportadas a Europa para utilizarlas en la moda, lo que hizo escasear a estas maravillosas aves. Hoy los animales de Nueva Guinea

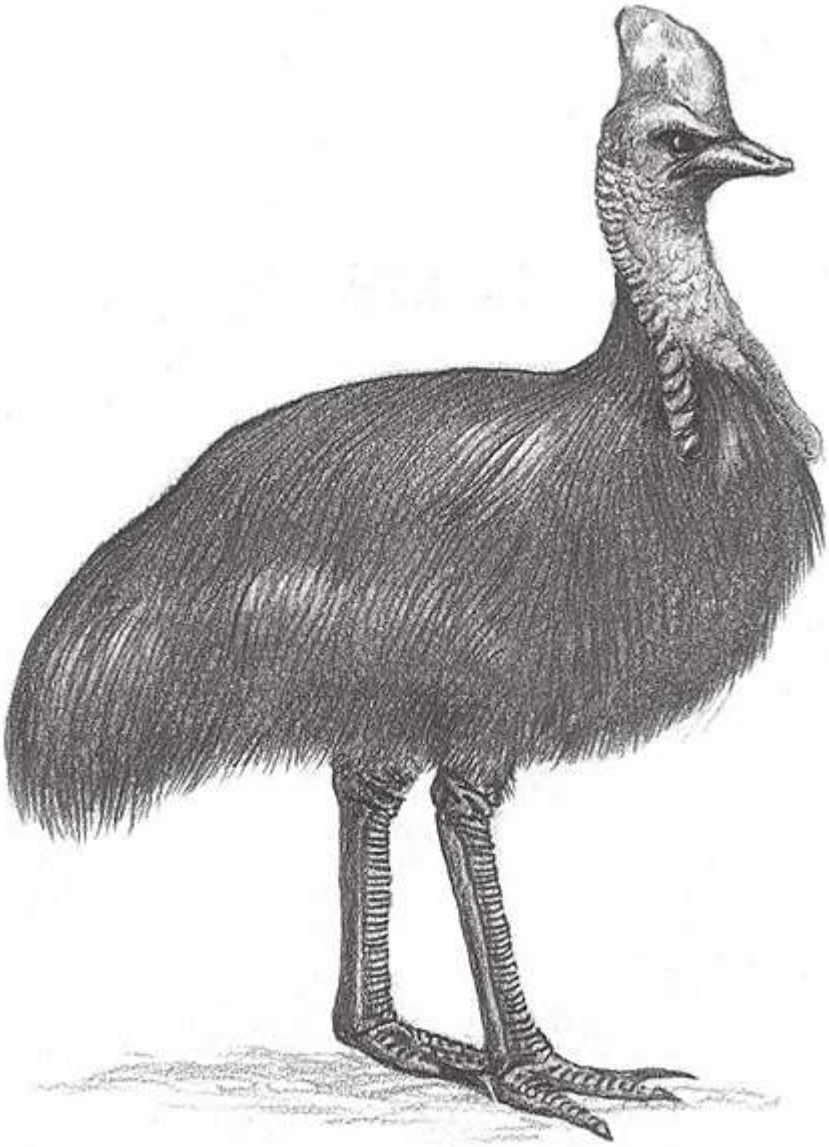
están amenazados por el continuo y rápido incremento de la población: los humanos practican una agricultura muy limitada, pero el suelo no es muy fértil. En consecuencia, viven de lo que les proporciona el bosque. Las armas tradicionales son suplantadas cada vez más por escopetas, los nativos disparan a todo lo que se les pone a tiro: casuarios, las grandes aves corredoras de Nueva Guinea, que hasta entonces habían sido capaces de defenderse, maravillosas guras coronadas y canguros arborícolas. Y es muy comprensible, porque las fuentes de proteínas son escasas.



Las primeras aves del paraíso disecadas artísticamente llegaron a Europa sin patas, por lo que durante mucho tiempo se creyó que los espléndidos «pájaros divinos» eran seres aéreos, que se alimentaban del rocío en el cielo.*Carlos Velázquez*

Respetan a pocos animales: por ejemplo el pitohui, un bello pájaro canoro rojinegro, al que los nativos llaman *rubbish bird* —pájarobasura —, porque su carne solo puede comerse tras una laboriosa preparación. El ornitólogo americano John Dumbacher, de la Universidad de Chicago, supo en 1992 por qué. Mientras estudiaba aves del paraíso en Nueva Guinea, un pitohui cayó en su red. Al intentar liberarlo, el pájaro arañó a Dumbacher en la mano con sus garras. Instintivamente, Dumbacher se chupó la herida, pero nada más lamerla sintió un profundo dolor y una sensación de insensibilidad en la boca. ¿Había estado el ave en contacto con plantas venenosas o poseía su propia defensa química? Cuando volvió a cazar un pitohui, Dumbacher repitió el experimento de chupar, con el mismo resultado desagradable y lacerante. Así, por pura casualidad, descubrió que el pitohui, conocido ya desde 1827, era venenoso, el único pájaro de toda la Tierra que lo es, dicho sea de paso. Estudios posteriores revelaron que unos pocos miligramos de un extracto obtenido de la piel del pájaro pueden matar a un ratón en veinte minutos: el veneno se parece al de las dendrobates o ranas de flecha sudamericanas. Seguramente el pitohui se protege de ese modo de los ataques de azores y serpientes.

Entretanto, Flannery había obtenido el apoyo de un misionero: el padre irlandés Patrick McGeever introducía las tradiciones tribales de los nativos en los ritos de la iglesia católica-irlandesa; él mismo adornaba su hábito con pieles y plumas de la región y gozaba así de gran predicamento. Cuando el padre mencionó en sus prédicas que Flannery buscaba un canguro arborícola, el científico pronto recibió fragmentos de piel del animal buscado. Eran negros, más oscuros que las pieles de todas las especies conocidas hasta entonces. Diez años atrás, el tenkile, así denominaban los nativos al animal buscado, aún vivía en aquella región. A Flannery le asaltaron las dudas sobre el sentido de su búsqueda: ¿viviría todavía el tenkile? ¿O había llegado demasiado tarde y buscaba una especie que acababa de extinguirse?



En Nueva Guinea los casuarios son una apreciada presa de caza. Son capaces de matar a una persona de una patada.*Carlos Velázquez*

Llevaba ya varios años dedicado a esa búsqueda, había recorrido la región en reiteradas ocasiones, y todavía no había visto ni un solo tenkile vivo. En la siguiente expedición se adentró en territorios aún más remotos. Y vivió la experiencia de que no siempre era bien recibido: muchos nativos habían tenido malas experiencias con los blancos. En un poblado el ambiente estuvo extremadamente tenso desde su llegada. Pero mencionar encima que era biólogo fue la peor de las ocurrencias. En efecto, anteriormente habían llegado al poblado dos expediciones zoológicas y los nativos se habían sentido engañados y utilizados: los científicos les habían pagado mal y habían roto los tabúes de los habitantes del poblado. Flannery fue conducido a una choza, sin luz, sin agua y sin comida, una ruptura brusca con las costumbres siempre hospitalarias del país. Por la noche oyó hablar agitadamente al consejo del poblado, y como los nativos discutían en parte en dialecto pidgin

comprendió unas cuantas frases: algunos abogaban por matarlo en el acto; otros se oponían, temiendo que eso acarrease graves represalias para el pueblo.

Flannery permaneció días enteros atrapado, sin contacto con el mundo exterior, sin radio, sin transmisor que le permitiera comunicar su penosa situación. Pero en cierto momento los hombres le trajeron animales cazados. De repente parecían aceptarlo, y su alivio se convirtió en entusiasmo al darse cuenta de lo que le ofrecían: un enorme, pesado y oscuro canguro arborícola. ¿Acaso el tenkile tenía su morada precisamente en ese lugar tan inhóspito? Sin embargo, tras los análisis genéticos efectuados en Sídney, Flannery comprobó que ese animal solamente pertenecía a una subespecie del muy extendido canguro arborícola doria, es decir que no era el tan ansiado tenkile.

En noviembre de 1989, los cazadores llevaron una cría viva del canguro arborícola negro a la misión del padre McGeever, pero falleció antes de llegar a manos del departamento de animales salvajes. Con todo, Flannery conocía ahora el paradero de aquella especie y sabía que no se había extinguido. Estimó la población de canguros en tan solo 300 ejemplares. En 1991 pudo permitirse al fin pagar a un ayudante, que en mayo de ese mismo año atrapó tres tenkiles y volvió a dejarlos en libertad con un emisor alrededor del cuello. Flannery voló a las Torricelli a toda prisa para encontrarse al fin con «su» canguro arborícola.

La búsqueda fue frustrante: la batería del emisor de uno de los animales se había agotado enseguida y el tenkile siguió en paradero desconocido. A continuación encontraron otro de los canguros, un ejemplar viejo, muerto en el bosque. Cuando poco después hallaron también sin vida al animal restante, mucho más joven, Flannery comenzó a dudar del significado de su búsqueda. «Con este proyecto hemos matado ya dos animales», pensaba, y cayó en un profundo dilema: «¿Estaré acelerando la extinción de esta especie? Pero, si yo no estuviera aquí, el animal se extinguiría tarde o temprano, sin que supiéramos nada de su existencia».

Además, el clima de las montañas le sentaba cada vez peor: «Ya no resistiré mucho más aquí: siempre esta humedad, este bochorno», escribió en su diario. «Las fuerzas me abandonan, estoy físicamente exhausto y al borde del agotamiento psíquico». No obstante, aún pretendía proseguir la búsqueda del tenkile. Pese a todo, Flannery ya había conseguido con los trozos de piel que las autoridades prohibiesen la caza de esa especie. Aunque eso era casi incontrolable en la selva, suponía un primer paso muy importante para proteger a ese raro animal.

La caza tuvo un desenlace completamente inesperado: un buen día, dos hombres del pueblo de los wigoti le trajeron un animal joven, vivo, que habían encontrado en el bosque. Su madre había ido a parar a la cazuela la noche anterior. Flannery se mostró entusiasmado: por fin

había alcanzado su meta. Desde el punto de vista científico, el descubrimiento de una nueva especie zoológica de gran tamaño causó sensación. Por desgracia, el pequeño no vivió demasiado tiempo en cautividad, pero observándolo Flannery logró reunir numerosos datos nuevos sobre la especie. Por ejemplo: la gruesa piel indicaba que los canguros arborícolas negros evidentemente estaban adaptados a un clima más frío y que tras la última glaciación, cuando la Tierra volvió a calentarse hace unos 14.000 años, se habían retirado a regiones montañosas situadas a más de 2.000 metros de altitud. En honor a su mecenas Winifred Scott, que había financiado la continua búsqueda del animal, Flannery llamó a la nueva especie *Dendrolagus scottae* .

Los habitantes del poblado wigoti se entusiasmaron al enterarse de la existencia del extraño animal que habitaba en los alrededores: Flannery confía en que este entusiasmo acaso contribuya a largo plazo a proteger al tenkile. Ahora él lucha para que el gobierno de Papúa-Nueva Guinea proteja los territorios en los que vive el canguro arborícola. Pero en este punto la situación no presenta buen cariz: en 1997 salió a la luz el proyecto de construir carreteras a través de la selva en esa región para posibilitar la tala de árboles. Vastos territorios, hasta entonces remotos, serán fácilmente accesibles para los cazadores.

Flannery tardó siete años en ver por primera vez a un tenkile vivo; el descubrimiento de otra especie de canguro arborícola fue más rápido: en 1990, el científico recibió unas instantáneas tomadas por el fotógrafo sudafricano Gerald Cubitt en Irian Jaya, en la zona indonésica de Nueva Guinea. Mostraban a un joven canguro arborícola que había sido abatido por un miembro de la tribu de los dani. El animal era completamente negro excepto una mancha blanca en el pecho, y su rabo era asombrosamente corto. O bien pertenecía a una nueva especie o —lo que era menos probable— se trataba de un ejemplar de una especie ya conocida con características poco habituales. El año anterior un trozo de piel que un cazador dani portaba en el sombrero había interesado vivamente a Flannery: también era negro con trazas de blanco.

Estos dos indicios —la tira de piel y la fotografía— abogaban por la existencia de un canguro arborícola desconocido que podría vivir en un sector de 400 kilómetros de longitud de la cadena montañosa central de Irian Jaya. ¿Era esto suficiente para equipar una expedición a uno de los territorios más inaccesibles del mundo? ¿Quién facilitaría el dinero para una empresa basada en una instantánea y en un trozo de piel? En principio, el proyecto de buscar al enigmático marsupial fue a parar a un cajón.

Cuatro años después se reabrió la posibilidad de descubrir los secretos del animal desconocido: el Museo Australiano de Sídney y el Museo Zoológico de Bogor (Indonesia) pretendían organizar una expedición conjunta a la vertiente meridional de Carstens Range —una región montañosa que el explorador británico Alfred Wollaston se había atrevido a hollar por primera vez a comienzos de siglo— para estudiar las especies biológicas. A causa de las enfermedades, Wollaston perdió

entonces a la mayoría de sus 260 porteadores malayos y gurkha nepalíes, soldados que vigilaban la expedición. En dos ocasiones el equipo de la expedición fue arrastrado por ríos desbordados, y varias veces Wollaston se encontró de noche en el campamento con el agua por el pecho. Durante 15 meses se abrió paso a través de un bosque impenetrable y un terreno increíblemente escarpado, y sin embargo la expedición no llegó a más de 1.400 metros de altitud, los hombres solo acertaron a divisar en un par de ocasiones las cumbres cubiertas de nieve de las montañas.

Hoy en día el trayecto es más sencillo: la expedición de Flannery se trasladó, en un vuelo de helicóptero de media hora de duración, desde el sur de Irian Jaya hasta el glaciar Meren, antes de comenzar las penalidades y el reconocimiento del territorio. El equipo se puso en contacto con los cazadores nativos de la tribu de los dani, que conocían dos especies de canguro arborícola: el naki marrón dorado, que resultó ser un canguro arborícola doria, y el blanquinegro nemenaki, tras el que quizás se ocultase la nueva especie buscada. Los cazadores relataron que ese animal profería sonidos silbantes y que no pasaba mucho tiempo en los árboles, pues vivía más bien en el suelo. Además, el nemenaki no era muy tímido: un cazador refirió que le bastó colocar un lazo alrededor del cuello de uno de los canguros arborícolas para llevárselo lejos de allí. Otro lo había atraído simplemente con un haz de hojas. ¿Era todo eso pura palabrería de cazadores?

Flannery no tardó en conseguir el primer animal: una hembra hallada por sus ayudantes que los dingos salvajes de Nueva Guinea habían matado a mordiscos. «La primera vez que vi al animal sobre los hombros de un dani, no parecía en absoluto un canguro, sino más bien un oso pequeño o un panda», afirma Tim Flannery al rememorar su encuentro con el nuevo animal. Tenía una cara muy chata, un rabo relativamente corto, manchas blancas y negras y mostraba en la frente una pequeña mancha blanca: se diferenciaba claramente de las especies de canguro arborícola conocidas.

Pronto reunió más datos sobre la conducta del animal, que los dani también denominan dingiso: cuando te lo encuentras en el bosque, profiere un grito silbante y levanta de golpe las patas delanteras. Una extraña conducta, porque así el animal se descubre, pero quizá también avise de este modo a sus congéneres. En cualquier caso, eso lo hace presa fácil para los cazadores.

Sin embargo, en la zona occidental de Carstenz Range, donde vive la tribu de los moni, el animal está rigurosamente protegido: el canguro arborícola juega un papel capital en la cosmovisión de los moni, pues lo consideran uno de sus antepasados del que descienden todos ellos, y lo llaman también *mayamumaya* : «el que tiene cara de hombre». Por eso consideran sagrado al pequeño canguro arborícola blanquinegro. Matar a uno de esos animales equivaldría a un asesinato, comer su carne sería un acto de canibalismo.

También los moni conocen su curioso comportamiento: cuando en un encuentro entre hombre y animal un mayamumaya levanta de golpe los brazos y emite un silbido de alarma, ellos creen que el animal reconoce y saluda a sus parientes humanos. Un viejo cazador moni contó al biólogo Flannery que en cierta ocasión devolvió el saludo al animal: «Sé quién eres y no te haré daño. Dejaré que sigas tu camino».

Aunque los moni han sido cristianizados poco a poco por los misioneros, su sistema tradicional de creencias ha permanecido intacto. Por eso a Flannery no le preocupa el futuro de la nueva especie: cree que aún habitan en los bosques algunos miles de ejemplares. Denominó a la nueva especie con una palabra de la lengua de los moni que designa el tabú de matar: el canguro arborícola blanquinegro se llama ahora *Dendrolagus mbaiso* : es decir «canguro arborícola “prohibido”».

El dingiso, una nueva especie de canguro arborícola, es tan manso que es una presa fácil para los cazadores.© *Tim Flannery*

El descubrimiento del dingiso o mayamumaya fue sin duda el punto culminante de la expedición que en conjunto cosechó un éxito extraordinario: hasta ese momento se ignoraba que una cuarta parte de las 42 especies de mamíferos descubiertas en Irian Jaya por los científicos vivieran allí; el canguro, una rata y un murciélago fueron incluso especies completamente nuevas. Además, los investigadores fotografiaron por primera vez numerosas especies de mamíferos. Nueva Guinea seguro que deparará todavía alguna que otra sorpresa.

En cualquier caso, el dingiso no es simplemente otra nueva especie de los indolentes marsupiales arborícolas, sino un eslabón muy importante para comprender la filogénesis de ese grupo de animales. Como lleva una vida «semiterrestre» —la mitad de su vida la pasa en el suelo—, ocupa un lugar especial entre los canguros arborícolas. Al principio Flannery creyó que el animal estaba cerca de aquella forma de transición que retrocedió desde el suelo a los árboles. A pesar de los pies planos, las patas delanteras y traseras casi de la misma longitud están bien dotadas para trepar. También el cráneo se parece mucho al de las otras especies de *Dendrolagus* . Los huesos, sin embargo, son demasiado ligeros para resistir saltos o caídas desde los árboles. En opinión de Flannery, el dingiso está recorriendo ahora el camino inverso: descender de los árboles al suelo. Y es que la evolución a veces es como la vida: unas veces se baja y otras se sube, y después vuelta a bajar…

5*Bigfoot* no puede morir

Un ronco y profundo gruñido salió del bosque cuando los dos piragüistas merendaban el 27 de agosto de 1995 en una orilla apartada del lago Kootenay, ubicado en la Columbia británica. Picados por la curiosidad, siguieron el sonido; poco después olieron un hedor espantoso, y entonces lo vieron…

A menos de siete metros un ser gigantesco —sin duda de 2,50 metros de altura y oscuro como un oso— se arrodillaba sobre un animal muerto. No tenía pelo, sino una piel negra y correosa en la cara. Uno de los dos, que, por consideración a su familia y puesto de trabajo, desea mantener el anonimato, relata: «Cuando nos miró fijamente con sus horribles ojos, pensé: Nos va a matar ahora mismo. Pero cogió su comida del suelo y huyó de nosotros internándose en la espesura. Aunque nadie dé crédito a esta experiencia, yo desde luego jamás volveré a esos bosques».

Los indios saben desde hace muchas generaciones que las regiones despobladas de los bosques norteamericanos albergan un misterio: en el norte de California lo llaman *omah* , en el valle Skagit de Washington, *Kala'litabiqw* , en la Columbia británica, *sasquatch* . También cazadores, buscadores de oro y personas dedicadas a las prospecciones que recorrieron estas regiones solitarias en los siglos pasados se toparon con el «monstruo». Hoy, por el contrario, son casi siempre urbanitas ávidos de experiencias quienes avistan en sus viajes multiaventura a la enigmática criatura. Sus experiencias en regiones despobladas, que no se atreven a contar a nadie por miedo a hacer el ridículo en público, las confían al anonimato de Internet. La red está repleta de descripciones de ese tipo de tropiezos inquietantes: casi siempre narraciones anónimas sobre misteriosos encuentros entre humanos y un ser desconocido y gigantesco. Por lo visto, miles de personas se han topado ya cara a cara con esa criatura, aunque la ciencia «oficial» aún no lo haya reconocido.

El explorador David Thompson fue el primer blanco que en 1811 halló huellas de pie gigantescas, parecidas a las humanas, de una criatura desconocida en las cercanías de la actual ciudad canadiense de Jasper. Desde entonces ese ser ha sido visto en casi todos los estados federales americanos y canadienses, o al menos se han descubierto las improntas de sus enormes pies. Pero la mayoría de los avistamientos han acontecido en la costa occidental de América, en los interminables bosques del macizo de Cascade y en los pantanos de Florida. Debido a sus enormes pies con los que recorre el país a grandes zancadas dejando en la tierra profundas impresiones de un número de pie del 61 o más, el ser misterioso se llama «piegrande»: *bigfoot* . Y es apreciado por todos los que creen en lo imposible en este mundo.

Pero hasta hoy no existe ninguna prueba sólida que atestigüe su existencia. Ningún cadáver, ningún trozo de piel, ni siquiera huesos o dientes desvelan este enigma de los bosques americanos; pero sí conocemos toda una serie de relatos realmente increíbles: el obrero de la construcción Albert Ostman, por ejemplo, asegura haber sido raptado por *bigfoots* en 1924. Por aquel entonces buscaba oro cerca de Toba Inlet, una ensenada de la Columbia británica. En cuanto se dio cuenta de que su campamento era revuelto noche tras noche, decidió pasar en vela la noche siguiente para pedir explicaciones al intruso; pero se quedó dormido y no se despertó hasta que «algo» lo arrancó del sueño junto con el saco de dormir y se lo llevó. El ser transportó al obrero de la construcción durante unas tres horas en plena noche; a la mañana siguiente, Ostman se vio en un valle remoto, vigilado por muchas criaturas peludas, una verdadera familia de *bigfoots* : padre, madre, hija e hijo.

Los seres, parecidos a monos, se pasaban casi todo el día buscando alimento: recolectaban hierba, ramas, nueces y raíces. Al parecer, el macho medía unos 2,50 metros; la hembra era más pequeña, acaso de 2 metros de altura y, según las estimaciones de Ostman, pesaría unos 250 kilos. Las tremendas criaturas dejaban a Ostman en paz, pero vigilaban para evitar que huyese. Al fin el buscador de oro logró escapar gracias a su rapé: Ostman tomaba con frecuencia una pulgarada y eso despertó la curiosidad del *bigfoot* padre, que agarró de pronto toda la provisión y se la zampó de golpe. Le sentó fatal. «Los ojos le daban vueltas y empezó a chillar como un cerdo», informa Ostman. Entonces el *bigfoot* padre corrió hacia un manantial y bebió y bebió. Ostman aprovechó la confusión para huir y alejarse del valle y de los *bigfoots* .

El noroeste de Estados Unidos es un hervidero de *bigfoots* , o al menos de testigos oculares que pretenden haber visto a esos seres y sus descomunales huellas.Según John Green, *On the Track of the Sasquatch* , Surrey/British Columbia y Blaine/Washington 1980 (3.ª ed., 1994)

Ese mismo año, en Kelso, estado de Washington, cerca del Mount St. Helen, se produjo otro incidente protagonizado por *bigfoots* cerca de un desfiladero, que, debido a ese suceso, hoy se conoce con el nombre del cañón Ape («el cañón del mono»). Cinco hombres se tropezaron allí con cuatro misteriosos «diablos de montaña», cuyas huellas conocían desde hacía años. Al parecer mataron de un tiro a uno de ellos, pero no pudieron recoger su cuerpo porque se precipitó por el desfiladero. La noche siguiente los enfurecidos «diablos» supervivientes aterrorizaron a los hombres: bombardearon la cabaña en la que dormían con una lluvia de piedras grandes y pesadas, sacudieron las paredes y arrancaron de ellas enormes trozos de madera, anduvieron por encima del tejado intentando entrar, pero en vano. La ominosa situación se prolongó

durante toda la noche. Los hombres disparaban continuamente a la oscuridad. Según sus declaraciones, los «diablos» atacantes eran criaturas «antropomorfas» con orejas y rostros peludos, brazos largos y fuertes, nariz chata y un peso entre 250 y 350 kilos.

No todos los que se encontraron con un *sasquatch* fueron atacados de esa forma, aunque al fin y al cabo los hombres del cañón Ape también fueron culpables de aquella noche infernal, pues habían abatido a la criatura sin motivo alguno. Rory Zoerb, por ejemplo, vivió otras experiencias con el misterioso gigante: en 1993 recorrió el norte de California en busca de un *bigfoot* . «Allí los bosques son lo bastante grandes como para jugar al escondite con el ejército entero de los Estados Unidos. Densos bosques cubren la tierra hasta donde alcanza la vista. Y en algún lugar ahí dentro viven esas criaturas», escribe Zoerb en un informe en Internet.

Tras una prolongada búsqueda por los bosques llegó el momento: «Observé un par de ojos que me miraban fijamente». Zoerb estaba seguro: no pertenecían a un oso o a un puma, ni a un búho, ni tampoco a un ciervo. Lo que le miraba fijamente tenía que ser un *bigfoot* de unos 350 kilos de peso. ¿Cómo habría sido su vida? ¿Cómo sería su relación con los humanos? ¿Sentiría rencor hacia ellos? Todos estos pensamientos le pasaron a Zoerb por la cabeza mientras contemplaba al gigante. «Cuanto más tiempo lo miraba a los ojos, con mayor claridad veía un alma amistosa, inteligente».

Todas estas anécdotas asombrosas pertenecen al permanente acervo de fábulas sobre los *bigfoots* . ¿Se trata de fantasías de hombres que han vivido demasiado tiempo solos en las montañas, de ensoñaciones de lunáticos que pretenden darse importancia? Para el antropólogo Grover Krantz, de la Washington State University, el gran número de vestigios y relatos son prueba suficiente de que verdaderamente algo mora en los bosques: el *bigfoot* . Este científico sacrificó incluso su carrera a esa convicción, de la que sus colegas se burlaban. Krantz considera al *bigfoot* un gigantesco primate, el sucesor del *Gigantopithecus* , el mayor mono que ha vivido jamás sobre la Tierra y que se extinguió en el sureste asiático hace unos 200.000 años.

Giganto , como llaman algunos casi con ternura al mono gigante, sería ciertamente un digno antepasado del misterioso *bigfoot* , no solo por su envergadura, sino también por la insólita historia de su descubrimiento y de la atrevida reconstrucción de este animal, pues fue un maquillador de Hollywood, junto con un paleoantropólogo —un investigador del hombre primitivo, por tanto—, quien a partir de unos cuantos restos construyó un modelo a escala natural del simio gigante.

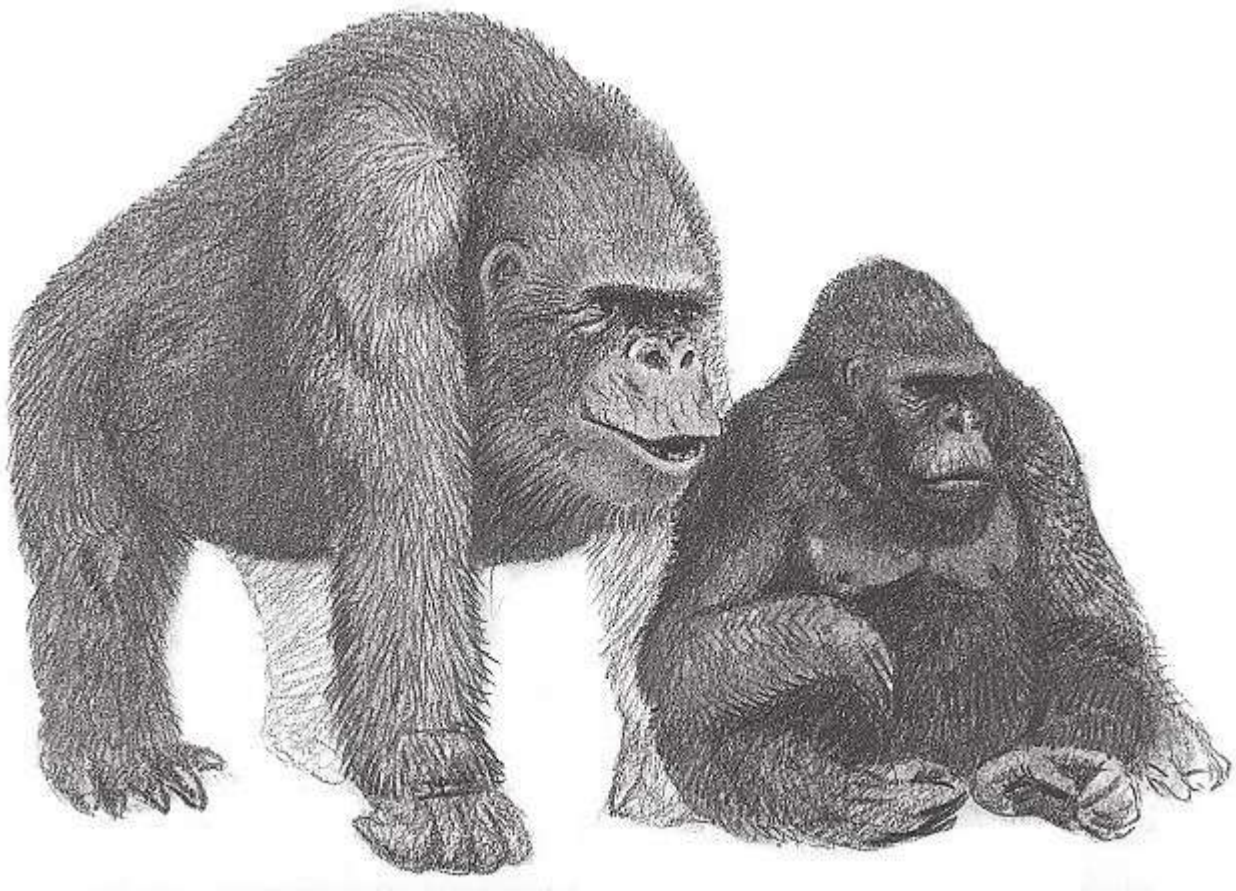
Al principio solo contaban con un diente. Ralph von Königswald, un paleoantropólogo alemán, hurgaba en 1935 en una farmacia china de Hong Kong buscando «dientes de dragón», fósiles que, al igual que el cuerno de rinoceronte, forman parte del acervo de la medicina tradicional china. El paleoantropólogo alemán solía distraerse

asignando esos dientes a animales prehistóricos, porque los dientes revelan a un experto numerosos datos sobre su poseedor. Entre los dientes de esos «dragones» prehistóricos, Von Königswald encontraba asimismo en reiteradas ocasiones los de hombres primitivos, y eso era justo lo que él buscaba.

Pero esta vez el investigador sintió un escalofrío. Ante él tenía un molar formidable: igual que uno humano, pero casi del tamaño de una nuez. Tenía que pertenecer a un gigante, al mayor primate que haya existido jamás. Von Königswald se quedó fascinado: había descubierto restos de una especie desconocida. Y tras encontrar durante los años siguientes en farmacias chinas otros tres dientes de parecido tamaño, proclamó una nueva especie dándole el nombre de su fallecido colega Davidson Black: *Gigantopithecus blacki* , «el mono gigante de Black».

Los valiosos dientes sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial en una botella de leche que Von Königswald había enterrado en un patio trasero de Java antes de ser hecho prisionero por los japoneses al considerarlo erróneamente holandés. Sin embargo, antes había enviado vaciados en yeso al anatomista Franz Weidenreich. Este no atribuyó esas copias de dientes a un mono enorme, sino a un ser humano gigantesco. Porque desde el descubrimiento en Java de cráneos del *Homo erectus* de inusitado tamaño, Weidenreich creía que la evolución humana había atravesado un periodo de gigantismo. Giganto era su mejor demostración al respecto. Tras la Segunda Guerra Mundial esta opinión —basada en los vaciados en yeso de aquellos cuatro dientes— estaba muy difundida.

En 1956 otros hallazgos rebatieron la creencia en el hombre gigante: un labrador chino que buscaba huesos de dragón en la cueva de Liucheng se topó con una mandíbula descomunal que albergaba los típicos dientes de Giganto. Más tarde se descubrieron allí otros dos maxilares y casi mil dientes sueltos, de una antigüedad aproximada de un millón de años. Y todos estos fósiles pertenecían inequívocamente a antropoides. Por eso en la actualidad Giganto se considera un pariente del orangután.



El *Gigantopithecus* era casi el doble de grande que un gorila adulto y, por tanto, el mayor mono de todos los tiempos.*Carlos Velázquez*

El *Gigantopithecus blacki* no apareció hasta hace aproximadamente un millón de años y era natural de China y Vietnam. Pero tenía un primo en la India: el *Gigantopithecus giganteus* , de seis millones de años de antigüedad. En 1968 se encontró un fragmento de mandíbula suyo en el norte de la India del que se deduce que solo alcanzaba la mitad de altura que el «mono gigante de Black». La especie más grande es, por tanto, la más reciente; por ello se cree que los monos gigantes se volvieron cada vez más colosales en el transcurso de su evolución (como revelan también los hallazgos de hace unos 300.000 años del Wuming chino). Quiere esto decir que Giganto era un típico hijo de su tiempo, pues todos los continentes albergaron durante el Pleistoceno una «megafauna» de distintos grupos de mamíferos: perezosos gigantes y armadillos gigantes, mamuts, ciervos colosales; todos ellos herbívoros que, debido a su tamaño, apenas debían temer a los depredadores.

También Giganto era vegetariano. Sus dientes permiten conocer su dieta: su robusta mandíbula le permitía triturar plantas duras y fibrosas. Algunos dientes contenían incluso restos de comida adheridos: los denominados *fitolitos* , que son cristales de células vegetales microscópicos. Basándose en estas partículas, científicos del equipo del

paleoantropólogo Russell Ciochon determinaron en 1988 que Giganto se alimentaba de bambú y de frutos de la familia de las moreras.

En un gesto de audacia, Ciochon y el antiguo maquillador de Hollywood Bill Munns cubrieron en 1989 por primera vez de «carne» al mono y construyeron alrededor de la mandíbula y de los dientes una reproducción lo más fiel posible, basándose en todo tipo de «fundadas suposiciones». El poseedor de una dentadura tan formidable debía de tener asimismo unos poderosos maseteros y un cráneo en consonancia. Como modelo utilizaron sobre todo al orangután. Ciochon y Munns calcularon para un macho de Giganto «medio» un tamaño hipotético del cráneo de 45 centímetros desde el mentón a la coronilla (en el macho adulto de gorila mide 25 centímetros).

Pero un cráneo gigante necesita igualmente un cuerpo gigantesco: estaba claro, por tanto, que Giganto —aunque solo fuera por su tamaño — tenía que haber vivido en el suelo. Ciochon y Munns ya no podían, pues, aprovechar mucho del orangután, que, con sus largos brazos, se balancea de árbol en árbol. En consecuencia, recurrieron al gorila y al papión gigante extinguido, el *Theropithecus* . De sus cálculos y extrapolaciones dedujeron que Giganto pesaba 550 kilos y medía, erguido, 3 metros. (Un gorila macho alcanza 1,85 metros y pesa apenas 300 kilos).

En cuanto a la piel, los reconstructores se inspiraron en los primates del sureste asiático: el orangután y los monos dorados chinos tienen el pelo de color rojizo dorado. ¿Por qué no podía haber tenido Giganto un pelaje igual? Al fin y al cabo vivía en el mismo hábitat. Modelos posteriores del mono gigante muestran incluso cómo podría haberse movido: el gigante bambolea las caderas, parpadea… y brama y gruñe. Pero —mal que le pese a la fantasíaera imposible deducir todos estos datos de los dientes. «Verdaderamente esto, más que historia natural, es teatro», reconoce Bill Munns.

Sin embargo Giganto, si era necesario, podía volverse en ocasiones muy salvaje. El anatomista australiano Charles Oxnard dedujo estos rasgos de conducta del minucioso análisis de 735 dientes que le cedieron para su estudio. Los dientes de Giganto se podían dividir en dos tipos: asignó los más grandes a los machos y los más pequeños a las hembras. Las diferencias entre sexos eran mucho mayores que en otros primates, un indicio de que los machos libraban violentas luchas por las hembras.

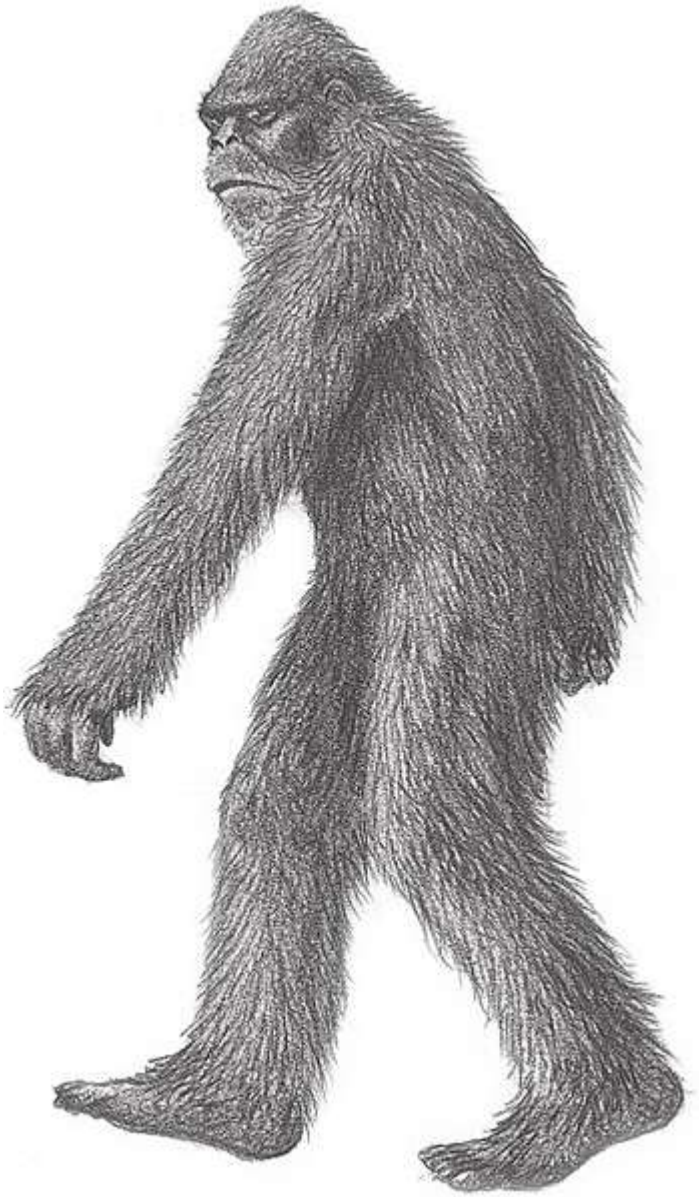
Pero ¿por qué desapareció Giganto hace 250.000 años casi de improviso tras haber vivido seis millones de años en el sureste asiático? Quizá por entonces, aventura Ciochon, desapareció gran parte del bambú y los monos gigantes ya no pudieron cubrir sus necesidades alimenticias. Al mismo tiempo, también desapareció en vastas zonas de esta región otro comedor de bambú: el panda blanquinegro, un contemporáneo de Giganto, se retiró a algunos rincones remotos de China en los que ha sobrevivido hasta nuestros días.

Posiblemente también el hombre primitivo *Homo erectus* contribuyó a la extinción del mono gigante. Ambas especies coexistieron en China y Vietnam durante varios centenares de miles de años. No está demostrado que el hombre primitivo cazase al colosal antropoide. Pero es posible que el *Homo erectus* , que en esta región seguramente también dependía del bambú como base de su subsistencia, superase con sus habilidades técnicas a Giganto en una época de escasez de alimento y contribuyese a su desaparición dejándole menos comida disponible.

La reconstrucción del mono gigante, de su aspecto y de su estilo de vida a partir de tan solo cuatro huesos maxilares y unos mil dientes es un ejemplo típico del rompecabezas que los paleontólogos se ven obligados a recomponer una y otra vez. Los investigadores del hombre primitivo tienen que deducir a veces a partir de fragmentos de un maxilar de millones de años de antigüedad, de un cráneo o de dientes aislados datos sobre más de cinco millones de años de historia de la humanidad y reconstruir una imagen lo más armónica posible de los tipos humanos anteriores. Por tanto, cada hallazgo, cada detalle nuevo puede revolucionar la idea de una especie. No es de extrañar, por consiguiente, que la audaz reconstrucción del mayor mono de la Tierra tuviera una enorme repercusión.

Tras publicar los resultados de su investigación, Ciochon recibió cartas de veteranos americanos: durante la guerra de Vietnam todos ellos afirmaban haber visto en la selva antropoides de un tamaño desmesurado y haberlos tenido delante. ¿Había sobrevivido Giganto? Una y otra vez se habla de él como antepasado de misteriosos hombres mono, aunque no descubiertos hasta la fecha: como antepasado del yeti, el «abominable hombre de las nieves» del Himalaya, o del *bigfoot* .

Pero por desgracia no existe demostración alguna de esta apasionante hipótesis, ni siquiera un mísero diente. No obstante, a falta de pruebas sólidas, en ocasiones también la simple lógica permite deducir hechos irrefutables. El antropólogo Grover Krantz sigue convencido de que el mono gigante americano de pies grandes existe, y sabe también cómo *bigfoot* , alias *Gigantopithecus* , cambió en su día de continente: el mayor mono de la Tierra, único primate que vive en Norteamérica, aparte del hombre, aunque todavía no haya sido oficialmente descubierto, llegó por supuesto a través del estrecho de Bering. En las glaciaciones, con el descenso del nivel del mar, ese puente de tierra unía la masa continental asiática con la americana Alaska. Numerosas especies de animales pasaban de ese modo de un continente a otro; los primeros pobladores humanos de América posiblemente alcanzaron también por ese camino el «nuevo mundo». Y el *sasquatch* emigró de la misma manera a Norteamérica, opina Grover Krantz, aunque hasta ahora no disponemos de hallazgos fósiles que lo corroboren.



Este retrato robot de un yeti también podría parecerse al *bigfoot* . Ambas criaturas, según suponen los criptozoólogos, descienden del *Gigantopithecus* .*Carlos Velázquez*

Burlarse de su teoría es fácil; por el contrario, explicar quién o qué se oculta bajo la enorme piel hirsuta es bastante más difícil. ¿Quién aparece en los más apartados rincones del macizo de Cascade con un disfraz peludo de primate y asusta a excursionistas solitarios? ¿Quién lleva décadas dejando las huellas de unos pies descomunales en lugares despoblados por los que no transita una sola persona durante meses y meses? Las huellas de oso son claramente distintas de las de los *bigfoots* . Hasta ahora las huellas son absolutamente inexplicables. Solo en Walla Walla (estado de Washington) se descubrió en 1991 un rastro de *bigfoots* de varios kilómetros compuesto por 5.800 huellas distintas, muy sorprendentes, únicas y abundantes en detalles. En 1970, cerca de Bossburg, también en el estado de Washington, un *bigfoot* adulto cojeaba del pie derecho al que le faltaba un dedo. El izquierdo, por el

contrario, era normal. En otros rastros se observa cómo un *bigfoot* ha resbalado en el barro y sus dedos se han hundido más profundamente, marcándose la huella no solo por la planta sino también por el lateral.

Algunos investigadores del *bigfoot* pretenden distinguir en los vaciados en yeso de las huellas finas muescas de rayas dérmicas (comparables a las huellas dactilares). Uno de ellos, Henner Fahrenbach, ha medido en total 551 vaciados en yeso realizados en un periodo de cuarenta años: la distribución longitudinal responde justo a la curva de Gauss, como cabría esperar en una población que tiene existencia real. Dicho de una manera más sencilla: hay *bigfoots* con pies muy pequeños, muy grandes y medianos, y estos últimos son los más frecuentes. «¿Cómo explicar semejante resultado si no se tratase de huellas auténticas de un ser real? Al fin y al cabo las huellas de pisadas fueron recogidas de manera independiente por varios cientos de personas a lo largo de cuarenta años. De haber sido una falsificación, sería muy improbable que el conjunto de huellas respondiese con tanta exactitud a la curva de Gauss», opina Fahrenbach.

Pero eso no es todo: las huellas parecen seguir también una «regla fundamental» biológica, la regla de Bergmann, que se aplica a los animales de sangre caliente (mamíferos y aves): cuanto más fría es la zona, mayor es el tamaño de esos animales. Esto ofrece ventajas, porque un cuerpo grande, en comparación con la masa global de un animal, tiene una superficie más pequeña y, por ello, pierde menos calor. Por eso en las regiones nórdicas o más frías un mayor tamaño constituye una ventaja desde el punto de vista energético. De acuerdo con esto, los mamíferos que viven en el norte, ciervos, lobos y osos por ejemplo, y las aves como los búhos reales o los frailecillos son casi siempre más grandes que los que viven en el sur. En las huellas de pisadas de *bigfoots* también se observó este fenómeno. La longitud media de las improntas cambia de sur a norte (de unos 37 centímetros en California hasta 46 centímetros en Canadá). Si extrapolamos estos datos, vemos que la estatura de los monos gigantes desconocidos aumenta en la misma dirección desde unos 2,20 metros en el sur hasta 2,60 metros en el norte.

Por tanto, las huellas de pisadas del ser misterioso inmortalizadas en yeso permiten deducir conocimientos asombrosos. Todo eso ¿podría ser una falsificación, una invención planificada y practicada durante décadas? «Imposible», responden los que creen en el *bigfoot* y presentan de buen grado fotografías y filmaciones como pruebas adicionales. De esas tomas existen muy pocas: todas ellas recogen figuras misteriosas, grandes y corpulentas, borrosas y poco nítidas en la oscuridad del bosque, a la luz del crepúsculo. A pesar de todo, durante años los fans del *sasquatch* consideraron la llamada «película Patterson» una prueba irrefutable de la existencia del simio gigante.

El 20 de octubre de 1967, Roger Patterson cabalgaba junto con Bob Gimlin siguiendo el curso del Bluff Creek, un río del norte de California situado «en el corazón del país de los *bigfoots* » *(in the heart of bigfoot*

country) , como hábilmente se comercializa la región desde entonces con vistas al turismo. Allí se habían hallado años antes continuas huellas del *sasquatch* . Patterson y Gimlin iban en busca de tales huellas, y quizá incluso del *bigfoot* de carne y hueso. Y la suerte los acompañó: cuando inspeccionaban bancos de arena junto al río, un animal oscuro que se ocultaba allí saltó de repente. Los caballos se espantaron, Patterson logró coger deprisa la cámara y, mientras corría, grabó esas famosas tomas que son o bien «las más importantes tomas de la vida salvaje que se hayan hecho jamás», como alguien dijo una vez, «o un colosal fraude de excelente factura».

Las imágenes muestran un ser pesado, macizo, completamente cubierto de pelo, que camina erguido, una hembra que huye hacia el bosque con peculiar paso bamboleante y gira una vez la cabeza para mirar a la cámara. Se analizaron las 952 tomas individuales que componen la película; la controversia al respecto aún perdura. La criatura se parece demasiado a una persona disfrazada de mono, a pesar de que los pelos de la piel caen con absoluta naturalidad. Los estudiosos del *bigfoot* como Grover Krantz, por el contrario, consideran convincentes los curiosos andares de la criatura: ninguna persona sería capaz de moverse así durante un trecho tan largo.

Pero en 1998 un equipo cinematográfico de la BBC copió con convincente autenticidad la sensacional película de Patterson con un actor disfrazado, demostrando de ese modo que esas tomas eran muy probablemente una falsificación, una hábil escenificación de Roger Patterson que podría haber utilizado a su incauto acompañante Gimlin como testigo imparcial. Pero ¿por qué se comportaría de esa manera? Patterson llevaba ya mucho tiempo buscando al *bigfoot* y, en cualquier caso, más tarde vendió a buen precio las espectaculares tomas. Según esto, al menos la hembra *sasquatch* de Bluff Creek sería un espectáculo perfecto, el disfraz de piel hirsuta podría rivalizar plenamente con el modelo de Giganto reconstruido en los talleres de Hollywood. A quien le desilusione esta visión desmitificadora del fenómeno le quedan todavía las innumerables huellas en los bosques que no tienen explicación para seguir aferrándose a lo increíble.

Por ello el misterio *bigfoot* sigue en auge: así la Western Bigfoot Society, la Bigfoot Field Researchers Organization y el Sasquatch Research Project recopilan todo lo que podría demostrar la existencia del misterioso simio gigante. En Internet ofrecen consejos que deben observar siempre los buscadores de *bigfoots* , pues el *bigfoot* es el «monstruo con el que uno se puede topar», por lo que es necesario ir armado: hay que llevar siempre una cámara fotográfica preparada, pues nada es más frustrante que toparse con un *bigfoot* de improviso y no tener la cámara lista para disparar; se aconseja llevar bolsas de plástico y pinzas para recoger todo lo que llame la atención (pelos desconocidos, excrementos) y sobre todo observar los rastros, troncos y ramas rotos, pues al *bigfoot* le gusta partirlos por aburrimiento. Y quien quiera saber cómo suena un *sasquatch* no tiene más que pinchar en

Internet *Bigfoot-Soundrecordings* para escuchar los poderosos aullidos del mono gigante durante la noche. Por supuesto originales.

«El *bigfoot* existe», opina Richard Greenwell, secretario general de la International Society for Cryptozoologie, que exhibe en su oficina una impresionante colección de huellas de *bigfoot* . Porque ¿a quién le gustaría exponerse al ridículo por un mono gigante? ¿Quién se tomaría la molestia de falsificar todas esas huellas? «Los lunes, miércoles y viernes estoy firmemente convencido de su existencia. Pero los martes, jueves y sábados no me cabe en la cabeza que el mayor primate del mundo haya permanecido oculto para la ciencia tanto tiempo precisamente en la civilizada Norteamérica. Los domingos, sin embargo, me tomo un descanso… y no me manifiesto sobre este problema».

A pesar de la incertidumbre sobre la existencia del mono gigante, en el conducto de Washington de Skamania se tomaron todas las precauciones: allí el *bigfoot* fue protegido en 1969. Quien dispare a uno de los raros hombres mono con premeditación y alevosía se enfrenta a mil dólares de multa o a un año de cárcel. ¡Y es que el *bigfoot* no puede morir!

6Veinte mil libras de recompensa por un papagayo

Algunas historias son tan casuales que hasta un guionista se avergonzaría de inventarlas. Y sin embargo ocurren. El 17 de octubre de 1990 en la autopista 83 del Queensland australiano, a unos 36 kilómetros al norte de la localidad de Boulia, Walter Boles, ornitólogo del Museo Australiano de Sídney, y unos colegas, que regresaban de un viaje de seis semanas en el que habían inspeccionado la fauna de aves y reptiles en el norte del continente, divisaron al borde de la carretera una bandada de canasteras patilargas, una especie de pájaros no muy frecuente en Australia. Se detuvieron para observarlas. Boles bajó y cruzó unas breves palabras con los colegas del último coche. De repente, no sabemos por qué, miró al suelo. Y allí, en el polvo de la carretera, yacía una de las aves más misteriosas del continente: el papagayo nocturno australiano.

Esa ave se consideraba desaparecida, si no extinguida: el último ejemplar conocido de esa especie había sido capturado en 1912, el único en este siglo. En total solo veintidós de esos papagayos figuraban en los museos, la mayoría en el sur y el oeste de Australia, a más de mil kilómetros de distancia de ese lugar. Sin embargo, el papagayo nocturno había sido visto en algunas ocasiones, la última en 1979, cuando Shane Parker, del Museo de Australia del Sur, espantó a cuatro aves a las que identificó con absoluta seguridad como los papagayos desaparecidos. Sin embargo, no existían pruebas palpables de la supervivencia de la especie.

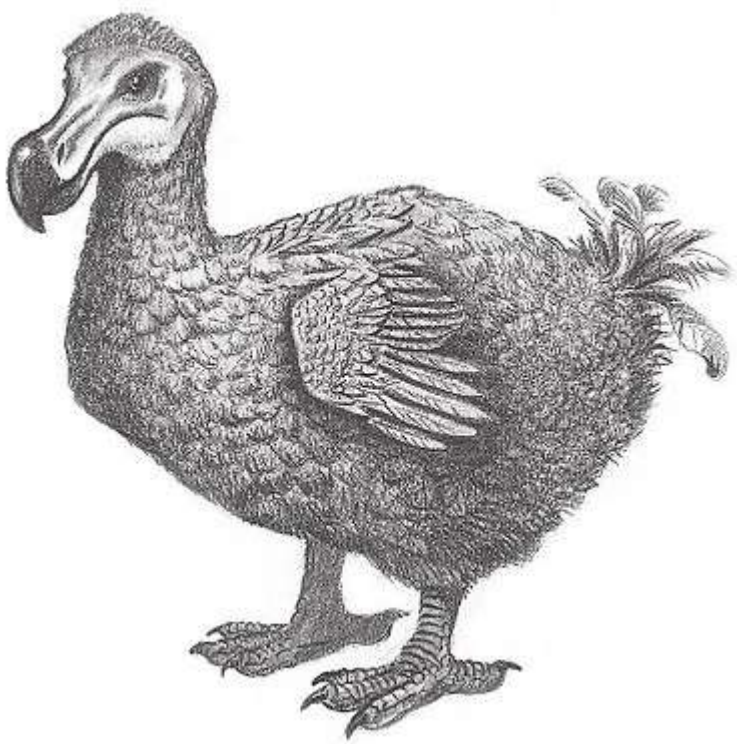
Y ahora, al cabo de casi de ochenta años, un ejemplar muerto de esa especie perdida yacía en la suciedad del arcén de una carretera en las vastas llanuras australianas: así, sin más, directamente ante los pies de un ornitólogo que pasaba por allí por casualidad y que se dio cuenta inmediatamente de lo inusitado del acontecimiento. Boles recogió al ave con suma tranquilidad y se la enseñó a sus colegas. La verdad es que nadie contaba con encontrar de improviso durante ese viaje a un ave que se consideraba extinguida.

El cadáver del papagayo no era reciente: las hormigas se habían comido casi todos los tejidos blandos; el resto se había secado por completo con el calor. La cabeza estaba separada del tronco, faltaba un trozo de cola y en el lomo, parte del plumaje. Pero por lo demás el cuerpo estaba bien conservado. Era milagroso que no hubiera sido descubierto y despedazado por las rapaces carroñeras, por el ubicuo milano negro. Porque llevaba ya mucho tiempo allí: entre tres meses y un año, según confirmó más tarde un patólogo veterinario de Sídney.

Desde entonces hay una cosa clara: el papagayo nocturno ha sobrevivido y, por consiguiente, no pertenece a la serie de especies exterminadas o extinguidas, que han desaparecido de este planeta

irremisiblemente, como dice una frase hecha del inglés, *as dead as a dodo* .

Esta frase hecha es de lo poco que ha quedado de un ave singular que vivía en Mauricio: el dronte, una paloma de tamaño similar a un pavo, también llamado *dodo* . El dodo no tenía enemigos en la isla por lo que había perdido su capacidad de volar. En 1681, unos setenta años después de su descubrimiento, el dodo fue exterminado por colonos y marinos holandeses, por ratas introducidas en la isla y cerdos domésticos asilvestrados. Solo quedaron de él unos cuantos huesos y una serie de dibujos y pinturas de la época de la paloma incapaz de volar, que llegaron a Europa. El extraño pájaro no se hizo popular hasta después de su exterminio, quizá por su destino, o tal vez por su figura algo tosca, caricaturesca, y con el paso del tiempo se ha convertido en triste símbolo del exterminio de especies por el hombre. En *Alicia en el país de las maravillas* , Lewis Carroll erigió un simpático monumento literario al torpe dodo. El dodo propone a Alicia y a una serie de animales una carrera desconcertante. Cada cual echa a correr cuando se le antoja, como se le antoja y mientras se le antoja. El dodo determina el fin de la carrera diciendo: «Ahora todos son vencedores y cada uno ha de recibir su premio».



Perdido para siempre: el dodo, la paloma incapaz de volar de isla Mauricio.*Carlos Velázquez*

El papagayo, sin embargo, sobrevivió no en el país de las maravillas, sino en Australia. Walter Boles anunció, asombrado, que el pájaro aún existía. Y por este descubrimiento recibió entonces un premio del todo

inesperado, pues en abril de 1990 la revista *Australian Geographic* había ofrecido una recompensa de 20.000 libras a quien pudiera demostrar sin ningún género de dudas la existencia del papagayo desaparecido. Como ornitólogo, Boles aceptó el desafío y en lo sucesivo siguió investigando el papagayo perdido y reencontrado.

Pero ¿qué hacer cuando se ignora por completo dónde vive realmente el ave? El papagayo de la autopista 83 ¿murió realmente en ese lugar? ¿O se quedaría colgando de la rejilla del radiador de un camión que lo arrastró cientos y cientos de kilómetros antes de que se desprendiera? En rigor, el pájaro podía haber vivido en cualquier zona de Australia.

Hasta entonces se conocía muy poco sobre el papagayo nocturno, que, por sus costumbres, recuerda más a una codorniz que a sus polícromos y parlanchines parientes. Externamente se parece a un periquito común de gran tamaño, algo tosco, con la cola corta. Su plumaje está jaspeado de amarillo verdoso, marrón oscuro y negro. Pasa el día en cuevas, lo que también le aportó su nombre científico: *Geopsittacus occidentalis* , «papagayo occidental de tierra». Allí empolla entre dos y cuatro huevos blancos en nidos acolchados con hierba. Por la noche abandona su refugio para alimentarse de semillas y frutos.

Quizá, sospecha Boles, el papagayo nocturno nunca fue muy abundante. O tal vez, al ser un ave que empolla en el suelo, fuese diezmada por los zorros y gatos introducidos, que se abalanzarían sobre sus nidos. Pero a lo mejor el *Geopsittacus* era fundamentalmente nómada, y recorría el continente para establecerse donde las condiciones de vida le eran más favorables en cada momento. Antes de emprender cualquier actuación para proteger al pájaro, Boles tenía que averiguar dónde vivía, cuántos ejemplares quedaban, y si aún estaba amenazado. Pero ¿cómo buscar a un pájaro que obviamente existe pero vive disperso por los territorios desérticos más secos y apartados del continente? El centro de Australia está casi despoblado, ¿quién va a fijarse allí en un papagayo terrestre marrón verdoso que apenas se deja ver durante el día puesto que es un noctámbulo empedernido?

No obstante, durante los años siguientes, el *Geopsittacus* volvió a ser avistado con más frecuencia, incluso en el territorio vecino al monte Isa, a unos 150 kilómetros del lugar en el que yacía el ejemplar muerto. Boles repartió octavillas para buscar al pájaro en los lugares donde su existencia había quedado acreditada, y obtuvo unos treinta informes. La mayoría de los avistamientos se remontaban a más de diez años atrás. Finalmente, en noviembre de 1996, empezó a buscar al papagayo en los alrededores del Parque Nacional Rudall Rivel (Australia occidental), pues según los resultados de las octavillas y los documentos históricos creía que era allí donde tenía mayores posibilidades de encontrar vivo al pájaro.

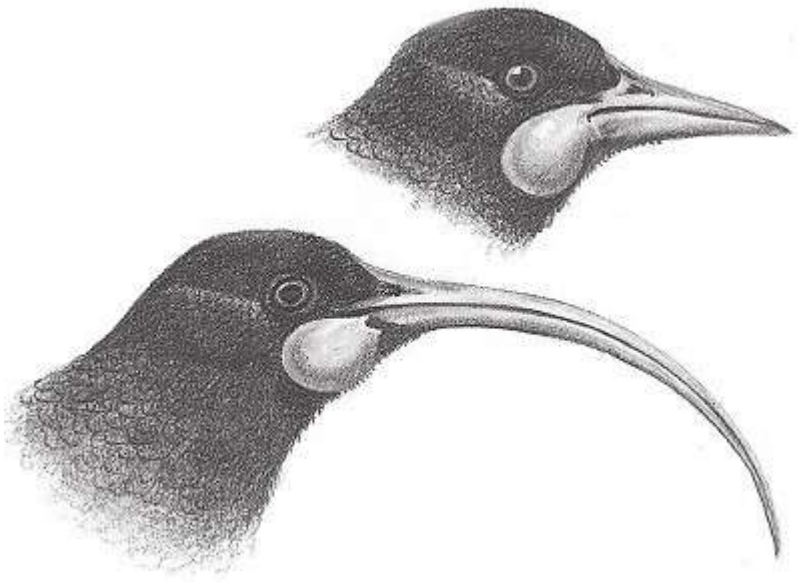
Gracias al azar había encontrado el primer ejemplar, pero en lo sucesivo la suerte dio la espalda al descubridor: la seca estepa de hierba espinosa no mostró la más mínima señal de vida del pájaro perdido. La

expedición acabó en fracaso. «Fue frustrante, pero también previsible», declaró Boles. «¿Cómo va a encontrarse tan deprisa un raro animal que vive en una de las regiones más inhóspitas de Australia?». Muchas cosas en torno al papagayo nocturno continúan sin aclarar. Pero el ejemplar muerto de la autopista 83 difícilmente habrá sido el último de su especie.

Sin embargo, con numerosas aves hay que abandonar la esperanza de que reaparezcan de improviso ejemplares de una especie desaparecida, exterminada: la paloma peregrina norteamericana (antaño el ave más abundante de la Tierra, capaz de formar bandadas de más de 2.000 millones de ejemplares que oscurecían el cielo) fue sometida a una caza implacable. En 1914 murió Martha, el último ejemplar de su especie, en el zoo de Cincinnati. El alca gigante, un arao del Atlántico norte incapaz de volar, parecido a los pingüinos, fue exterminado por su grasa; el periquito de Carolina norteamericano, porque le gustaba comer el trigo de los campos.

Y para el huia, un ave extraordinaria de la isla septentrional de Nueva Zelanda, su maravilloso plumaje resultó funesto. Entre los maoríes, las plumas negras simbolizaban dignidad y autoridad. El huia era único entre los pájaros, pues macho y hembra poseían picos de distinta forma y mostraban una cooperación extraordinaria en la búsqueda de alimento: el macho utilizaba su pico recto y corto a modo de cincel para hendir la madera. La hembra, por su parte, sacaba el alimento de las ranuras así creadas con su pico largo y curvado hacia abajo como una hoz.

Cuando, con motivo de su estancia en Nueva Zelanda, entregaron al futuro rey inglés Jorge V plumas de huia como presente, se pusieron de moda, y el huia fue cazado hasta el exterminio. El 28 de diciembre de 1907 se vieron los últimos tres ejemplares, dos machos y una hembra. Esa fecha se considera el último avistamiento reconocido «oficialmente» de dicha especie.



Una especie de pájaro con dos clases de pico: en el extinguido huia, cada sexo poseía herramientas diferentes (arriba, el macho).*Carlos Velázquez*

Sin embargo, el 12 de octubre de 1961, Margaret Hutchinson, una experta ornitóloga, contempló durante unos diez segundos en la Urewera State Forest de la isla septentrional de Nueva Zelanda un pájaro desconocido para ella hasta entonces, que más tarde identificó con un huia. Después pasó en total dieciséis horas en ese lugar, pero no volvió a verlo. Entonces se enteró de que en 1960 unos aborígenes habían encontrado un nido de huia, pero que mantenían el lugar en secreto para proteger al pájaro «exterminado». Margaret Hutchinson considera muy probable que el huia siga vivo. Y no es la única. Tras el último avistamiento oficial en 1907, el pájaro ha sido visto en otras veintidós ocasiones. ¿Podemos ignorar sin más esos avistamientos? A veces se publica la fecha de extinción, que a fuerza de repetirse una y otra vez arraiga en las mentes y acaba convirtiéndose en algo real.

No todo lo que aparece en la bibliografía es taxativamente cierto, aunque se trate de obras científicas. Pamela Rasmussen, del Museo Nacional de Historia Natural de la Smithsonian Institution de Washington también vivió esta experiencia cuando trabajaba en una obra taxonómica sobre los pájaros del subcontinente indio. En efecto, algunas cosas que leía sobre un pequeño búho que llevaba el bonito nombre de *Athene blewitti* , mochuelo de Blewitt, sencillamente no podían ser ciertas. Ese pajarito de 20 centímetros apareció por última vez en 1914. Entonces el coronel Richard Meinertzhagen, un espía británico que poseía una colección de pájaros disecados famosa entre los ornitólogos, incorporó a su colección un ejemplar de esta especie. Rasmussen averiguó que el pájaro de Meinertzhagen había sido robado de otra colección y capturado en el siglo XIX, al igual que los demás ejemplares conocidos de esta especie, solo siete en total. Ciertamente, el

mochuelo de Blewitt parece que fue avistado otras tres veces en el siglo XX: pero en dos de ellas, que incluso se documentaron con fotografías, se trata claramente de otro búho indio más frecuente: el mochuelo del brahmán, *Athene brama* . El tercer avistamiento fue sumamente dudoso.

Tras 113 años desaparecido, el mochuelo de Blewitt de repente aparece a la luz del día.*Carlos Velázquez*

Según las investigaciones de Rasmussen, eso significaba que lo único probado era que el *Athene blewitti* había sido visto en 1884 por última vez; solo los ejemplares de colección demostraban la existencia del ave. Sin embargo, no era suficiente: cuando la investigadora observó con más atención los huesos del mochuelo y los comparó con los del mochuelo del brahmán se quedó estupefacta. «Normalmente las aves de parentesco tan cercano apenas revelan diferencias en la estructura ósea. Pero estos dos son tan diferentes que tal vez pertenezcan incluso a géneros distintos».

Para entonces sus recelos habían aumentado y comenzó a examinar con ojos más críticos la bibliografía disponible: el ave, se decía, estaba extendida por todo el subcontinente. Sin embargo solo había sido hallada en cuatro lugares, dos de ellos al este y otros dos al oeste de la India. En las zonas intermedias del país jamás se había visto o

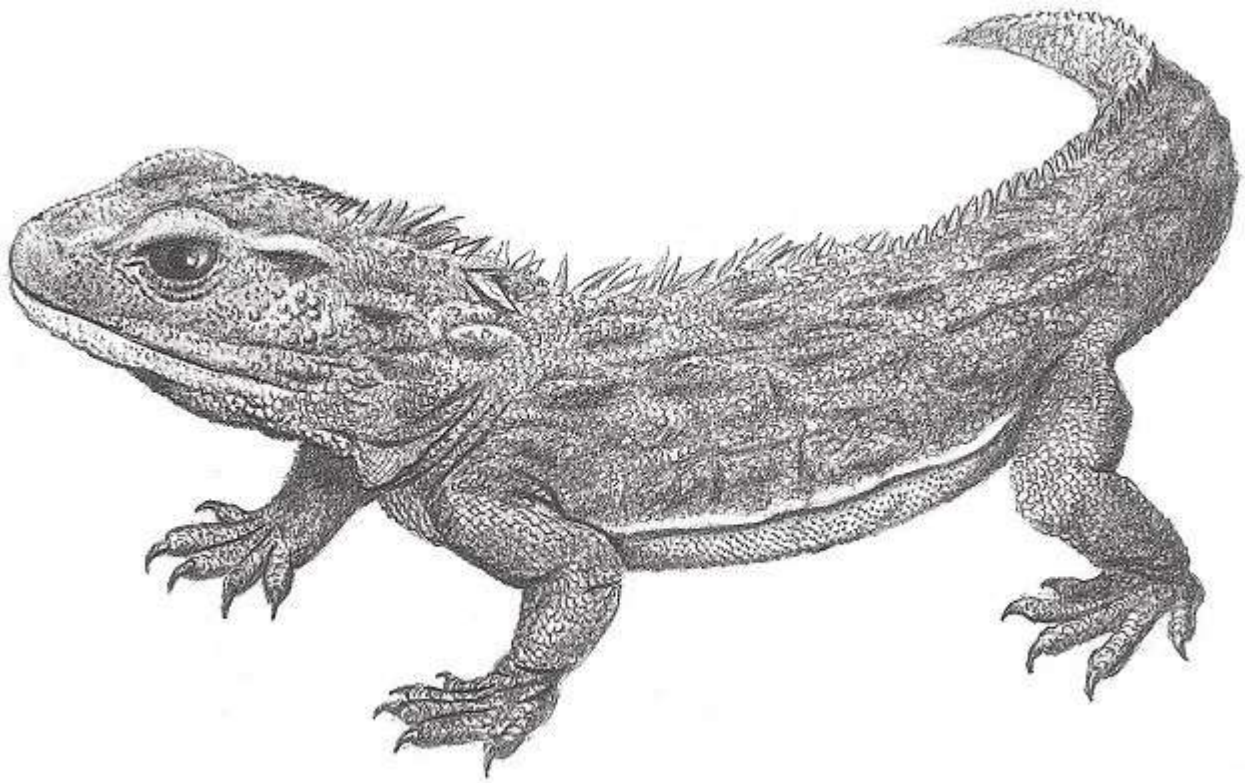
capturado ningún ejemplar. A continuación comparó los datos del hábitat recopilados de la bibliografía especializada con los lugares donde se capturaron los ejemplares de museo, y no tardó en descubrir más discrepancias. Según los libros, el búho debía de vivir en bosques de montaña; sin embargo, todos los ejemplares de museo habían sido capturados en bosques de llanura o en valles boscosos a lo largo de ríos. Siempre que se había seguido el rastro del pájaro desaparecido, se le había buscado en el lugar equivocado debido a estos datos erróneos. «A lo mejor aún existe», pensó Pamela Rasmussen.

En noviembre de 1997, junto con su colega Ben King, experto en búhos asiáticos, inició la búsqueda del desaparecido *Athene* , primero diez días en el este, pero en vano. Ninguno de los dos esperaba ya mucho de las regiones occidentales, pues estaban cerca de Bombay, una populosa ciudad de millones de habitantes. Y ciertamente, tras dos días y medio de arduo viaje por el subcontinente comprobaron que todos los bosques de llanura donde sospechaban que vivía el pequeño mochuelo habían sido talados hacía mucho tiempo. Pero, dado que ya estaban allí, durante los días posteriores se dedicaron a examinar las laderas vecinas.

Una mañana, a eso de las ocho y media (ambos llevaban un rato buscando y habían empezado a sudar), se detuvieron brevemente porque Pamela Rasmussen quería beber un trago de agua. Justo cuando se la llevaba a los labios, Ben King le susurró: «¡Eh, mira ese mochuelo!». Pamela Rasmussen dejó caer la botella de agua. «Del nerviosismo se me quebró la voz. “No tiene manchas en la corona ni en la capa”, me limité a decir. En el acto supimos de qué pájaro se trataba, pero casi no dábamos crédito a nuestros ojos. Por fin dijo Ben: “¡Es el *blewitti* !”. Yo pensé: “Echará a volar en seguida, y me pasaré la vida preguntándome si de verdad he visto un mochuelo de Blewitt”».

Sin embargo, la suerte los acompañó: el pájaro perdido mostró una cooperación extraordinaria y se quedó posado media hora en el mismo sitio, hasta que otro pájaro, una carraca, espantó al mochuelo. Durante todo ese tiempo, los investigadores pudieron filmar con la cámara de vídeo al *Athene* que se creía perdido. A la mañana siguiente volvieron a tener suerte y se toparon con otro pequeño mochuelo.

El *Athene blewitti* había permanecido oculto durante 113 años. Y ahora ese pájaro, en absoluto tímido, aparecía sin más a plena luz del día. ¿Cómo era posible? ¿Es que el pequeño mochuelo solo aparece en lugares escogidos? ¿Es tan escaso? «Hemos visto a dos de ellos, de manera que no se han extinguido. A lo mejor el pájaro vive también en otros lugares. Aún nos quedan un montón de cosas que aprender sobre él», dice Pamela Rasmussen, que, en colaboración con la Bombay Natural History Society, pretende estudiar al mochuelo reaparecido. El verdadero trabajo comienza ahora.



El tuátara, un fósil viviente, apenas ha cambiado desde la era de los dinosaurios. Desde 1989 se sabe que existe una segunda especie.*Carlos Velázquez*

7El redescubrimiento de los lagartos gigantes

Decenas de miles de visitantes habían pasado ante la vitrina del museo y generaciones de científicos habían contemplado con sus propios ojos al animal disecado: un lagarto de aspecto muy tosco, de unos 60 centímetros de longitud, patas que salían del cuerpo dobladas en un ángulo rígido y una costura poco estética junto a la tripa que mantiene unido el animal disecado. El reptil era propiedad del Museo de Historia Natural de Marsella desde hacía más de cien años, pero hasta entonces nadie había reparado en que el singular reptil pertenecía a una especie completamente nueva, nadie se había dado cuenta de la relevancia de la pieza. Y eso que no se trataba simplemente de una pequeña especie desconocida cualquiera, de las que se encuentran con frecuencia, sino de un lagarto verdaderamente espectacular.

En 1979, la viejísima pieza atrajo la atención de Alain Delcourt, el encargado de reptiles del museo. Este, deseoso de saber por fin qué animal era el que llevaba allí una eternidad, lo fotografió y envió las fotos a expertos en reptiles del mundo entero. Los biólogos canadienses Aaron M. Bauer y Anthony Russell se dieron cuenta de que el lagarto solo podía ser un geco descomunal, el más grande del mundo. Quienes veranean en el Mediterráneo conocerán a sus parientes, esos reptiles pequeños que suben por las paredes de las habitaciones de hotel y que gracias a finas láminas adherentes en los pies son capaces incluso de trepar por los cristales. La mayoría de las especies miden entre 5 y 20 centímetros.

El museo de Marsella desconocía la procedencia del geco gigante, pues el archivo de la institución se perdió a mediados del siglo XIX. Por tanto no cabía duda de que el formidable animal tenía que haber llegado allí entre los años 1833 y 1869. Ningún otro museo del mundo poseía un reptil igual. Una pista condujo a Bauer y a Russell al otro extremo del globo, y es que por aquella época exploradores y naturalistas franceses también viajaron por Nueva Zelanda. ¿Y si el animal procedía de allí?

Otras observaciones de los científicos apoyaban esa hipótesis: con su cabeza corta, cuerpo en cierto modo robusto, patas macizas y rabo largo, tonalidad de fondo amarillo parduzca y una franja longitudinal de color marrón rojizo en su lomo, el gigantesco animal recordaba a los dos investigadores a los gecos de hábitos nocturnos del género *Hoplodactylus* , originarios de Nueva Zelanda y otras islas. Con una diferencia: esas especies son mucho más pequeñas.

En 1986 Bauer y Russell denominaron al geco gigante *Hoplodactylus delcourti* , en honor del hombre que se había preocupado por desvelar la identidad del lagarto. Ambos averiguaron que las leyendas maoríes hablan de un animal parecido al que llaman *kaweau* o *kawekaweau* , pero que hasta el momento no había podido ser identificado con ningún

reptil neozelandés conocido. Algunos suponían erróneamente que detrás de este lagarto se ocultaba el tuátara, un reptil muy raro que solo vive en Nueva Zelanda.

Los tuátaras son los últimos del orden *Rhynchocephalia* , un grupo de reptiles cuyo maxilar superior está curvado hacia abajo en forma de pico. Como su especie apenas ha sufrido cambios durante 200 millones de años, se los considera «fósiles vivientes», supervivientes de la época de los dinosaurios. El tuátara o *Sphenodon punctatus* , la única especie hoy viva, ha conservado una vieja peculiaridad: un «tercer ojo» situado en medio de la frente, en un «agujero» muy parecido a una órbita ocular. Los actuales tuátaras esconden ahí, oculto bajo una capa de tejido conjuntivo, el «órgano pineal», que parece realmente sensible a la luz.

Asombrosamente en 1989 se «descubrió» en una isla diminuta otra especie de los lagartos originales, aunque a decir verdad ya había sido descrita por primera vez en 1877. Más tarde se creyó, sin embargo, que las diferencias no justificaban constituir una especie autónoma. A pesar de todo, estudios genéticos y morfológicos demostraron que esos nuevos tuátaras son una especie completamente independiente. Al igual que muchos animales de Nueva Zelanda, el *Sphenodon guntheri* está muy amenazado por los mamíferos introducidos.

Los tuátaras viven en el suelo, pero el kaweau debió de pasar mucho tiempo en los árboles. Así en 1873, un tal mayor W. G. Mair informó sobre una «gran lagartija de turbera». Según sus datos, en 1870 un jefe de la tribu urewera había matado un lagarto enorme, de unos 60 centímetros de largo y del grosor del brazo de un hombre y con franjas longitudinales de color rojizo. ¿Se trataría acaso de un *Hoplodactylus delcourti* , el geco gigante? ¿Habrían sobrevivido algunos ejemplares? En regiones remotas de Nueva Zelanda se habían descubierto tan solo un par de años antes dos nuevas especies de *Hoplodactylus* . ¿Por qué no iba a existir también el geco gigante en nichos ecológicos aislados y recónditos? Si al igual que las demás especies del género, fuera un trepador de rocas y árboles de vida nocturna, sería muy posible que ese animal, del que quizá solo queden unos cuantos ejemplares, pasase inadvertido. ¿No es más probable que este animal siga existiendo en algún sitio o que aún viva en Tasmania el mucho más grande y extinguido lobo marsupial o tilacino (véase el capítulo 15)?, se preguntaban Bauer y Russell.

El 11 de septiembre de 1984, el *Dominion* , un periódico de Wellington (Nueva Zelanda), publicaba que un tal Dave Smith pretendía haber visto en la década de los años sesenta un lagarto igual en el oeste de la isla septentrional. Después de que el 23 de enero de 1990 la radio de Nueva Zelanda informase del geco gigante, no tardaron en acudir al Museo Nacional varias personas que aseguraban haber visto en fecha muy reciente reptiles parecidos al *Hoplodactylus delcourti* . Se presentaron tres testigos oculares independientes entre sí que habían avistado esos animales en las cercanías de Gisborne, al este de la isla septentrional.

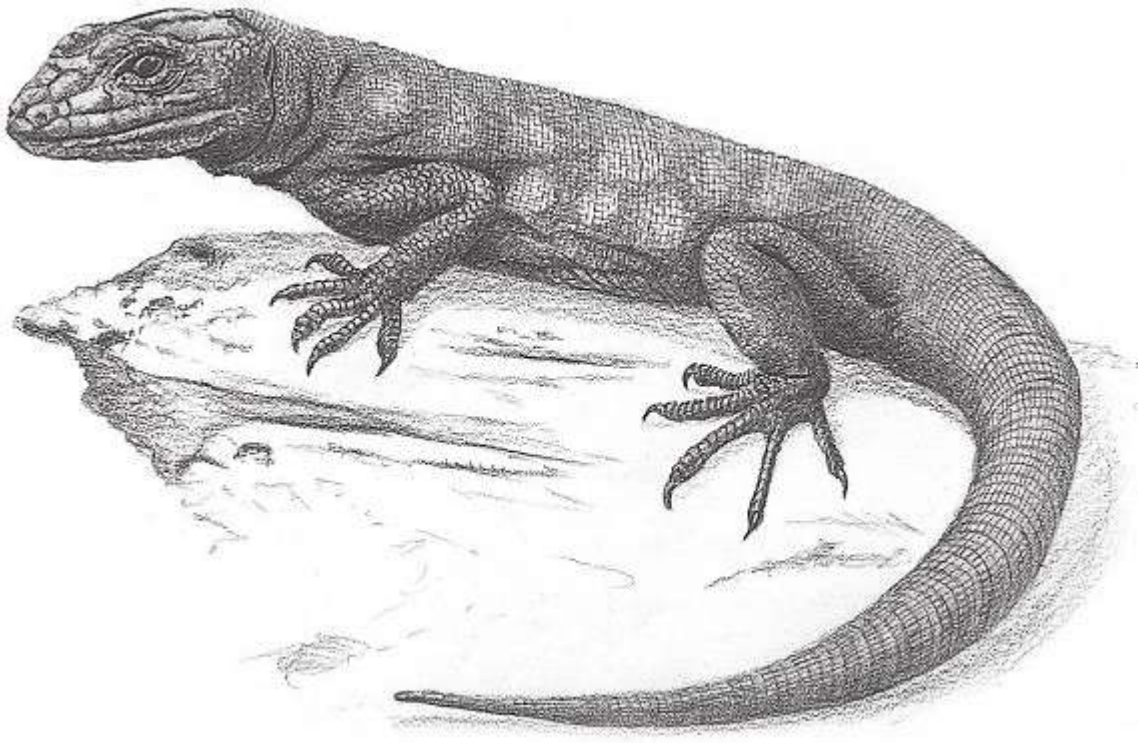
Científicos conocedores del lugar buscaron a los grandes lagartos por esa zona, pero en vano. Y sin embargo no cabe descartar que el geco gigante de Delcourt, del que curiosamente solo se conoce un único ejemplar disecado en un museo, haya sobrevivido y reaparezca algún día.

La pequeña isla canaria de El Hierro también albergaba lagartos gigantes: podían medir hasta metro y medio de largo. Aunque los «minidragones» herbívoros poseían un camuflaje excelente, fueron cazados, comidos y los últimos ejemplares, disecados. También los gatos domésticos asilvestrados les complicaban la vida a los lagartos y a sus crías. Desde principios del siglo XX el animal se consideraba extinguido.

Pero a comienzos de los años setenta, Werner Bings, un arquitecto de Bonn chiflado por los lagartos, encontró en El Hierro el esqueleto de uno de esos reptiles, del que todavía colgaban restos de piel. Era prácticamente imposible que aquellos restos llevaran allí cincuenta años o más. Por consiguiente, el lagarto gigante tenía que sobrevivir en algún lugar. Un pastor de cabras del lugar ayudó al arquitecto en su búsqueda, y al fin el año 1975, en la Fuga de Gorreta, al norte de El Hierro, una pareja cayó en una trampa.

Por aquel entonces tal vez quedasen apenas 150 ejemplares. Más tarde, algunos fueron capturados y criados en cautividad, y con el paso del tiempo unos cuantos centenares han entrado en la estación de cría llamada «Lagartorio». Con el correr de los años, la población existente en la falda de la montaña donde Bings había redescubierto la especie de lagarto que se creía perdida para siempre parece haber aumentado hasta unos 600-2.000 ejemplares. Y en 1999 un helicóptero depositó por primera vez en el pequeño islote Roque Chico, situado frente a las costas de El Hierro, 21 de los animales criados en cautividad, 14 machos y 7 hembras. Las posibilidades de supervivencia de uno de los reptiles más raros del mundo han aumentado.

En 1977 se produjo otro hallazgo sensacional en la isla canaria de Tenerife, tan bien equipada desde el punto de vista turístico: se descubrió otra especie de lagarto gigante del que hasta entonces solo se conocían restos fósiles y que se suponía exterminado por los humanos poco después de la colonización, porque personas, cabras y gatos los habían utilizado como abundante fuente de proteínas.



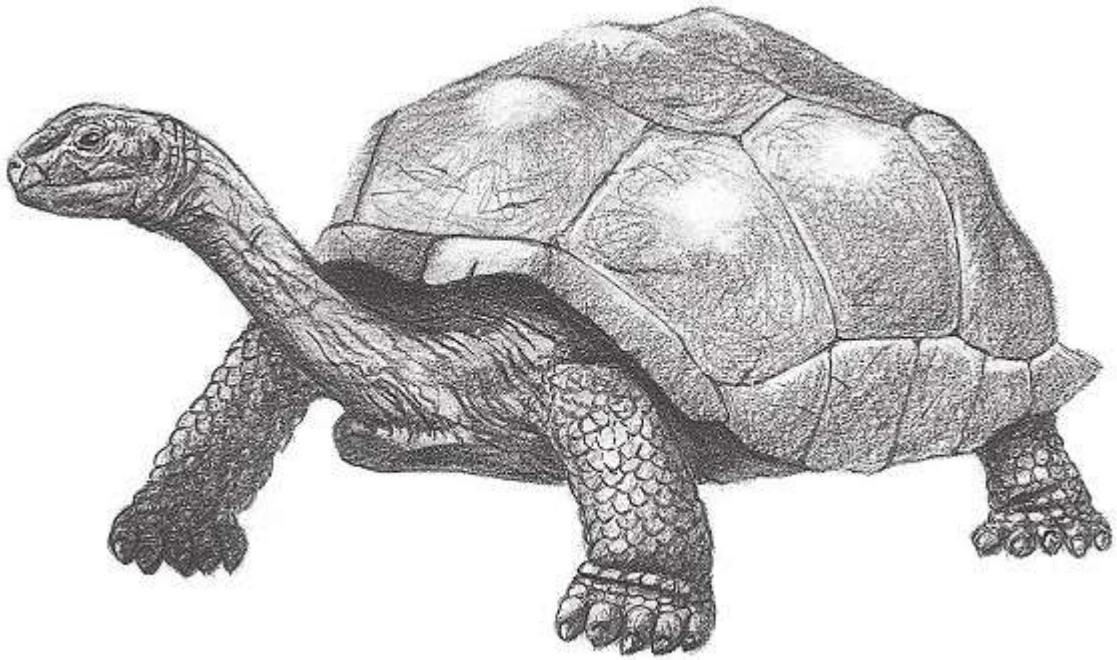
El lagarto gigante de la isla canaria de El Hierro se consideró extinguido hasta 1975.*Carlos Velázquez*

La misma suerte han corrido numerosas especies de animales que viven en islas, por ejemplo las tortugas gigantes terrestres de las islas Galápagos del Pacífico y de algunas otras islas del océano Índico. En las islas Rodrigues, que dependen de Mauricio, había tantas tortugas colocadas unas junto a otras paciendo que se podían recorrer centenares de pasos sobre sus lomos acorazados sin pisar el suelo ni una sola vez. Debido a su sabrosa carne, esos grandes animales casi fueron totalmente exterminados por doquier. Solo desde 1732 hasta 1771 se sacrificaron unas 280.000 tortugas. El sacerdote Canon Pigré, que estaba en la isla en 1761, escribió: «En los tres meses y medio en Rodrigues no comimos prácticamente otra cosa: carne de tortuga, *fricasé* de tortuga, tortuga estofada, tortuga en salsa de menta, huevos de tortuga, hígado de tortuga. Era casi nuestro único alimento allí, y el último día la carne sabía tan exquisita como el primero». También era apreciada la grasa de esos reptiles acorazados: se utilizaba como aceite de mesa, para salsas y como remedio contra los dolores. Los balleneros y buques mercantes se aprovisionaban llenando sus bodegas con los suculentos animales vivos, donde las tortugas podían vivir sin esfuerzo meses enteros sin alimento hasta que eran sacrificadas en alta mar, una magnífica reserva de carne fresca, pues los animales pesaban no menos de 200 kilos. De este modo esa enorme población se extinguió en un abrir y cerrar de ojos: en Mauricio la última tortuga gigante murió en 1735; en Rodrigues, en 1804, y en Reunión, en 1840.

En las islas Galápagos sobreviven varias subespecies de tortuga gigante; en el océano Índico, solamente la *Dipsochelys dussumieri* en la

isla de Aldabra. Así, durante mucho tiempo se creyeron exterminadas todas las demás especies desde 1840. No obstante, algunos científicos sospechaban desde hacía tiempo que entre los animales capturados en el océano Índico podrían figurar también ejemplares de especies desaparecidas. En 1996 el zoólogo británico Justin Gerlach analizó muestras de sangre de unas cincuenta de esas tortugas dudosas y las comparó con otras que procedían fehacientemente de Aldabra. La suerte y el éxito le acompañaron, pues de ese modo averiguó que habían sobrevivido dos especies más: la *Dipsochelys arnoldi* —que no fue descrita científicamente hasta 1992 a partir de cuatro ejemplares de museo— y la tortuga gigante *Dipsochelys hololissa* , de la que hasta entonces solo se conocían dos caparazones datados entre 1808 y 1810. Gerlach no descubrió muchos animales supervivientes, pero sí una pareja de la primera especie y cinco machos y tres hembras de la segunda. Así pues, dado que las tortugas pueden alcanzar una edad elevada, existían fundadas esperanzas de preservar las especies. Se diseñó un proyecto de cría.

La isla de Silhouette, una de las Seychelles, parecía ideal para esta empresa, pues en ella habitan tan solo unas doscientas personas, lo que dificulta sobremanera la caza furtiva por parte de los forasteros. En julio de 1997 introdujeron allí seis *D. hololissa* y la pareja de *D. arnoldi* , donde desde entonces, separadas por especies, viven en recintos cercados en condiciones casi naturales. Poco después se descubrieron otras 16 *arnoldi* , cuatro de las cuales (tres hembras y un macho) fueron trasladadas asimismo a la isla. Pronto se observaron los primeros apareamientos y el 8 de junio de 1999 llegó el ansiado momento: Clio, una tortuga hembra *arnoldi* , cavó un hoyo para poner sus huevos. El primero se rompió, pero otros once superaron incólumes el proceso de la puesta. Hasta que las crías de tortuga salen del cascarón, permanecen en una incubadora, la gran esperanza para una de las especies de reptiles más grandes y escasas de la Tierra.



Millares y millares de tortugas gigantes fueron sacrificadas por su deliciosa carne. En 1997 se redescubrieron dos especies de las Seychelles que se creían extinguidas.*Carlos Velázquez*

8El otro orang

El ladrón llegó de noche al campamento y robó una piña. No era la primera vez que lo visitaba. Las huellas de sus pies le delataban: era otra vez Mr. Burglar. Ya había saqueado en varias ocasiones la nasa colocada por el equipo. Entre el 12 de mayo y mediados de julio de 1995, Mr. Burglar rondó en repetidas ocasiones por los alrededores del campamento. Pero nunca fue sorprendido con las manos en la masa. Mr. Burglar es tímido, como todos sus congéneres. Suponiendo que existan.

Deborah Martyr, sin embargo, está convencida de que así es. Su equipo lleva a cabo un arduo trabajo detectivesco en la selva del parque nacional de Kerinci-Seblat. Allí, en las montañas occidentales de Sumatra, busca un ser desconocido hasta la fecha, pregunta a los nativos, recopila testimonios de testigos oculares, sigue su rastro en el suelo cenagoso de la selva virgen. Debbie ha progresado mucho en su búsqueda y ya es capaz de diferenciar a cuatro individuos por las huellas de sus pies: Mr. Burglar, el «intruso nocturno», Chubby Toes, con sus dedos redondeados, Marathon Man, que dejó en el suelo de la selva una larga pista de veinte huellas del pie, y Newcomer, que en septiembre de 1995 se abalanzó sobre la nasa.

Ella misma ha contemplado varias veces a esas tímidas criaturas. Aunque solo durante unos segundos, pues a continuación volvieron a desaparecer, sumergiéndose en la selva a la velocidad del rayo. Demasiado raudos como para sacar una foto, pero con el tiempo suficiente para permitir a Debbie formarse una imagen del fantasma buscado: alcanza hasta 1,20 metros de altura, camina erguido y sobre dos patas, un pelo negro parduzco recubre su cuerpo y una larga melena su cabeza, y está perfectamente mimetizado con su entorno. «Si no se mueve, es imposible verlo», explica Debbie. Hace poco divisó en el bosque lo que supuso que era un trozo de madera. Segundos después volvió a mirar al mismo sitio: la supuesta madera había desaparecido. Debbie está segura: era de nuevo él, el *orang-pendek* , el legendario «hombrecillo» de Sumatra.

En la zona occidental de la isla indonésica se habla desde hace siglos de esta criatura, que no es ciertamente un ser humano, pero tampoco un mono. El orang-pendek camina siempre erguido y con sus largos brazos se abre camino a través de la espesura de la selva. Los viajeros occidentales oyeron hablar por primera vez de este ser antropomorfo sin rabo visible a comienzos del siglo XIX.

En 1917, el orang-pendek fue mencionado en una revista científica holandesa. El granjero y zoólogo Edward Jacobson, uno de los primeros investigadores que visitó la isla volcánica de Krakatoa después de la gran erupción de 1883, recopiló indicios de su existencia: los cazadores le hablaron del orang-pendek, al que observaron a una distancia de

apenas veinte metros mientras buscaba larvas de insectos en un tronco podrido de árbol. El ser huyó por el suelo, lo que evidenciaba que no era un orang-utan. Pues el «hombre de la selva» —tal es la traducción de la palabra malaya *orang-utan* — habría huido por los árboles de rama en rama. Algo más al norte, cerca del monte Kerinci, Jacobson vio una huella del orang-pendek, que no se parecía a la de un orang-utan, sino más bien a la de una persona enana, a la de un «hombrecillo» precisamente.

Uno de los primeros europeos que contempló un orang-pendek fue Van Herwaarden, un colono holandés. En 1923, durante una cacería de jabalíes, observó a una «bestia» peluda que estaba subida a un árbol solitario. La criatura se había acurrucado contra el tronco, como si, al darse cuenta de que había sido descubierta, quisiera pasar inadvertida. Por un momento, las miradas de la persona grande y la pequeña se cruzaron. «Sus ojos eran muy oscuros y extremadamente vivaces: parecían humanos», escribió Van Herwaarden. No había rasgos repulsivos o feos en su rostro, pero tampoco humanos. El ser se ponía cada vez más nervioso y todo su cuerpo temblaba. Su cara parduzca estaba completamente desprovista de pelo, las cejas eran espesas, la nariz ancha y con grandes orificios, el mentón huidizo. Era una hembra —o mejor dicho: una mujer— de aproximadamente 1,20 metros de altura.

¿Dónde termina el mono y comienza el hombre? Una y otra vez se han representado antropoides con rasgos claramente humanizados, como este chimpancé o Jocko, el famoso peluche con forma de mono, de 1839.Según *Buffon* , 1839

Cuando Van Herwaarden apuntó con su escopeta, el ser emitió un lastimero «huhu», que en el acto fue respondido por gritos parecidos desde el bosque cercano. Finalmente la criatura dio un salto de 3 metros de altura desde el árbol y huyó al bosque. Van Herwaarden vaciló en disparar: «Se me podrá considerar infantil, pero cuando vi su ondulante cabello, sencillamente fui incapaz de apretar el gatillo. Sentí como si estuviera a punto de cometer un asesinato». Así pues, Van Herwaarden proporcionó una descripción exacta del ser desconocido, aunque ninguna prueba de su existencia.

En 1924, el Museo Zoológico de Buitenzorg, el actual Bogor en la isla vecina de Java, recibió un vaciado en cera de la huella de un pie al

parecer dejada por un orang-pendek. Pero la huella se reveló pronto perteneciente a un oso malayo, la especie más pequeña de grandes osos, que a menudo se yergue sobre sus patas traseras. En la penumbra de la selva los cazadores apuntaban una y otra vez sobre algo que tomaban por un orang-pendek, para comprobar decepcionados que el que había pagado el pato era una vez más un oso malayo.

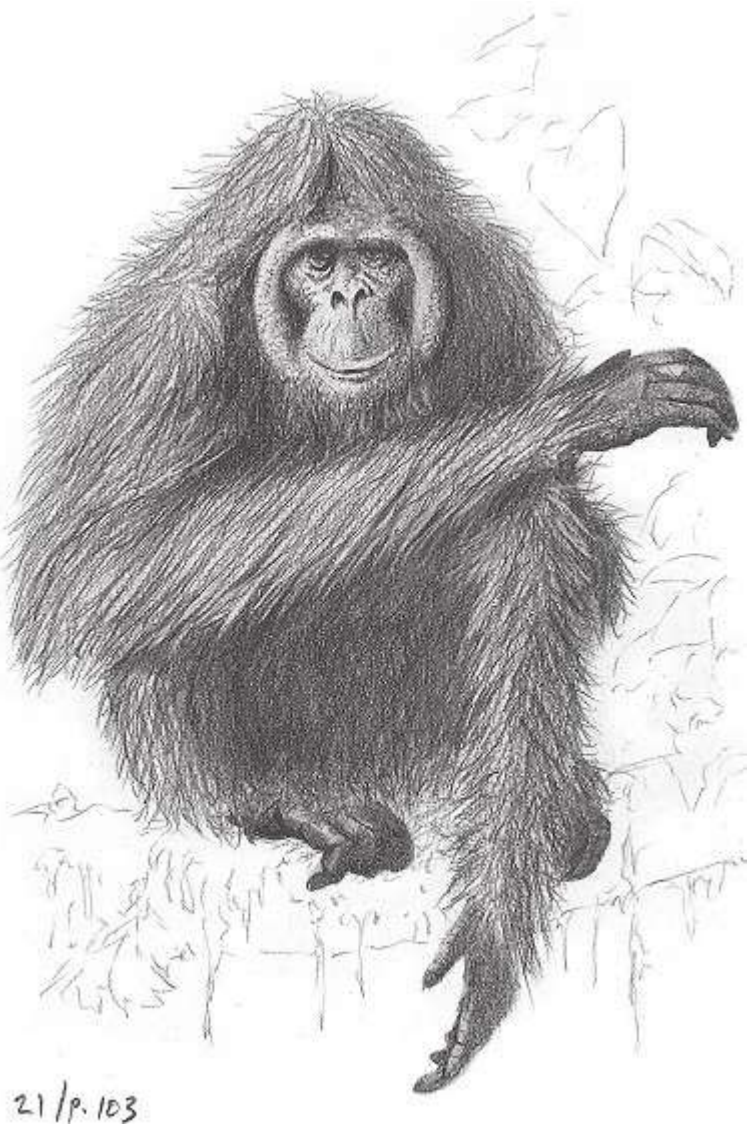
Los hallazgos efectuados en esa región por Eugène Dubois a finales del siglo XIX estimularon la búsqueda del misterioso «hombre mono». Entusiasmado por las teorías evolucionistas de Charles Darwin y Ernst Haeckel, el joven anatomista holandés viajó al sudeste asiático para encontrar el ansiado *missing link* , el eslabón perdido entre el hombre y el mono. Sus proyectos y su entusiasmo provocaron las burlas de muchos científicos «serios», y sin embargo obtuvo un gran éxito: durante el periodo 1890-1891 desenterró en las cuevas cársticas del parque nacional de Kerinci-Seblat un diente humano cuya edad se estima hoy en unos 80.000 años. Pero su éxito culminó en la vecina isla de Java, donde en 1891, en las terrazas fluviales del Solo, muy cerca de Trinil, halló un fragmento de cráneo de un ser antropomorfo de poderoso arco superciliar, y además un molar y un fémur, del que dedujo que esa criatura era bípeda. Dubois estaba seguro de haber encontrado el buscado eslabón perdido, y denominó a su descubrimiento *Pithecanthropus erectus* , «hombre mono que camina erguido». Hoy este hombre primitivo se conoce como *Homo erectus* , uno de los antepasados del hombre moderno. Si el holandés Dubois había descubierto los restos de un «hombre mono», ¿por qué no habrían podido sobrevivir esos seres en los impenetrables y desconocidos bosques de la isla, quizá bajo la forma de orang-pendek?

En mayo de 1932 pareció haber llegado el momento. Sucedió que en el oeste de Sumatra había sido abatido un orang-pendek, un ejemplar joven, de unos 40 centímetros de altura y de anatomía antropomorfa. Cuatro indonesios habían disparado a una hembra de orang-pendek, pero solo habían alcanzado al bebé que llevaba en brazos; la madre logró huir. El descubrimiento saltó a los titulares de los periódicos del mundo entero: ¿se había encontrado de veras físicamente el eslabón perdido?, ¿había sobrevivido hasta nuestros días el eslabón perdido entre el ser humano y el mono? La piel del pequeño ser estaba casi desnuda y el pelo de su cabeza era grisáceo. El cadáver fue investigado en el Museo Zoológico de Buitenzorg e identificado rápidamente como una falsificación. Ese «bebé pendek» no era más que un langur plateado cuidadosamente preparado, es decir, un mono al que habían afeitado el cuerpo, dejando en su cabeza unos cuantos mechones de pelo. Para que diera el pego, habían ensanchado su nariz con trozos de madera implantados, le habían cortado el rabo, partido los pómulos y limado los colmillos hasta reducirlos a pequeños raigones.

Con esto la ciencia «oficial» situó definitivamente al orang-pendek en el reino de los seres fabulosos y lo tildó de producto de la fantasía. Pero ¿es una postura lógica? Esas falsificaciones, esas huellas interpretadas

más o menos erróneamente y esos osos abatidos por equivocación, ¿constituyen pruebas de que no existe el hombre mono?

Desde luego en Sumatra el ser continuó siendo avistado por la población de Kerinci-Seblat. Y también de otras zonas del sureste asiático llegan informes sobre criaturas análogas. Hasta los científicos serios viven misteriosas experiencias en la selva y se topan con huellas que no aciertan a explicar. Así le sucedió a John MacKinnon, que desde hace décadas se dedica a recorrer los bosques del sureste asiático casi siempre al servicio de la protección de la naturaleza, y que en 1992 descubrió en Vietnam los primeros cuernos del hasta entonces completamente desconocido buey de Vu-Quang (véase el capítulo 18). El británico llevaba investigando orangutanes en Borneo más de diez años cuando un buen día en que caminaba solo por el bosque se topó con unas pisadas que le causaron un profundo desconcierto: «Me arrodillé para observarlas con más atención. Parecían las de una persona, y sin embargo procedían inequívocamente de un ser diferente. Un escalofrío recorrió mi espalda. Solo tenía un deseo: alejarme de allí lo antes posible».



El «hombre de la selva» u orang-utan vive en los árboles; el orang-pendek u «hombrecillo» de Sumatra, más bien en el suelo.*Carlos Velázquez*

La huella era triangular, aproximadamente de 15 centímetros de largo y 10 de anchura. Los dedos y el talón, bien formado, parecían humanos, pero la planta era demasiado corta y demasiado ancha y el dedo gordo estaba en la parte exterior del pie. MacKinnon encontró en el bosque unas dos docenas de estas huellas, pero no halló el menor indicio de que se tratase de orang-utans.

Una vez que llegaron al campamento, MacKinnon enseñó a sus colaboradores nativos el boceto de las huellas que había dibujado. Eran pisadas de un batutut, le respondieron espontáneamente, una criatura tímida, de hábitos nocturnos, que se alimentaba sobre todo de caracoles acuáticos. El batutut medía aproximadamente 1,20 metros de altura, caminaba erguido igual que una persona y tenía una melena negra. A la objeción de MacKinnon de que esas huellas quizá perteneciesen a un oso malayo, sus ayudantes reaccionaron enfadados, casi ofendidos: «Nosotros conocemos a los osos. Estas huellas son más grandes, y además carecen de garras». Efectivamente las huellas observadas eran demasiado grandes para pertenecer a osos malayos. «Hasta hoy no acierto a explicarme por qué no fotografié entonces esas pisadas. En cierto modo me asusté». Como es natural, John MacKinnon conoce los informes sobre hombres mono que circulan por todo el sureste asiático, incluyendo los del orang-pendek, el «hombrecillo».

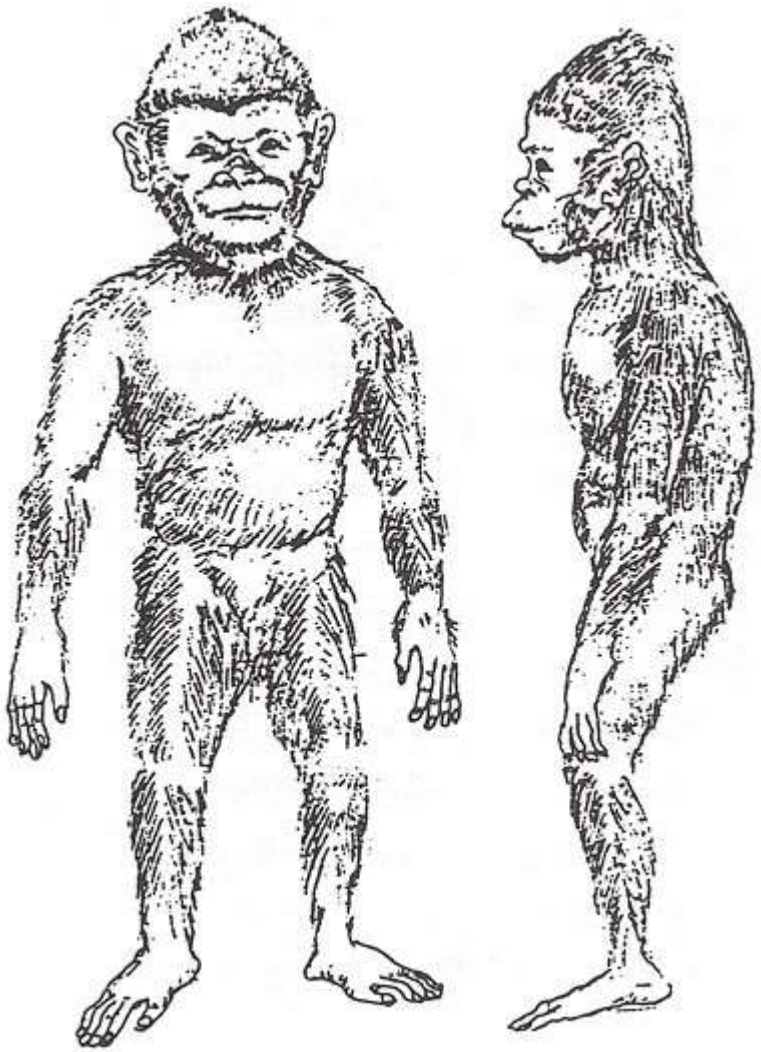
La periodista Debbie Martyr oyó hablar de ese ser por primera vez en el verano de 1989 mientras viajaba por el parque nacional de Kerinci-Seblat, y en septiembre vio sus huellas. No había duda alguna de que eran diferentes a las del batutut descrito por MacKinnon: la posición del dedo gordo del pie era similar a la del hombre, es decir estaba dirigido hacia dentro. La inglesa se sintió picada por la curiosidad: en todo el parque nacional describían al mismo animal. El orang-pendek siempre vivía en el suelo de la selva virgen, nunca huía a los árboles. Así sucedió también con los dos orangpendeks que un hombre de 32 años había observado en los campos cercanos desde la cabaña de bambú de su abuelo. Ambos, uno más grande y otro más pequeño, comían caña de azúcar. Cuando el hombre salió de la cabaña para acercarse a ellos, escaparon corriendo a toda velocidad igual que las personas. Los testigos no se cansaban de resaltar la fortaleza de ese pequeño ser: es capaz de arrancar árboles pequeños y partir con la mano voluminosas ramas de ratán. Y cuando lo asustan, enseña sus dientes, unos incisivos extrañamente anchos, largos colmillos saltones.

«Habría bastado con que una sola persona me hubiera contado que ese ser secuestra mujeres o hace que se corte la leche para suspender inmediatamente mis investigaciones», asegura Debbie. A lo largo de los años siguientes efectuó incesantes viajes a Sumatra para seguir el rastro de la criatura desconocida. Se le metió en la cabeza demostrar su

existencia. Mostró fotos a los testigos oculares: de orang-utans, que no hay en Kerinci-Seblat, de gibones, los pequeños antropoides balanceantes, y de siamangs, sus parientes negros y de mayor tamaño, ambos moradores del parque nacional. Nadie recordaba al orang-pendek al contemplar las fotos. Sin embargo, cuando contemplaron otras de un gorila sentado, todos los testigos reconocieron cierto parecido. Solo que la cara del «hombrecillo» se parecía más a la de los humanos de carne y hueso.

Finalmente Debbie mandó dibujar un retrato robot siguiendo las indicaciones de los testigos oculares. Mostró dicho retrato junto con otras fotos a un policía que unos meses antes había visto una pareja de orang-pendeks en la jungla. El hombre se detuvo brevemente en las fotos de gorilas, pero después, al ver los dibujos del orang-pendek, afirmó: «Este es. Aunque es más delgado que los que yo vi. Tienen los hombros más anchos y un tórax más robusto».

Muchos científicos expertos en primates y conocedores de la región se muestran escépticos con la labor de Debbie Martyr. «Ella ha cogido al vuelo una leyenda y ahora intenta demostrar su existencia», afirma por ejemplo John MacKinnon. «Acaso quede algo verdaderamente nuevo por descubrir. Pero lo que me parece sospechoso es el celo con el que ella intenta desde hace años encontrar a ese ser sin disponer de pruebas fehacientes». También Biruté Galdikas, la conocida investigadora de orangutanes que estudia desde hace muchos años a los rojos «hombres de los bosques», conoce a Debbie y sus investigaciones. «Ella vino a verme una vez y me refirió sus breves encuentros con el orang-pendek. ¿Qué puedo decir al respecto? Sé por experiencia lo fácil que es ver en la selva virgen cosas extrañas y curiosas. Sin embargo, Debbie estaba muy convencida de lo que había visto. Yo sencillamente no tengo ninguna opinión al respecto».



Muchos testigos oculares reconocen al orang-pendek en este retrato. *WWF Kerinci*

Debbie comprende el escepticismo de numerosos investigadores. Pero insiste: lo que ha visto —y no solo una vez— es real. «Un amigo mío investigó aquí, en el parque nacional, durante tres años a los raros rinocerontes de Sumatra. En todo ese tiempo no llegó a ver ni a uno solo de esos tímidos animales. En ese sentido, yo he llegado mucho más lejos».

Pero, si el orang-pendek existe de verdad, ¿por qué no se ha encontrado jamás un cadáver o al menos restos, quizá unos huesos? En la cálida y húmeda selva virgen tropical los insectos y los hongos descomponen los cadáveres casi en una noche. Los puercoespines se abalanzan sobre el resto: ellos realizan el «trabajo duro» con sus potentes incisivos capaces de triturar cualquier hueso.

Entretanto, la periodista ha encontrado un poderoso aliado en su búsqueda: la respetada organización británica de defensa de la naturaleza Fauna and Flora International (FFI). «Sus precisas

descripciones, las huellas que nos presentó nos han convencido», afirma Douglas Muller, de la FFI. «A ello hay que añadir los testimonios de los testigos oculares, muy coincidentes. Los nativos describen al mismo animal a lo largo de cientos de kilómetros, en regiones que carecen de teléfono o de cualquier otra posibilidad de comunicación». Muller también ha visitado varias veces en persona el territorio en cuestión. «Allí un viejo me contó que hace cincuenta años se podía ver al orang-pendek con más frecuencia. Actualmente se lo puede avistar ya solo en los rincones más intrincados del parque nacional».

Por eso desde 1995 la FFI apoya los esfuerzos de Debbie para averiguar más datos sobre el tímido y desconocido primate. Al mismo tiempo el Proyecto Orang-Pendek investiga también el mundo animal y vegetal de Kerinci-Seblat. En un territorio de una superficie similar a la de Bélgica, recorrido por cursos fluviales, de escarpadas laderas montañosas y terreno cárstico, lleno de cuevas y muy inaccesible, viven elefantes, tapires de la India, osos malayos, gibones y siamangs, así como otras cinco especies de monos ya conocidas, también tigres de Sumatra, de los que solo unos pocos centenares han sobrevivido en la isla, e innumerables especies de aves. Además, el parque nacional alberga tal vez la mayor población de los extremadamente escasos rinocerontes de Sumatra, los más pequeños y primitivos de la familia de los rinocerontes, que tienen todo el cuerpo cubierto de una pelusa castaña de pelo hirsuto. La amplia variedad de especies, la riqueza del parque, estaba prácticamente inexplorada hasta ese momento.

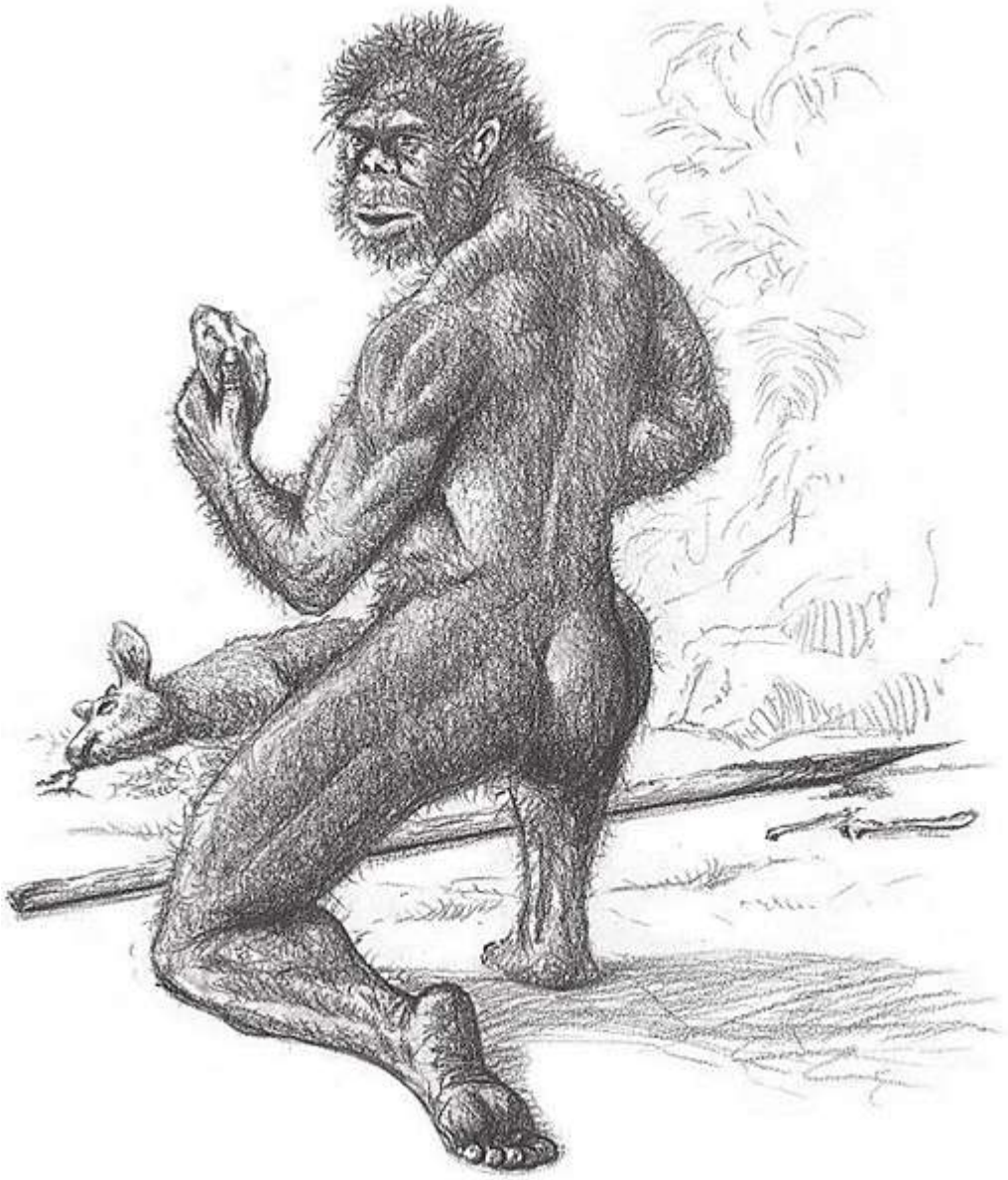
Todo esto está muy amenazado: los vehículos oruga y las motosierras se adentran cada vez más profundamente en la selva virgen para talar la valiosa madera tropical. Lo que en 1995 todavía era un bosque protegido, se convirtió dos años después en una plantación. En la superpoblada Indonesia la presión colonizadora es formidable. Los incendios forestales que se desencadenaron allí desde agosto de 1997 hasta junio de 1998 devastaron extensas zonas de Kerinci-Seblat: «En esa época apenas podíamos ver a 25 metros de distancia», refiere Douglas Muller. Entonces era sencillamente impensable volver a encontrar las huellas del orang-pendek, porque el suelo de la selva virgen, siempre tan húmedo y fangoso, se había secado por completo. Seguramente los tímidos seres se retiraron a regiones aún más apartadas, supone Muller. Todavía no se ha demostrado la existencia del orang-pendek y ya está amenazada su supervivencia.

Así pues, el tiempo apremia. Entretanto, Debbie Martyr y su equipo conocen bien el menú de su desconocido objeto de investigación: le gustan sobre todo los frutos y el jengibre, además de las termitas, los cangrejos de río y los pájaros que aún no han abandonado el nido. Cuando la ocasión es propicia, el orang-pendek roba del campamento de los investigadores arroz, pescado seco y a veces hasta una piña. Esquiva a las personas; también evita las sendas de otros animales, pues prefiere abrir las suyas a través de la tupida maleza, que son cartografiadas por el equipo de investigadores.

Debbie Martyr también cree conocer los sonidos que profiere el «hombrecillo»: gruñe, y cuando es sorprendido emite un «bo» penetrante. Su grito de alarma es un «vraaaagh» que provoca escalofríos. Otros miembros del equipo, además de ella misma, han visto varias veces al orang-pendek recorriendo las laderas del monte Kerinci, aunque nunca más de tres segundos. Lo que falta es una imagen verdadera, una fotografía del orang-pendek. Aunque existen dos fotos muy movidas y poco nítidas, el crítico equipo de la FFI no permite utilizarlas como prueba. Dada la extrema timidez de la criatura, los investigadores han colocado en algunas sendas de la selva «trampas fotográficas». Son cámaras automáticas que se disparan por infrarrojos, es decir, con el calor que emiten los cuerpos de las aves y los mamíferos. Esto posibilita tomas incluso de seres vivos extremadamente recelosos. De este modo los científicos del equipo tomaron fotografías de algunos animales de inusitada rareza: por ejemplo, panteras nebulosas, una especie de gato montés moteado, de tamaño medio, que fue fotografiado por primera vez en la naturaleza hace más de diez años. O un gato negro misterioso, al principio desconocido, que más tarde resultó ser un gato dorado melanínico, una variedad cromática negra del gato montés pardo dorado. Contaban una y otra vez al equipo que, en algunas regiones del parque, existían incluso tigres negros. Pero este dato no ha podido ser confirmado hasta la fecha.

El 26 de julio de 1996 trajo una pequeña sorpresa cuando un animal que se creía extinguido disparó la cámara. La foto resultante no es precisamente una obra maestra, pues salió un tanto borrosa, pero muestra con claridad a la pita gigante, conocida por los ornitólogos como *Pitta caerulaea* . Este pájaro había sido visto por última vez hacía más de cien años. El equipo realizó también otros descubrimientos importantes: en un remoto valle fluvial encontró en 1996 una planta muy rara, la *Rafflesia hasseltii* , un vegetal que solo aparece a ras de tierra durante la floración, cuyas flores brillantes y de apestoso olor a carroña, de 60 centímetros de diámetro, llaman la atención. Era la tercera vez en este siglo que se hallaba esta planta. En el primer inventario sobre la biodiversidad efectuado el año 1997, el número de especies de aves que vivían en el parque descubiertas por los investigadores había aumentado de 161 a 210.

Pero por lo que se refiere al orang-pendek los progresos de los últimos años han sido más lentos de lo esperado. «No obstante sigue habiendo numerosos indicios de que ahí fuera hay un ser vivo nuevo, especial», opina Douglas Muller. «Por eso confiamos también en poder tachar pronto de la lista de la criptozoología al orang-pendek». Por desgracia algunos pelos hallados por el equipo y que podrían pertenecer al «hombrecillo» no han ofrecido hasta el momento resultados concluyentes.



El hombre primitivo *Homo erectus* vivió mucho más tiempo del que se creía hasta ahora. ¿No podría estar también él detrás del orang-pendek?*Carlos Velázquez*

David Chivers, de la FFI y primatólogo de la Universidad de Cambridge, considera las huellas del pie que tomó Debbie una mezcla de características humanas y antropomorfas. ¿Qué podría ser finalmente el orang-pendek? ¿Una nueva especie de antropoide? ¿Una subespecie no descubierta hasta ahora del orangután? ¿O algo todavía más espectacular? «A lo mejor ese ser guarda alguna relación con la evolución humana», comenta Chivers, críptico.

Debemos recordar que también se burlaron de Eugène Dubois, hasta que encontró en las orillas del Solo en Java los restos del *Homo erectus* . Y en los años pasados este hombre primitivo ha deparado continuas sorpresas. Así, algunos científicos consideran posible que el «hombre erecto» fuese navegante. Prueba de ello serían los primitivos utensilios

de piedra descubiertos en 1994 en la isla indonésica de Flores, situada entre Java y Timor. A estos útiles se les ha atribuido una antigüedad de unos 800.000 años. El *Homo erectus* no pudo haber llegado a Flores por vía terrestre, pues jamás existió un vínculo directo por tierra desde aquí al continente asiático. El hombre primitivo debió de llegar por mar, quizá en balsas de bambú, y en consecuencia era capaz de mayores progresos de lo que se ha supuesto hasta ahora. Además, nuevas dataciones de antiguos hallazgos óseos revelan que el *Homo erectus* en modo alguno se extinguió hace 200.000 años, sino que seguramente sobrevivió mucho más tiempo, desde una perspectiva geológica «hasta hace poco»: los hallazgos más recientes atribuidos al *Homo erectus* tienen 40.000 años de antigüedad y proceden de Java, la isla vecina de Sumatra.

Las especulaciones se suceden: «Si el orang-pendek es lo que creemos», afirma Douglas Muller, «entonces es un descubrimiento muy importante».

9La bestia del zoo de Moctezuma

Para un criptozoólogo es una suerte sin parangón tener al fin ante él un animal misterioso, largo tiempo buscado, que le permita probar la existencia de un ser discutido. Porque casi siempre esos incansables investigadores tienen que conformarse con huellas de pies, fotos borrosas o informes de testigos oculares. Después, en el instante decisivo, vuelve a fallar el disparador de la cámara, el cadáver de un animal desconocido se pudre de manera irremisible con el calor del trópico o desaparece de manera inexplicable.

Richard Greenwell conoce innumerables historias parecidas, y algunas de ellas las ha vivido personalmente. Porque el secretario general de la International Society of Cryptozoology no siempre está en su oficina de Tucson, en el estado norteamericano de Arizona, rodeado por los restos de seres fabulosos, cráneos de tigres de dientes de sable, retratos de *bigfoots* y *souvenirs* de Nessie, el monstruo del lago Ness, revisando manuscritos de autores extranjeros para la próxima edición del anuario *Cryptozoology* . A veces le invade la fiebre del descubridor y entonces sale a recorrer el mundo para buscar en persona especies animales misteriosas. En el territorio pantanoso de Likouala, en el Congo, siguió el rastro del mokele-mbembe, un saurio gigantesco que, según las narraciones de los nativos, mide hasta 12 metros de largo. ¿Un dinosaurio superviviente? ¿O una variedad específica del rinoceronte de los pantanos? Salvo unas huellas que podrían proceder de un animal del tamaño de un elefante, la expedición no encontró prueba alguna de su existencia. En el centro de China examinó las huellas del pie del yeren, el «hombre salvaje» chino, sin obtener tampoco esta vez resultados sustanciales. Con todo, algunos pelos indicaban que allí podría vivir un primate desconocido.

Sin embargo, el 20 de febrero de 1986, tras una larga búsqueda de huellas casi criminalística, un animal fabuloso yacía ante él en la mesa de disecciones de la localidad mejicana de Mazatlán: la onza, ese felino legendario y desconocido del zoo del emperador Moctezuma. El monarca azteca mantenía en Tenochtitlán, su capital, una casa de fieras que al parecer albergaba ejemplares de todas las especies animales del país. Los conquistadores españoles al mando de Hernán Cortés visitaron en 1519 esa colección aneja a las extensas instalaciones de un templo; uno de los conquistadores, Bernal Díaz del Castillo, redactó un detenido informe sobre el particular: los europeos contemplaron allí por primera vez aquel «extraño toro mejicano de pelaje parecido al león, joroba de camello y hombros encorvados»: el bisonte. Una enorme pajarera albergaba todas las aves ornamentales del país. Solo para alimentar a las aves de presa se sacrificaban 500 pavos diarios. Había una hilera de terrarios llenos de crótalos cuyas colas sonaban como castañuelas. Un enorme edificio del zoológico albergaba a los carnívoros, entre los que figuraban tres grandes félidos: el «tigre»,

nombre con el que Díaz del Castillo aludía al jaguar moteado, y dos tipos de «leones». (Los conquistadores europeos designaron al principio a los animales de América con los nombres de especies parecidas del Viejo Mundo, conocidas por ellos). Uno de los «leones» era el puma, hoy todavía denominado «león de montaña»; el otro, llamado *cuitlamitzli* por los aztecas, debía de parecerse a un lobo a juzgar por la descripción de Díaz del Castillo.

El jesuita alemán Ignaz Pfefferkorn, que a partir de 1757 pasó algunos años como misionero en la entonces provincia mejicana de Sonora, describe una onza que podría ser idéntica al felino parecido a un lobo: «El animal al que los españoles denominan onza se parece a un puma. Pero su cuerpo es más largo, mucho más delgado y estrecho, sobre todo en el tronco. Sus pies son más pequeños y su caja torácica más ancha. No hallé diferencia alguna en el color, salvo que la onza es más clara y posee una coloración algo rojiza. Sin embargo, no es tan tímida como el puma. Quien se atreva a atacarla debería andarse con cuidado».

Un informe del jesuita Johann Jakob Baegert, que entre 1751 y 1768 trabajó con los indios guaricura de la Baja California, lo corrobora: «Una onza se atrevió a asaltar la misión de mi vecino estando yo allí de visita. Atacó a un chico de catorce años, a plena luz del día y prácticamente a la vista de todo el mundo. Unos años antes otro de estos felinos había matado aquí a los soldados más fuertes y respetados de la región». En aquella época parece que los que escribieron sobre la historia natural del país fueron sobre todo los jesuitas: en cualquier caso en el siglo XVIII un eminente erudito de la orden, el padre Francisco Javier Clavijero, refirió que en la Baja California vivía «un animal salvaje» parecido al puma por el color, pero más delgado. Los españoles, según decía Clavijero, denominaban a este animal «onza».

¿Qué sería este félido parecido al puma que hoy sigue sumido en el misterio? ¿Una nueva especie? ¿Una subespecie desconocida del león de montaña? ¿O quizá un cruce de puma y jaguar? A finales de los años setenta del siglo XX, Richard Greenwell oyó hablar por primera vez del misterioso animal y comenzó a seguir su rastro.

Al hacerlo, topó con la sensacional idea de Helmut Hemmer, el experto en mamíferos de Maguncia, que también conocía los informes sobre la onza. Él había estudiado en la californiana Berkeley huesos fósiles del guepardo *Acinonyx trumani* , que se había extinguido en América hacía más de 10.000 años. Antaño esos veloces felinos, al igual que otras muchas especies, emigraron durante las glaciaciones por el estrecho de Bering desde América del Norte, su patria natal, hasta Asia y se extendieron hasta África, donde en la actualidad vive la especie *Acinonyx jubatus* .

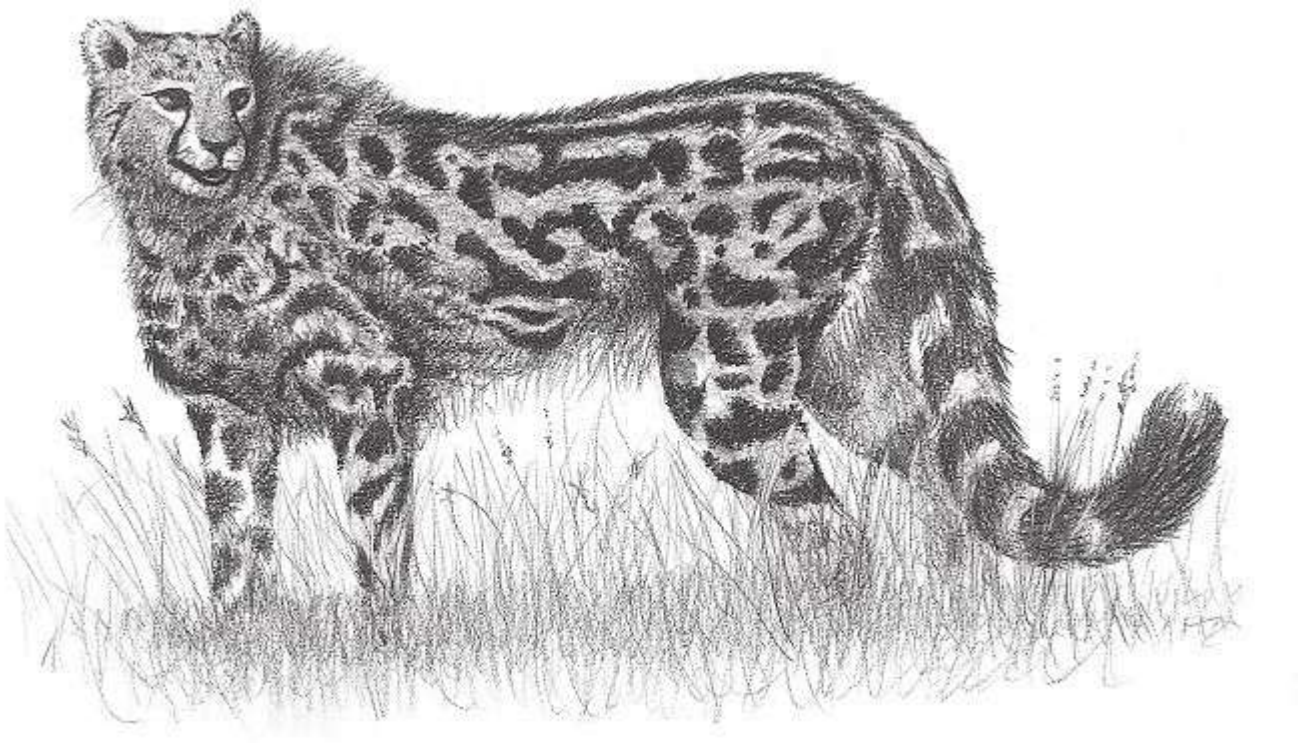
En general se considera a los guepardos félidos muy similares al perro. Por tanto, ¿no podrían ser las esbeltas onzas «parecidas al lobo» guepardos norteamericanos supervivientes? ¿Hallarían quizás refugio en las montañas mejicanas restos de esos guepardos primitivos? Así

pues, la idea de Hemmer no carecía de fundamento; había formulado una hipótesis deliberadamente provocadora e incluso había llegado a dibujar el «retrato robot» de una supuesta onza para alentar posteriores investigaciones sobre el misterioso felino.

Al fin y al cabo no sería la primera vez que un felino enigmático parecido al guepardo descendiera del reino de los seres fabulosos al mundo de los animales reales. A comienzos del siglo XX, nativos de Rodesia, la actual Zimbabue, hablaban de un extraño y huidizo animal del bosque que denominaban *nsui-fisi* : «hiena leopardo». La ciencia oficial consideraba leyendas esos informes hasta que en 1926 el mayor A. C. Cooper presentó la extraña piel de un felino capturado en la localidad de Macheke, a unos cien kilómetros al sureste de Salisbury, la actual Harare. Nunca antes se había descubierto una piel parecida: el color de fondo era amarillento, y desde la nuca hasta la cola, a lo largo de la espina dorsal, se extendía una hilera de rayas negras alargadas; los flancos y los muslos estaban llenos de manchas negras gruesas e irregulares. Cooper consideró al animal un cruce de leopardo y guepardo: «Como un leopardo robusto de miembros poderosos. Las garras, por el contrario, no eran retráctiles, al igual que sucede en el guepardo». Además el animal poseía una corta melena, que se observa en los guepardos, pero no en los leopardos.

Cooper envió la piel a Reginald Pocock, experto en felinos del londinense Museo Británico de Historia Natural, que se dio cuenta en el acto de que la piel tenía que proceder de un guepardo con un dibujo desacostumbrado y un pelo largo y muy sedoso. Creyó que se trataba de una nueva especie —muy claramente diferenciada del veloz felino conocido hasta entonces, que era moteado— y debido al espléndido dibujo la denominó *Acinonyx rex* : «guepardo rey».

Tras una afanosa búsqueda, Cooper reunió más pieles del «rey», aunque una mostraba un dibujo diferente: menos adornada que las demás, era más bien una modalidad intermedia entre la coloración normal moteada del guepardo y el pelaje «majestuoso». Desde entonces se sospechó que el guepardo rey no constituía una especie autónoma, sino que era una variedad del guepardo corriente moteado surgida por mutación.



El guepardo rey pasó de ser una leyenda a un animal reconocido por la ciencia.*Carlos Velázquez*

En mayo de 1981, una madre guepardo del De Wildt Cheetah Breeding and Research Centre, una estación de cría del zoo de Pretoria creada ex profeso para los guepardos en peligro de extinción, suministró la prueba definitiva: entre una camada de jóvenes guepardos apareció un pequeño «rey». Días más tarde le siguió un segundo cuando una hermana de la primera madre trajo al mundo otro cachorro con el color real. Así pues, el color real no es el rasgo característico de una especie distinta, sino una herencia genética recesiva: dos padres de coloración normal pueden tener crías de color diferente si ambos son portadores de ese rasgo recesivo en sus genes.

Hasta 1987 se conocieron un total de 38 ejemplares de guepardo rey, todos ellos procedentes de una zona situada entre tres países, Zimbabue, Sudáfrica y Botsuana. (Sin embargo, esos bellos animales se crían hoy en varias estaciones y se venden a todo el mundo, de forma que los parques zoológicos de Wuppertal y Múnich ya cuentan con guepardos rey). La bióloga Lena Bottriell investigó con su esposo Paul a los guepardos rey que viven en libertad. Ella cree que los reyes no solo se distinguen de los demás guepardos por la piel rayada: según sus observaciones, los «soberanos» viven más bien en lo más frondoso del bosque y tienen hábitos nocturnos. Los guepardos de dibujo normal, por el contrario, permanecen sobre todo en la sabana abierta y son activos de día. Bottriell opina que en este momento se está operando en los guepardos una «evolución ante nuestros ojos»: lentamente, supone, está surgiendo una nueva raza de felinos que podría diferenciarse de los

moteados también por su conducta y a partir de ahí tal vez algún día se origine una nueva especie.

Pero volvamos al misterio de la onza mejicana. ¿Es de verdad posible, se preguntaba Richard Greenwell, que veloces felinos de gran tamaño —guepardos primitivos del Pleistoceno— hayan sobrevivido hasta nuestros días en Sierra Madre sin ser descubiertos? ¿O acaso el legendario felino del zoo de Moctezuma solo fue un mito que persistió durante siglos?

Los mitos, sin embargo, no pueden ser abatidos a tiros: en el siglo XX, los cazadores mataron en las montañas mejicanas a felinos gráciles, de largas patas, parecidos a un puma pero con aspecto muy distinto. Richard Greenwell decidió llegar hasta el fondo de esas historias. Acudió a Dale Lee, que junto con sus hermanos había emprendido frecuentes y exitosos viajes como cazador y guía. Y Lee le contó lo que sabía de la onza.

Los hermanos cazadores habían oído en repetidas ocasiones las historias de la agresiva onza, pero las habían desestimado tachándolas de «charlatanería de nativos». Pero en 1938 los Lee llevaron al banquero norteamericano Joseph Shirk a cazar jaguares a las montañas de La Silla, en la provincia mejicana de Sinaloa. En las hondonadas del terreno crece un bosque subtropical, pero a medida que se asciende la vegetación se torna más seca. Se dice que la onza vive arriba, en las montañas. Los vehículos eran inútiles, incluso con caballos era imposible avanzar: burros y mulos eran los únicos medios de locomoción en aquellos agrestes parajes.

Durante mucho tiempo los cazadores no hallaron el menor rastro de jaguares. Pero otro animal había respondido a sus reclamos. Los hombres le soltaron los perros y pronto obligaron a subirse a un árbol a un gran felino que bramaba de ira, y de aspecto no muy diferente a un puma. El banquero disparó e hirió al animal en una pata trasera. El felino huyó por un barranco, arrastrando siempre la pata herida y sin embargo con tal celeridad que los perros apenas lograban seguirlo. No obstante pronto volvieron a obligarle a subir a un árbol, y esta vez ya no tuvo salvación: lo mataron de un tiro.

Los Lee examinaron el animal: era mucho más delgado que un puma, pero más largo. Las orejas eran largas, igual que las patas. Fotografiaron al felino, lo midieron, pero por desgracia el cuerpo se perdió. De vuelta a Arizona, los cazadores describieron la pieza que habían abatido, pero solo cosecharon incomprensión y burlas; todos pensaron que los Lee se habían tragado una «vieja leyenda». No obstante, ellos siempre estuvieron seguros de que ese animal no era un puma normal. ¿Quién podía saberlo mejor que ellos, unos cazadores tan experimentados? Solamente Dale Lee cazó y abatió en su carrera casi 500 pumas, unos 300 osos negros y junto con sus hermanos más de 120 jaguares, una trayectoria cinegética que hoy en día, dada la escasez de

esos animales, provoca escalofríos. A pesar de todo, a un hombre así no se le puede negar experiencia a la hora de percibir las diferencias.

En 1985, Richard Greenwell viajó al distrito de San Ignacio, en Sinaloa, donde en 1938 había sido abatido aquel extraño felino. Diez años atrás, el ranchero Jesús Vega había matado un animal parecido y había guardado su cráneo, que se asemejaba al de un puma y al que le faltaban algunos molares delanteros. Greenwell rogó que le avisaran si surgían novedades referentes a la onza.

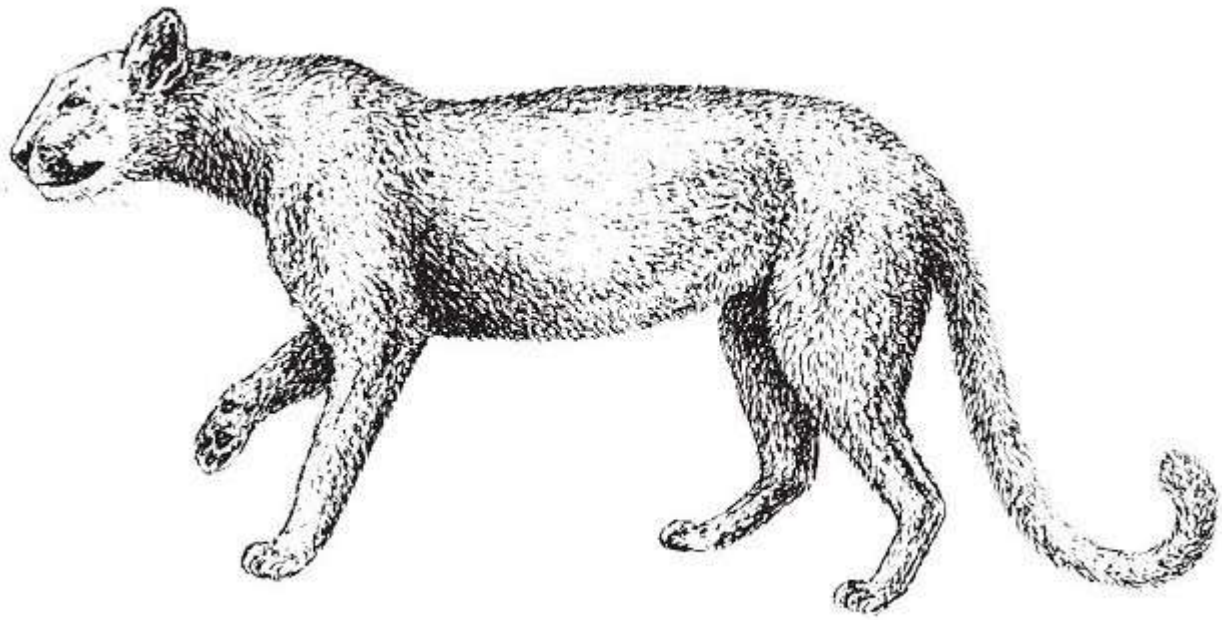
En enero de 1986 recibió una llamada de Sinaloa: habían abatido otra onza. La noche de año nuevo, dos rancheros que habían salido a cazar ciervos a la sierra observaron a un gran felino agazapado en la oscuridad. Temerosos de que se tratara de un jaguar y los atacase, los hombres dispararon. Pero el felino no era un jaguar, aunque tampoco un puma normal. Los cazadores, al acordarse del «gringo loco» que había preguntado hacía poco tiempo por felinos raros, transportaron el animal a casa y más tarde lo llevaron a Mazatlán, donde fue congelado inmediatamente, diecisiete horas después de su muerte.

El felino, una hembra, estaba pues en un estado excelente cuando en febrero de 1986 Greenwell lo examinó en compañía de Troy Best, experto en pumas. El animal era muy esbelto, de piernas delgadas que también parecían más largas que las de un puma normal. El rabo y las orejas parecían asimismo más largas. El animal tenía algunas franjas pequeñas y horizontales en sus patas delanteras que no aparecen en el puma. Los huesos de las patas delanteras y traseras también tenían mayor longitud que los del puma. El felino solo pesaba 27 kilos, mientras que las hembras adultas de puma alcanzan por término medio de 36 a 60 kilos. Como demostró la disección del cadáver, el animal gozaba de excelente salud y estaba libre de parásitos. Poseía bastantes reservas de grasa, por lo que su esbeltez no podía atribuirse a falta de alimento. En su estómago hallaron todavía los restos de sus últimas comidas: pezuñas de ciervo.

«El animal parece en verdad diferente», constató también Troy Best, que por entonces acababa de medir más de 1.700 cráneos de puma. Desde el punto de vista morfológico, ese felino se diferenciaba claramente del puma. También Helmut Hemmer, zoólogo de Maguncia, examinó pronto los huesos en Tucson y llegó a la misma conclusión. Había quedado claro que la onza no podía ser un guepardo superviviente de la Edad del Hielo. Entonces ¿qué era exactamente esa criatura parecida a un puma?

Los análisis de los pelos no mostraron diferencia alguna con los del pelaje de un puma corriente, de ahí que Greenwell esperase con impaciencia los resultados de los análisis bioquímicos efectuados en el National Cancer Institute de Washington. Allí se habían comparado tejidos de la supuesta onza con los de pumas, leones, tigres, guepardos y jaguares. «El resultado fue frustrante», reconoció Greenwell, «pues la bioquímica dijo algo completamente distinto a la morfología». Desde

una perspectiva bioquímica, la «onza» no se diferenciaba un ápice del puma tradicional. Dicho de otra manera, el animal no era una nueva especie o subespecie. Esto último sería casi imposible, pues en las montañas de Sierra Madre vive ya una subespecie de puma, *Puma concolor azteca* , y dos subespecies en el mismo territorio se cruzarían entre sí difuminando las diferencias. ¿Ha concluido, pues, el sueño del «segundo tipo de león», de la «bestia del zoo de Moctezuma»?



Dibujo de una onza efectuado a partir del estudio de huesos de guepardos primitivos americanos y de los informes sobre el misterioso felino mejicano.*Helmut Hemmer*

A Hemmer los resultados no le sorprendieron demasiado: «Si los huesos de onza hubieran sido fósiles, yo seguramente también habría descrito una nueva especie debido a las grandes y llamativas diferencias». Y remite al guepardo rey, en el que la variación en un gen originó un aspecto claramente distinto, aunque pertenece sin ningún género de dudas a la especie *Acinonyx jubatus* . En su opinión, con la onza podría ocurrir algo similar. La figura diferente de la onza, con sus miembros y orejas alargados, recuerda a Hemmer un fenómeno en los humanos, la «acromegalia», en la que las partes del cuerpo alejadas del tronco (dedos, pies y nariz) se alargan más de lo habitual debido a un incremento en la producción de hormonas del crecimiento. Pero esto es una suposición, subraya expresamente. Y una hipótesis interesante que podría estar detrás de la onza.

Entretanto, Greenwell ha esbozado otra hipótesis (muy atractiva desde la óptica de la criptozoología): «A lo mejor», opina guiñando un ojo, «a

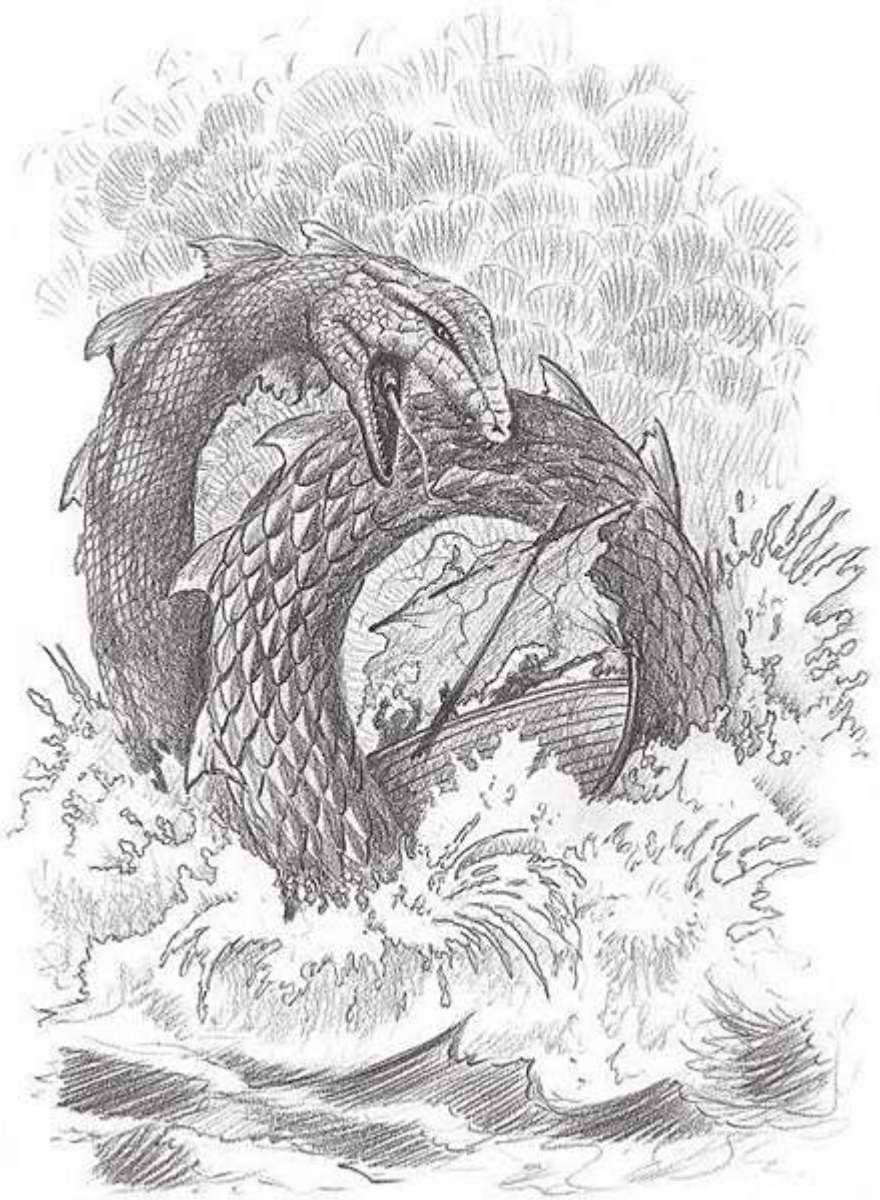
lo mejor la onza que encontramos nosotros tampoco era la auténtica onza».

10Serpientes marinas y fanfarronadas

En las noches de verano, cuando hace buen tiempo, abandona su cueva para devorar terneros, corderos y cerdos. O se adentra nadando en el mar para capturar calamares, bogavantes y otros cangrejos marinos. Llega a medir hasta 60 metros de largo, con un diámetro de hasta 6 metros, y del cogote le cuelgan pelos de medio metro. Las rocas de la costa cercana a la ciudad noruega de Bergen son el hogar del monstruo. Duras escamas de color marrón oscuro cubren su cuerpo, sus ojos brillan llameantes.

Olaus Magnus, el arzobispo sueco autor de la *Historia de gentibus septentrionalis* , una historia de los pueblos nórdicos publicada en 1555, describió este «gusano marino» cuyos congéneres moraban, al parecer, a lo largo de toda la costa noruega. Con ello proporcionó a generaciones enteras de navegantes una descripción típica de un monstruo marino específico: la gran serpiente marina.

En 1746 el capitán Lorenz von Ferry, también oriundo de Bergen, describió el encuentro con un ser similar acaecido en un caluroso día de agosto. La calma chicha les había obligado a arriar las velas y a empuñar los remos. De repente el timonel varió el rumbo porque algo nadaba en el agua: un animal desconocido, largo, grisáceo, con una cabeza parecida a la de un caballo, se movía por allí ondulante. El capitán ordenó mantener el rumbo para examinar con más detalle a la extraña criatura. Su boca era oscura y enorme, los ojos negros, y una larga melena blanca colgaba por encima de la superficie del agua. Por detrás de la cabeza siete u ocho jorobas asomaban sobre el nivel del mar, a una distancia de 60 centímetros aproximadamente. El capitán mandó disparar al animal, pero este se sumergió rápidamente y desapareció.



La «gran serpiente marina»: ¿pura fantasía de marineros o un animal real?*Carlos Velázquez*

El 7 de diciembre de 1905, a las diez y cuarto de la mañana, el zoólogo Michael J. Nicoll, que se encontraba ante la costa de Brasil en viaje de investigación a bordo del yate *Valhalla* , divisó una enorme aleta dorsal, marrón oscura y arrugada en los bordes, que surcaba el mar unos cien metros por detrás de la embarcación. La parte visible de la aleta era casi rectangular, de cerca de 2 metros de longitud y hasta 60 centímetros de altura. Cuando E. Meade— Waldo, el colega de Nicoll, miró por sus prismáticos, la cabeza se elevó 2 metros por encima del agua y apareció un cuello largo «del grosor del cuerpo de un hombre delgado».

La cabeza se asemejaba a la de una tortuga, también los ojos. Con un extraño movimiento, el animal osciló su cuello de un lado a otro. El barco navegaba deprisa y el animal nadaba con extrema lentitud, de

manera que el encuentro duró apenas unos minutos. Nicoll aventuró más tarde: «Posiblemente esa criatura era un ejemplar de lo que con tanta frecuencia se denomina la “gran serpiente marina”». Consideraba a este ser una especie de mamífero marino; Meade-Waldo, por el contrario, encuadraba la «serpiente marina» más bien entre los reptiles.

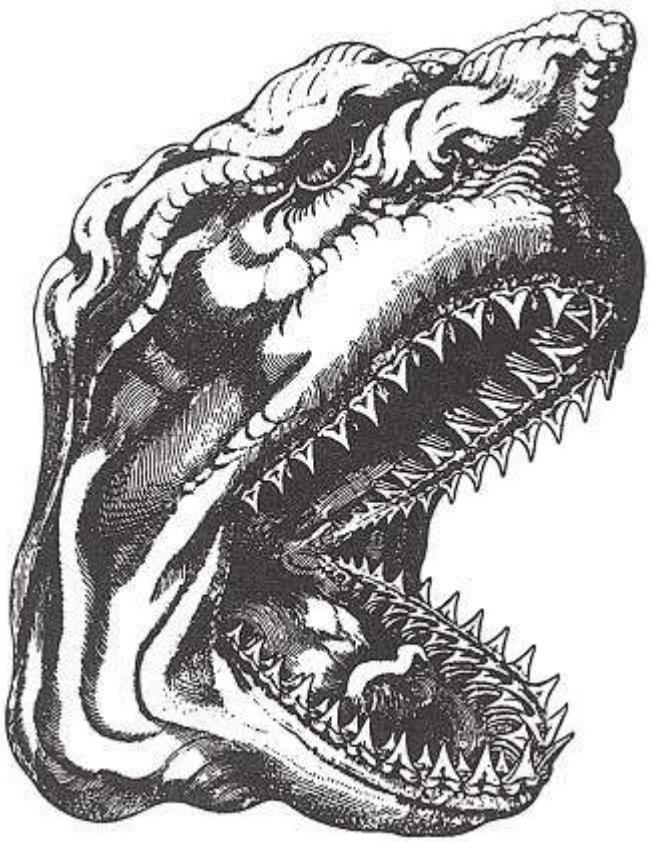
¿Qué ocultaban todos estos avistamientos de los que se conocen narraciones desde hace siglos? ¿Existen realmente esas descomunales serpientes marinas? Los mares tropicales y subtropicales albergan serpientes auténticas, aunque apenas sobrepasan los tres metros de longitud. Nadan por el agua con su cola ancha y aplanada. Son capaces de sumergirse hasta dos horas sin necesidad de salir a la superficie para respirar. La mayoría de estos reptiles no abandonan el mar en toda su vida, y dan a luz crías vivas. Solo unas pocas especies necesitan ir a tierra para desovar. Sin embargo, tienen poco en común con los monstruos tremebundos de las leyendas marineras, aunque en modo alguno carecen de peligro. Las auténticas serpientes marinas poseen un veneno muy activo, que amenaza sobre todo a los pescadores que capturan accidentalmente a estos animales en sus redes.

Bernard Heuvelmans, el «padre de la criptozoología», ha recopilado, comparado y clasificado 358 avistamientos «significativos» de serpientes marinas, y a continuación ha lanzado la hipótesis de que tendría que haber varias especies de estos monstruos, de los que realizó incluso retratos robot. Entre ellos figuran seres marinos tan ilustres como la serpiente gibosa, las anguilas gigantes y los caballos marinos, la serpiente de cuello largo y los multialetas, que poseen toda una serie de apéndices en forma de aletas. Pero ¿existen realmente tales criaturas? ¿Podrían de verdad vivir todavía en los océanos animales tan grandes y haber permanecido hasta hoy ocultos para la ciencia? Hay quien considera a los colosales plesiosaurios, que en realidad se extinguieron hace 65 millones de años, los parientes marinos de Nessie. Algunos avistamientos ¿podrían atribuirse quizá a tiburones gigantescos como los que existieron en épocas prehistóricas?

Durante millones y millones de años surcó los mares del mundo un enorme y voraz tiburón, un pariente del actual tiburón blanco, que puede alcanzar hasta 5 metros de longitud y devorar a un niño de un bocado. Por el contrario, el tiburón gigante primitivo *Carcharodon megalodon* era entre dos y tres veces mayor: medía de 10 a 15 metros. En su boca habría cabido de pie un hombre adulto. De este pez de pesadilla que vivió hace unos 100.000 años, hoy solo dan testimonio los enormes dientes triangulares (de hasta 10 centímetros). A veces aún se especula con fruición con la hipótesis de que esos monstruos hayan sobrevivido en las profundidades abisales, pero hasta la fecha no existe la menor prueba de ello.

El 15 de noviembre de 1976 fue arrastrada a tierra por primera vez desde las profundidades oceánicas una de las mayores especies de tiburón, hasta entonces completamente desconocida. Un barco de investigación de la marina americana había lanzado el ancla flotante

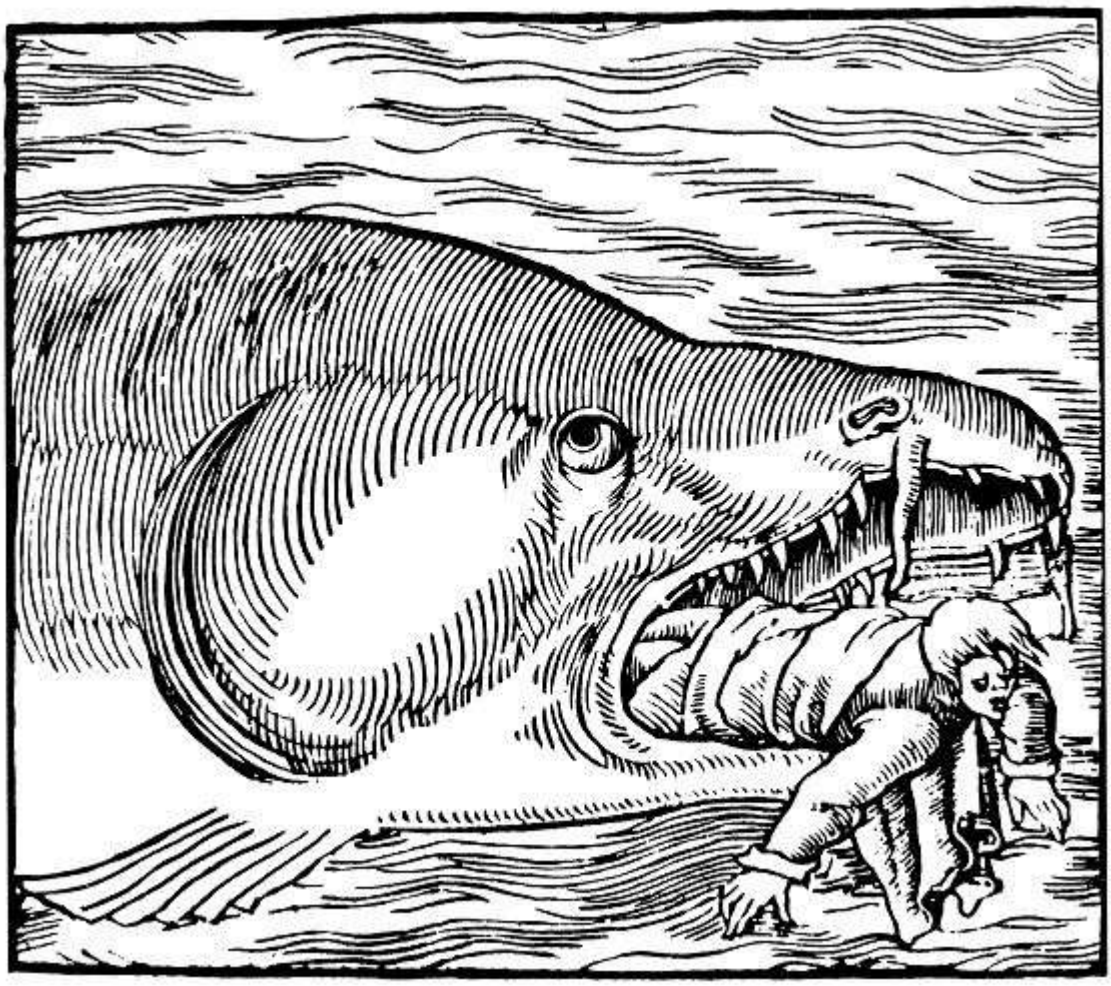
ante Hawái y la tripulación se disponía a izarla desde varios cientos de metros de profundidad, cuando comprobó que un pez de unos 4,50 metros de largo, inédito hasta entonces, mordía las cuerdas: el ser era una especie de híbrido entre ballena y tiburón. En el Museo Bishop de Hawái se comprobó que ese animal era realmente una especie de tiburón completamente nueva, con una cabeza enorme, larga y ancha, pero no afilada como la de la mayoría de las demás especies de escualos. Más de cuatrocientos dientes pequeños llenaban la enorme boca y los gruesos labios. A causa de su tremenda boca, el nuevo ser enseguida fue bautizado: *megamouth* , tiburón de boca gigante. Pero hasta 1983 no fue descrita científicamente la nueva especie: *Megachasma pelagios* , «boca gigante de los mares abiertos». El megamouth, la sexta especie más grande aún viva de tiburón, fue, tras el celacanto, la sensación ictiológica del siglo XX.



Disecados, los «monstruos marinos», como este tiburón blanco de 1667, aún parecían más terroríficos.Según *Nicolo Steno* , 1667

Seguramente esta especie vive a gran profundidad: el borde del hocico gigante y su boca desprenden un brillo plateado, quizá para atraer en la oscuridad a los microorganismos de los que se alimenta el enorme animal. De unas 370 especies de tiburón solo se nutren de plancton otras dos: el tiburón ballena, que con sus 18 metros de longitud es el mayor del mundo, y el *Cetorhinus maximus* , otro tiburón de gran tamaño que llega a medir hasta 10 metros de largo y vive en alta mar,

incluso frente a las costas de Inglaterra. Los boquianchos están muy aislados dentro del grupo de los tiburones, tan solo los unen ciertos vínculos con el *Cetorhinus* a lo sumo.



Los verdaderos «monstruos marinos» devoran a seres humanos: a la ballena bíblica que engulle al profeta Jonás aún le dibujaban en 1628 agallas como las de un pez.S. Munster, *Cosmographia oder Beschreibung der ganzen Welt* , Basilea 1628

El siguiente tiburón boquiancho gigante fue capturado ocho años más tarde: en noviembre de 1984 unos pescadores sacaron del agua al segundo megamouth frente a la costa de la isla californiana de Santa Catalina, de una profundidad de tan solo 38 metros. El 18 de agosto de 1988 se encontró el tercero, con lo que se amplió considerablemente el hábitat conocido de la especie: el tiburón de más de 5 metros de largo fue arrojado a tierra en Mandurah, un apreciado lugar de vacaciones situado a 50 kilómetros al sur de Perth, en Australia occidental. Unos surfistas lo habían divisado frente a la costa y habían intentado hacerlo salir a mar abierto, considerándolo al principio uno de esos tiburones que, por razones todavía desconocidas, quedan varados en la costa. Pero el tiburón pronto yació en la playa y murió penosamente. Al igual

que los dos primeros ejemplares, también era un macho. Más tarde, en 1989, se sucedieron otros dos hallazgos en aguas de Japón.

El 21 de octubre de 1990, el pescador californiano Otto Elliott se disponía a sacar su red de una profundidad de 23 metros, cuando notó que algo grande había quedado atrapado en ella, algo que no había visto en sus dieciséis años de profesión: un tiburón con la cabeza como la de un bebé ballena. Durante ocho horas Elliott arrastró su captura en la red hasta la costa y allí se la enseñó a Bob Lavenberg, un biólogo marino del Museo de Historia Natural de Los Ángeles. El tiburón macho, de 4,50 metros, parecía completamente sano, por lo que Lavenberg decidió ponerlo de nuevo en libertad, pues el formidable animal difícilmente habría sobrevivido en cautividad. El hocico gigante fue medido, observado durante cierto tiempo, examinado y fotografiado a fondo. A continuación, los científicos le colocaron un emisor. Se les presentaba una magnífica posibilidad de averiguar más datos sobre la vida de los desconocidos tiburones, de los que tan poco sabían hasta la fecha. ¿Dónde vivían? ¿En las profundidades? ¿En todas las zonas marinas? ¿Cerca de las costas? Su carne fláccida, el esqueleto pobre en calcio y la fragilidad de las aletas son características de seres vivos que tienen que soportar una tremenda presión del agua.

A la mañana siguiente, el tiburón volvió a ser arrastrado al mar, soltaron la maroma que rodeaba su cuerpo, y entonces el hocico gigante se deslizó lentamente hacia las profundidades azules. Los investigadores siguieron durante cincuenta horas las señales del tiburón. El tranquilo gigante deambulaba entre las zonas marinas: pasaba el día a una profundidad de 170 metros, pero por la noche ascendía hasta los 12 metros. Quizá se orientaba por las variaciones de la luz, o tal vez se limitaba a seguir al plancton y a pequeños cangrejos, su manjar favorito.

Numerosos escualos, sobre todo las peligrosas especies veloces, tienen que nadar continuamente hacia delante para comprimir el agua a través de sus agallas. De no hacerlo, se asfixian con facilidad. No sucede lo mismo en el caso del hocico gigante: durante las ocho horas de viaje en la red respiró con normalidad, a pesar de que a veces fue remolcado incluso hacia atrás. Por asombroso que parezca, hubo que esperar hasta 1995 para que los científicos pudieran examinar a una hembra que fue arrastrada por el mar a las costas de Japón. El hocico gigante sigue siendo escaso: hasta hoy apenas se conocen más de una docena.

Dicho de otra manera: los mares siguen albergando verdaderos misterios. Y no solamente el tiburón de hocico gigante: en el siglo XX se descubrieron varias especies de ballena, siete solamente desde la década de los cincuenta, la mayoría de ellas ballenópteros. Este grupo de mamíferos marinos posee un largo hocico parecido a un pico con muy pocos dientes en su interior. Seguramente se limitan a absorber con sus fauces a los calamares, su presa principal. El ballenóptero más conocido y frecuente —el hiperodonte o ballena nariz de botella— fue arponeado con frecuencia por balleneros que relataban que los

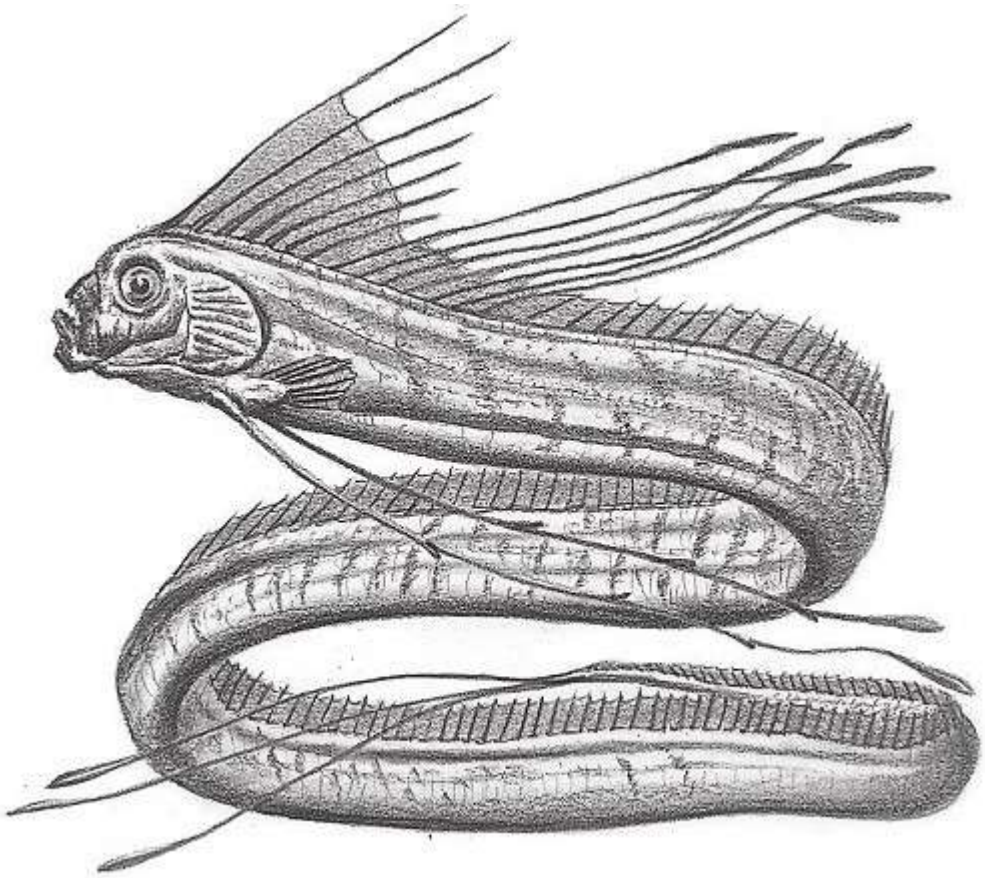
animales permanecían hasta dos horas debajo del agua. Los hiperodontes se sumergen hasta los 1.450 metros de profundidad, igual que el mayor mamífero marino, el cachalote, pero los hiperodontes más pequeños viajan a las zonas batiales con más facilidad que los gigantes marinos. Hasta ahora se conocen pocos ejemplares de muchas especies de ballenópteros, de su vida apenas se sabe nada, de algunos solo se han visto unos cuantos huesos. Así, hasta 1997 no se descubrió un nuevo ballenóptero, el último hasta la fecha: un cráneo encontrado en la Robinson Crusoe Island se diferenciaba claramente de todos los ballenópteros conocidos hasta entonces. El animal fue bautizado con el nombre científico de *Mesoplodon bahamondi* , y al natural debía de tener el tamaño de un elefante. Así que el mar todavía nos depara algunas sorpresas: ¿por qué, pues, no iba a existir la gran serpiente marina?

Craig Thompson, un ex soldado americano, informó en 1998 de una experiencia que vivió en Vietnam durante su época militar. Montaba guardia mientras su destacamento se bañaba a última hora de la tarde en el mar, en la desembocadura del río Bong Son. De repente divisó algo, en torno a los 10 metros de largo, con escamas doradas y brillantes, que se deslizaba serpenteando por el agua. Una cabeza desflecada asomó por encima del mar, el animal se deslizó raudo con movimientos ondulantes por la bahía, como si fuera una serpiente gigantesca. Thompson gritó inmediatamente a sus camaradas que regresaran a la orilla. Quién sabe si ese ser no sería peligroso. Sin embargo, no tuvo tiempo para sacar una foto: todo sucedió demasiado deprisa.

¿Qué animal pudo ser? ¿Una serpiente gigante? ¿Una anguila gigante? Pasaron años hasta que el enigma quedó descifrado para Thompson. Hasta entonces nadie había dado crédito a su relato y continuamente se burlaban de él. Hasta que una noche, en un documental televisivo sobre la naturaleza, vio exactamente el mismo animal que había contemplado años antes en Vietnam.

La película mostraba a un pez largo, parecido a una serpiente, de cabeza similar a un caballo y con una cresta rojiza que se asemejaba a una melena. Era el rey de los arenques, uno de los teleósteos más raros y largos del mundo. En 1996 soldados de infantería de marina sacaron intacto del mar delante de San Diego un ejemplar de esa especie que medía unos 7 metros de longitud, lo que es extrañísimo, porque el largo cuerpo, al ser capturado, suele romperse en varios trozos. Hasta ahora se sabe muy poco de este extraño pez, que suele vivir entre los 200 y los 1.000 metros de profundidad, aunque de vez en cuando también aparece en capas de agua menos profundas. La primera vez que se describió este animal fue en 1770, muy cerca de la localidad de Glesnaes, en Noruega, por lo que el rey de los arenques recibió el nombre científico de *Regalecus glesne* . Así pues, las serpientes marinas dotadas, en apariencia, de cabeza de caballo no tienen por qué haber sido productos de la fantasía de marineros (una parte de las narraciones sobre largos

monstruos marinos parece que se remonta al rey de los arenques). ¿Qué animales se ocultan detrás de los restantes relatos?

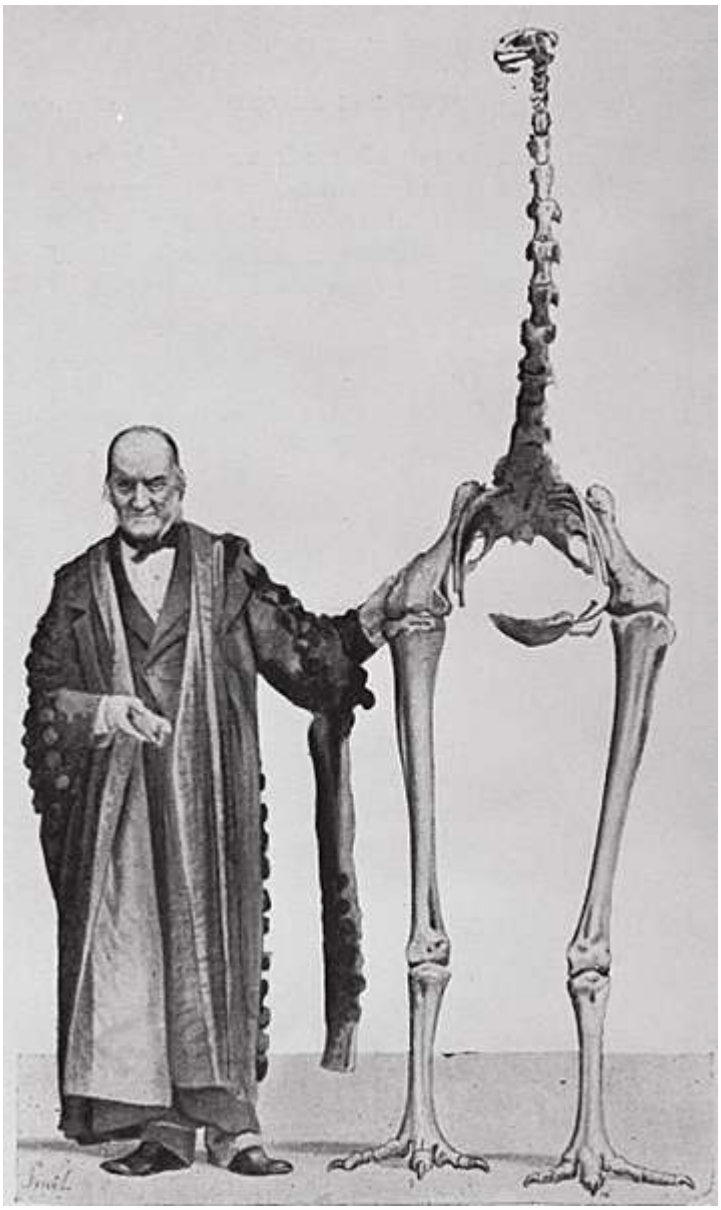


El rey de los arenques, que podría estar detrás de muchos informes sobre «serpientes marinas», puede alcanzar hasta ocho metros de longitud.*Carlos Velázquez*

11Avistados dinos con plumas

La anotación en el libro del refugio dio la vuelta al mundo: «Nos quedamos muy asombrados al ver dos moas en Harper Valley, pues habíamos oído que habían sido casi exterminados en la mayor parte del país». Esta frase lapidaria escrita por dos excursionistas alemanes en un refugio de la isla meridional de Nueva Zelanda podría encerrar una sorpresa zoológica, pues los moas no solo son raros, es que ya no existen. Posiblemente hace siglos que desaparecieron de la faz de la Tierra esas gigantescas aves corredoras, incapaces de volar, exterminadas por los maoríes, los primitivos habitantes de Nueva Zelanda. Los turistas que el 19 de mayo de 1992 redactaron esta anotación, llamados Franz Christianssen y Holger o Helga Umbreit —la letra es difícil de descifrar—, evidentemente no sabían que el ave que vieron, según la interpretación científica «oficial», ya no existe. Y precisamente eso hacía tan verosímil la anotación.

Estas líneas no se descubrieron en el libro del refugio hasta ocho meses más tarde y diez después de que en la misma región hubiera sido vista otra de las aves que se creía extinguida: el 20 de enero de 1993, tres neozelandeses —el hotelero Paddy Freaney, Sam Waby y Rochelle Rafferty, una maestra— iban de excursión al oeste de Christchurch, siguiendo el curso del río Harper, cuando a unos cuarenta metros de distancia divisaron un pájaro enorme. El animal de abundante plumaje estaba junto a un arbusto y medía sin duda 2 metros de altura; la cabeza y el pico del ave parecían más bien pequeños; las patas, fuertes y gruesas. Su plumaje era grisáceo y marrón rojizo, las plumas le colgaban hasta la articulación de la rodilla. Los tres testigos oculares, conocedores de la fauna neozelandesa, se dijeron al instante: eso tiene que ser un moa.



¿Cuánto tiempo lleva muerta esta ave? Desde que Richard Owen ensambló por vez primera el esqueleto del terrorífico pájaro *Dinornis* , se avistan moas en Nueva Zelanda.© *The Natural History Museum* , Londres

Contemplaron al moa durante unos treinta segundos, después la gran ave «imposible», al sentirse molestada, huyó corriendo por el lecho del río y desapareció en el bosque. A Freaney le quedó el tiempo justo para sacar a toda prisa la cámara de su bolsa y hacer una foto al ave mientras huía. A continuación fotografió también las huellas que el supuesto moa había dejado junto al río. Una vez que se revelaron las tomas, los tres testigos comunicaron su experiencia a la opinión pública, desatando con ello una tremenda polémica. Poco después se encontró la inscripción en el libro del refugio: ¿dos avistamientos independientes entre sí en la misma región en tan corto espacio de tiempo? ¿Habrían sobrevivido acaso las misteriosas aves?

Fue en 1839 cuando los moas comenzaron a existir para la ciencia: el anatomista británico Richard Owen, entonces una eminencia mundial en su especialidad, recibió un fragmento óseo desde Nueva Zelanda y dedujo de él que tenía que tratarse de un ave corredora, posiblemente mayor que un avestruz. Owen, el hombre que también les dio nombre a los dinosaurios, o «lagartos terroríficos», denominó después a este pájaro *Dinornis novaezealandiae* , «pájaro terrorífico neozelandés». Evidentemente el hueso no estaba fosilizado, acaso tuviera unos siglos de antigüedad, o tal vez solo unos años. ¿Seguirían existiendo esas aves gigantescas?

Owen solicitó a Nueva Zelanda que recopilasen todos los vestigios de la colosal ave y los remitiesen a Londres. La noticia de los gigantes alados se extendió rápidamente por las dos islas; buscar los huesos se convirtió casi en una diversión para ociosos. Pronto llegaron a Londres cajas enteras de huesos de moa: Owen describió en seguida varias especies y ensambló por primera vez el esqueleto completo de una de esas aves gigantes. Causó sensación en todo el mundo. Los museos sufrieron una verdadera «moamanía», todos querían mostrar a sus visitantes esos «pájaros terroríficos». Y como todos querían poseer el moa más grande, de repente esas aves crecieron en exceso: en muchas piezas expuestas se incluyeron vértebras cervicales adicionales. Algunos de los moas montados como un puzle ya no eran curiosos, sino simplemente ridículos, como por ejemplo el moa de cuatro patas expuesto en un museo.

Algunos piensan que la enorme ave recibió su nombre debido a la «fiebre por los huesos» que se desató a mediados del siglo XIX: los ingleses pedían *more bones* —más huesos—, y los maoríes creyeron que *more* o *moa* era el nombre inglés del ave. Sin embargo, *moa* es también el término polinesio que designa a la «gallina» y los maoríes descienden de los pueblos de las islas de la Polinesia. Pese a todo, viendo las dimensiones formidables de los moas, la comparación con una gallina sería insólita.

Cuando se supo que esas aves gigantescas existieron de verdad, que a menudo sus restos parecían tan frescos como si sus portadores aún viviesen, de repente cada vez más personas recordaron haberse topado en alguna ocasión con una de carne y hueso, en lugares inaccesibles de las islas por supuesto. En 1844, un guerrero maorí, quizá de 85 años de edad, contó que en su niñez había visto varias veces moas vivos, el último dos años antes de que el descubridor británico James Cook desembarcara por primera vez en las islas en 1765. Otro viejo maorí pretendía haber participado hacia 1790 en una cacería de moas en la isla meridional. Pero ¿qué credibilidad hay que conceder a esos informes tan repentinos? ¿No pretenderían simplemente los aborígenes contentar a los curiosos europeos?

Pero no fueron solo los maoríes quienes vieron moas: Alice McKenzie refirió que en 1880, cuando tenía siete años, se había topado una vez en la Martins Bay de la isla meridional con un ave de aproximadamente un

metro de altura que más tarde no logró adscribir a ninguna especie conocida. El animal exhibía un plumaje de color azul oscuro, patas escamosas verde oscuro, carecía de cola y tenía tres uñas en las patas. Cuando el enorme pájaro echó a andar tras ella, la niña corrió a su casa. Más tarde enseñó las huellas a su padre: se distinguía claramente la impronta de tres dedos, el más largo de los cuales medía unos 28 centímetros. En 1889 divisó otra de esas aves, y también su hermano afirma haberse topado con una. ¿Podría haber sobrevivido una especie más pequeña de moa, un *Megalapteryx* ?

Hoy la ciencia conoce once especies de esas enormes aves: desde el gran pájaro terrorífico *Dinornis giganteus* de 3,50 metros de altura, entre cuyas patas podía pasar un avestruz, hasta el moa enano *Euryapteryx curtus* , que era casi tan grande como un pavo. Los huevos del moa de mayor tamaño tenían una capacidad de 4,30 litros, el equivalente a 90 huevos de gallina.

Hasta la fecha se han encontrado miles de huesos de moa, plumas, huevos enteros y montones de cáscaras, momias con tejido seco adherido, e incluso una tumba maorí en la que habían depositado junto al muerto un huevo gigante como provisión para el viaje al más allá. Las pinturas rupestres de los maoríes también atestiguan encuentros reales entre personas y moas. Pero nunca se han presentado pruebas fehacientes de que los gigantes sigan vivos. Parece como si el ave ya hubiera sido olvidada incluso por los maoríes y que solo tras su dramático redescubrimiento por la ciencia hubiera resucitado en su memoria.

A pesar de todo, aún viven testigos de la época de los moas. Esas aves gigantes eran vegetarianas y, al ser los mayores comedores de plantas de las islas, influyeron en la evolución de los bosques neozelandeses. Como protección frente a las voraces aves, algunos arbustos escondieron sus hojas y frutos tras agudas espinas, una defensa mecánica que, sin embargo, solo llega hasta los 3 metros de altura. Por encima, las ramas siguen creciendo sin espinas: una hábil estrategia, porque un moa no llegaba más arriba. Para digerir mejor la alimentación vegetal los moas se tragaban piedras: a veces en medio de esqueletos de moas bien conservados se han encontrado hasta 7 kilos de guijarros. La fricción con las piedras abría en el estómago las duras membranas celulares para digerir esa comida vegetariana.

La imagen popular de la enorme ave caminando erguida es falsa. Seguramente los moas recorrían agachados y despacio, con paso muy trotón y balanceante, las estepas y los densos y húmedos bosques primitivos de Nueva Zelanda. Por eso la mayoría de los ejemplares de museo estaban al principio mal montados, con el cuello estirado. Los órganos sensoriales estaban adaptados a la vida en la selva: los ojos de esas aves son relativamente pequeños y los orificios nasales mucho mayores. En el denso bosque primitivo de poco servía una buena vista, era más importante tener buen olfato.

Una piel cubierta protegía a los gigantes contra la lluvia y la humedad: a diferencia de la mayoría de los pájaros, el plumaje de los moas no está ensamblado entre sí con diminutos ganchitos, de manera que las plumas de moa carecen de «bárbulas» que posibiliten el vuelo. En consecuencia, las plumas seguramente colgarían desgreñadas hacia abajo, como por ejemplo en los kiwis, con los que sin embargo los moas solo guardan un lejano parentesco. Los moas carecían de alas; estas se habían atrofiado tanto en el curso de la evolución que ya había desaparecido incluso el armazón óseo.

Junto con los avestruces de África, los ñandúes de Sudamérica, los emúes de Australia, los casuarios de Nueva Guinea y Queensland, los moas pertenecían al grupo de las aves corredoras o ratites. Hasta hace pocos siglos en Madagascar vivía otro gigante alado incapaz de volar: el vorompatra o ave elefante que alcanzaba hasta 450 kilos de peso. Sus huevos, de más de 30 centímetros de altura, tenían 8 litros de capacidad, el equivalente al contenido de 7 huevos de avestruz o 180 de gallina. Pero su suerte quedó echada hace unos mil años, cuando los humanos poblaron por primera vez Madagascar. Flacourt, el primer gobernador francés de la isla, refirió que hacia 1650 aún vivían al parecer avestruces gigantes al sur de Madagascar. Seguramente todas esas aves descienden de un antepasado común que vivía en el continente primigenio de Gondwana. Cuando este se disgregó, en las zonas de tierra que se separaron flotando en el agua se formaron nuevas especies independientes unas de otras.

Sin embargo, en el transcurso de la filogénesis, todos los ratites olvidaron el arte de volar, seguramente porque durante mucho tiempo carecieron de enemigos naturales que vivieran en tierra. Cuando más tarde se desarrollaron los mamíferos carniceros, los avestruces, ñandúes y emúes que vivían en las estepas escapaban de ellos emprendiendo una veloz carrera. Los kiwis y los moas, por el contrario, no tenían mamíferos competidores en sus islas y siguieron sin desarrollar estas habilidades.

Hasta la llegada del hombre, Nueva Zelanda era un mundo sin mamíferos, era el país de los pájaros, del tuátara prehistórico y de la rana primitiva *Leiopelma* : en las islas solo vivían dos especies de murciélagos, que llegaron por el aire a las aisladas islas muchos millones de años antes que el *Homo sapiens* , e innumerables focas en las costas. Como no había roedores o monos que saqueasen sus nidos, muchos pájaros carecían del estímulo de elevarse en el aire para huir y, en consecuencia, sus alas fueron atrofiándose lentamente. El único enemigo de los moas en la época sin mamíferos procedía del aire: era *Harpagornis* , el águila más grande que jamás haya existido en la Tierra. Su envergadura alcanzaba los 3 metros, sus garras eran como las de tigre, y cuando se clavaban en la columna vertebral de su presa favorita —los moas—, destrozaban músculos, la médula espinal e incluso los riñones. Las poderosas aves debían de morir en el acto. Hoy las huellas de las garras del águila en los huesos de los moas atestiguan

esos ataques: algunos huesos presentan tres agujeros que responden con exactitud a las fuertes garras de los potentes dedos.

Las plumas de moas y kiwis no forman amplias «banderas» que permitan el vuelo, sino que cuelgan desgreñadas.W. L. Buller, *A History of Birds of New Zealand* , 1888 (2.ª ed.)

La ausencia de enemigos en el suelo provocó que las alas de muchas aves se atrofiasen en el curso de la filogénesis; en ninguna parte había tantas aves incapaces de volar como en Nueva Zelanda: las más conocidas son los moas y kiwis, además del kakapo, del tamaño de un búho, color marrón verdoso, que construye cuevas en el entramado de las raíces de los árboles y lleva una existencia marcadamente nocturna. Sin embargo, todavía es capaz de aletear de rama en rama. El kakapo es uno de los animales más escasos del mundo, hoy acaso sobrevivan tan solo cuarenta ejemplares. También entre los rascones neozelandeses

—parientes de nuestras polluelas bastardas y pollas de agua— existen especies incapaces de volar, como el rascón weka y el takahe, los mayores rascones del mundo, que alcanzan unos 2,50 kilos de peso y 60 centímetros de longitud.

Es precisamente el takahe, la «estrella pop» de los pájaros de Nueva Zelanda, de plumaje verde y azul cobalto y patas y pico de un luminoso rojizo coralino, el que alienta las esperanzas de todos aquellos que creen en la supervivencia de los moas: porque también el takahe se consideraba extinguido hacía mucho tiempo. En el siglo XIX solo se capturaron cuatro ejemplares, el último en 1898 cerca del lago Te-Anau, en el actual parque nacional de los fiordos, en la isla meridional.

De esta zona también salieron más tarde informes de maoríes que afirmaban haber visto allí al polícromo pájaro. Geoffrey Orbell, un médico y naturalista de Invercargill, oyó que allí había otro lago más pequeño casi inexplorado. Los maoríes denominaban a ese lugar *kohaka-takahe* , «nidal de los takahe».

En abril de 1948, Orbell emprendió una primera y reducida expedición a ese territorio: escuchó extrañas voces en los cañaverales y vio grandes huellas de pájaro en el barro. Ambas cosas habrían podido proceder de otras especies, pero Orbell estaba seguro de que eran las huellas del takahe. En noviembre de 1948 reemprendió la caza y el 20 de ese mismo mes, cuando caminaba pesadamente con sus hombres por una espesa hierba de nieve, un animal de vistoso colorido se cruzó de pronto en su camino: el takahe. El ave dada por muerta había resucitado al cabo de medio siglo. Antes de fin de año, el equipo capturó incólumes otros dos ejemplares y, tras filmarlos y observarlos, volvió a ponerlos en libertad.

Poco después, el gobierno neozelandés puso bajo una severa protección el territorio situado alrededor del lago, que muy pronto recibió el nombre de lago Orbell en honor al redescubridor de los takahe. En otra expedición emprendida en 1949, Orbell comprobó que en esa región vivían quizá unos cien animales, veinte parejas de cría más o menos, aunque estaban sometidos a una gran amenaza: los ciervos comunes se lo comían todo, pisoteaban los lugares de pasto de los rascones, sobre todo las flores de la hierba de nieve, la comida preferida de los takahe. Aunque Orbell visitó el territorio en época de cría, en muchos nidos solo encontró huevos rotos o pollos muertos a causa de los mordiscos de animales de rapiña (los armiños habían atacado las puestas).

En efecto, hacía mucho tiempo que Nueva Zelanda ya no era el mundo «intacto», libre de mamíferos, de antaño. Los primeros polinesios que llegaron a esas tierras trajeron consigo una especie de rata llamada *kiure* , y más tarde una raza de perro doméstico hoy extinguida. Los colonos europeos introdujeron ciervos comunes escoceses y wapitís de América, gamuzas de Austria y el thar, una variedad de cabra salvaje del Himalaya; soltaron conejos, zorros, armiños, cisnes negros de Australia y barnaclas canadienses. Donde antaño hubo espesas selvas vírgenes, hoy pastan en verdes praderas unos 30 millones de ovejas.

Solo los pósum o *Trichosorus vulpecula* , marsupiales australianos introducidos, son más abundantes: se estima que 70 millones de estos animales están acabando con los bosques que quedan. Gatos, cerdos y perros se asilvestraron, amenazando a las especies autóctonas mal preparadas para esta invasión, pues su aislamiento de millones de años les había impedido desarrollar el miedo natural a los enemigos que ahora aparecían.

Mullidas como peluches y comilonas, las zarigüeyas australianas son una plaga en Nueva Zelanda.*Carlos Velázquez*

Por eso la bióloga alemana Corinna Hölzer se inventó un entrenamiento muy especial de supervivencia para takahes y otras aves incapaces de volar: en una estación de cría secreta organiza auténticos seminarios de miedo para las «ingenuas» aves, e intenta estimular su impulso de huida, perdido en el curso de la evolución como consecuencia del

aislamiento. Los rascones del recinto se acercan sin temor a un armiño disecado hasta que Corinna Hölzer agita el muñeco y con un palo le «atiza» al takahe, con sumo cuidado, claro. Gritando asustado, el rascón huye debajo del arbusto más próximo (en la naturaleza, el ave difícilmente habría sobrevivido al encuentro). Al cabo de cinco de esas experiencias de miedo, basta mostrar brevemente el armiño disecado junto a la jaula para que los takahes corran a toda velocidad para ponerse a salvo. El pánico cerval que experimentan por primera vez podría salvarles la vida.

Aunque los takahes así entrenados aún no han vuelto a ser puestos en libertad hasta la fecha, sí algunos de los más abundantes rascones weka, que también pasaron por la escuela de miedo de Corinna Hölzer. El caso es que al menos los animales provistos de un emisor no fueron a parar al estómago de los animales carniceros; los ejemplares hallados muertos se habían precipitado por las quebradas o habían sido sepultados por aludes. Sin embargo, resta por comprobar si los pájaros así adiestrados transmitirán su recién adquirido conocimiento del miedo a sus descendientes.

Tras el espectacular «renacimiento» de los takahes, varias expediciones recorrieron durante la década de los cincuenta la zona de los fiordos en busca de moas supervivientes. El propio Orbell cree que a finales del siglo XIX, quizá incluso hasta entrados los años treinta y cuarenta del siglo XX, podría haber habido allí especies más pequeñas de moas. Un maorí, por ejemplo, le contó que hacia 1940, en Preservation Inlet, una bahía situada al sur de la isla meridional, había visto tres grandes aves desconocidas de alrededor de metro y medio de altura y largas patas que caminaban por una pequeña corriente de agua. Y en la década de los cincuenta Ray Clarke y George Brassell, pescadores de cangrejos, divisaron desde el mar un ave grande y desconocida que los observaba inmóvil desde la orilla.

Entre febrero y marzo de 1978 llegaron a oírse incluso los reiterados gritos del celo de los moas en las gargantas del parque nacional de los fiordos. Los gritos, sin embargo, procedían de los altavoces de una expedición japonesa. El biólogo Shoichi Hollie, de la Gunma University, había introducido en un ordenador los datos anatómicos de la laringe de un moa *Megalapteryx* de tamaño medio y había reconstruido los sonidos que en teoría debían de emitir los moas de antaño. Pero por desgracia estos señuelos no atrajeron a ningún congénere superviviente.

Esto tampoco es de extrañar, al menos si admitimos las explicaciones del mejor experto en moas. Trevor Worthy es paleontólogo, lleva muchos años estudiando las aves corredoras y conoce todos los grandes lugares de excavación; ha visitado numerosos bosques de Nueva Zelanda y jamás ha encontrado el menor indicio de la existencia de las hirsutas aves: ninguna huella de pisadas ni de excrementos atestiguan su supervivencia. En su opinión, los moas fueron exterminados en un periodo de tiempo brevísimo después de que los primeros maoríes colonizasen las islas.

Richard Holdaway, paleoecólogo y colega de Worthy, calculó cómo podría haber acontecido el exterminio fulminante de los moas: en su opinión, los primeros polinesios no llegaron a Nueva Zelanda hasta aproximadamente el año 1830. En la isla septentrional todavía cultivaron plantas conocidas, batatas por ejemplo; en el sur el clima era demasiado crudo para ello. Sin embargo, por todas partes se topaban con las enormes y poco medrosas aves, que eran fáciles de capturar y proporcionaban proteínas en abundancia. Es cierto que los moas, con sus poderosas patas, no carecían de peligro; los casuarios de Nueva Zelanda, por ejemplo, de tamaño parecido a los moas medianos, son capaces de matar a una persona de una coz. «Pero seguramente los moas se limitaban a quedarse parados, mirando asombrados a esos seres desconocidos», comenta Holdaway. Y entonces bastaba un golpe en la cabeza para matar a un ave tan gigantesca.

En conjunto, según sus estimaciones, en las islas vivían entre 150.000 y 200.000 moas, y de 10.000 a 15.000 ejemplares del tremendo «pájaro terrorífico» *Dinornis giganteus* . En el escenario de Holdaway basta con un reducido grupo de polinesios, acaso cien o doscientas personas, que llegaron hacia 1380 a la isla meridional, para haber exterminado definitivamente a todos los moas antes del año 1500.

Los «montones de desperdicios» de antiguos poblados maoríes confirman estas suposiciones: en las primeras décadas se encuentran huesos y cáscaras de huevos de moas en abundancia, pero súbitamente, en el plazo de pocos años, los huesos de moa dejan de aparecer en la basura y en cambio aumentan las raspas de pescado. Los maoríes debieron de organizar auténticas fiestas de la matanza con las gigantescas aves, comiendo solo lo mejor y al mismo tiempo expoliando los huevos de los nidos. Esa explotación abusiva asestó rápidamente el golpe mortal a todas las especies de moa, impidiéndoles multiplicarse con la rapidez necesaria, pues se reproducían con extrema lentitud y posiblemente solo alcanzaban la madurez sexual al octavo año de vida. Entonces incubaban un único huevo, aunque descomunal. Con esta estrategia los pájaros habían conseguido un gran éxito desde hacía muchos millones de años y habían logrado superar grandes cambios climáticos, pero no al *Homo sapiens* .

La repentina desaparición de esas enormes aves poco después de la llegada de los primeros humanos a Nueva Zelanda podría explicar por qué casi ninguna leyenda o tradición oral maorí habla de los moas: sencillamente no tuvieron tiempo de incorporar dichas aves a su cultura. También para los maoríes desaparecieron los moas quizá con sorprendente rapidez.

Otras especies extinguidas hace mucho tiempo, por el contrario, tienen un lugar fijo en las leyendas de los aborígenes, incluyendo al águila gigante *Harpagornis* , conocida por el nombre de *pouakai* y temida porque capturaba hombres, mujeres y niños y se los llevaba a su nido. Holdaway considera muy probable que la descomunal rapaz atacase a las personas después del exterminio de su presa principal, el moa.

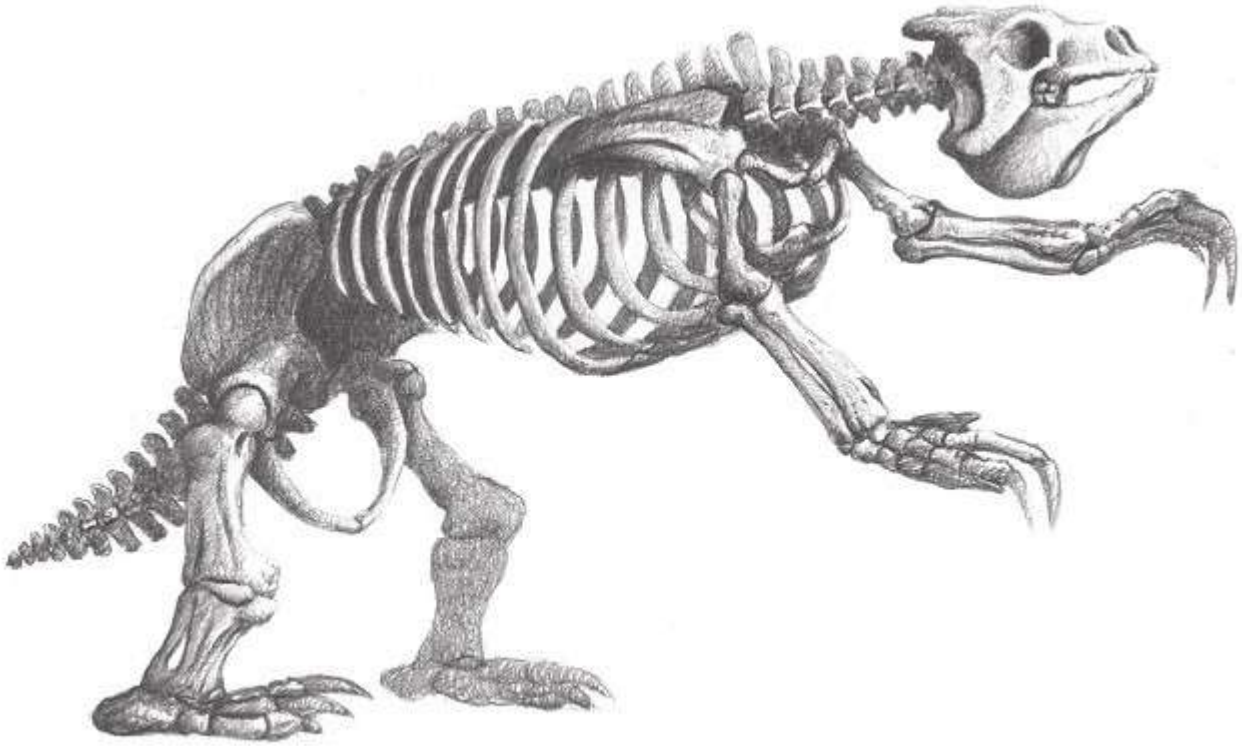
Antaño debieron de vivir 4.000 parejas de águila en las islas, las últimas seguro que todavía en el siglo XIX.

Hace ya mucho tiempo que los moas desaparecieron definitiva e irreparablemente, concluyen ambos científicos. Solo más tarde desarrollaron los maoríes una «cultura eficaz» con tradiciones que garantizaban la propia supervivencia sin recurrir a la explotación abusiva de los tesoros naturales, una «ética de caza» según la cual no se podía cazar durante la época de la reproducción y se respetaba a las aves jóvenes. Pero para entonces 35 de las 111 especies de aves de Nueva Zelanda habían sido exterminadas. Los europeos y los animales domésticos que trajeron consigo aniquilaron a otras 8 especies más y 13 están hoy en peligro de extinción.

Pero ¿qué hay de los moas del río Harper que avistaron de manera independiente Paddy Freaney y sus compañeros de excursión y los dos desconocidos turistas alemanes? En Nueva Zelanda los avistamientos provocaron cierta conmoción. La foto movida de los moas huyendo tomada por Freaney convenció poco: los críticos opinaron que la instantánea mostraba a uno de los numerosos ciervos comunes. Las fotos de las huellas de moa tampoco fueron concluyentes. No obstante, el Departamento de Protección de la Naturaleza fue muy criticado tras los avistamientos por no haber emprendido en el acto las investigaciones oportunas.

Pero pronto se supo que Freaney es un perfecto guasón, pues algunos meses antes del avistamiento del moa insinuó a un conocido que estaba tramando un plan muy especial. Además, era propietario del Bealey Hotel, ubicado muy cerca del lugar del avistamiento. La presencia de los medios de comunicación que visitaron ese lugar a causa del supuesto moa le benefició mucho.

Pero ¿y los dos alemanes que pretendieron haber visto uno de esos pájaros meses antes? Hasta hoy no se ha encontrado a ningún turista alemán que haya contemplado un moa, a pesar de que hasta la agencia de noticias alemana DPA informó del acontecimiento. Se buscó a los turistas enviando un aluvión de cartas, pero en vano. Finalmente las investigaciones dieron como resultado que en aquella época un alemán llamado Holger Umbreit visitó la zona en cuestión, pero no vio ningún moa. ¿Y si la anotación del libro del refugio formase también parte del plan que Paddy Freaney había tramado para promocionar su hotel?



Esqueleto del perezoso gigante *Megatherium* de la pampa sudamericana.*Carlos Velázquez*

12La bestia apestosa del Amazonas

Cuentan distintas tribus indias que en las selvas lluviosas de Sudamérica mora un animal gigantesco, de un solo ojo y pelaje rojizo. Lo llaman *mapinguari, pelobo* o *samaumeira* . Los relatos referentes a dicho animal proceden de todo el territorio del Amazonas. El animal tiene el hocico en su panza, arranca de un mordisco la cabeza a sus víctimas, y ahuyenta a los intrusos con una nube de gases mefíticos, hediondos, al menos según las leyendas de los indios.

El biólogo americano David Oren quiere desvelar el enigma de este ser fabuloso. En 1985, unos buscadores de oro le informaron por primera vez de esta criatura espantosa, de 2 metros de altura y seguro que de más de 270 kilos de peso. Con el correr de los años Oren ha reunido más de cien informes de testigos oculares que pretenden haber visto al mapinguari.

Un cauchero que iba de caza, por ejemplo, oyó tras él unos gritos parecidos a los de una persona y se volvió: un animal furioso se alzaba, excitado, sobre sus patas traseras. El hombre disparó y mató al descomunal ser. Un hedor aplastante le ofuscó de tal modo que vagó sin rumbo durante horas. Cuando regresó junto al cadáver, le cortó una de las patas delanteras y se la llevó para su hermano. Pero esa zarpa también desprendía un olor tan fétido que la tiró en el bosque. David Oren cree saber lo que podrían ser estas misteriosas bestias apestosas: perezosos gigantes que viven en el suelo. El inconveniente es que se los considera extinguidos desde hace milenios.

En el borde subtropical de los Andes ecuatoriales, allí donde las montañas se transforman en la cuenca del Amazonas, un huaquero de Quito, un saqueador de tumbas, tuvo un encuentro desconcertante: de una cueva salió un animal grande que jamás había visto, de unos 3 metros de largo, pelo hirsuto y enorme nariz. El hombre se llevó un susto tremendo: «El monstruo venía directamente hacia mí, acercándose cada vez más. Imploré la ayuda de la Virgen, rogándole que me amparase para que el animal no me hiciera daño». Pero este se limitó a alzarse sobre sus patas traseras y comenzó a zamparse con fruición la vegetación que tenía a su alrededor. Más adelante el huaquero visitó de nuevo la cueva, pero el animal desconocido no volvió a aparecer.

«Por lo visto el encuentro conmocionó y preocupó sobremanera al hombre», dice Richard Greenwell, de la International Society of Cryptozoology. «De otro modo no se habría molestado en averiguar nuestra dirección para informarnos de ese encuentro». Greenwell considera fiable la descripción del ladrón de tumbas, porque la vida de ese hombre, cuya profesión secundaria, valga la expresión, es la de torero, depende siempre de valorar correctamente el tamaño de un

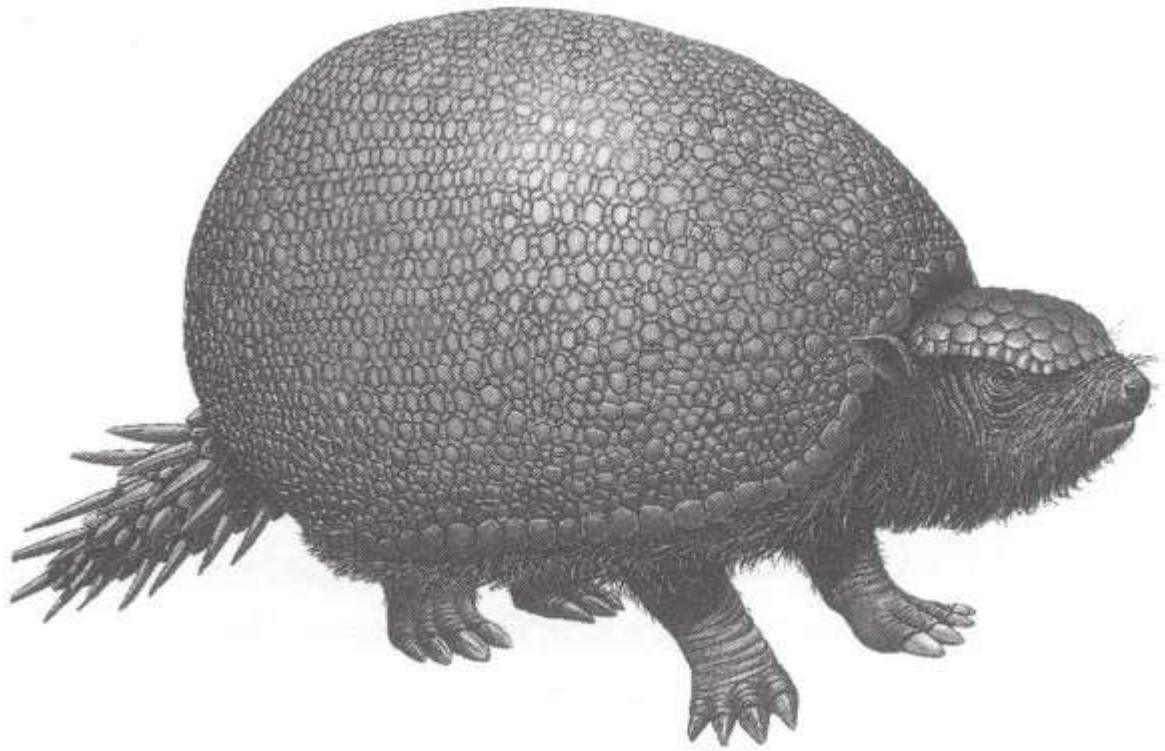
animal y la distancia que media hasta él. Greenwell supone que el ser misterioso que el huaquero vio salir de la cueva de los Andes podría haber sido un perezoso gigante que vive en el suelo.

Hasta hace 10.000 años, quizá incluso algo más, en Sudamérica vivían varias especies de estas enormes criaturas. La mayor de ellas, el *Megatherium* , medía hasta 6 metros de largo y tenía el tamaño de un elefante. Habitaba las estepas arbóreas secas y comía hojas y plantas de la familia del ajenjo. Los enormes animales no trepaban a los árboles como los actuales perezosos de dos y tres dedos, sino que se alzaban sobre sus patas traseras igual que los osos y con sus zarpas delanteras provistas de garras arrancaban hojas y ramas de los árboles. Innumerables plaquitas óseas en su piel protegían a estos animales de los ataques de sus enemigos.

Otros perezosos gigantes eran más pequeños, como un rinoceronte, un oso o un perro. Todos ellos pertenecían a la megafauna desaparecida de Sudamérica, que originó criaturas que hoy nos parecen inquietantes y extrañas. Hace unos 90 millones de años la masa continental del continente meridional primigenio de Gondwana se separó y las primitivas especies de mamíferos existentes siguieron evolucionando aisladas hasta originar formas independientes: el *Toxodon* , grande como un rinoceronte con extrañas protuberancias en el cráneo, el felino carnicero *Thylacosmilus* o la *Macrauchenia* , que parecía surgida de un puzle, un herbívoro del tamaño de un camello, con cuello de jirafa y trompa de tapir. Los monos sudamericanos —desde el mono araña hasta el calitrícido— surgieron a partir de los primeros primates; allí se desarrollaron los singulares *Xenarthra* (llamados así por las articulaciones adicionales que poseen en la columna vertebral, de las que carecen otros mamíferos): armadillos, perezosos y osos hormigueros. También entre los armadillos había gigantes, por ejemplo, el *Glyptodon* , un formidable animal de alrededor de 2 toneladas de peso y con un caparazón alto, abombado como una semiesfera. Algunas especies poseían rabos que recuerdan a los manguales medievales: con un apéndice redondo al final, lleno de afiladas y fieras espinas que utilizaban contra sus enemigos y seguramente también en los combates mutuos.

Hace unos 3 millones de años, América del Norte y América del Sur quedaron unidas por tierra y sus dos distintas faunas se mezclaron. Ungulados, felinos, osos y perros salvajes emigraron del norte al sur. Las especies «norteñas» eran más «avanzadas» y desplazaron hacia el sur a gran parte de la fauna, pues muchas especies no estaban a la altura de la competencia «más moderna». Se extinguieron. Solo unas pocas
especies —entre ellas armadillos, perezosos gigantes y zarigüeyas— emigraron en dirección inversa y consiguieron subsistir en el norte. Hoy la mitad del espectro de los mamíferos sudamericanos se compone todavía prácticamente de emigrantes septentrionales como el puma y el jaguar, mientras que la otra mitad está integrada por formas autóctonas como el tapir, los monos del Nuevo Mundo o platirrinos y el perezoso.

Los primeros hombres que poblaron Sudamérica hace más de 10.000 años se trasladaron junto con los nuevos habitantes, el perezoso y el armadillo gigante. Así lo demuestran las pinturas rupestres que muestran al *Glyptodon* y al *Mylodon* (otra especie distinta de perezoso gigante). Poco después de que el *Homo sapiens* irrumpiera en el continente
americano —hace aproximadamente de 12.000 a 15.000 años—, casi todos los animales grandes se extinguieron de golpe, tanto en el norte como en el sur: mamuts y mastodontes, otra especie distinta de elefante, tigres de dientes de sable, tremendos leones y guepardos, variedades de camélidos y de caballos, castores gigantes y también los grandes perezosos y armadillos. Todos ellos desaparecieron en un instante, desde el punto de vista geológico.



Ni siquiera su formidable armadura impidió la extinción del armadillo gigante *Glyptodon* . Las corazas podían alcanzar un tamaño de 2 × 1,50 metros y un metro de altura.Jean-Christophe Balouet y Eric Alibert, *Extinct Species of the World* , Londres y Auckland 1990

En todas las zonas donde apareció el hombre anatómicamente moderno aconteció algo parecido —en las épocas prehistóricas tanto en Australia como en América y en los siglos pasados en islas como Madagascar o Nueva Zelanda—. Paul S. Martin, de la Universidad de Arizona, justificó en los años setenta la muerte masiva postulando una «guerra relámpago» que duró varios siglos: las especies inexpertas no pudieron competir con el depredador humano; hasta entonces no conocían a ese bípedo de aspecto inofensivo por lo que no le temían, de ahí que fuesen

un botín extraordinariamente fácil para los cazadores prehistóricos, experimentados y con una tecnología armamentística ya muy desarrollada. Según Martin, los humanos nadaban en la abundancia, derrochaban la riqueza y se extendieron deprisa por las nuevas masas continentales; los grandes animales desaparecieron en todos los continentes en cuanto apareció el *Homo sapiens* . Con una excepción: solo África conservó casi toda la fauna de animales de gran tamaño hasta la época moderna, porque allí hombres y fauna habían evolucionado juntos durante millones de años; los animales habían aprendido a mantenerse alerta y a ser cautelosos con los humanos armados.

No obstante, la tesis de Martin es discutida: «¿Cómo unos millares de indios primitivos con lanzas afiladas pudieron aniquilar en el plazo de un par de cientos de años a casi todos los animales grandes de un continente gigantesco, exterminando a 135 especies?», se pregunta Ross MacPhee, del Museo Americano de Historia Natural, criticando la idea de la «guerra relámpago». En su opinión, agentes patógenos traídos a los nuevos continentes por el hombre y los animales que le acompañaban —perros o ratas— podrían haber contribuido a extinguir tantas especies en poco tiempo. La historia nos ofrece ejemplos al respecto en nuestra propia especie: los españoles introdujeron en América enfermedades desconocidas, exterminando involuntariamente a numerosos pueblos indios cuyo sistema inmunológico no los protegía contra las nuevas enfermedades. En opinión de otros científicos, el responsable de la muerte de la megafauna fue, por el contrario, el cambio climático acontecido a finales de la Edad del Hielo. El calor aumentó, los bosques y sabanas se extendieron rápidamente hacia el norte y el espacio vital de numerosas especies amantes del frío desapareció. Hoy sigue sin esclarecerse qué provocó en última instancia la muerte masiva en todo el mundo a finales del Pleistoceno.

En febrero de 1885, el emigrante alemán Herman Eberhard encontró en una cueva ubicada en el sur de la Patagonia, en la bahía Última Esperanza, un gran trozo de gruesa piel correosa, de aspecto muy reciente. La zona del pelo estaba cubierta de largas cerdas rojizas, en su cara interna llevaba adheridos trozos de hueso. Más tarde resultó que esa piel había pertenecido a un perezoso gigante, un *Mylodon* . No estaba claro cuándo había vivido ese animal. Los restos podían ser muy antiguos, pero también proceder de un animal muerto en fecha muy reciente. Durante los años posteriores se encontraron allí más huesos de *Mylodontes* , y una capa de aproximadamente un metro de grosor de excrementos de perezoso magníficamente conservados y compuestos de hojas y hierba. En la parte trasera de la cueva había un muro de piedra que evidentemente había sido erigido por los primeros moradores humanos de la Patagonia. Algunos investigadores consideraron entonces la cueva un establo primitivo para guardar y cebar a los gigantescos animales como si fuesen animales domésticos. Pero más tarde se corrigió esta teoría y la cueva se consideró una trampa para grandes animales.

Continuamente circulaban rumores de que en la extensa pampa de la Patagonia podían haber sobrevivido perezosos gigantes. Durante mucho tiempo los nativos de la Patagonia informaron de que en las cuevas subterráneas vivía como un topo un animal del tamaño de un buey con una coraza ósea debajo de la piel. Un explorador creyó ver «osos caminando erguidos con rostros parecidos a los de los humanos». Se encontraron excrementos de perezosos gigantes que parecían tan frescos que aún se distinguían los restos de compuestas y crucíferas a medio digerir. Y Ramón Lista, secretario de estado argentino, afirmó haber disparado varias veces a un enorme «animal cubierto de escamas» —quizá un *Glyptodon* superviviente—, pero el extraño ser desapareció entre la espesura sin verse afectado por la lluvia de balas. Así pues, ¿habrían sobrevivido esos animales de tiempos prehistóricos? Se organizaron varias expediciones; hasta el *Daily Express* inglés envió un grupo de búsqueda a la selva para seguir el rastro de perezosos gigantes supervivientes, pero en vano.

Entretanto los restos de los *Mylodontes* de la bahía Última Esperanza se dataron con el método del radiocarbono: se calculó que el estiércol de perezoso tenía una antigüedad de unos 10.000 años, según esto la piel debía de tener unos 5.000 años. Parece como si los perezosos gigantes se hubieran extinguido realmente, al menos en la pampa sudamericana.

«Así que han sobrevivido», fue el primer pensamiento de David Oren cuando oyó hablar del mapinguari en 1985. Mientras otros consideraban a la misteriosa criatura un primate desconocido, el biólogo americano —alumno de las universidades de elite de Harvard y Yale y naturalista del Museo Emilio Goeldi de la ciudad brasileña de Belem— creyó en el acto que la bestia apestosa del Amazonas era un perezoso gigante superviviente. Ya Bernard Heuvelmans, el «padre de la criptozoología», sospechaba que los supervivientes actuales de este grupo de animales ya no vivirían en la pampa abierta, pues en ese caso habrían sido descubiertos hacía mucho tiempo. De existir aún, los perezosos gigantes se habrían refugiado en el infierno verde de la Amazonia, casi inexplorado.

Pero el gigante que busca Oren es más pequeño que los tremendos megaterios o *Mylodontes* prehistóricos: según sus cálculos, el mapinguari «solo» mide entre 2 y 3 metros y pesa hasta 300 kilos, es decir, tiene el tamaño de un oso gris. Erguido sobre sus patas traseras, a un animal así le resultaría muy fácil romper con sus poderosas zarpas troncos de palmera para conseguir su comida favorita: la pulpa de dicha planta. Los indios refieren que el mapinguari tiene una piel muy gruesa y dura. ¿Una alusión a las plaquitas óseas incrustadas? Oren también ofrece una explicación para el «hocico en la barriga»: podría ser una enorme glándula que emita gases fétidos, ahuyentadores.

Tras todo lo que ha oído sobre el ser desconocido, Oren afirma: «Sería imperdonable para un científico no seguir todos esos indicios y pistas». Sin embargo, muchos de sus colegas se muestran escépticos: «Dudo que esos animales existan todavía», dice el paleontólogo Malcolm McKenna

del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, «aunque me complacería mucho que así fuera». Y Paul S. Martin, el creador de la «teoría de la guerra relámpago», comenta sardónico: «Si ese perezoso sigue vivo, me comeré sus excrementos».

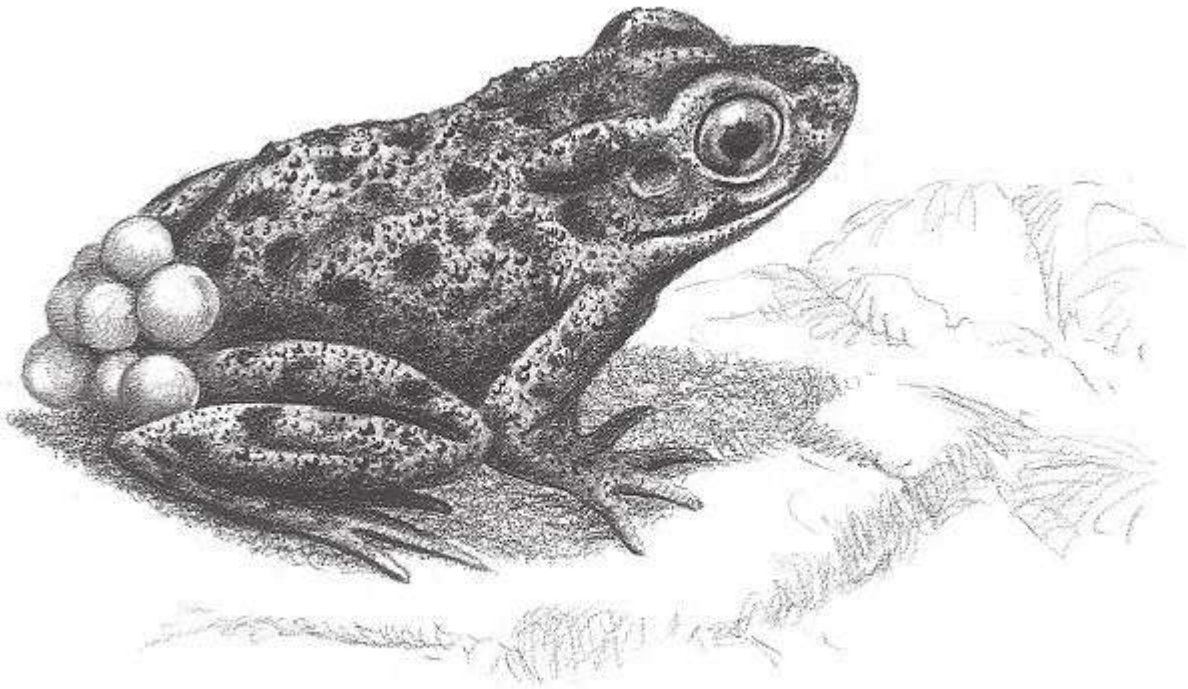
Los perezosos gigantes prehistóricos se alzaban sobre sus patas traseras para comer, al igual que hace el mapinguari.*Carlos Velázquez*

En marzo de 1994, sin dejarse impresionar por tales opiniones, David Oren emprendió la búsqueda del gigantesco «animal apestoso». En esa época del año, según los nativos, el mapinguari baja desde las estribaciones de los Andes a la cuenca del Amazonas. Oren, acompañado por una tropa de diez indígenas equipados con máscaras antigás y fusiles anestésicos, recorrió durante un mes la selva virgen del estado federal brasileño de Acre, cercano a la frontera peruana. En total ha emprendido seis expediciones en busca del desconocido mapinguari: durante más de cuatro meses persiguió su rastro por la selva.

Su cosecha hasta el momento es la siguiente: un mechón de pelos rojos que más adelante resultó ser piel de agutíes, roedores de la selva del tamaño de una liebre, y 10 kilos de excrementos de origen desconocido, en los que por desgracia no se pudo detectar la presencia de material genético que proporcionase información sobre su origen. Oren vació en yeso las huellas de los enormes pies de un animal desconocido, pero eso

—el propio científico lo sabe— lógicamente no demuestra la existencia del mapinguari. Ese tipo de huellas son fáciles de falsificar.

No obstante, sigue convencido de que ese ser existe: con una cámara de vídeo filmó troncos de palmera que debía de haber quebrado el vigoroso animal y durante minutos grabó el resonante bramido del monstruo de la selva virgen. «Es un sonido absolutamente aterrador. Al oírlo, a uno le gustaría dar media vuelta en el acto y salir corriendo de allí». Pero hasta ahora el mapinguari —un animal desconocido, pero fácil de oler debido a sus especiales secreciones, y, caso de que exista, el mayor mamífero de Sudamérica— ha conseguido esquivar una y otra vez su descubrimiento científico oficial en el «infierno verde» de la Amazonia. Continúa siendo invisible.



Un batracio emancipado: el sapo partero macho se enrolla alrededor de las patas traseras las cuerdas de huevas hasta que salen los renacuajos.*Carlos Velázquez*

13Sapos del Balneario 6

En abril de 1980 en el bar del Hotel Acapulco emplazado en El Arenal de Mallorca, no muy lejos del hoy tan famoso y desacreditado bar Balneario 6, el zoólogo de Maguncia Helmut Hemmer le insistía al ecologista mallorquín Joan Mayol: «*Tenéis* que buscar ese sapo a toda costa. Todavía existe». El científico alemán estaba firmemente convencido de que en la densamente poblada Europa, donde parece que se ha buscado y rebuscado debajo de las piedras, aún podían hacerse descubrimientos casi inverosímiles, aunque de menor alcance.

En realidad Hemmer había viajado a las islas Baleares para investigar el sapo verde; sin embargo, durante los estudios bibliográficos preparatorios de su excursión científica había llegado al convencimiento de que la apreciada isla de vacaciones encerraba algún misterio zoológico. En 1977 los científicos españoles Sanchiz y Adrover habían encontrado huesos fósiles de un batracio desconocido hasta entonces que recordaba a los sapos parteros, aunque su aspecto era claramente distinto. Por eso los investigadores creyeron haber encontrado no solo una especie, sino un género desconocido hasta la fecha y bautizaron al anfibio con el nombre de *Baleaphryne muletensis* . Descubrieron los restos del sapo entre materiales procedentes de las culturas de la Edad del Bronce: los huesecillos tenían ya unos miles de años, el batracio pertenecía a la fauna autóctona mallorquina. En aquella época la isla, al igual que otras muchas del Mediterráneo, albergaba una fauna muy especial típica de la isla, que en muchos casos fue exterminada poco después de la primera colonización humana. Así por ejemplo, allí —además de una gran rata y una rara musaraña— vivía también un ser en forma de cabra: *Myotragus balearicus* . Este ungulado de apenas 50 centímetros acaso fuese criado como animal doméstico por los primeros pobladores humanos; así lo sugieren al menos algunos cráneos cuyos cuernos han sido claramente limados. Este animal se extinguió hace unos 5.000 años; sería, pues, la primera especie que desapareció de la Tierra después de su domesticación. También el pequeño sapo *Baleaphryne* fue considerado en un principio parte de esa fauna desaparecida.

Sin embargo, investigando la bibliografía Hemmer había leído que hacia 1900 se habían encontrado y descrito en Mallorca renacuajos de sapos parteros, aunque nunca sapos adultos. «Estoy seguro de que el *Baleaphryne* sigue vivo», repetía Hemmer a Mayol aquella noche. «Sencillamente: usted tiene que buscar al animal». Como antes los descubridores de los huesos fósiles ya habían avanzado una hipótesis parecida, Mayol transmitió esa sospecha sumamente justificada a todos los amigos de la naturaleza comprometidos de la isla.

Con éxito, pues unas semanas después se encontró el primer sapo. El ejemplar —al que nadie prestaba atención— llevaba años en alcohol

hasta que ahora se averiguó su verdadera identidad: era realmente el sapito de apenas unos centímetros de longitud que Hemmer esperaba. Unos meses más tarde se localizaron los primeros animales vivos, y en el acto se esclareció por qué el pequeño sapo había permanecido tanto tiempo oculto en la densamente poblada Mallorca: el anfibio vive recluido en las profundas quebradas de las montañas calizas de la sierra de Tramontana, situada al norte de la isla, en charcos temporales junto a las cascadas.

Al igual que todos los sapos parteros —la especie centroeuropea *Alytes obstetricans* y la española *Alytes cisternasii* —, también la nueva especie posee una conducta reproductora extraordinaria, muy «emancipada»: porque, tras el desove, el que se ocupa de las crías es el macho. Los huevos son inseminados tras salir de la hembra formando largas cuerdas gelatinosas, y al momento el sapo macho se enrolla las cuerdas de huevas alrededor de las patas traseras. Rodeados por una substancia elástica parecida a la goma, los huevos se mantienen juntos y protegidos contra el resecamiento. Cuando los renacuajos están maduros, el macho los transporta al agua, se sienta sobre su trasero con las cuerdas de huevos colgando y abandona a su suerte a los renacuajos para su posterior desarrollo. Ha cumplido su tarea como «partero».

Poco después del descubrimiento, Hemmer obtuvo algunos renacuajos del nuevo batracio y observó por primera vez su metamorfosis hasta convertirse en un diminuto sapito. «Las larvas tienen un aspecto muy diferente al de nuestros sapos parteros autóctonos, que viven más bien en charcos. Porque los renacuajos mallorquines están adaptados al agua corriente».

Los sapos parteros de Mallorca también se comportaban de un modo muy distinto tras la metamorfosis: saltaban por el terrario con extrema vivacidad y trepaban ágilmente por todas partes, más como una rana de San Antonio que como sapos que viven en el suelo. «Pero esto no constituye una sorpresa si se piensa dónde viven esos animales, concretamente en profundas gargantas», aduce Hemmer. A pesar de las claras diferencias, el sapo partero de Mallorca se incluye hoy también en el género *Alytes* , del subgénero *Baleaphryne* . A veces estas denominaciones son simples cuestiones de gusto.

Hace 2.000 años, el sapo mallorquín vivía en numerosas regiones de la isla de estructura parecida, pero los reptiles y anfibios introducidos — sobre todo las culebras de agua y las ranas verdes— los fueron expulsando poco a poco de sus hábitats tradicionales. El nuevo batracio estuvo amenazado desde el mismo momento de su descubrimiento; las gargantas apartadas constituían su último territorio. A comienzos de los años ochenta vivían quizá de 1.000 a 1.500 ejemplares; en la segunda mitad de esa década sus existencias se estimaban tan solo entre 280 y 730 animales adultos.

Por eso en 1985 algunos sapos y renacuajos fueron trasladados a la isla de Jersey (canal de la Mancha), donde el Jersey Wildlife Preservation

Trust, de renombre internacional —hoy llamado Gerald Durrell Preservation Trust en honor a su fundador—, mantiene uno de los mejores zoos del mundo. También la Wilhelma de Stuttgart recibió unos cuantos ejemplares. En Jersey, los sapos fueron criados por primera vez tres años después, y en 1989 los primeros renacuajos volvieron a ser soltados en los lugares más adecuados de Mallorca. Hasta 1994 se contabilizaban unas 13 poblaciones en la isla con cerca de 3.000 sapos, que sin embargo apenas están relacionados entre sí, de manera que el intercambio, fundamental por razones genéticas, no se produce y a la larga la consanguinidad supone una amenaza. Por eso la International Union for the Conservation of Nature (IUCN) también califica al *Alytes muletensis* de «muy amenazado». No obstante, la situación del pequeño batracio no es mala. En el plazo de pocos años, ese sapo desconocido hasta entonces se convirtió en uno de los anfibios mejor estudiados de Europa.

Lo que causó asombro en Europa sucede con mucha mayor frecuencia en otras zonas del mundo. En la selva virgen continuamente se descubren nuevas especies de ranas: a la familia americana de las dendrobates o ranas de flecha, por ejemplo, se han añadido en las últimas décadas otras muchas especies, entre ellas la rana más venenosa del mundo, la amarilla *Phyllobates terribilis* de tres a cuatro centímetros de altura. Los experimentos con el veneno de otra especie de parentesco muy cercano —*Epipedobates tricolor* — han revelado que constituye un excelente remedio para el dolor, doscientas veces más eficaz que la morfina. Precisamente las ranas de flecha muestran además una conducta de cría muy compleja, interesante, casi peregrina. Algunas especies depositan sus huevos en la tierra, en lugares muy protegidos y los riegan con regularidad; tras la eclosión, transportan a los renacuajos encima de la espalda hasta «acuarios» especiales —las vainas de las hojas de las bromelias en las que se acumula el agua de lluvia— y allí alimentan a los renacuajos con huevos producidos expresamente para las crías, hasta que un tropel de diminutas ranitas salen saltando entre las hojas.

En 1997 se descubrió en Cuba una de las ranas más pequeñas del mundo: *Eleutherodactylus iberia* , que alcanza justo un centímetro de largo. El minibatracio pone un solo huevo, del que al final del desarrollo sale una ranita aún más diminuta, ya completamente formada. Ese mismo año se halló una rana casi totalmente blanca de ese mismo género, de apariencia casi fantasmal, que procede de Costa Rica y que fue bautizada con el nombre científico de *Eleutherodactylus phasma* .

Pero todo esto no debe inducirnos a engaño: la situación de las ranas empeora día a día. Las malas noticias llegan de todas partes, a veces desaparecen en el mismo año especies enteras. Donde antes se oía su ruidoso croar, hoy reina el silencio, un silencio que ya se ha iniciado en muchos lugares. Una de las primeras y evidentes señales de advertencia llegó precisamente de Costa Rica: en 1987, durante la época de apareamiento, solo se contabilizaron 1.500 ejemplares del sapo dorado de brillante color naranja *Bufo periglenes* ; en 1988 ya no aparecía

ninguno. Desde 1990, esos hermosos animales se consideran extinguidos; en la región también han desaparecido otros diecinueve batracios, entre ellos la bonita rana arlequín *Atelopus varius* .

En los últimos años se han acumulado en los Estados Unidos comunicaciones sobre anfibios con malformaciones, ranas carentes de miembros o con miembros dobles, por ejemplo. En 1995 unos escolares encontraron por primera vez durante una excursión un número llamativamente abundante de ranas leopardo deformes, y con el correr de los años llegan comunicados similares de muchas regiones de Estados Unidos. En Jamestown se creó expresamente un centro para investigar dichas taras.

Las razones de que los batracios disminuyan en las zonas densamente pobladas, industrializadas, es fácil de explicar: los hábitats se reducen porque los territorios húmedos se desecan. La piel de los anfibios, rica en glándulas, porosa, permite el metabolismo gaseoso de manera que muchas especies cubren sus necesidades de oxígeno respirando también a través de la envoltura corporal; pero al mismo tiempo numerosos productos químicos ambientales atraviesan la «fina piel» de las ranas con más facilidad que la de otras especies. ¿Por qué la atroz mortalidad de anfibios afecta también a territorios apartados de la civilización? ¿Por qué desaparecen los anfibios también en las regiones despobladas, en los territorios protegidos?

Tal vez la capa de ozono de la atmósfera, cada vez más fina, perjudique a los batracios. Las radiaciones ultravioletas que penetran hasta el suelo terrestre aumentan día a día y pueden dañar el material genético; los más afectados por la misteriosa mortalidad son precisamente los anfibios que viven en las alturas, donde la carga de radiación ultravioleta es mayor. El zoólogo americano Andrew Blaustein cubrió algunos lugares de desove de varias especies de batracios con una lámina impenetrable para los rayos ultravioletas. A continuación, en algunas especies murieron muchos menos embriones en los huevos que en los conglomerados accesibles a la plena luz del sol.

Pero también se barajan otras posibilidades: un virus habría podido provocar la mortalidad global de ranas. Otro de los sospechosos de extinguir algunas colonias de anfibios es un hongo. Y un factor especialmente trágico: parece que son precisamente los científicos deseosos de explicar el misterio de la mortalidad masiva los que propagan esos agentes patógenos por el mundo. Como es natural, también quedarían infectadas entonces colonias aisladas que no habían resultado afectadas hasta ese momento. Es muy probable que las radiaciones ultravioletas hayan debilitado tanto el sistema inmunológico de las ranas que un simple hongo cutáneo acabe siendo devastador. Recientemente se han recopilado indicios de que un parásito —un helminto plano llamado *Ribeiroia* — es el responsable de muchas de las malformaciones en las patas de los anfibios.

La época dorada de los anfibios se remonta a unos 350 millones de años atrás: entonces fueron los primeros vertebrados que conquistaron la tierra. Pero la extinción de las ranas en la Tierra también acarrearía hoy graves consecuencias, porque en última instancia suelen ser los anfibios los que mantienen a raya a los insectos molestos en muchas regiones. Desde que en Bangladesh, por ejemplo, se sacrificaron millones de ranas para los *gourmets* franceses y americanos, el mosquito *Anopheles* , transmisor de la malaria, ha vuelto a extenderse.

En Australia el retroceso de los batracios es especialmente drástico. Durante los últimos años las existencias de al menos 57 de las 194 especies de anfibios conocidas han disminuido de manera muy considerable, 7 de ellas se han extinguido por completo, entre las que figuran unas ranas que eran posiblemente los anfibios más peculiares y extraños del mundo. En 1973, Michael Tyler, un especialista en anfibios de la Universidad de Adelaida, descubrió en un arroyo de montaña del sureste de Queensland un batracio desconocido. El anfibio era algo especial porque *Rheobatrachus silus* , así denominó Tyler a la nueva especie, era la única rana de Australia que pasaba su vida entera en el agua.

Una rana dentro de otra rana: en el batracio australiano *Rheobatrachus* las crías crecen en el estómago de la madre.© *Michael J. Tyler*

Pero lo más asombroso sucedió el 23 de noviembre de 1973, solo pocos meses después del descubrimiento, cuando una de las ranas de los acuarios de Tyler abrió la boca… y salieron de ella unas crías completamente desarrolladas. Los científicos no tardaron en averiguar el secreto del pequeño batracio: tras el desove, las hembras se tragaban

la puesta y la «incubaban» en el estómago. Los renacuajos seguían allí después de abandonar el huevo hasta que se transformaban en ranitas. En el estómago de la madre no recibían comida, pues durante todo su desarrollo juvenil se alimentaban de una gran vesícula blastodérmica. La madre también se veía obligada a ayunar durante todo ese tiempo, unas ocho semanas. Como es natural, la «incubación estomacal» causó sensación: ¿por qué el estómago de la madre no digería a los renacuajos?

Los científicos no tardaron en averiguar que los renacuajos segregan una sustancia propia, una hormona específica que impide las secreciones gástricas corrosivas. De ese modo el órgano de la digestión se convertía en incubadora (una de las formas de reproducción más raras). Las primeras investigaciones con extractos hormonales obtenidos de esos animales pusieron de manifiesto que ese tipo de sustancia podría ser de extraordinaria utilidad en el tratamiento de las úlceras gástricas humanas.

Pero entonces aconteció algo que cabe considerar una de las mayores tragedias zoológicas de las últimas décadas: cuando en 1980 se buscaron en el lugar del hallazgo original más ejemplares de la rana que incubaba en el estómago, ya no se halló ninguno. La rana que incubaba en el estómago había desaparecido, cuando unos años atrás aún se veía. Y lo que es todavía peor: tampoco en cautividad pudo conservarse la especie, pues en noviembre de 1983 murió el último ejemplar conocido.

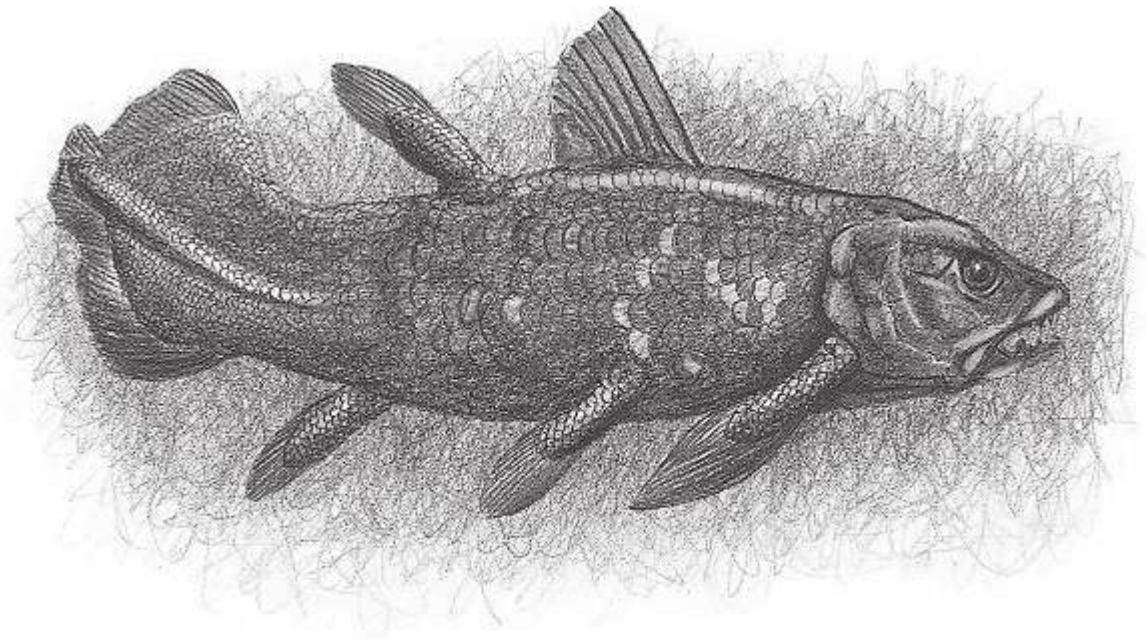
A pesar de todo, aunque parezca increíble, el inusitado fenómeno de la incubación en el estómago aún no se había perdido para siempre. Apenas tres meses después se descubrió en Queensland otra especie de rana que también incubaba en el estómago: *Rheobatrachus vitellinus* . El hábitat de esta especie también era muy restringido, por lo que solo unos pocos animales fueron arrebatados a la naturaleza para destinarlos a la investigación. Sin embargo, el destino de la primera especie se repitió: desde 1985 ya no se hallaron más ejemplares en la naturaleza, de modo que esas ranas que tenían una de las formas de incubación más raras parecen haber desaparecido para siempre de la faz de la Tierra poco después de su descubrimiento.

Un «regalo de bodas» muy especial en el mercado de Manado: el celacanto de Célebes. © *Mark Erdmann*

14Una luna de miel con sorpresa

La luna de miel tuvo una culminación inesperada: un pez de alrededor de 1,20 metros de largo, al que algunos considerarían más bien feo, era transportado en una carretilla por el mercado de Manado, una ciudad portuaria al norte de la isla indonesia de Célebes. Su cuerpo estaba cubierto de grandes escamas que parecían una coraza; en lugar de las aletas normales de otros peces, este animal tenía unos apéndices con una curiosa forma de brocha. Arnaz Mehta Erdmann no había visto nunca un pez tan extraño; llamó la atención de su reciente marido, un biólogo marino, sobre el singular animal. Y él, de puro respeto, se quedó boquiabierto.

Porque Mark Erdmann reconoció en el acto la extraordinaria rareza de lo que tenía ante sus ojos: «Es un celacanto, un fósil viviente». Tuvo todavía el tiempo justo de sacar unas fotografías al animal y entrevistar brevemente al pescador antes de que el pez se vendiera. El científico se asombró de no haber oído noticias de que los celacantos, cuya estructura ha variado muy poco desde hace varios cientos de millones de años, se conociesen en Indonesia. Por lo que sabía, hasta entonces solo se habían encontrado en las Comores, un grupo de islas situadas entre el continente africano y el noroeste de Madagascar. Desde hacía siete años, Erdmann trabajaba en esta región investigando el estado de los arrecifes de coral. Seguramente no se había enterado de que también allí se habían descubierto celacantos. Ni por lo más remoto se le ocurrió pensar que él mismo podría haber hecho un gran descubrimiento zoológico cuando —en plena luna de miel— salió del taxi para dar un paseo por el mercado de Manado.



El descubrimiento del primer celacanto en el año 1938 fue la sensación zoológica del siglo.*Carlos Velázquez*

Eso ocurrió en septiembre de 1997 y en octubre de ese mismo año el mundo entero pudo contemplar el reciente descubrimiento. En efecto, Mark Erdmann, sin darle mayor importancia, insertó en su página de Internet la instantánea del celacanto junto a unas cuantas fotos de su boda y de la luna de miel. Poco después Erdmann recibió una llamada de Eugene Balon, que investigaba el pez primitivo en la Universidad de Guelph de Ontario (Canadá). Balon le explicó inmediatamente la trascendencia que podría tener ese hallazgo: hasta entonces nadie sospechaba que existiesen celacantos en Indonesia, a más de 9.000 kilómetros de las Comores, el único hábitat conocido hasta entonces de esos peces.

«De pronto una gran excitación se apoderó de nosotros», recuerda Mark Erdmann. Pero la excitación pronto se trocó en escepticismo: ¿celacantos en Indonesia? ¿Era eso posible? Erdmann habría podido convertirse fácilmente en sospechoso de haber preparado y falsificado las pruebas. Ahora era esencial demostrar que ese misterioso pez también vivía allí. La Smithsonian Institution de Washington y la National Geographic Society patrocinaron la búsqueda de Erdmann: inmediatamente se decretó un bloqueo informativo sobre el sensacional descubrimiento, un modo de proceder que más tarde sería muy criticado en el ámbito científico. En cualquier caso, la imagen de ese pez primitivo, que había sumido en el asombro a la ciencia y al mundo entero, volvió a desaparecer rápidamente de Internet.

Dos días antes de Nochebuena, el 22 de diciembre de 1938, una llamada telefónica a las diez menos cuarto de la mañana inició la que posiblemente es la mayor sorpresa zoológica de este siglo. «¿Señora

Latimer? Llevamos a bordo tonelada y media de pescado para usted. ¿Le interesa?». Marjorie Courtenay-Latimer, que había creado un pequeño museo de historia natural en el East London sudafricano, se apresuró a dirigirse al puerto para desear al menos felices navidades a los hombres que apoyaban continuamente su labor con capturas interesantes y curiosas. Al mismo tiempo examinó la pesca depositada en la cubierta: tiburones, rayas, esponjas, gorgonias, corales, capturas corrientes que ya figuraban en su colección. De pronto divisó una aleta que sobresalía del montón.

«Sí, allí estaba el pez más portentoso que había visto en mi vida. Era oscuro, azul acero, cubierto de manchas blanquecinas de brillo suave; todo su cuerpo resplandecía con irisaciones plateadas, azules y verdes. El pez mediría 1,50 metros de largo. Yo jamás había visto un animal semejante», así describe la señora Latimer el momento en el que contempló por primera vez ese increíble pez de tiempos remotos.

«Un pez muy raro, señorita, ¿no es verdad?», dijo entonces el marinero que le enseñaba la carga. «Llevo treinta años pescando en esta zona, pero jamás había encontrado uno igual. Cuando el capitán lo examinaba en la red de arrastre, el bribón hasta le lanzó un mordisco al dedo». La señora Latimer supo en el acto que esa captura era algo muy especial.

De vuelta al museo, hojeó un manual sobre peces y, asombrada, vio confirmadas sus sospechas. Si todo aquello era verdad, tenía ante ella a un animal que no debería existir desde hacía una eternidad: allí decía que esos peces, los celacantos, se habían extinguido al mismo tiempo que los dinosaurios, hacía 65 millones de años.

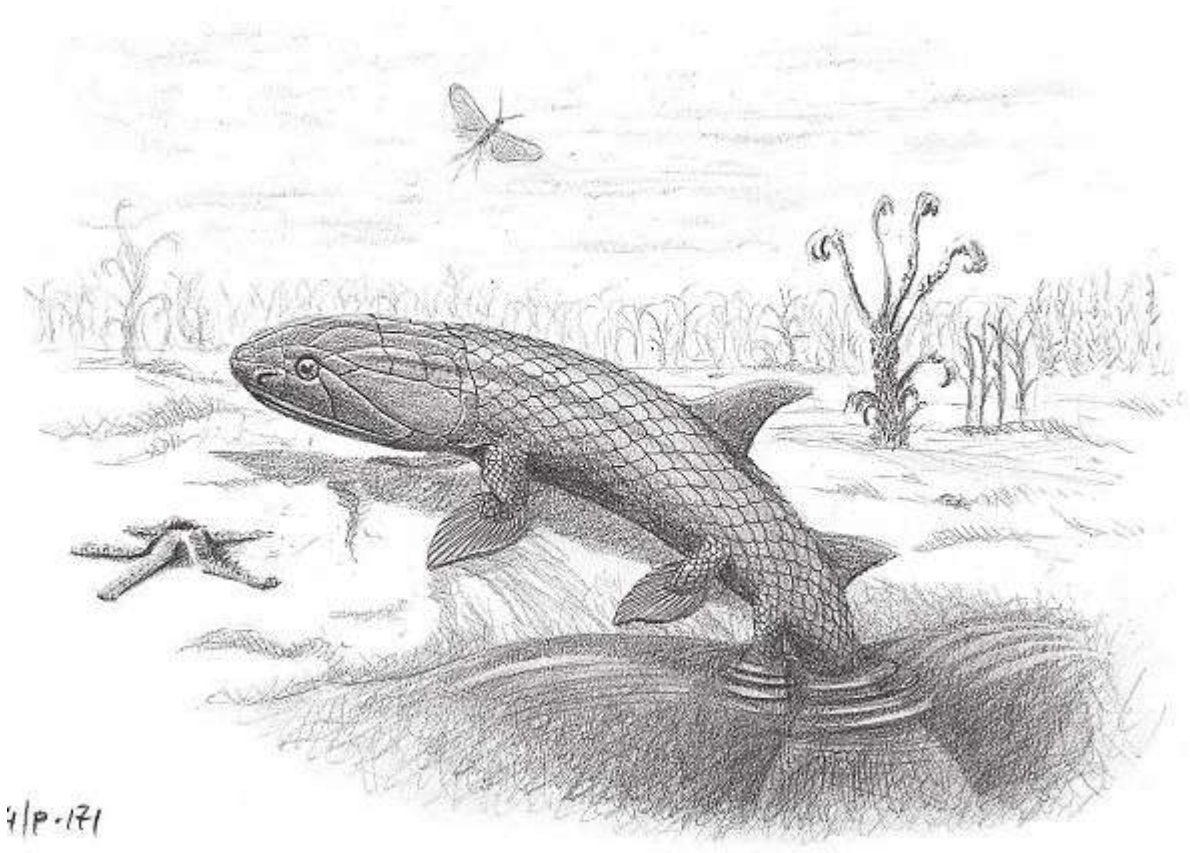
Ese mismo día informó a James L. B. Smith, un conocido ictiólogo de la Rhodes University de Grahamstown, y al siguiente le envió un dibujo. Como no tenía la menor posibilidad de congelar al misterioso animal, lo envolvió en papel de periódico empapado en formalina.

Smith no pudo viajar a East London hasta el 16 de febrero de 1939. La señora Latimer le enseñó el pez, que entretanto había sido disecado. «Fue como si de repente me topase con un dinosaurio en plena calle», recordaba Smith más tarde. El científico, en silencio, rodeó dos veces la mesa donde estaba colocado el extraño pez, y luego dijo lleno de respeto: «Este descubrimiento estará en boca de todos los científicos del mundo. Yo siempre he creído que tarde o temprano aparecería uno de estos peces primitivos». Y confirmó inmediatamente lo que Marjorie Courtenay-Latimer sospechaba: el animal era sin duda un celacanto, un «fósil», del orden de los crosopterigios. Esos peces aparecieron por primera vez en el Devónico, hace más de 350 millones de años, y no se habían vuelto a ver desde finales del Cretácico, hace 65 millones de años.

Smith bautizó al pez poco después con el nombre de *Latimeria chalumna* e, en honor a su descubridora y al río Chalumna, ante cuya desembocadura había sido pescado. Y la verdad es que la noticia dio

rápidamente la vuelta al mundo y el celacanto se hizo muy popular: no solo por ser un superviviente de la época del *Tyrannosaurus* , sino por haber sido encontrado en un momento en el que se había desatado un deseo febril por descubrir eslabones perdidos del árbol genealógico de las especies animales. Y una teoría muy en boga afirmaba que fueron celacántidos —que vivían en charcas de agua dulce— los primeros vertebrados que se atrevieron a dar el paso a la tierra.

El *Latimeria* fue celebrado entonces como un eslabón entre los peces y los cuadrúpedos: sus aletas pectorales y ventrales pareadas en forma de brocha tienen una base fuerte, carnosa, de la que salen numerosas raspas que evocan muñones con forma de pierna, pies cortos y musculosos. Hoy se sabe que el *Latimeria* pertenece a un subgrupo de celacántidos que no fueron los antepasados directos de los vertebrados terrestres. Además, estudios genéticomoleculares sugieren que los dipnoos están más próximos a los cuadrúpedos y en consecuencia a nosotros, los seres humanos, que los celacántidos. Pero a lo mejor fue también un antepasado común de dipnoos y celacántidos el que hizo la transición a la vida terrestre.



¿Fueron los celacántidos los primeros vertebrados que se atrevieron a dar el paso a la tierra?*Carlos Velázquez*

Como es natural, Smith, ansioso por estudiar otros ejemplares de ese pez de tiempos prehistóricos, emprendió la búsqueda recurriendo a un

método hasta entonces único en su género: mandó repartir por toda la costa del sureste de África octavillas en tres idiomas con la descripción de Old Fourleg, el «viejo cuadrúpedo», según su propia denominación cariñosa y bromista. Y ofreció una recompensa de cien libras por los dos próximos ejemplares. Sin embargo, la espera fue larga.

El mensaje tanto tiempo esperado no llegó hasta la Nochebuena de 1952: el capitán Eric Hunt, que arribaba con regularidad a las Comores con su barco mercante, le comunicó que el 20 de diciembre había sido capturado allí —a 3.000 kilómetros del río Chalumna— un celacanto de 44 kilos de peso. Hunt había colocado carteles en las islas para buscar al celacanto. Los nativos no tardaron en comunicarle que estaban vendiendo en el mercado uno de esos peces. El capitán lo compró inmediatamente, lo envolvió en hielo y le inyectó formalina para preservar los órganos internos.

Al recibir la noticia, Smith voló sin pérdida de tiempo a las islas: la búsqueda del celacanto entrañaba tanto prestigio que el gobierno sudafricano incluso le facilitó un avión. Y cuando el 29 de diciembre encontró allí el segundo celacanto, se arrodilló y estalló en lágrimas de alegría. Los nativos de las Comores conocían de sobra a ese pez buscado con tanto afán: ellos lo llaman *gombessa* , pero no lo aprecian demasiado; cae con regularidad en manos de los pescadores, aunque su captura no los hace muy felices pues su carne tiene un sabor grasiento. Se limitan a usar sus ásperas escamas como papel de lija, por ejemplo para raspar las cámaras de las ruedas de las bicicletas antes de ponerles un parche.

En la costa africana, por el contrario, donde Marjorie Courtenay-Latimer había descubierto el primer celacanto, no ha vuelto a aparecer ningún ejemplar. Se supone que el primero fue arrastrado hasta allí por las corrientes marinas. También varias expediciones que en las décadas siguientes partieron hacia las Comores para fotografiar en su hábitat, filmar o incluso capturar para los acuarios al «pez imposible» buscaron en vano. Sin embargo, los pescadores que faenaban ante las islas Grande Comore y Anjouan han sacado con regularidad del agua a esos animales primitivos cuando pescaban a 150 metros de profundidad, poniéndolos a disposición de la ciencia. Parece una ironía especial del devenir histórico que uno de los más cercanos parientes vivos de aquellos animales que salieron a tierra por primera vez sobre cuatro patas se haya retirado hoy a una profundidad marina entre los 150 y los 300 metros.

Hasta el año 1987 no consiguió Hans Fricke, del Max Planck Institut en Seewiesen, observar por vez primera en el agua al pez primitivo desde un batiscafo para dos personas, el *Geo* . Fricke y su equipo llevaban semanas sumergiéndose sin éxito durante el día ante las escarpadas pendientes de lava de la costa; estaban horrorizados, porque las aguas estaban esquilmadas de peces. Pero quizá el celacanto fuera activo de noche.

Y así ocurrió. Por fin hacia las 21 horas del 17 de enero de 1987 el equipo de Fricke tuvo éxito: en la penumbra del batiscafo, nadaba el primer celacanto que era observado por una persona en su medio natural. El ruido del pequeño barco no impresionó lo más mínimo al pez, que nadaba tranquilo por la oscuridad. Y contrariamente a lo esperado, el pez no caminaba con sus piernas sobre el suelo, sino que aprovechaba las corrientes y se dejaba arrastrar con calma estoica. Al mismo tiempo su aleta pectoral derecha se movía hacia delante y la izquierda hacia atrás mientras la aleta ventral izquierda avanzaba y la derecha retrocedía. Así pues, nada en cruz, con un movimiento que en los caballos se denominaría «trote».

Durante los años siguientes, Fricke investigó la vida secreta de esos peces primitivos con el *Jago* , que se sumergía a mayor profundidad: durante el día, los celacantos de hasta 2 metros de longitud viven agrupados en cavernas de lava situadas a unos 200 metros de profundidad, donde se sienten seguros frente a sus enemigos, los tiburones. Cuando se pone el sol, salen de caza: si pasa nadando una presa de menor tamaño, el pez macizo, siempre tan comodón, se abalanza con la rapidez del lucio y lo atrapa de un mordisco.

En sus inmersiones, Fricke nunca llegó a ver celacantos jóvenes, por lo que sigue siendo un misterio cómo transcurre la juventud de estos peces. Sin embargo, en una ocasión observó cómo una hembra evidentemente preñada que estaba provista de un radiogoniómetro se sumergió y pasó largo tiempo a una profundidad de 700 metros. El investigador deduce de ello que el nacimiento de los celacantos tiene lugar cerca del fondo marino, pues la *Latimeria* da a luz crías vivas. Lo sabemos por dos hembras preñadas que fueron sacadas del mar, una de las cuales albergaba nada menos que 26 embriones, que constituían la octava parte de su peso.

Sigue siendo un misterio cómo se orientan esos animales primitivos en la oscuridad: seguramente cazan de noche con ayuda del «rostralorgan», un órgano sensorial eléctrico que les permite localizar a sus presas. Para demostrarlo, Fricke construyó un señuelo que simulaba el campo eléctrico de una presa. Los celacantos se dejaban engañar y atraer hasta el barco. De esa forma, los investigadores podían llevar verdaderamente de paseo a los peces por debajo del agua (habría sido un método adecuado y relativamente respetuoso para capturar celacantos vivos con el fin de exhibirlos en los acuarios).

Pero ¿debía hacerlo? Hoy Fricke está seguro de que los animales no resistirían el transporte. Y si fuera posible, otros acuarios desearían poseer también esos peces primitivos. Sin embargo, durante las inmersiones, los científicos comprobaron la escasez de celacantos. Por ese motivo, cualquier intento de capturarlos contribuiría a su extinción. Los japoneses llevaban mucho tiempo detrás de ese pez primitivo porque suponen que un pez tan «viejo» tiene que poseer una sustancia específica que favorezca la longevidad. En 1989 se organizó una expedición que costó más de un millón y medio de euros, patrocinada

por Mitsubishi, con el fin de capturar tres celacantos para el acuario japonés de Toba. Al enterarse, Fricke se quedó horrorizado y organizó protestas internacionales; finalmente, el presidente de las Comores prohibió incluso la exportación de celacantos vivos.

Pero los japoneses no cejaron en su empeño y transportaron nasas al mar. Fricke se aproximó a las trampas con su submarino y colocó un letrero: «¡Dejad a los celacantos en paz!». Al parecer, el director japonés de la expedición interrumpió varios días después los intentos de captura y se marchó de allí enfurecido.

No obstante, incluso sin esas capturas intencionadas el fósil viviente de las Comores está cada vez más amenazado. Así lo revelan al menos los recuentos de población efectuados por el equipo de Fricke. En 1989 y 1991 la población de Grande Comore aún parecía estable: unos 650 ejemplares. En 1994, los investigadores estimaron las existencias solamente en 450 peces, y un año después únicamente en 300. El celacanto parece en peligro de extinción.

Los científicos lo atribuyen a la influencia de la pesca. Allí, al igual que en todas partes, las aguas cercanas a la costa están sometidas a una pesca intensiva. Y el celacanto de sabor grasiento cae una y otra vez en ganchos que en realidad están destinados al apreciado escolar clavo, o *Ruvettus pretiosus* . Con el fin de garantizar la protección del acosado pez primitivo y habilitar nuevas bases de sustento para los pescadores, a finales de los años ochenta se instalaron a unos 20 kilómetros de la costa, con una subvención de la Comunidad Europea, unos «aparatos para atraer peces», grandes tiras de plástico que se anclaban en la zona batial para atraer a bancos de peces. Además de estas *FAG* , como se llaman las tiras en el bonito alemán comunitario, habían regalado a los pescadores motoras para acudir a los nuevos caladeros. Al principio, las capturas de los pescadores se incrementaron y dejaron en paz a los celacantos. Pero con el paso del tiempo la mayoría de los motores se han averiado y nadie de allí es capaz de repararlos. Así que los nativos han vuelto a remar con sus canoas cerca de la costa para pescar justo donde viven los celacantos.

Nadie sabe con exactitud cuántos peces amenazados sacan a tierra. Antes, los pescadores se deshacían gustosamente de las capturas accidentales más bien molestas, pero hoy temen entrar en conflicto con la ley, pues el celacanto está muy protegido. En consecuencia, prefieren matar a los valiosos animales y arrojarlos de nuevo al mar, con lo cual se pierde un material insustituible desde el punto de vista científico. El número de celacantos sigue disminuyendo.

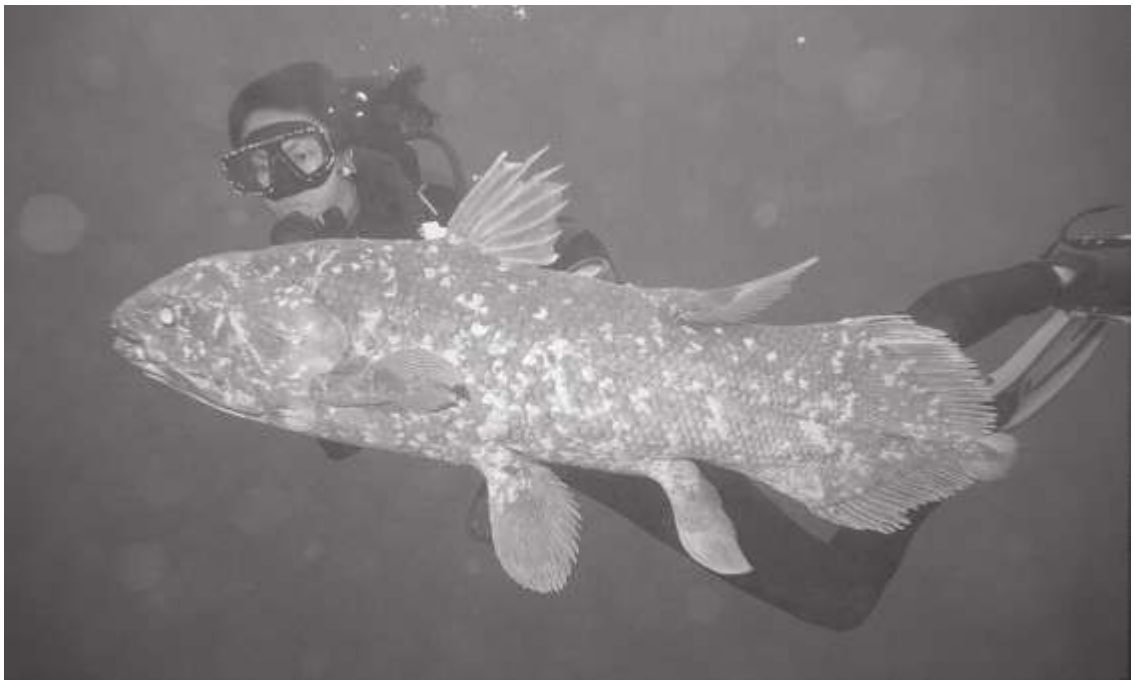
Sin embargo los indicios de que también podrían existir celacantos fuera de las Comores son continuos: en 1991 se pescó un pez en Quelimane, frente a las costas de Mozambique. Su material genético apenas se diferenciaba del de los celacantos capturados en las Comores. Fricke supuso, pues, que el pez quizás fue arrastrado por las corrientes marinas hasta Mozambique, igual que el primer celacanto pescado ante

la costa sudafricana. En 1995 y en 1997 se capturaron otros dos peces frente a la costa sudoccidental de Madagascar, a más de 1.300 kilómetros de distancia de las Comores. «Capturar dos ejemplares casi en la misma región constituye un indicio de que debe de haber celacantos fuera de las Comores», opina Karen Hissmann, del equipo de investigación de Fricke.

También de otras partes del mundo llegaron indicios de que ese pez primitivo ha sobrevivido: en 1949, la propietaria de una tienda de *souvenirs* envió una escama a Isaac Ginsburg, del U. S. Fish and Wildlife Laboratory. La mujer afirmaba haber comprado una lata entera de esas escamas, cada una aproximadamente de 4 centímetros, y deseaba saber su origen. Ginsburg se dio cuenta de que la escama no pertenecía a ningún pez norteamericano conocido, pero le recordó a los celacantos. ¿Se ocultaría también este pez ante las costas americanas? Por desgracia la escama se perdió.

En 1964, el sacerdote brasileño Ladislao Reti compró una figurita de plata —de 10 centímetros de longitud— de un pez en la iglesia de un pueblecito cercano a la ciudad española de Bilbao. Reti en el acto creyó reconocer en el amuleto a un celacanto. Al año siguiente apareció un adorno parecido, de 35 centímetros de largo, adquirido en una tienda de antigüedades de Toledo por el biólogo molecular belga Maurice Steinert. Ambos «peces de plata» databan del siglo XIX, es decir, de una época en la que nadie sabía aún que esos peces de la época de los saurios habían sobrevivido. Hans Fricke, que examinó en una ocasión esos ejemplares, percibió claras diferencias con los peces de las Comores, de modo que tal vez se tratase de otra especie. El catedrático de Madrid experto en plata José Manuel Cruz Valdovinos cree que ambos celacantos podrían proceder de Méjico y haber llegado de algún modo a España.

Más tarde, el 24 de septiembre de 1998 la prestigiosa revista científica británica *Nature* informó del descubrimiento de una nueva población de celacantos en un lugar verdaderamente insospechado hasta entonces: frente a la isla indonésica de Célebes. Tras su primer y fortuito hallazgo, Mark Erdmann había intentado volver a encontrar al pescador que le había vendido el celacanto en 1997. Preguntó a más de doscientos pescadores, y tres de ellos declararon convencidos que ya habían capturado alguna vez ese tipo de peces. Entretanto la Smithsonian Institution de Washington le había provisto de suficiente formalina y alcohol para disecar un posible hallazgo, y de nitrógeno líquido para congelar pruebas de tejido. Mientras tanto, Erdmann había sabido que el celacanto era conocido de sobra por los nativos, que lo llamaban *raja laut* , «rey del mar». Según le contaron, todos los años se capturaban dos o tres.



El segundo celacántido indonesio, descubierto en julio de 1998, aún pudo ser observado vivo bajo el agua.© *Mark Erdmann*

La mañana del 30 de julio de 1998, el pescador Om Lameh Sonatham se presentó ante la casa de Mark Erdmann con un celacanto todavía vivo de 29 kilos de peso y 1,24 metros de largo. Lo había sacado del mar con redes para tiburones a una profundidad de unos 120 metros. El lugar de la captura estaba junto a una ladera volcánica, famosa por sus cuevas de lava, un hábitat por tanto muy similar al de las Comores. Mark Erdmann y su mujer Arnaz devolvieron el pez al agua, donde tres horas después aún vivía y podía ser observado. Tomaron filmaciones submarinas: se movía de la misma forma que los celacantos de las Comores. Solo su color era diferente: el pez indonésico no era de una tonalidad azul acero, sino más bien gris parduzco. Al principio, los científicos creyeron que posiblemente se trataba de la misma especie, pero estudios genético-moleculares más recientes demuestran que el celacanto de Indonesia constituye una nueva especie: *Latimeria menadoensis* . Según estos estudios, se supone que ambas poblaciones debieron de separarse hace aproximadamente 1,5 millones de años, un breve instante comparado con los 400 millones de años que este grupo de peces llevaba ya en la Tierra. Desde entonces se conocen informes no confirmados de otras apariciones de celacantos en varias zonas de Indonesia.

«Desde hace más de 100 años, los ictiólogos investigan con ahínco las aguas alrededor de Célebes: que allí se les pudiera escapar este pez es más que asombroso, y muestra lo poco que sabe el hombre sobre los océanos y sus habitantes», comentó Mark Erdmann a propósito de su grandioso descubrimiento. «Por eso este hallazgo espolea todas

nuestras suposiciones sobre “monstruos marinos” todavía no descubiertos y otras curiosidades de la zona marina batial».

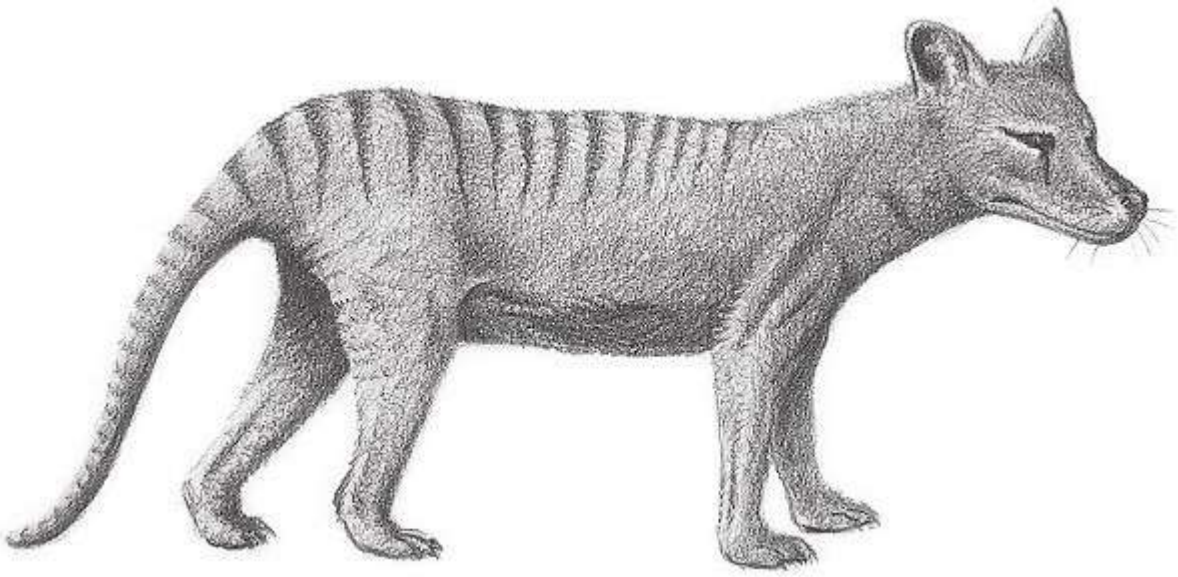
Quién sabe lo que el futuro nos depara todavía.

15Buscando tigres desesperadamente

Puede sonar paradójico, pero el 25 de enero de 1995 el guardabosque Charlie Beaseley observó uno de los animales extinguidos más frecuentemente avistados del mundo. Ocurrió hacia las ocho y cuarto de la tarde, poco antes de oscurecer, cerca de la localidad de St. Helens, emplazada en la costa oriental de la isla australiana de Tasmania. Un animal de sucia piel marrón con rayas negras, de la mitad de altura que un pastor alemán y cara parecida a un staffordshire-bullterrier, aunque más alargada, salió de la espesura. Se estiró, giró alrededor de sí mismo y a los dos minutos desapareció por donde había venido. Su pesada cola, en cierto modo parecida a la del canguro, mostraba una suave curvatura. Beaseley está seguro: vio un lobo marsupial, ese famoso «tigre de Tasmania» que desde el 7 de septiembre de 1936 se considera extinguido.

Ese día falleció *Benjamin* , el último de su especie, en el zoo de Hobart, la capital de Tasmania, dos meses después de que por fin se decretase la protección de la especie. Sin embargo, ya era demasiado tarde para ese animal carnicero único en su género que transportaba a sus crías en un marsupio: el mayor mamífero carnívoro del continente australiano había sido víctima de una deliberada campaña de exterminio.

Seguramente el *Thylacinus cynocephalus* o «lobo marsupial de cabeza de perro», pues eso significa su nombre científico, ya escaseaba en 1803, cuando los primeros europeos se establecieron en Tasmania; por entonces apenas debían de vivir entre 1.500 y 2.000 ejemplares, debido a que los aborígenes de la isla cazaban al marsupial carnicero de 35 kilos de peso, seguramente para comérselo. Después de 1830, cuando la población autóctona había sido ampliamente exterminada o desplazada, los tramperos persiguieron al tilacino. Porque los canguros, las zarigüeyas australianas y otros marsupiales caídos en las trampas constituían para el «tigre» una presa fácil, y las pieles de los animales devorados quedaban inservibles, con lo que el lobo marsupial arruinaba el trabajo de los tramperos.



¿Existen todavía los tilacinos? El último «tigre de Tasmania» cuya existencia está garantizada murió en 1936 en el zoológico de Hobart.*Carlos Velázquez*

Sin embargo, el golpe definitivo llegó con la cría de ovejas que a partir de 1820 adquirió creciente importancia en Tasmania; el país era extremadamente idóneo para la obtención de lana y carne. Los canguros fueron diezmados por competir con las ovejas por el alimento; el lobo marsupial, según cuentan, se adaptó rápidamente al cambio de situación y desde entonces parece que también mató ovejas y corderos. Sin embargo, investigaciones actuales de científicos australianos dudan de que el tilacino fuera realmente un gran asesino de ovejas, pues el esqueleto y los dientes del animal extinguido ponen de manifiesto que las presas del «tigre» difícilmente podrían pesar más de 5 kilos. Así pues, en cuanto al tamaño, el espectro alimentario del tilacino respondía más bien al del coyote o al del zorro que al de los lobos. Por esa razón, opinan los científicos, el marsupial carnicero solo devoraría ovejas en contadas ocasiones.

A pesar de todo, el animal adquirió pronto la fama de ser un despiadado asesino de ovejas; se hablaba incluso de una «plaga de tigres». Y eso que, según consta, los perros asilvestrados mataban más ovejas que el lobo marsupial; y los robos de ganado cometidos por personas seguro que eran responsables de las mayores pérdidas sufridas por los rebaños. Sin embargo, el marsupial carnicero (también calificado en parte de «hiena») se convirtió en el chivo expiatorio de los enfurecidos granjeros: en 1830 se ofrecieron por primera vez recompensas por los lobos marsupiales muertos. También el hábitat típico del «tigre» desaparecía con rapidez; las secas sabanas arboladas y los bosques poco frondosos se transformaron en pastizales. En 1863 el naturalista John Gould advertía: «Como en Tasmania, una isla relativamente pequeña, se incremente mucho la población, este animal extraordinario

disminuirá con rapidez y acabaremos hablando de él como de una cosa del pasado».

Sin embargo, nadie quería darse todavía por enterado. Desde 1886 a 1909 se pagaron más de 2.000 recompensas por abatir lobos marsupiales. Hasta 1905 aún se entregaban anualmente unos 100 animales; a continuación llegó el brusco desplome: en 1909 se pagó la última recompensa. Algunos investigadores creen que una epidemia diezmó tanto a los tilacinos restantes que la población, ya muy amenazada, no volvió a recuperarse. Todos debieron comprender que una especie única se aproximaba ahora rápida e irremisiblemente a su extinción, pero la caza de los animales que quedaban prosiguió. Finalmente, en 1930, en el noroeste de Tasmania, un joven granjero llamado Wilfried Batty abatió al último lobo marsupial salvaje.

Cuanto más escaseaba el «tigre de Tasmania», más codiciado se tornaba como mercancía de exportación. El zoo de Hobart intercambió al animal, del que poseía el monopolio internacional, en varias ocasiones y en el pequeño zoológico del fin del mundo pudieron admirarse hasta osos polares y elefantes. Al menos 68 tilacinos se distribuyeron de este modo por los zoos del mundo entero; Colonia y Berlín albergaron en total seis de esas rarezas a rayas, a las que en aquella época el público apenas prestaba atención. En reiteradas ocasiones los zoológicos (por ejemplo el de Washington) recibieron hembras con crías en el marsupio, allí los visitantes podían observar cómo los pequeños «lobos» de hermoso pelaje salían de la bolsa abierta de su madre. Pero casi ningún zoológico consiguió descendencia; en aquella época todavía no se preocupaban por las especies en peligro de extinción. A los parques zoológicos les interesaba una colección lo más completa posible, eran más museos vivientes que arcas de Noé para especies amenazadas. Hoy el *Thylacinus* sería una de las mayores atracciones de cualquier zoo, pues la extinción ha hecho popular al «tigre».

El rey inglés Jorge V instituyó en 1917 el escudo nacional de Tasmania con tilacinos como portadores del escudo. En ese momento, el animal ya

estaba casi extinguido debido a las recompensas que el estado ofrecía por su caza.Según Ferdinand von Hochstetters en Carus Sterne, *Werden und Vergehen* , Berlin 1905

Cuando en Tasmania se dieron cuenta de la situación del lobo marsupial, ya era demasiado tarde: en 1930 se declaró la protección parcial del carnívoro marsupial durante su supuesto periodo de reproducción, y en 1936 la protección total. A partir de esa fecha *Benjamin* , el último lobo marsupial cuya existencia está documentada con absoluta seguridad, vivió solamente dos meses en el zoo de Hobart hasta que también murió, y con él posiblemente su especie.

Entonces se desataron los rumores y las especulaciones. En las décadas de los treinta y de los cuarenta, distintas expediciones intentaron descubrir, con mayor ahínco que nunca, ejemplares dispersos del «tigre» en algún lugar de las regiones despobladas y vírgenes de Tasmania o al menos hallar pruebas de su supervivencia, pero fue en vano.

En 1961, la noticia de la muerte de un lobo marsupial saltó a los titulares de los periódicos: los pescadores Bill Morrison y Laurie Thompson habían oído por la noche un ruido delante de su tienda plantada en la costa occidental de la isla; un animal hurgaba en el cesto de los cebos. Thompson golpeó a la criatura con un garrote, pero esta desapareció en la oscuridad. A la mañana siguiente encontraron cerca de su tienda un macho joven que tomaron por un lobo marsupial y lo depositaron dentro para entregarlo a un museo después de pescar. Pero cuando regresaron al campamento, el «lobo» muerto había desaparecido; evidentemente alguien lo había robado durante su ausencia. Ambos recogieron de la arena restos de sangre seca y pelos, y enviaron las muestras a Hobart para que los expertos las analizasen. Fue imposible determinar el origen de la sangre; los pelos, por el contrario, podrían haber pertenecido a un lobo marsupial. El paradero del animal muerto sigue envuelto en el misterio hasta la fecha.

Tras este suceso, la búsqueda cobró nuevo auge: Eric Guiler, uno de los mayores expertos en lobos marsupiales, recibió el encargo de buscar al mamífero perdido. En 1963 colocó en los bosques de la isla más de 1.500 lazos, que no causan el menor daño a los animales capturados. Pero solamente atrapó diablos de Tasmania, wombats y pequeños canguros. La búsqueda con cámaras completamente automáticas financiada a principios de los años ochenta por el World Wildlife Fund (WWF, hoy Worldwide Fund for Nature) fue infructuosa. No obstante, Guiler sigue convencido de que el «tigre de Tasmania» ha encontrado un último territorio de repliegue en algún lugar de la isla; el multimillonario americano Ted Turner llegó a ofrecer una recompensa de cien mil dólares a quien demuestre la existencia del tilacino. Hoy nadie ha cobrado todavía el premio, de manera que, debido a las innumerables búsquedas fallidas, los bromistas llaman al animal desaparecido el «Nessie de Tasmania».

A pesar de todo el «tigre» sigue vivo después de su extinción: todos los años llegan al National Park and Wildlife Service de la isla de ocho a doce relatos de testigos oculares que pretenden haber visto al marsupial carnívoro. La mayoría de los avistamientos, a menudo nocturnos, solo duraron unos segundos. El informe de Charles Beaseley del año 1995 resulta muy creíble por la descripción minuciosa del animal, entre otras razones porque Beaseley es guardabosque del Wildlife Service. Pero él tampoco puede presentar pruebas o fotografías. El suelo estaba duro como una piedra, pues llevaba mucho tiempo sin llover. Esta vez, al igual que en tantas otras, el supuesto lobo marsupial tampoco dejó huellas.

Desde hace más de sesenta años, el lobo marsupial se opone tenazmente a su redescubrimiento en la isla de Tasmania. Allí no se ha encontrado ninguna prueba científica que avale su existencia. Sin embargo, continuamente surgen indicios de que podría haber sobrevivido donde, según la teoría dominante, se extinguió hace mucho tiempo: en tierra firme australiana.

Durante las glaciaciones, cuando el nivel del mar descendió unos 160 metros, Australia, Tasmania, Nueva Guinea y numerosas islas más pequeñas formaban una masa continental única —el continente primitivo de Meganesia— con una fauna de mamíferos completamente autónoma: allí no solo vivían canguros, koalas y ornitorrincos, que tan singulares parecen todavía, sino también otros marsupiales extraños: el *Diprotodon* , por ejemplo, un marsupial colosal del tamaño de un rinoceronte; el *Nototherium* , que tenía el perímetro de una res, y el *Phascolonus* , un wombat tremendo del tamaño de un tapir. Otros carnívoros poblaban aquel continente además del tilacino: varias especies de leones marsupiales, como el *Thylacoleo* , grande como un leopardo, el diablo de Tasmania devorador de carroña, el dasiuro gigante, que tenía un nicho ecológico parecido al de las ginetas y martas de otros lugares, y el *Ekaltadeta* , un canguro rata gigante carnívoro. Australia albergaba, además, reptiles enormes: el varano *Megalania* , de 7 metros de longitud, la serpiente gigante *Wonambi* , de 5 metros, y grandes cocodrilos terrestres.

Todas estas especies de grandes animales —mamíferos y reptiles— desaparecieron hace mucho tiempo: muchos se extinguieron en el continente durante las glaciaciones debido a los profundos cambios climáticos y a la disminución de las precipitaciones. Hace entre 5 y 25 millones de años, Australia, que hoy es casi exclusivamente sabana y desierto, estaba cubierta casi por entero por selvas lluviosas. La mayoría de los herbívoros se extinguió, desapareciendo con ello la base alimenticia de los grandes carnívoros.

Se discute qué papel desempeñó en ello el hombre. Quizá los primeros habitantes, que llegaron a Australia hace unos 60.000 años, aceleraron la extinción de los grandes animales con la caza o los incendios regulares de la estepa. Pero es probable que el *Homo sapiens* llegara a conocer al león marsupial y al canguro gigante carnívoro, que se

extinguieron entre 40.000 y 50.000 años atrás. Sea como fuere, las pinturas rupestres de Australia occidental revelan que los aborígenes conocían al lobo marsupial. En Nueva Guinea se extinguió hace unos 10.000 años; los hallazgos australianos más recientes se remontan a unos 2.000 años.

¿Expulsaría el dingo, un perro doméstico que llegó a Australia hace aproximadamente entre 4.000 y 8.000 años como acompañante de los humanos y luego se asilvestró, al tilacino de su hábitat originario? Según una teoría muy aceptada, ambos competían por las mismas presas. En una confrontación directa, el lobo marsupial era claramente más fuerte que el dingo; pero este, un mamífero «más moderno e inteligente» que persigue a sus presas en grupo, debió de superar en la caza al marsupial, «más primitivo» y más bien solitario, contribuyendo de ese modo a la extinción del «tigre». En Tasmania, sin embargo, el *Thylacinus* se mantuvo, pues el dingo nunca llegó a la isla; solo los colonos blancos llevaron perros. (En Tasmania también han sobrevivido hasta hoy diablos de Tasmania y dasiuros gigantes).

No obstante, sigue sin esclarecerse si fue realmente el dingo el que expulsó de Australia al marsupial carnívoro: al fin y al cabo, el dingo y el «lobo» convivieron varios miles de años en Australia. En cualquier caso, se descarta que las causas de la extinción en el continente fuesen las variaciones del clima y de la vegetación, pues las condiciones de vida eran comparables a las de Tasmania. No está claro qué provocó en última instancia la desaparición del lobo marsupial en Australia. Al dingo le amenaza ahora la misma suerte que al tilacino: está sometido a una persecución despiadada y se ofrecen recompensas por dingos muertos, pues se los tilda de asesinos de ovejas (y esto es lo peor que cabe decir de un animal en Australia). A ello se añade la extinción encubierta: como pertenecen a la misma especie, los dingos y los perros domésticos asilvestrados se cruzan sin limitaciones. La consecuencia es que apenas quedan ya dingos de pura raza en Australia. Posiblemente la supervivencia de esta interesante raza desde el punto de vista históricoevolutivo solo pueda garantizarse en pequeñas islas donde no vivan otros cánidos. La historia del exterminio parece repetirse.

En 1966 apareció en el continente australiano el cadáver de un lobo marsupial muy reciente. «El cuerpo estaba casi completamente cubierto de pelo y despedía un fuerte olor a podrido», afirma Athol M. Douglas, que trabajó muchos años como naturalista en el Museo de Australia Occidental de Perth. «Parecía un cadáver resecado hacía poco tiempo, poco después de que las cresas hubieran devorado toda la carne, pero antes de que las polillas y otros insectos se hubieran abalanzado sobre la piel y el pelo». El cadáver, casi intacto, fue encontrado por un equipo del museo en una cueva cerca de Mundrabilla Station (Australia occidental) junto a los restos de otra serie de animales —reptiles, murciélagos, gatos, perros (probablemente dingos), canguros— y huesos de otros cinco lobos marsupiales más. El equipo se llevó entonces todos los vestigios animales —casi exclusivamente óseos— para su posterior examen. Cuando Douglas, que no había estado en la cueva, vio por

primera vez el cadáver del tilacino, estuvo seguro: ese animal aún vivía poco tiempo atrás. Pero el resultado de la datación del tejido del cadáver reveló otra cosa. Según el método del radiocarbono, el «lobo» muerto tenía una antigüedad de unos 4.500 años. Athol M. Douglas empezó a dudar de su primera impresión. ¿Cómo podía haber permanecido ese cadáver sin descomponerse durante miles de años en una cueva que se inundaba con regularidad y en la que vivían escarabajos comedores de carroña? Durante las décadas en que trabajó en el Museo de Australia Occidental, Douglas se topó con numerosas personas que afirmaban haber visto a un animal parecido a un lobo marsupial. Sin embargo, no daba el menor crédito a esos informes; algún supuesto «tigre» resultó ser un perro asilvestrado.

En Australia los lobos marsupiales vivieron hasta hace aproximadamente 2.000 años. Así lo demuestran las pinturas rupestres de los aborígenes, como esta del parque nacional de Kakadu.Claude Casar, *Der Beutelwolf: Leben und Sterben einer Tierart* , Zurich 1996

En febrero de 1985, cuando Kevin Cameron, un australiano descendiente de aborígenes, le enseñó cinco fotos, Douglas cambió de opinión: se veía la parte trasera de un animal parecido a un perro con franjas oscuras sobre el torso y una rabadilla muy gruesa asomando por detrás de un árbol. Cameron refirió que había sorprendido al tilacino escarbando y le había sacado esas fotos. Pero en cuanto el animal lo vio, desapareció.

Además, Cameron mostró varios vaciados de pisadas de patas: las típicas huellas del lobo marsupial, con cinco dedos en las patas

delanteras y cuatro en las traseras. Él afirmaba haber visto al menos cuatro ejemplares, incluyendo una hembra con el marsupio lleno que había sido interceptada por su perro. Douglas, siempre escéptico frente a otros informes, creyó a Cameron. Sus descripciones eran, sencillamente, demasiado precisas. Describió, por ejemplo, que los machos eran de color más oscuro que las hembras. ¿Cómo un descendiente de aborígenes australianos que no sabía ni leer ni escribir podía tener esos conocimientos de un animal que se consideraba extinguido hacía 2.000 años en el continente australiano si no era por propia observación? No obstante, el tal Cameron también era un personaje sospechoso. ¿Por qué se negaba a revelar dónde había tomado las fotos? Una comparación de las mismas demuestra que la sombra del árbol se ha movido entre las distintas tomas, es decir, que entre los «disparos» tuvieron que transcurrir varias horas. Por consiguiente, el lobo marsupial no podía haber desaparecido tan deprisa. Además el animal permanecía en todas las fotos en la misma posición, lo que es altamente improbable.

«Estas fotografías constituyen una indudable falsificación», afirma Heinz Moeller, experto de Heidelberg en marsupiales. «El fotógrafo se ha limitado a fotografiar un animal disecado, quizá incluso un perro, con el rabo levantado». Cameron nunca se enfrentó a la crítica de sus fotos. Desapareció sin defenderse de estos reproches, y Athol M. Douglas no volvió a verlo jamás. A pesar de todo, Douglas sigue creyendo en la autenticidad de las fotografías. He aquí su teoría: solo la primera instantánea muestra al lobo marsupial vivo, poco antes de ser abatido de un disparo por Cameron. Todas las demás podrían haber sido tomadas del cadáver, que nunca apareció. Cameron lo haría desaparecer por miedo al castigo, supone Douglas, pues al fin y al cabo había matado a un animal protegido.

Tras estos acontecimientos, Douglas volvió a investigar durante los años siguientes la cueva de Mundrabilla Station, en la que se había descubierto el cadáver del lobo marsupial en 1966. Y halló otro cadáver, el de un dingo. Ese cuerpo no podía llevar más de veinte años allí, pues en la primera inspección se sacaron de la cueva todos los restos. El dingo muerto estaba completamente reseco, no olía y estaba desprovisto de pelo; su piel era como el pergamino. Cuando se encontró al tilacino, que al parecer llevaba 4.500 años en la misma cueva, estaba mucho mejor conservado. Douglas supone que tal vez el agua subterránea contaminada alterase los exámenes de datación con radiocarbono, pues el fondo de la cueva se inundaba con regularidad. Entonces se convenció definitivamente de que el cadáver del lobo marsupial solo tenía unos meses de antigüedad cuando fue encontrado. «Es muy posible que las poblaciones residuales ocultas de este importante mamífero australiano hayan sobrevivido en el continente», opina. A favor de ello hablan también varias ovejas y canguros, que en su opinión habían sido desgarrados y comidos con el típico estilo del tilacino. Hoy lamenta haber despachado con una sonrisa conmiserativa a tantos testigos oculares que afirmaban haber avistado a un «tigre» en lugar de haberlos tomado en serio.

El 2 de julio de 1993, Mike Tancock, de Narembeen (Australia occidental), vio cruzar una carretera a un ser extraño parecido a un perro, «marrón con rayas de color beige», que se asemejaba a un lobo marsupial. Holly Krokosz, que viajaba detrás de él, también observó al animal. «Corría con la cabeza agachada, igual que una hiena». ¿Qué era? ¿Un perro asilvestrado? ¿Uno de los zorros que, como tantos otros animales de Australia, había sido abandonado y que, con el paso del tiempo, han llegado a convertirse en una plaga? ¿Un dingo? Incluso esta última posibilidad sería una rareza hoy en día.

Hasta el momento se han comunicado más de dos mil avistamientos del «tigre» en el continente. Pero esto no es suficiente: los marsupiales carniceros exterminados, que se creía desaparecidos, parecen estar extendiéndose de nuevo inadvertidamente para reconquistar todo su antiguo hábitat. Al menos eso parece si damos crédito a informes recientes llegados de Nueva Guinea: en el poco explorado parque nacional Irian Jaya, al parecer se han visto en repetidas ocasiones animales similares a un perro con rayas negras en el lomo.

Esperanza en los sellos de correos: en 1981, el Correo australiano todavía calificaba al tilacino o lobo marsupial como «especie en peligro de extinción» y no como «extinguida».Claude Casar, *Der Beutelwolf: Leben und Sterben einer Tierart* , Zurich 1996

¿Se redescubrirá una de las especies ocultas más buscadas del mundo precisamente en el lugar donde se extinguió hace miles de años? ¿O es solo una fantasía desiderativa de aquellos que se niegan a afrontar la realidad y siguen soñando, ignorando que las especies se extinguen?

16Enigmáticos monos boticarios de la selva virgen

La expedición estuvo perseguida por la desgracia. Los horrores de la selva virgen —enfermedades tropicales, animales salvajes y ataques de los hostiles indios motilones con flechas envenenadas— causaron numerosas víctimas: del equipo de veinte hombres que, dirigido por el geólogo suizo François de Loys, había partido el año 1917 en búsca del oro negro —petróleo— en las casi inexploradas junglas montañosas de la Sierra de Perijá, situada en la frontera entre Colombia y Venezuela, solo quedó un puñado de supervivientes. La empresa cosechó un rotundo fracaso, aunque legó a la posteridad un enigma que hoy continúa sumido en el misterio: la fotografía de un gran mono desconocido.

Sucedió un día del año 1920, la fecha exacta se desconoce. La expedición acampaba en la orilla del río Tarra, cuando de pronto salieron de la jungla dos extrañas figuras, una «pareja de personas rojas de la selva», según creyó en un principio De Loys. Pero después se dio cuenta: no eran salvajes, sino dos grandes monos peludos y sin rabo que, corriendo sobre las patas traseras, se precipitaron sobre los humanos. Los dos estaban muy furiosos, fuera de sí, soltaban alaridos, arrancaban ramas de los árboles y amenazaban a los atemorizados geólogos. Al final, los iracundos animales incluso arrojaron excrementos al grupo.

Tras estos sucesos, los hombres, temiendo por sus vidas, abrieron fuego contra los monos salvajes: el macho se echó a un lado y se libró; pero la hembra, que había tapado a su pareja con el cuerpo, fue alcanzada y murió. Los geólogos examinaron el cadáver: tenía más de 1,50 metros de altura y pelaje rojizo. En cierto modo, consideró De Loys, ese mono era más parecido al hombre que todos los primates sudamericanos conocidos hasta entonces. Tampoco ninguno de los indios que acompañaban a la expedición había visto antes un animal parecido.

De Loys intuyó que aquel ser era algo especial y se propuso investigarlo. Los hombres colocaron al animal muerto erguido sobre un bidón de petróleo para fotografiarlo, pero la mayoría de las fotos se perdieron al zozobrar una canoa en el río. Sin embargo, se salvó una: muestra al mono misterioso sentado en el bidón, el mentón apoyado en un palo, la boca muy abierta, los ojos abiertos de par en par.

Esa foto inquietante es lo único que quedó del enigmático primate, pues ¿cómo una expedición geológica iba a disecar un cadáver en proceso de descomposición con el calor del trópico? Carecían del equipo necesario para ello. De Loys intentó salvar el cráneo del misterioso mono, separó la cabeza del tronco, la coció y la guardó en un recipiente que contenía

sal. Pero el cráneo se fue deshaciendo poco a poco y acabó estropeándose.

La expedición concluyó ese mismo año, tras otro ataque de los indios motilones; exhausto y enflaquecido, De Loys regresó a la civilización. Muy pronto dejó de evocar el encuentro con los dos animales encolerizados; había pegado de recuerdo en un álbum la foto de la hembra abatida.

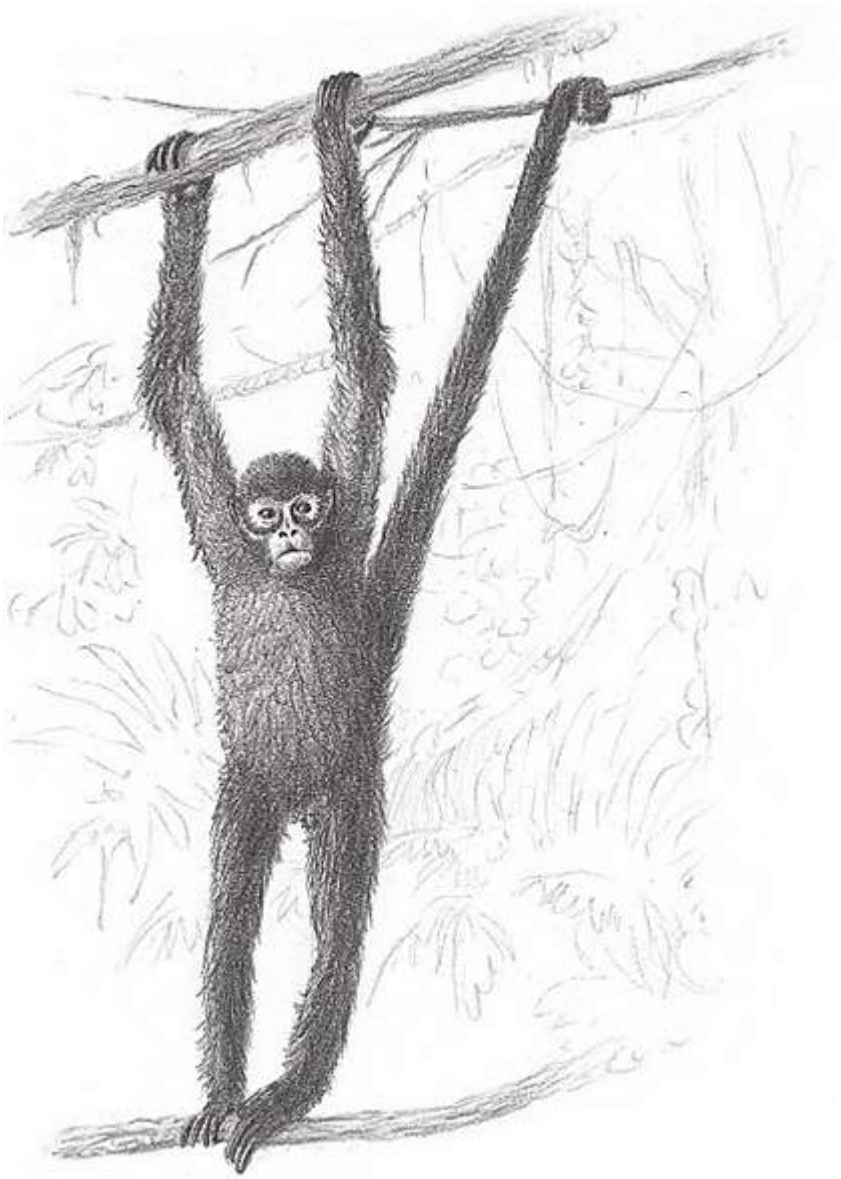
Y allí habría caído en el olvido, si un científico amigo, el antropólogo francés Georges Montandon, al ojear el álbum no hubiese percibido al momento algo completamente nuevo en el simio. Lo que De Loys le contó sobre el animal era muy distinto de lo que cabía esperar de un gran mono sudamericano: todos los primates del continente poseen rabo, en su mayoría muy largo, pero ese, por lo visto, carecía de él. Además, De Loys solo contó 32 dientes en la mandíbula de la hembra, el mismo número que en los monos del Viejo Mundo y en el hombre; todos los demás monos del Nuevo Mundo tienen 36, a excepción del pequeño tití de cabeza negra. Esas informaciones adicionales confirmaron la primera impresión de Montandon de que estaba ante algo muy especial, quizá incluso el equivalente a los antropoides del Viejo Mundo, el chimpancé, el gorila y el orangután. Ya se habían visto criaturas similares —de aspecto humano, erguidas y de alrededor de 1,50 metros de estatura— en dos estatuas de piedra de la época maya, pero hasta entonces esas representaciones se consideraban muy dudosas desde el punto de vista zoológico. ¿Existirían esos animales? En 1929 Montandon bautizó al enigmático mono con el nombre científico de *Ameranthropoides loysi* , «antropoide americano de De Loys».

El mundo de la zoología le tributó la máxima incomprensión: ¿un antropoide en el Nuevo Mundo? Eso era lisa y llanamente imposible, contradecía todo lo conocido hasta entonces, pues los monos sudamericanos descendían de los primeros primates que existían cuando el continente se separó de la restante masa de tierra. Y solo allí, en el Viejo Mundo, se habían desarrollado más tarde primates antropomorfos. Por eso la peregrina tesis de Montandon de que el *Ameranthropoides* fuese un antropoide muy pronto dejó de tener importancia: el animal era sencillamente demasiado parecido a otros monos del Nuevo Mundo. En la foto también se distinguían bien los chatos orificios nasales, por lo que los primates americanos también se denominan *platirrinos* , en contraposición a los *catirrinos* de África y Asia.

La mayoría de los críticos también dudaban de la gigantesca estatura del primate y lo consideraban un atélido completamente normal. Estos animales, los mayores de los cuales —los monos araña *Ateles beelzebuth* — apenas alcanzan un metro de altura, suelen caminar por el suelo erguidos. Y el *beelzebuth* incluso vive en la región en la que fue abatido el mono gigante. Pero todos los atélidos poseen una larga cola prensil que utilizan como una quinta mano. Con sus «cinco extremidades», los animales vuelan por las copas de los árboles como si fuesen acróbatas.

Por eso muchos científicos creyeron que en la foto la cola estaba simplemente oculta por el bidón. O sospecharon que De Loys la había cortado.

Solo una única fotografía, muy discutida, da testimonio del misterioso «hombre mono» *Ameranthropoides* .© F*ortean Picture Library*



¿Estará detrás del misterioso *Ameranthropoides* un atélido?*Carlos Velázquez*

Pero ¿por qué iba a molestarse De Loys —un geólogo que pasó muchas calamidades en la selva— en amputarle la cola a un mono desconocido sin saber que un primate sudamericano sin cola podía tener enorme valor para la ciencia? Montandon defendió el tamaño del mono que había indicado De Loys. El bidón de petróleo en el que se sentaba la hembra tenía unas dimensiones estándar: 45 centímetros justos. A partir de ahí, según Montandon, era fácil calcular que el animal debía medir 1,50 metros de altura, convirtiéndose con ello en la mayor de todas las especies de mono conocidas de Sudamérica.

¿Es, por tanto, el *Ameranthropoides* un simple atélido o una especie nueva, mucho más grande? ¿El mayor mono de Sudamérica? Los hallazgos fósiles revelan que en Sudamérica existieron monos de tamaño similar al menos durante el Pleistoceno, esa época geológica

caracterizada por las glaciaciones y que finalizó hace unos 10.000 años. Los primeros restos —un fémur y un húmero— de un primate denominado *Protopithecus brasiliensis* se descubrieron en 1883; en 1992 se encontró un esqueleto completo de esa especie. Según esto, el primate gigante debió de pesar unos 25 kilos, es decir, el doble que cualquier mono del Nuevo Mundo conocido hasta la fecha. Seguramente el animal poseía un órgano de fonación con una estructura específica que le permitía emitir sonidos parecidos a los de los monos aulladores actuales. El *Protopithecus* era seguramente una forma de transición a los monos sudamericanos que conocemos hoy. No obstante, el lugar donde fue hallado ese esqueleto estaba muy lejos de la zona en la que De Loys se había topado con los dos monos misteriosos, una cueva enclavada en el estado brasileño de Bahía a 2.800 kilómetros al sureste de la Sierra de Perijáa. A pesar de todo, ¿por qué un gran mono no podría haber sobrevivido hasta nuestros días en las vastas selvas sin ser descubierto? Las selvas tropicales de Asia y África albergan grandes especies de monos: ¿por qué no podría ocurrir lo mismo también en Sudamérica?

La fauna de primates del continente no se conoce aún por completo ni mucho menos. Continuamente se descubren nuevas especies de monos, que aumentan de año en año. Brasil es el país que alberga la mayor cantidad de especies de primates, unas 80 de las aproximadamente 250 conocidas hasta la fecha. En 1990 se descubrió una nueva especie de tamarino león: el *Leontopithecus caissara* o tamarino león de cara negra, en una pequeña isla situada a 200 kilómetros de la ciudad brasileña de Sao Paulo, que cuenta con 20 millones de habitantes. Su presencia se limita al bosque atlántico de la isla; justo 500 ejemplares de esa especie viven allí en un hábitat reducido cerca de la superpoblada metrópolis, y, apenas descubierta, la nueva especie ya está amenazada. Otras dos especies de monos sudamericanos que no fueron descubiertos hasta 1992 comparten la misma suerte: el tití de cabeza negra y el mono capuchino, *Cebus kaapori* . Ambos viven en territorios muy accesibles y densamente poblados de la Amazonia. Pero su hábitat es muy restringido.

Una y otra vez, «viejos conocidos», al ser examinados con más detenimiento, resultan pertenecer a diferentes especies. Así los monos nocturnos sudamericanos —animales que dirigen unas miradas misteriosas con unos ojos del tamaño de los de un búho— plantearon durante mucho tiempo un intrincado problema a muchos zoos: los animales importados de Sudamérica procreaban con regularidad, pero en la siguiente generación la reproducción resultaba infructuosa. A menudo los descendientes eran estériles. Durante mucho tiempo la razón no estuvo clara, hasta que una mirada por el microscopio desveló el enigma: los monos nocturnos de los parques zoológicos, que solían proceder de muy distintos lugares de Sudamérica, pese a su enorme parecido, pertenecían a especies distintas. Solo se diferencian en el patrimonio genético, en el número de cromosomas, que son los que almacenan la información genética. Si los padres poseen distinto número de cromosomas, pueden tener descendencia en ciertas

circunstancias, como sucede con el caballo y el asno. Sin embargo, los hijos resultantes de ese apareamiento suelen ser estériles.

En la cuenca del Amazonas con sus miles de torrentes y ríos se originan fácilmente nuevas especies. Las aguas que fluyen raudas constituyen una barrera infranqueable para muchos animales que no son capaces de nadar ni de volar, también para los pequeños monitos. Como el curso de los ríos cambia con regularidad, dividiendo de ese modo el hábitat de esas especies, la separación impide el intercambio genético entre los animales. Ya no pueden seguir apareándose entre sí de manera ilimitada y evolucionan —visto a largo plazo— por separado, hasta que acaban diferenciándose tanto que ya no procrean descendientes fértiles. Una especie se ha convertido en dos.

El holandés Marc van Roosmalen, un biólogo que desde 1986 se dedica a investigar la vida de diferentes primates para el Instituto Nacional de Pesquisas da Amazônia (INPA), ha descubierto allí alguna que otra nueva especie. En 1996 un pescador le llevó a casa un mono diminuto, de piel verde grisácea, corona de pelo negra sobre la cabeza y rabo igualmente negro. La cara estaba rodeada por una corona de flecos blanca. Solo el tití pigmeo, también de Sudamérica, parecía más pequeño que este minúsculo ser.

«En cuanto vi al animalito supe que era una nueva especie. Pero no podía manifestar mi emoción, o el hombre se habría dado cuenta de que ese animal era algo especial y se lo habría quedado». La patria de ese pequeño gnomo estaba en algún lugar a orillas del Madeira, un río de unos 3.000 kilómetros de longitud que fluye al oeste de la cuenca del Amazonas. Pero el pescador no ofreció datos más precisos al investigador holandés. Allá donde iba, Van Roosmalen mostraba a los lugareños una foto del monito. Y los nativos siempre afirmaban que sabían dónde vivía ese animal; llamaron la atención de Van Roosmalen sobre muchos otros monos: pero faltaba el chiquitín.

El investigador buscó al animal durante un año. El holandés ya no tenía que temer las flechas envenenadas de los indios, como Loys en los años veinte: en la gigantesca selva del Amazonas cada día quedan menos regiones inexploradas. Por fin el holandés encontró la patria del monito 300 kilómetros al sur de Manaos, en un pequeño triángulo formado por dos afluentes del Amazonas, el Madeira y el Aripuaná. Seguramente se trata de la segunda especie de mono más pequeña del mundo, y acaso sea un género totalmente nuevo, aventura Van Roosmalen. Pero en principio denominó a la diminuta especie *Callithrix humilis* .

Pero esto no era suficiente: alrededor del río Madeira, en una región del tamaño de Francia, ha descubierto desde 1996, además del pequeño monito, otras 14 especies de mono y un puercoespín enano de hocico rosado y largos pelos. Todos esos animales vivían como animales domésticos o de compañía en los poblados emplazados a lo largo de los ríos. Los nativos le hablaron de otras especies desconocidas hasta entonces: un tapir de pelo rojo y más grande que el tapir sudamericano

que también vive allí, e incluso un nuevo tipo de gato montés que Van Roosmalen supone una especie de jaguar nueva y de mayor tamaño, de piel negra y garganta blanca, que se diferencia de los jaguares negros conocidos desde hace mucho tiempo.

Pero ¿por qué se tardó tanto en descubrir todos estos animales, esos numerosos monos nuevos cuyo rastro había seguido el investigador en los años precedentes? «Es algo que no deja de asombrarme», explica Van Roosmalen. Porque en los «mapas de biodiversidad» el territorio había sido calificado siempre como una región de «prioridad baja» debido a la supuesta escasez de especies. «Realmente eso solo puede significar que hasta ahora nadie se ha molestado en investigar más a fondo esa zona. Por lo visto, soy el primer científico que la visita con regularidad, a pesar de que Manaos solo está a una hora de vuelo». Por consiguiente, sigue siendo *terra incognita* , territorio inexplorado: si esta región acoge tantas especies de monos nuevas, ¿cuántos insectos, pájaros y plantas desconocidos albergará?

Pero ¿por qué tantos esfuerzos por descubrir nuevas especies? ¿Acaso se ignora la existencia de otro monito que muy probablemente tendrá que ser protegido porque ya escasea y su hábitat está amenazado? Además de los planteamientos científicos, una y otra vez se pone de manifiesto que el descubrimiento de nuevas especies, el estudio de la diversidad de la naturaleza, puede tener consecuencias sumamente prácticas. Van Roosmalen, por ejemplo, lo ha comprobado repetidamente porque él, además de estudiar a los primates, se dedica a la investigación etnobotánica y pregunta a los curanderos locales por las plantas medicinales del territorio. «Hoy estos chamanes todavía utilizan los conocimientos que los seres humanos han adquirido en la selva desde hace decenas de miles de años. Y muchas cosas las han aprendido observando a los animales».

Los indios del antiguo Perú, por ejemplo, deben a los pumas un eficaz remedio contra la fiebre y el dolor. Cuando los grandes felinos estaban enfermos, comían la corteza de un árbol determinado, conducta esta extremadamente infrecuente en felinos feroces. Un viejo texto español de 1639 recoge esa observación de los indios, pero los médicos de entonces se negaron a dar crédito a los antiguos conocimientos de los sudamericanos. Hubo que esperar hasta el año 1820 para que dos investigadores obtuvieran de la corteza de ese «árbol de la quina» la «quinina», una sustancia que poco después inició su marcha triunfal por todo el mundo como remedio contra la malaria.

Los monos —debido a su proximidad al hombre— pueden proporcionar numerosos datos sobre sustancias que también podrían resultar eficaces en el *Homo sapiens* . Así, por ejemplo, la investigadora Karen Strier estudia a los muriquis o monos araña en diferentes regiones brasileñas. «En mi principal territorio de investigación los monos prácticamente no tienen parásitos externos ni intestinales en sus excrementos». La bióloga lo atribuye a determinadas plantas medicinales que solo crecen allí,

pues en otros bosques donde no se dan dichas plantas los parásitos afectan al 85% de los muriquis.

Karen Strier ha contabilizado ya 17 especies de plantas que cree que los muriquis comen por motivos medicinales. Entre ellas figura una cuyos frutos con forma de haba contienen sustancias parecidas a las hormonas y que normalmente estimulan la reproducción. Karen Strier cree que de ese modo los muriquis aumentan deliberadamente su fertilidad. «Si es así, esta selva encierra sustancias medicinales que no descubriríamos sin ayuda de los monos».

Pero allí se pueden encontrar cosas mucho más sorprendentes aún. Me refiero a monos que, con una dieta especial, tal vez determinen el sexo de su descendencia. Eso opina al menos Kenneth Glander, que desde 1970 investiga a los monos aulladores en la centroamericana Costa Rica. Él ha observado que los monos solo comen determinadas especies de plantas poco antes o después de un apareamiento. Glander, que registró con exactitud el sexo de la descendencia, comprobó que las hembras de alto rango tienen casi exclusivamente machos; otras, por el contrario, suelen traer al mundo hembras. «Por eso opino que existe una relación entre lo que comen y el sexo de sus crías», sostiene Glander.

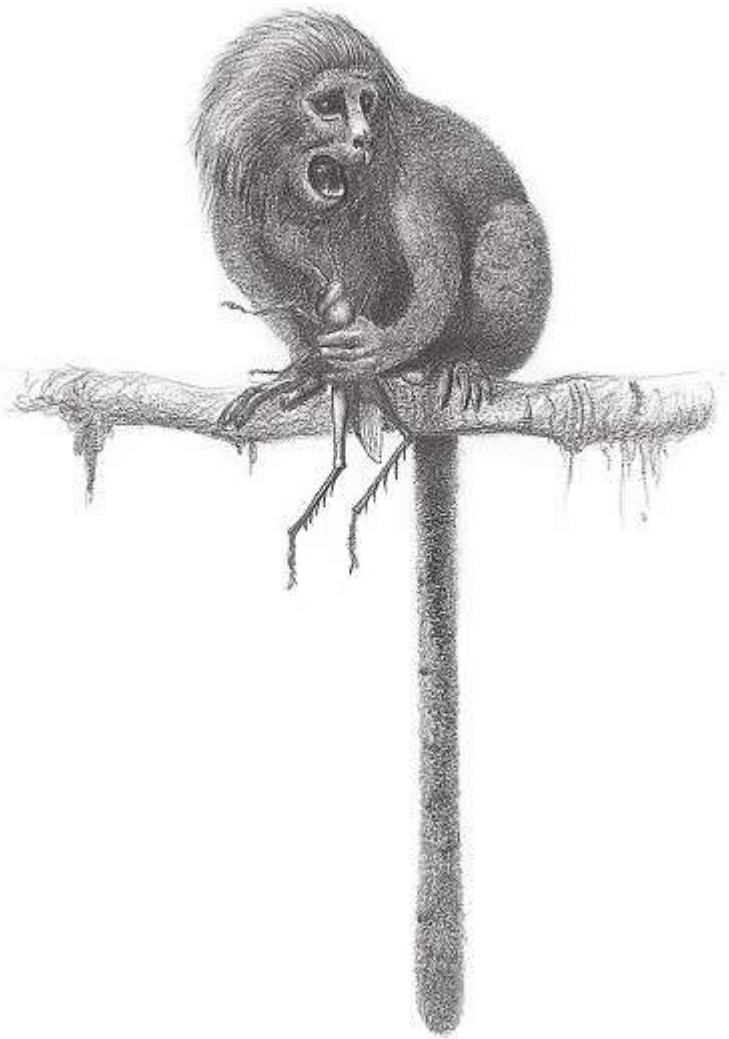
Pero ¿qué ventaja obtendrían de ello los monos aulladores? Tener descendientes masculinos o femeninos puede ser decisivo para el «éxito reproductor» de una hembra. El descendiente macho de una madre de bajo rango apenas tendrá posibilidad en su vida de procrear numerosa prole. En consecuencia, para las hembras que ocupan un puesto inferior en la jerarquía de una manada de monos «compensa» más traer al mundo hembras, que al menos podrán a su vez alumbrar crías a lo largo de su vida.

Entre los monos aulladores de alto rango ocurre algo distinto: sus hijos, debido a la posición que las madres ocupan en la jerarquía, tienen grandes posibilidades de convertirse en «animales de alto rango» y engendrar abundante descendencia. Glander cree que determinadas plantas que los monos comen intencionadamente pueden variar las condiciones de la fecundación. Pero por el momento aún no dispone de pruebas.

Los científicos buscan en la naturaleza «tesoros» ocultos por doquier, nuevas sustancias con propiedades farmacológicas o de otra índole. Costa Rica, por ejemplo, colabora desde 1991 con el consorcio farmacéutico americano Merck, que financia el registro de la biodiversidad, es decir la multiplicidad de especies del país, a cambio de recopilar e identificar organismos así como investigar pruebas muy prometedoras en busca de posibles principios activos. Si los investigadores encontrasen una sustancia eficaz y la comercializasen con éxito, parte de los ingresos redundarían en provecho de los programas de protección de la naturaleza en el país. Merck ya ha sacado al mercado medicinas cuyos principios activos fueron

descubiertos de ese modo: uno de los preparados, un medicamento para reducir el nivel de colesterol, fue obtenido de un hongo y sus ventas ascendieron, solo en 1990, a 735 millones de dólares.

Así pues, hoy no es solo la curiosidad científica lo que impulsa a los investigadores a recorrer la selva en busca de nuevas especies, sino también la conciencia del valor de esa diversidad. ¿Quién sabe qué cualidades sorprendentes, «mágicas», terapéuticas, del mundo animal descubriremos todavía investigándolo? La exploración de las selvas lluviosas de Sudamérica es una tarea más metódica y necesaria que nunca, pues la pérdida de cada especie puede entrañar perder recursos valiosísimos. También De Loys recorrió la selva virgen en busca de riquezas: petróleo. Aunque en la actualidad ya no se emprenden expediciones tan grandiosas, fallidas y trágicas como la suya, aún se habla de vez en cuando de su empresa, pues la expedición nos legó esa foto del misterioso mono gigante que no ha logrado ser identificado hasta la fecha.



Todos los años se descubren en Sudamérica nuevas especies de monos, casi siempre titís diminutos.*Carlos Velázquez*

En las selvas venezolanas surgen incesantes rumores sobre grandes monos desconocidos que recuerdan a los criptozoólogos el misterio sin resolver. Así, en octubre de 1990 se organizó un grupo dirigido por Marc Miller, de Ohio, para buscar al *Ameranthropoides* —el mono de De Loys—. Como es natural, llevaban consigo la foto misteriosa para mostrársela a los nativos y, para comparar, fotografías del gorila africano y un retrato robot del *bigfoot* norteamericano, es decir, de otra criatura también muy discutida —una idea maravillosa que solo se les puede ocurrir a los criptozoólogos convencidos.

El resultado de su búsqueda: ninguna prueba adicional, pero sí relatos de gritos estridentes en la selva, enormes huellas de pies que solo podían pertenecer a monos gigantescos, descripciones de un ser de pelaje rojizo y aproximadamente 1,50 metros de altura. El grupo regresó con lo que había ido a buscar: nuevas historias y la impresión esperanzadora, en cierto modo probable, de que allí fuera, en las selvas venezolanas, vive un mono del que se habla con demasiada frecuencia para que solo sea un mito.

El doctor DeWitt Webb y el «monstruo de St. Augustine», un gigantesco montón de proteínas.© *Fortean Picture Library*

17El asunto del monstruo de Florida

El 30 de noviembre de 1896 dos chicos que montaban en bici por la orilla de la playa de St. Augustine en Florida se toparon con algo descomunal: una masa enorme, informe, indefinible, cubierta parcialmente de arena. ¿El cadáver de un enorme animal desconocido quizá? Muy excitados, se dirigieron en el acto a casa del doctor DeWitt Webb, el médico de la localidad, cuya pasión por la historia natural de St. Augustine era conocida, y le informaron del fantástico hallazgo. Por su descripción, el médico sospechó al principio que el cadáver de una ballena muerta había sido arrastrado hasta la playa. Pero al día siguiente, cuando contempló con sus propios ojos aquella masa descomunal, cambió de opinión.

Allí yacía —posiblemente desde hacía varios días— una montaña blancuzca, ligeramente rosada, de una sustancia viscosa parecida a la goma, de casi 7 metros de largo, 2 de ancho, 1,20 de alto y un peso aproximado entre las 5 y las 7 toneladas. El médico percibió con claridad estructuras que consideró los muñones de cuatro tentáculos seccionados; otro «brazo» estaba enterrado en la arena. A DeWitt Webb no le cupo la menor duda: ese montón de tejidos no podía haber pertenecido jamás a una ballena; tenía que ser algo completamente nuevo, los restos de un octópodo gigante quizá. Avisó a dos fotógrafos que tomaron varias instantáneas del «monstruo».

Las fotografías y un informe del doctor fueron a parar finalmente a las manos de Addison Emery Verrill, experto en moluscos de la Universidad de Yale que durante los años anteriores había investigado con ahínco los calamares gigantes arrastrados hasta Terranova. Por lo que llegó a averiguar, Verrill también identificó en principio ese montón de proteínas como el *Architeuthis* : el mayor calamar gigante que se había encontrado hasta entonces.

Sin embargo, en cuanto recibió más fotos y datos de DeWitt Webb, abandonó esa teoría. Pues lo que el investigador reconoció en las fotos, a decir verdad, se parecía más a un octópodo: esos cefalópodos de cuerpo bulbiforme tienen los ocho tentáculos distribuidos alrededor de la cabeza; viven más en el fondo del mar y se mueven en el agua más sosegadamente. Sin embargo los calamares —a los que pertenece el *Architeuthis* , aunque en alemán se haya generalizado erróneamente el nombre de *pulpo gigante* — poseen un cuerpo alargado idóneo para nadar deprisa en mar abierto y está dotado de diez tentáculos orientados en la misma dirección. En un santiamén, Verrill convirtió el calamar gigante en octópodo gigante y publicó el hallazgo en el *American Journal of Science* denominándolo *Octopus giganteus* .

Asombra que al científico no se le ocurriese la idea de inspeccionar en persona ese cadáver espectacular, ese hallazgo único, para formarse

con sus propios ojos una imagen de ese ser que tal vez fuera una especie completamente nueva, y desde luego uno de los animales más grandes de la Tierra. Pero se dio por satisfecho con conocimientos de segunda mano, de forma que todos los datos que hoy tenemos del «monstruo de St. Augustine» se deben exclusivamente al doctor DeWitt Webb, que mandó registrar y fotografiar cuanto pudo. Así, cuando una marea viva arrastró en enero el viscoso montón al mar para devolverlo a tierra unos días después a unos tres kilómetros de distancia, el médico salvó la montaña de tejidos para futuras investigaciones e hizo que hombres y varios caballos la subieran a la playa. Tras cortar varios fragmentos del presunto cuerpo del *Octopus* , los conservó y los envió a Verrill y a distintos museos.

Mientras tanto, Verrill, el diligente experto en moluscos, publicaba alegremente un artículo tras otro sobre el octópodo gigante siguiendo las descripciones de DeWitt Webb, y empezó a especular dónde podría vivir el animal y cuál sería su conducta: había comparado las proporciones del descomunal cadáver con las dimensiones de especies de *Octopus* más pequeñas, deduciendo de ello que los tentáculos del gigantesco animal debían medir entre 20 y 30 metros de largo, es decir, unos tremendos apéndices prensores con un diámetro de 50 centímetros en su base, en el nacimiento de la cabeza. Según sus estimaciones, el monstruo vivo medía 60 metros hasta la punta de los tentáculos y pesaba unas 20 toneladas. Verrill adivinó incluso el volumen de la bolsa de tinta: unos 50 litros.

Pero luego recibió más fotos y las muestras de tejido conservadas. En una de las fotografías, la masa arrastrada por el mar se asemejaba a la cabeza de un cachalote; entonces Verrill se apresuró a afirmar que la montaña de proteína había pertenecido a uno de esos colosales mamíferos marinos, quizá a un cachalote con una nariz de tamaño anormal originada por una enfermedad. El tejido «conservado» también le pareció que procedía más de una ballena que de un cefalópodo: como era grasiento le recordaba la gruesa capa de grasa de las ballenas. Frederic Augustus Lucas, del Museo Nacional de Historia Natural de la Smithsonian Institution de Washington, defendía la misma opinión y se manifestó con más rotundidad todavía: «Esa substancia parece grasa de ballena, huele a grasa de ballena y es grasa de ballena, ni más ni menos».

Entonces a Verrill ya no le quedó más remedio que retractarse públicamente y retiró todo lo que había dicho hasta entonces sobre la existencia de los supuestos octópodos gigantes. La revista británica *Natural Science* no pudo contener un comentario mordaz sobre la forma de proceder de Verrill: «Nadie debería intentar describir animales varados en la costa de Florida desde su despacho de Connecticut».

Con ello el misterio de aquel montón de proteína pareció resolverse y se dio carpetazo al asunto. De la enorme montaña ya solo quedaba un frasco grande con tejidos en el Museo Nacional de Historia Natural de la Smithsonian Institution de Washington. Durante largos años reinó el

silencio en torno al «monstruo de St. Augustine», hasta que Forrest Wood, experto en mamíferos marinos de la U. S. Navy en San Diego, desempolvó la historia y se encargó de que el biólogo celular Joseph Gennaro, de la Universidad de Florida, recibiera, más de setenta años después, dos trozos de tejido del «monstruo» —«blancos como el jabón»— para su examen microscópico. Desde que ambos publicaron los resultados en 1971, vuelve a discutirse sobre la enorme masa, tras la que podría ocultarse uno de los animales más gigantescos y desconocidos del criptozoo mundial. Gennaro comparó los preparados con cortes de tejido de diferentes octópodos y calamares, y en su opinión el tejido, sin duda alguna, no pertenecía a cetáceo alguno, sino que se parecía al de los octópodos, de modo que ¿y si el octópodo gigante existe?

Para el bioquímico Roy Mackal de la Universidad de Chicago la investigación desarrollada fue insuficiente: este criptozoólogo declarado y cofundador de la International Society of Cryptozoology efectuó un estudio bioquímico del «tejido del monstruo» y lo comparó con el tejido de dos especies de *Octopus* , del *Architeuthis* , de delfines y de las ballenas beluga. Su resultado corroboró las averiguaciones de Gennaro: el tejido no pertenecía a una ballena, porque el de estas se compone sobre todo de grasa. Las muestras, por el contrario, eran colágeno casi puro, la proteína fibrosa del tejido conjuntivo, que puede constituir hasta la cuarta parte del contenido proteico del cuerpo de los animales. En opinión de Mackal, la composición de la proteína indicaba que el tejido procedía de un cefalópodo.

Ahora había más indicios de la existencia real de un octópodo descomunal. Solo que ¿dónde viviría ese gigante de cuya existencia únicamente hay escasas referencias y pruebas? ¿No se estarían extrayendo interpretaciones equivocadas a partir de un único hallazgo? Verrill creía que el *Octopus giganteus* habita desde la costa de Florida hacia el norte. Esto encajaría con los informes regulares procedentes de las Bahamas: algunos nativos pretendían haber visto allí grandes octópodos con tentáculos de 20 metros de longitud. Para los pescadores esos animales no son peligrosos, excepto cuando se agarran con sus tentáculos al barco y al fondo simultáneamente.

El cirujano Thomas Beale afirma haber sido atacado en 1835 por un enorme pulpo en la playa de una isla situada al sur de Japón.*Carlos Velázquez*

Algo parecido le sucedió en una ocasión a un alto funcionario de la isla de Andros, una de las Bahamas: estaba pescando con su hijo y había dejado bajar el anzuelo de la caña a una profundidad de unos 185 metros cuando, de improviso, algo tiró con fuerza del sedal. Al principio pensó que el anzuelo se había enganchado al fondo, pero consiguió recuperar despacio el sedal, y entonces vio al enorme *Octopus* agarrado. Una vez que emergieron a la superficie, el tremendo animal soltó el sedal y, para espanto de padre e hijo, se aferró a la barca. El *Octopus* tardó tiempo en soltarse y luego desapareció en las profundidades de las que había surgido.

Alrededor de Andros el océano alberga «agujeros azules», profundas simas marinas que, según relatos de la población, ocultan misterios. Parece que allí moran también grandes cefalópodos, llamados *lusca* , que poseen largos tentáculos con ventosas, aunque solo son avistados en contadas ocasiones. El pescador Sean Ingram, que en 1984 pescaba cangrejos en Andros a una profundidad de mil metros, habló de un gran animal que sujetaba sus trampas y destrozó algunas, perdiendo definitivamente dos de ellas. Mientras tanto, el sonar de su barco delataba la existencia de una gran masa «piramidal» de unos 15 metros de altura, que se aferraba a una trampa en las profundidades. ¿Qué animal, de no ser un gran *Octopus* , sería capaz de algo semejante?

También Jacques Cousteau habla en su libro de cefalópodos enormes que, al parecer, viven entre Florida y las Bahamas. Durante una expedición se bajó al fondo una cámara sujeta a una cuerda; un animal tremendo se agarró a la cuerda y la rompió. Cuando al fin se pudo

recuperar la cámara de una profundidad entre 100 y 200 metros, las tomas solo mostraron masas indefinibles de carne parduzca.

Los informes sobre el muy críptico octópodo gigante son todos extremadamente vagos, al contrario de lo que sucede con el calamar gigante, del que a lo largo de los siglos se han proporcionado datos reiterados y precisos. ¿Acaso dichas observaciones son meras confusiones con el *Architeuthis* u otras especies de *Octopus* ? El mayor cefalópodo de ocho tentáculos conocido hasta la fecha —el *Octopus dofleini* el «gran octópodo del Pacífico»— suele pesar hasta 15 kilos. El animal alcanzó un peso récord de 272 kilos y medía 9,60 metros. Pero ¿qué es eso comparado con las descomunales dimensiones que puede alcanzar un *Octopus giganteus* ?

Y es que el océano siempre depara sorpresas. Precisamente entre los cefalópodos existen figuras de aspecto inquietante, que parecen de otro mundo, como por ejemplo el *Vampyroteuthis infernalis* , o «cefalópodo vampiro infernal», que fue descubierto en 1903. Estos moluscos se deslizan como fantasmas por un mundo sombrío situado a más de 2.500 metros de profundidad en el que jamás penetra un rayo de sol. No tienen parentesco cercano ni con calamares ni con octópodos, sino que son la única especie superviviente de un antiguo grupo de moluscos. Sus tentáculos están unidos con membranas elásticas. Cuando el vampiro de las profundidades submarinas «lanza hacia arriba» sus brazos igual que Batman y se emboza en su piel, parece una piña revestida de púas. Y en cada punta de sus brazos se enciende un órgano luminoso, pues en las profundidades de los océanos se producen auténticos juegos de luces, dado que muchos habitantes marinos recurren a bioluces para encontrar pareja o presas en esa eterna oscuridad. Sin embargo, este molusco, uno de los habitantes más extraños de la zona marina batial, apenas mide 30 centímetros.

El «monstruo de St. Augustine» no es la única masa indefinible de tejidos de origen desconocido que el mar ha arrojado a las playas; en el siglo XX se añadieron otras más: los *blobs* y los *globsters* . En agosto de 1960, el ganadero Ben Fenton y dos de sus peones estaban arreando reses en la apartada costa occidental de Tasmania cuando se toparon en la playa con una gran montaña de tejido que ocupaba una superficie de unos 6 por 5,40 metros. El montón debía de pesar entre 5 y 10 toneladas. Fenton se pasó meses intentando despertar el interés de los científicos por ese hallazgo, pero en vano. Durante dicho periodo, la corriente fue arrastrando el cadáver cada vez más al norte de la costa; las mareas lo reintegraron repetidamente al mar y lo devolvieron a la playa, donde no tardaba en quedar medio cubierto por la arena. Al fin, año y medio después del descubrimiento de la masa, Fenton consiguió despertar la curiosidad de algunos científicos por el inusitado hallazgo: el 7 de marzo de 1962, un equipo de zoólogos analizó con más detenimiento aquel misterio. Asombrosamente la masa indefinible no mostraba el menor indicio de descomposición, no olía, y la piel del ser desconocido era tan dura como antes.

Al contemplar aquella albóndiga colosal en la playa, los científicos se quedaron desconcertados: «Aquello» no tenía ojos ni cabeza, ni estructuras óseas visibles. A cada lado de la «parte delantera» se distinguían cinco o seis hendiduras parecidas a fisuras branquiales. La superficie de la masa había estado cubierta de finos pelos parecidos a lana de oveja sucia, opinaron los peones. El «animal» era completamente desconocido para los investigadores. Al enterarse del hallazgo, los medios de comunicación organizaron un enorme revuelo. El «monstruo marino» de Tasmania pronto fue bautizado: se le llamó *globster* . Se tomaron muestras de tejido, pero los científicos no lograron ponerse de acuerdo en qué podría ser. El catedrático A. M. Clark, de la Universidad de Tasmania, sospechaba que era una gran raya, otros consideraban la montaña restos de un mamífero marino. Personas de fértil imaginación creyeron incluso que la masa informe era una criatura del espacio, caída y muerta ante la costa de Tasmania. El gobierno australiano actuó finalmente con total pragmatismo y declaró sin más ni más que la materia misteriosa era una ballena muerta.

Fuese lo que fuese, el globster de Tasmania volvió a caer en el olvido. Seis años después, en marzo de 1968, el mar arrastró una masa parecida a tierras de Nueva Zelanda, al este de la isla septentrional, en Muriwai Beach, de 10 metros de longitud, 2 de altura, fibrosa y también «peluda». Pero tampoco en esta ocasión se logró desvelar su identidad.

En 1970 Ben Fenton encontró al tercer globster unas millas al sur de Sandy Cape, al oeste de Tasmania: medía casi 3 metros de longitud y, en cierto modo, tenía un aspecto giboso y correoso. Pero Fenton se negó a soportar de nuevo un barullo como el de hacía diez años. «Así que ahí hay un ejemplar relativamente fresco de lo que quiera que sea. No sé qué es y no pienso intentar siquiera averiguarlo. Lo único que sé es una cosa: hace siete semanas esa cosa no estaba aquí, en la playa». El globster volvía a estar parcialmente cubierto de arena. «Tampoco sé qué aspecto tiene el resto de la cosa enterrada, y esta vez no tengo la menor intención de averiguarlo. Que lo haga otro», declaró Fenton a un periodista. Pero, por desgracia, nadie lo hizo, de modo que del tercer globster tampoco existen más datos.

En cambio el blob descubierto en mayo de 1988 en la playa de Mangrove Bay (Bermudas) por el pescador y buscador de tesoros Teddy Tucker mereció mucha más atención. La curiosa masa blanca medía unos 2,50 metros de longitud, 1,25 de anchura y 30 centímetros de altura, era correosa y fibrosa, con cinco «brazos» o «piernas», y carecía por completo de huesos o cartílagos. Tres personas no podían abarcar al *blob de Bermudas* , como pronto se lo denominó, que pesaba unos cuantos miles de kilos.

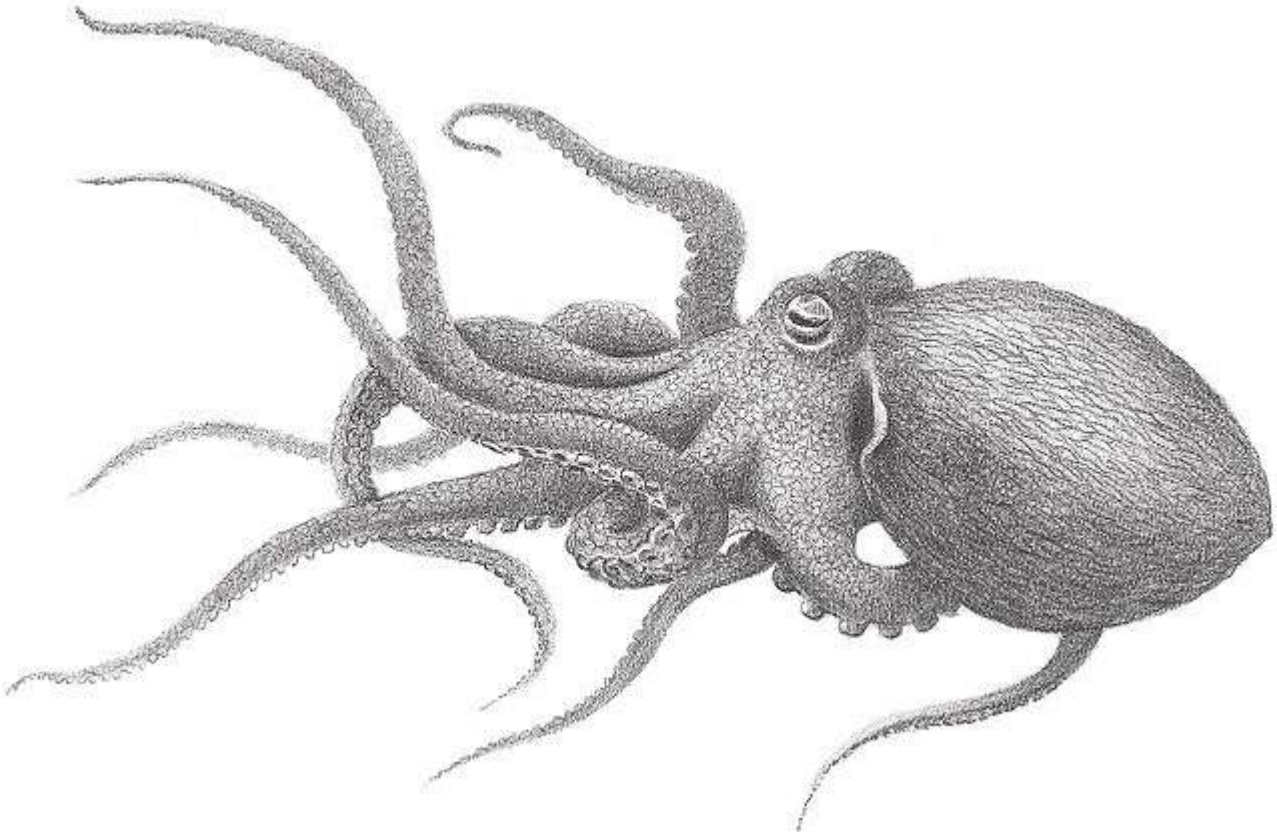
¿Qué ser se escondía detrás de ese monstruo? ¿Tenía algo que ver con los globsters o con el «monstruo de St. Augustine»? ¿Pertenecían todos los restos al mismo ser? ¿Un octópodo gigante quizás? ¿O algún otro animal desconocido? Tucker cortó algunos trozos de tejido —«semejantes a la goma de una rueda de coche»— y se los envió a

varios científicos. Pero ni siquiera a expertos como Clyde Roper, especialista en calamares gigantes, o a Forrest Wood y Roy Mackal, los investigadores del «monstruo de St. Augustine», se les ocurrió de qué tipo de animal se trataba.

También Eugenie Clark, la prestigiosa especialista en escualos de la Universidad de Maryland, recibió un trozo de tejido. En compañía de su colega Sydney Pierce y otros científicos, investigó los monstruos de St. Augustine y de las Bermudas y los comparó con tejido de cefalópodos y grasa de ballena corcovada. Tras un estudio de microscopía electrónica y bioquímico, en 1995 el equipo llegó a la conclusión de que no eran restos de moluscos, ni de un calamar gigante ni de un *Octopus* . Ambas montañas de tejido tampoco pertenecían a la misma especie.

Seguramente, concluyeron Clark y Pierce, el ser de Bermudas fue en su día un animal heterotermo, quizá un gran escualo; el cadáver de St. Augustine, por el contrario, debía pertenecer a un mamífero, probablemente una ballena. «Debía de llevar semanas flotando en el mar antes de ser arrastrado hasta la costa», aventura Pierce. La putrefacción estaba muy avanzada, los huesos del mamífero se habían hundido hacía tiempo en el océano, y otros animales y bacterias se habían abalanzado sobre las masas de carne y devorado todo excepto la fuerte capa de colágeno, casi indigerible, que también contenía la grasa de cetáceo. Por consiguiente, el «monstruo de St. Augustine» era la fuerte capa de tejido conjuntivo de una ballena. Los autores finalizaban su publicación científica con palabras singularmente personales: «Con enorme tristeza hemos de afirmar que acabamos de destruir una de las leyendas más hermosas, pues no hemos conseguido demostrar la existencia del *Octopus giganteus* ».

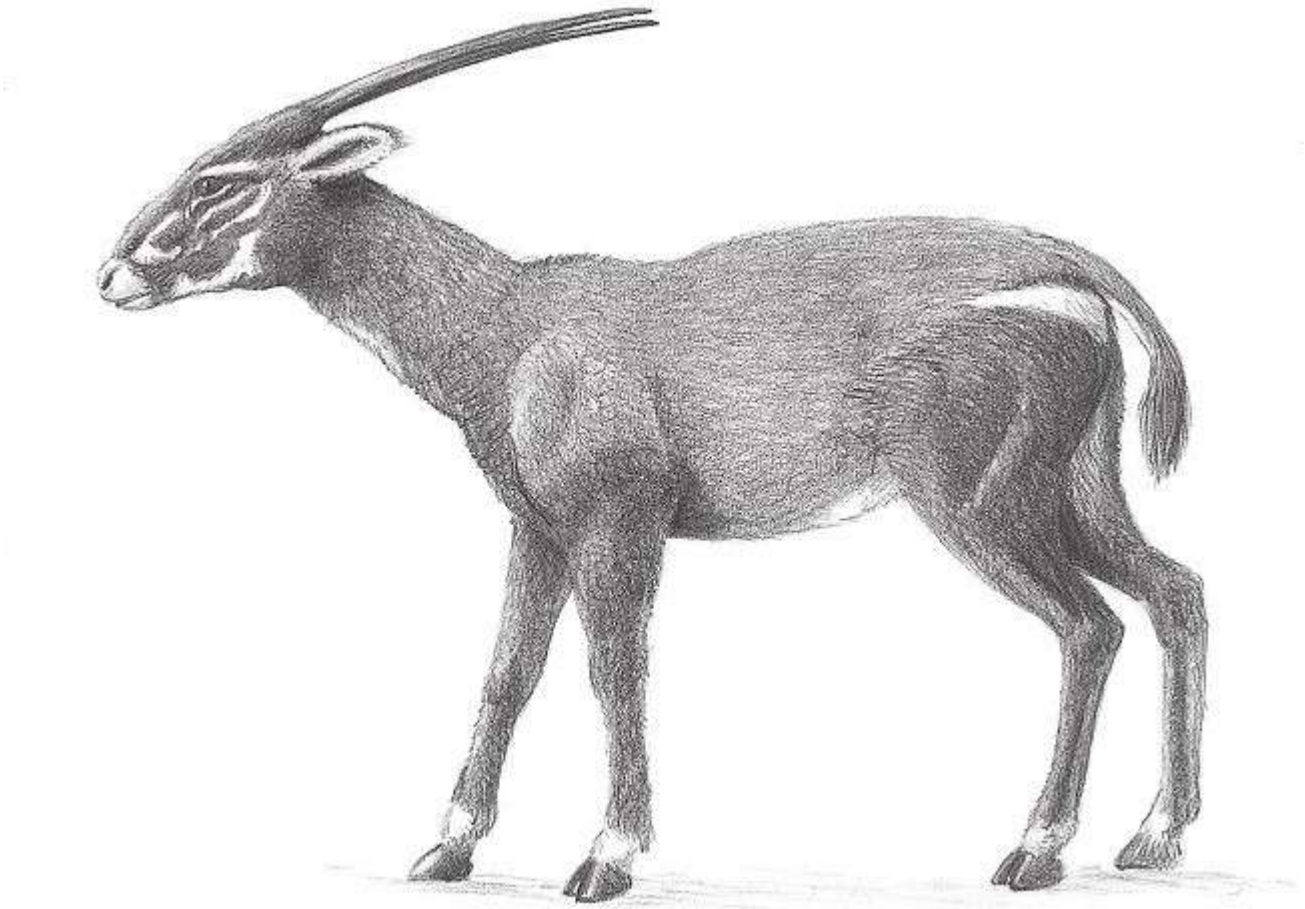
A finales de 1997 otro «monstruo marino» fue arrojado a la playa, de nuevo en Tasmania: un conglomerado de 4 toneladas, una masa de fibras peludas con abombamientos en forma de pies y cola, pero sin huesos. Y de nuevo se desataron especulaciones febriles sobre lo que podría ser: ¿restos de un calamar gigante, de un octópodo gigante o de un tiburón gigante? Sin embargo, el resultado de las pruebas pronto reveló que en la playa había grasa de ballena; el «monstruo marino» había sido un cetáceo.



El pulpo común *Octopus vulgaris* alcanza una longitud total de tres metros y a menudo vive solo en cuevas cercanas a la costa.*Carlos Velázquez*

Pero con un mito como el *Octopus giganteus* no se acaba tan fácilmente. Al fin y al cabo se trata de una de las criaturas más misteriosas. En una «investigación conjunta», destacados criptozoólogos —entre los que figuraban Bernard Heuvelmans, Richard Greenwell y el oceanógrafo y autor de libros especializados Richard Ellis— cuestionaron los resultados que desenmascararon como vertebrado al «monstruo de St. Augustine». Se remiten para ello a Roy Mackal, que en sus investigaciones bioquímicas alcanzó otras conclusiones. Y preguntan que por qué otras ballenas muertas, con una forma tan insólita parecida a un octópodo, no han sido arrojadas antes a las playas igual que en St. Augustine. En su opinión aún no disponemos de respuestas satisfactorias.

Así pues, la controversia que comenzó en el siglo XIX se prolonga hasta el tercer milenio: el enigma de las masas informes está por el momento a salvo. Y lo cierto es que habría sido una lástima que el asunto del monstruo hubiera tenido un desenlace definitivo.



El saola, un bóvido de las selvas vietnamitas, inauguró en 1992 el descubrimiento de especies espectaculares en Indochina, hasta entonces desconocidas.*Carlos Velázquez*

18Fiebre de descubrimientos en Indochina

Cuando en mayo de 1992 John MacKinnon visitó por primera vez la región de Vu-Quang, situada al norte de Vietnam, no sospechaba que en las tres semanas siguientes hallaría la mayor sensación zoológica de las pasadas décadas provocando con ello una reacción en cadena de descubrimientos en cuyo transcurso se encontraron toda una serie de especies desconocidas o que se creía desaparecidas. La era de los grandes hallazgos sorprendentes había vuelto y, al igual que a los naturalistas del siglo XIX, ahora, a fines del siglo XX, muchos científicos tenían la opción de pasar a la historia como descubridores de nuevas especies de grandes mamíferos.

MacKinnon había emprendido el viaje por encargo de la World Wildlife Fund (WWF) para descubrir territorios de Vietnam especialmente dignos de protección. En las imágenes por satélite la apartada región de Vu-Quang parecía muy prometedora: selvas lluviosas primitivas, terreno montañoso, húmedo, y pocos asentamientos humanos permitían deducir la existencia de una rica fauna. MacKinnon pronto oyó hablar de dos «especies de cabras» que vivían en el territorio. En realidad él solo esperaba un «animal caprino», concretamente el serow, una especie de antílope selvático de cuernos cortos parecido a una gamuza. Sin embargo, los cazadores hablaban convencidos de una «cabra montesa» de largos cuernos puntiagudos, de la que abatían dos o tres ejemplares al año. ¿De qué animal se trataba? En el pueblo de Kim Quang, MacKinnon vio tres de esos pares de cuernos: lanzas de medio metro de largo que le recordaron el adorno de la cabeza de los antílopes oryx africanos. En una de las parejas de cuernos aún bullían las cresas, tan reciente era.

A MacKinnon le invadió inmediatamente la certeza de que estaba tras el rastro de una especie desconocida nueva, una especie que parecía pertenecer a los bóvidos. Eso constituiría una tremenda sorpresa pues la última especie realmente grande de mamífero que vivía en el campo había sido descubierta hacía más de cincuenta años: el *kouprey,* un vistoso bóvido salvaje indonésico.

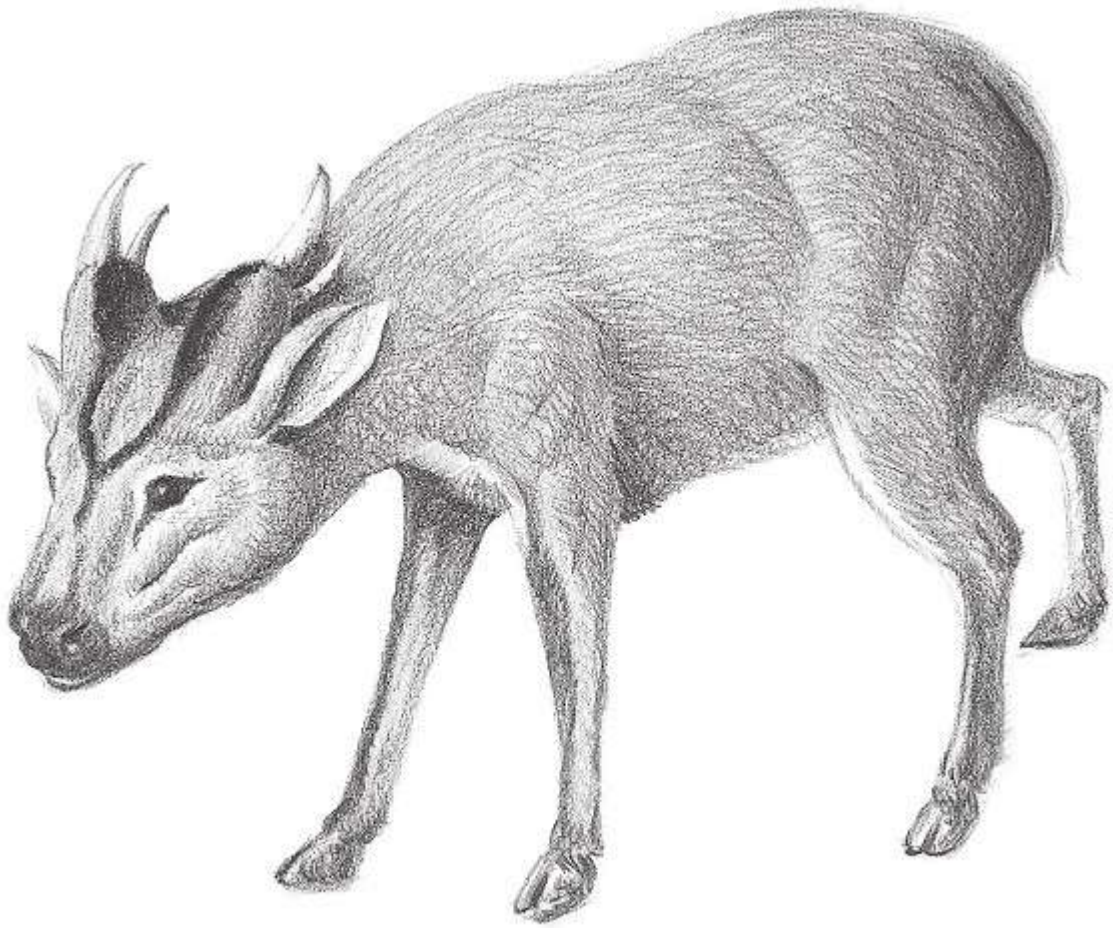
Tras los primeros hallazgos, científicos vietnamitas emprendieron cuatro expediciones a la región hasta el verano de 1993, y hallaron restos de otros veinte animales más, entre ellos tres pieles completas de color negro parduzco, pero ningún ejemplar vivo. Al menos ahora a los cuernos se les había añadido cabeza y patas, de manera que se podía esbozar una idea del animal y componer un primer modelo: el nuevo ser era muy parecido a un antílope, con una alzada de 80 a 90 centímetros, unos 100 kilos de peso, rabo corto, pies pequeños, un bonito dibujo blanco y grandes glándulas bucales en la cara.

Los análisis genéticos revelaron que la sospecha de MacKinnon era correcta: el ser pertenecía a los bóvidos, entre los que figuran las subfamilias de antílopes y cabras, pero estaba muy aislado dentro de ese grupo; en cualquier caso parecía tener un parentesco más cercano con los búfalos y bóvidos salvajes. ¿Era una reliquia primitiva que había sobrevivido en las aisladas junglas de las montañas de Vietnam? La nueva especie recibió el nombre científico de *Pseudoryx nghetinhensis* o «falso oryx de la provincia de Nghe-Tinh», el hábitat de la especie. Los nativos denominan al bóvido de Vu-Quang *saola* , es decir, «corzo fusiforme». Asombrosamente, hasta entonces el saola no era conocido ni siquiera por hallazgos fósiles; solo más tarde se observó que los ornamentos de las tumbas de una civilización vietnamita muy desarrollada de 2.000 años de antigüedad mostraban animales de largos cuernos muy similares. ¿Cómo pudo haber permanecido oculto tanto tiempo un animal tan grande?

La inhóspita región del norte de Vietnam se pobló y se cultivó tarde, por lo que hasta la fecha se había librado de reconocimientos científicos en profundidad, y también de los bombardeos y del veneno que los americanos usaron durante la guerra de Vietnam. Los saolas vivieron allí durante milenios, solo conocidos por los nativos, que los cazaban de vez en cuando. Por esa razón unos cientos de corzos fusiformes lograron sobrevivir allí y en la zona fronteriza de Laos. Tras el descubrimiento, esa región y los escasos animales fueron sometidos en seguida a una especial protección. Pero entonces se despertó un súbito interés en todo el mundo por el sensacional animal. Científicos, fotógrafos, ecologistas, todos querían ser los primeros en ver, estudiar y fotografiar a un *Pseudoryx* solo en beneficio de la especie, por supuesto, y para garantizar su protección. La investigación de la especie era necesaria, y de ese modo los nativos se dieron cuenta en seguida de que su «cabra montesa» era especial y valiosa. La caza de los animales se incrementó, la cifra de los saolas capturados y muertos iba en continuo aumento. En 1994 llegaron a Hanói algunos animales jóvenes cazados furtivamente y fueron confiscados, pero murieron al cabo de pocos meses porque era extremadamente difícil proporcionarles la alimentación correcta.

«Este hallazgo alienta las esperanzas de todos aquellos que buscan criaturas desconocidas en este mundo que nosotros presumimos de conocer tan bien», afirmó John MacKinnon poco después del inesperado descubrimiento del saola. «En cierto modo estoy seguro de que la frontera de Vietnam y Laos todavía nos deparará más sorpresas». No se engañaba. En abril de 1994 descubrió, de nuevo en el pueblecito de Kim Quang, los restos de otra nueva especie: varias cornamentas parecidas a las del *muntjac* indio, muy extendido por el sureste asiático. Estos pequeños ciervos primitivos poseen astas de 5 a 10 centímetros y colmillos superiores alargados como los del jabalí que, en los combates con sus rivales, utilizan más que los adornos de su cabeza. Las astas que se encontraron eran más del doble de las habituales, medían hasta 20 centímetros. Los análisis genéticos confirmaron que se había

encontrado una nueva y rara especie de ciervo: *Megamuntiacus vuquangensis* , el «muntjac gigante del territorio de Vu-Quang».



Desde 1994 se han descubierto en Vietnam dos especies de muntjac, ciervos primitivos de cornamenta pequeña.*Carlos Velázquez*

Más o menos por la misma época, varios protectores de la naturaleza, entre los que figuraban los ornitólogos Tom Evans y Rob Timmins, investigaban desde hacía meses la variedad de especies de la reserva de Nakai-Nam Theun, en la zona laosiana de la frontera. También ellos habían hallado cornamentas parecidas en los pueblos. Y en una pequeña casa de fieras de la pequeña ciudad de Lak Xao encontraron el ciervo al que pertenecían esos temibles cuernos. Las peculiaridades de ese animal eran evidentes: el muntjac gigante, con una alzada de hasta 75 centímetros y un peso de hasta 55 kilos, era mucho más grande que el muntjac indio, que pesaba unos 30 kilos. Más tarde se puso de manifiesto que en 1899 se había publicado la foto de la cornamenta de un muntjac gigante en una revista científica, aunque no se reconoció su pertenencia a una nueva especie.

En enero de 1995, el parque zoológico de Lak Xao presentó el siguiente descubrimiento: otro ciervo, un nuevo muntjac. Solo que en esta ocasión

era muy pequeño, la mitad que el muntjac indio «normal» y de unos 15 kilos de peso, piel negra y un pequeño casquete de un brillante color naranja entre los cuernos, que apenas alcanzaban el tamaño de la uña de un pulgar. Los nativos llamaban al animal *fan dong* , el «muntjac de los bosques maduros». En 1997 se descubrieron también en el lado vietnamita dieciocho cráneos de ciervos enanos, aunque no animales vivos. Los análisis genéticos confirmaron que se trataba de una nueva especie, el *truong-sonmuntjac* . Los vietnamitas llaman a este animal, que profiere sonidos parecidos a ladridos, *sam soi cacoong* , el «ciervo que vive en lo más profundo de la espesura del bosque».

Pero los descubrimientos no acabaron aquí: en el territorio de Vu-Quang se habían descubierto entretanto cuatro nuevas especies de pez y una tortuga desconocida; el mercado de la ciudad laosiana de Lak Xao reveló ser un yacimiento de más especies: Rob Timmins compró allí dos extrañas pieles de conejo con rayas marrones que le habían traído de las montañas. Esos «conejos cebra» jamás habían sido vistos antes; se asemejaban a una especie que vive a varios miles de kilómetros de distancia, el escaso conejo de Sumatra de orejas cortas.

George Schaller, uno de los apasionados defensores de la naturaleza más conocidos del mundo, que estudió durante mucho tiempo a los gorilas de montaña de Ruanda y a los pandas gigantes de China, se enteró en aquel pueblo de que en los bosques montañosos, además del jabalí conocido en Europa, vivía otra especie de cerdo de hocico largo y color amarillento. ¿Podría tratarse de la especie de cerdo extinguida *Sus bucculentus* del sur de Vietnam? En 1892 el jesuita Pierre Marie Heude había descubierto allí dos cráneos de cerdo y los había calificado de nueva especie. Los científicos jamás habían contemplado un ejemplar vivo. ¿Habría sobrevivido el *Sus bucculentus* en Laos?

Durante una expedición a las montañas, Schaller preguntó en todas partes por el cerdo amarillo: en una choza encontró por fin media cabeza y una pata ahumada encima del hogar, partes del cuerpo que tenían que haber pertenecido a uno de esos animales. Compró ambas, comió la carne y conservó los huesos. La medición de los restos y los análisis genéticos demostraron que el animal era efectivamente el cerdo desaparecido descrito por el jesuita en 1892. Ha reaparecido más de un siglo después, pero ningún científico lo ha visto vivo todavía.

¿Por qué hay tantas especies desconocidas precisamente allí, en esa región fronteriza, en la cadena montañosa de Annam (Vietnam Central)? El aislamiento de esa zona explica por qué los científicos solo la han hollado en contadas ocasiones. También las guerras de las pasadas décadas impidieron la exploración. Pero al mismo tiempo ese lugar parece albergar un mundo perdido en el que, junto a especies muy extendidas como tigres, leopardos, elefantes, osos malayos y osos tibetanos, vive otra serie de especies primitivas que no se encuentran en ningún otro sitio: los saolas, los muntjacs y también una especie de mangosta específica, la «civeta de palmeras de Owston», un animal carnicero de unos 60 centímetros de largo con bandas alternas oscuras

y claras sobre el lomo y una dentadura primitiva, en cierto modo parecida a la de los marsupiales.

Al igual que en el resto de la Tierra, también aquí cambió el clima durante las glaciaciones. Si era más frío y húmedo, los bosques siempre verdes se extendían; si se tornaba más seco y cálido, los bosques disminuían, desaparecían o retrocedían a las faldas de las montañas, por ejemplo a las zonas más altas de Annam, que de ese modo se convirtieron en el último refugio de numerosas especies que vivían en el bosque y no existían en ningún otro lugar. Con sus bosques muy húmedos y escarpados, Vu-Quang se diferencia claramente de las selvas circundantes. «Existen varias pequeñas “bolsas” similares en la Tierra, refugios en los que aún sobreviven animales cuyo tiempo ya ha expirado hace mucho en otros lugares», así explica John MacKinnon la enorme trascendencia de esas regiones vietnamitas y laosianas, en las que especies arcaicas han sobrevivido en aislamiento y han proseguido su evolución: un arca de Noé en la que se ha detenido el tiempo.

Además, en el sur de las montañas de Annam existen indicios de alguna sorpresa más: en 1993 el biólogo alemán Wolfgang Peters descubrió en mercados vietnamitas, sobre todo en el mercado de animales de Saigón, varios cuernos poco comunes. Mostraban una extraña curvatura, casi en forma de lira, similares a los que adornan la cabeza de algunos antílopes africanos, y de hasta 45 centímetros de longitud. Al mismo tiempo, esa cornamenta posee unas acanaladuras muy poco comunes de las que carecen los cuernos africanos. Los nativos, le relataron, llaman al animal *linh duong* , la «cabra montesa». También aparece en la vecina Camboya, donde la denominan *oveja selvática* .

En Alemania, Peters enseñó sus hallazgos a los expertos, pero nadie pudo atribuir los cuernos a un animal conocido. ¿Podrían haber pertenecido quizá a un kouprey, ese misterioso bóvido de la jungla que ya los khmer habían reproducido en sus templos varios centenares de años antes? En 1936, Achille Urbaine, director del zoo de París-Vincennes, había tenido por primera vez entre sus manos en el norte de Camboya cuernos de ese espléndido y oscuro bóvido salvaje de miembros blancos. Pidió al veterinario R. Sauvel que le consiguiera uno de esos animales de ancha cornamenta para su parque zoológico. Un año después Urbaine recibió un toro joven, el único ejemplar de esa especie que se ha visto jamás en un zoo. Bautizó al nuevo bóvido con el nombre de *Bos sauveli* . Hasta hoy no está claro si el kouprey es una especie autónoma, un genuino bóvido salvaje. Con su enorme papada recuerda a los bóvidos domésticos o jorobados asiáticos, los cebúes. ¿Será acaso su forma primitiva? ¿Un mestizo? ¿O un cebú salvaje?

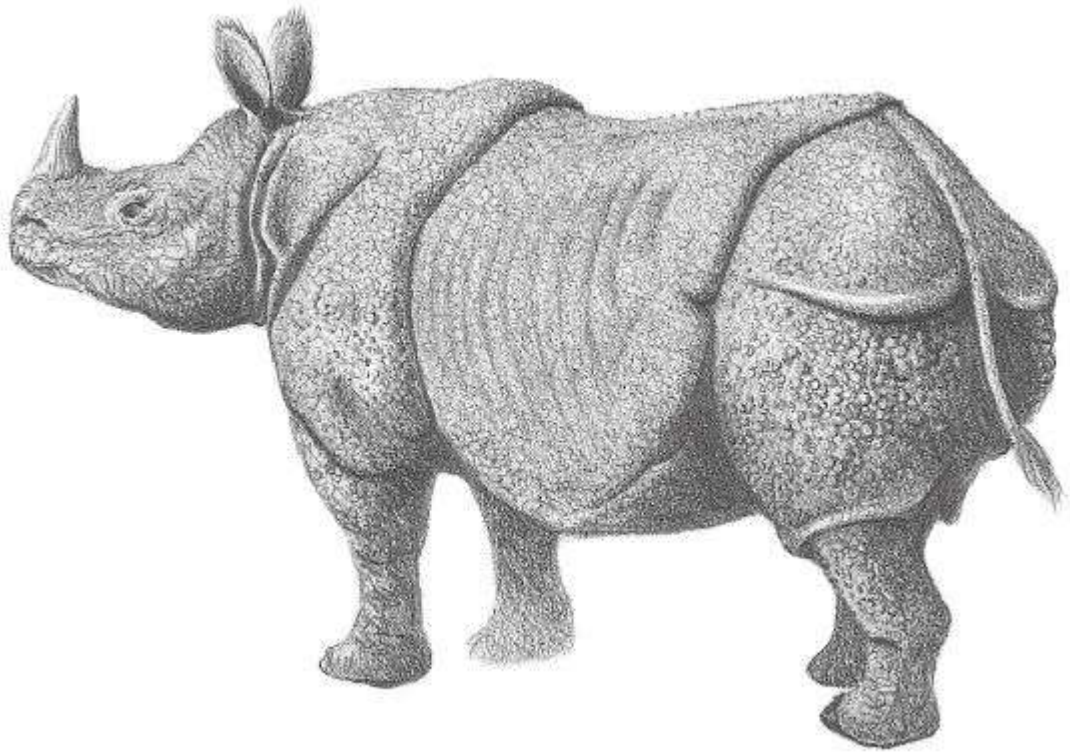
A pesar de que en otro tiempo vivió en Camboya, Laos, Vietnam y Tailandia, el kouprey se ha extinguido. En 1964, el príncipe Sihanouk convirtió al poderoso animal en emblema nacional de Camboya. En 1988 la población se estimaba en unos 300 ejemplares, la mayoría en Camboya, unos pocos en Vietnam. Se desconoce si hoy sobrevive en Indochina, y dónde.

Wolfgang Peters también comparó los cuernos del mercado de Saigón con los de un kouprey: no eran idénticos. Por consiguiente en el triángulo formado por Laos, Camboya y Vietnam no solo podría vivir —o haber vivido— el bóvido salvaje desaparecido, sino otra especie de gran mamífero, pues todos los cuernos descritos por Peters tenían posiblemente décadas de antigüedad. Junto con Alfred Feiler, el experto en mamíferos del Museo Estatal de Ciencia Animal de Dresde, bautizó a esta especie bovina con el nombre de *Pseudonovibos spiralis* . Más tarde, en una tienda de Saigón se adquirió una cabeza tallada en madera que llevaba montados los típicos cuernos de *Pseudonovibos* : una cabeza de cabra. Todavía no está claro si este animal ha sobrevivido o se ha extinguido, y sobre todo de qué animal se trata.

Pero las sorpresas no se acaban aquí: en 1996 obreros forestales contratados por la WWF impidieron que, cerca del parque nacional de Bach-Ma, dos ejemplares de un pájaro desaparecido desde hace más de setenta años —el faisán de Edwards— fuesen a parar a la cazuela de los nativos de un poblado. En 1895 solo se conocían cuatro pieles con plumaje de esa ave extremadamente escasa. En 1923, el ornitólogo francés Jean Delacour trasladó por primera vez 15 ejemplares vivos a París. En las pajareras los bellísimos faisanes cautivos negroazulados se habían reproducido hasta sumar varios centenares, pero en la naturaleza libre habían sido vistos por última vez en 1928. Distintas expediciones tampoco habían logrado encontrar al ave en su patria. De ahí que resultara tanto más asombroso que la gallinácea fuera redescubierta precisamente en un territorio que los americanos habían deforestado casi por completo con el uso de venenos durante la guerra del Vietnam.

¿Es este el aspecto del bóvido salvaje *Pseudonovibos* ? La cornamenta de un animal desconocido que salta en un dibujo chino de 1607 es igual a la de los cuernos que se encontraron en los mercados vietnamitas.Wang Chi y Wang Si Yi, *San Cai Tu Hui* , China, 1607

Pero aunque todavía es fácil imaginar que un faisán pueda escabullirse de esas expediciones de búsqueda, resulta extremadamente asombroso que en un país como Vietnam, casi tan grande como Alemania y menos poblado, pasase desapercibido durante muchos años un animal del tamaño de un rinoceronte: en otros tiempos el monócero rinoceronte de Java, estrechamente emparentado con el rinoceronte indio, estaba muy extendido por el sureste asiático. Al igual que todos los rinocerontes, era sometido a una caza implacable por su cuerno pues, pulverizado, se considera un remedio en la medicina tradicional china, aunque no un afrodisíaco activador de la potencia sexual —esto es un cuento de los occidentales—, sino un medicamento que al parecer posee un gran efecto febrífugo. El *Rhinoceros sondaicus* se consideraba extinguido en todo el sureste asiático, solo en la punta occidental de Java se había logrado mantener una pequeña población de entre 50 y 60 ejemplares de uno de los mamíferos más raros de la Tierra. Así se creyó durante mucho tiempo.



En las selvas de Vietnam se ocultan incluso animales de gran tamaño: los rinocerontes de Java que se creían extinguidos sobrevivieron durante varias décadas sin ser descubiertos.*Carlos Velázquez*

Sin embargo, en 1988 un cazador furtivo disparó en las selvas de Vietnam a un rinoceronte de tierra firme tan solo unos 120 kilómetros al noreste de Saigón, una populosa ciudad de millones de habitantes. Poco después se descubrieron en el parque nacional de Cát-Tiên, situado a lo largo del río Dong-Nai, huellas de los animales que se creía extinguidos —parece que allí sobrevivían de 5 a 8 rinocerontes, de una subespecie diferente a la de los de Java, dicho sea de paso—. En 1999 fue fotografiado por primera vez un animal con trampas fotográficas colocadas por la WWF para obtener más datos sobre los raros paquidermos. Décadas atrás, gracias a una severa protección, se había conseguido salvar en Nepal a la población de rinocerontes, que había quedado reducida a 20 ejemplares; tal vez se consiga lo mismo con los rinocerontes de Java vietnamitas reaparecidos por sorpresa.

Tras el descubrimiento de los saolas, John MacKinnon había declarado: «Este hallazgo alienta la esperanza de todos aquellos que buscan criaturas desconocidas en este mundo que nosotros presumimos de conocer tan bien». ¿Quién sabe qué misterios alberga todavía esa zona del mundo? Del triángulo formado por Camboya, Laos y Vietnam surgen continuos informes sobre «hombres salvajes»; los soldados americanos afirmaron haberse topado allí durante la guerra con seres grandes y peludos.

Indochina quizá nos depare en el futuro alguna sorpresa.

Tras el hallazgo de los primeros restos del neandertal, se concebía a este hombre ancestral como un ser bestial, salvaje y primitivo.*Frantižek Kupka* , 1909

19No estamos solos

Ellos han sobrevivido.

Matt Mattison y Susan Arnot se quedaron sin respiración. Los dos paleoantropólogos americanos viajaban hacia una zona situada entre Afganistán, Tayikistán y China para encontrar a un colega: el catedrático de Harvard Jerome Kellicut, que había desaparecido en la altiplanicie de Pamir. La última comunicación del investigador del hombre primitivo había sido manifiestamente críptica: Kellicut había insinuado que había hecho un descubrimiento de gran envergadura. Pero eso había ocurrido meses atrás y desde entonces no había dado señales de vida. ¿Qué le había sucedido? Cuando el grupo de búsqueda llevaba varios días en Tayikistán, de repente Mattison y Arnot se encontraron cara a cara con *ellos* : una docena de figuras robustas con tórax poderoso y brazos musculosos, de aspecto humano y algo más bajos que el *Homo sapiens* corriente, los cuerpos envueltos en pieles, las piernas en trozos de cuero, y chanclos primitivos en los pies. El mentón huidizo, las anchas narices y los ojos, que parecían estar situados bajo grandes protuberancias óseas, hicieron comprender en el acto a Mattison y Arnot ante quiénes se encontraban, por muy increíble e imposible que se les antojase. En efecto, aquellas criaturas parecían idénticas a las reconstrucciones realizadas a partir de cráneos fósiles. Y vivían en un valle de la cordillera de Pamir muy parecido al bíblico jardín del Edén. No cabía la menor duda: tenían que ser neandertales.

Eso significaba que los seres primitivos que, según la teoría imperante, debían de haberse extinguido hace 27.000 años, desplazados por el hombre moderno que, con su inteligencia, había ganado la «lucha por la existencia», se habían retirado hasta allí, desde donde los neandertales se preparaban para asestar el contragolpe, para tomarse la revancha.

La historia suena a película de Steven Spielberg, a un *Jurassic Park* de la evolución humana. Y a decir verdad el director americano de gran éxito compró los derechos del guion de la novela de ciencia ficción de John Darnton titulada *Neanderthal* , cuya idea directriz es tan simple como fascinante: nuestros «hermanos» de antaño, los neandertales, han sobrevivido. Aunque la historia es pura ficción, el libro se basa en hechos científicos y en los resultados de la investigación desarrollada por los paleoantropólogos en las últimas décadas, que convirtieron a los «forzudos descerebrados de la Edad del Hielo» en seres con sentimientos e inteligencia, y en innumerables testimonios de testigos oculares que afirman haberse topado con criaturas antropomorfas.

Las referencias a la posible supervivencia de los primitivos parientes del *Homo sapiens* proceden de numerosas regiones. Los «hombres salvajes», hombres primitivos, hombres mono u hombres de las nieves parecen extenderse por casi todo el mundo: en el Cáucaso y Mongolia

los llaman *almas* ; en el Himalaya, *yetis* ; en América del Norte *bigfoots; chuchunaas* en Yakutia, *yeren* en China y *yowie* en Australia, aunque en ninguna parte se han descubierto.

Así la altiplanicie de Pamir, en la que se desarrolla la historia de los neandertales de Darnton, con sus inhóspitas cadenas montañosas y valles ocultos situados entre cumbres de 6.000 metros de altura, también es zona de refugio para los homínidos prehistóricos: el general de división soviético Mijail Stefanovich Topilski se topó allí el año 1925 con una de estas criaturas. Su regimiento había perseguido a las tropas bielorrusas que acabaron cobijándose en una cueva de hielo. En el transcurso de los combates el hielo comenzó a resquebrajarse y la entrada de la cueva quedó sepultada. Un ruso blanco superviviente y hecho prisionero refirió más tarde lo que había sucedido dentro de la oquedad: por una grieta habían penetrado de pronto criaturas peludas, de apariencia humana, amenazándolos con palos. El hombre logró salir de la cueva por los pelos, pero antes había abatido de un tiro a uno de esos seres, que acabó sepultado por las masas de nieve.

Silvanos, sátiros, duendes y faunos poblaron antaño las regiones despobladas. El culto actual al *Homo sapiens* los considera, en un sentido muy en consonancia con la época, hombres primitivos.Muston, 1887

Topilski mandó retirar la nieve en el lugar descrito, y en efecto allí yacía «algo» absolutamente desconocido para él. «A la primera ojeada pensé que teníamos ante nosotros el cuerpo de un mono. Estaba completamente cubierto de pelo. Pero yo sabía que en Pamir no hay monos. Además, el cuerpo se parecía más al de una persona». El cadáver masculino medía entre 1,65 y 1,70 metros de altura. Seguramente el individuo había alcanzado ya cierta edad, pues el espeso pelaje marrón griseaba en muchos lugares. Tenía arcos superciliares poderosos, nariz chata y mandíbula inferior voluminosa. Los pies eran mucho más anchos que los de una persona, aunque más cortos. Los soldados estuvieron seguros de que no era un ser humano, y sin embargo el parecido de la criatura con una persona les sorprendió tanto que la enterraron debajo de un montón de piedras.

En 1957, el hidrólogo de Leningrado A. G. Pronin vio en un glaciar de una región despoblada de Pamir una figura baja y corpulenta en la nieve, cubierta de pelos de un gris rojizo. ¿Qué criatura era? Algunos días más tarde desapareció el bote neumático de la expedición, y poco después fue encontrado cinco kilómetros río arriba. ¿Cómo había llegado hasta allí? Alguien tenía que haberlo transportado.

Como llegaban noticias parecidas de muchas regiones de la Unión Soviética, la Academia de Ciencias creó en 1954 una «Comisión del hombre de las nieves» encargada de recopilar y analizar todos los informes sobre esos seres de apariencia humana. Ese mismo año se envió una expedición de científicos a las montañas de Pamir, entre los que figuraba el antropólogo Boris Porschnev, que estaba convencido de que esos «hombres de las nieves» eran en realidad neandertales supervivientes que en otro tiempo podrían haberse extendido hasta esa remota zona. El grupo estaba equipado con tiendas de camuflaje, teleobjetivos y ovejas y cabras como cebos para los humanoides; en el zoológico de Moscú se habían adiestrado expresamente perros pastores para rastrear huellas de antropoides. Sin embargo los hombres regresaron al cabo de nueve meses con las manos vacías. A consecuencia de ello los esfuerzos oficiales soviéticos por hallar los *homínidos vestigiales* , como pronto se denominó con más cautela a los *hombres de las nieves* , se suspendieron poco después, pero los investigadores implicados han proseguido sus investigaciones con enorme seriedad y la mejor voluntad hasta hoy; han recopilado abundante material de avistamientos de personas salvajes en territorios remotos de la antigua Unión Soviética, pero hasta la fecha no han presentado pruebas concluyentes.

¿Qué se ve en esas vastas regiones despobladas? ¿Se ve algo en realidad? A lo mejor los homínidos vestigiales son pura imaginación, producto de observaciones inexplicables, de la fantasía y del conocimiento de leyendas que describen por doquier a seres similares. En efecto, numerosos ciclos culturales refieren narraciones y mitos parecidos: la obra más antigua que se conserva de la literatura narrativa, la epopeya de Gilgamesh, escrita hace aproximadamente 4.000 años en la escritura cuneiforme de Mesopotamia, describe a un

hombre salvaje: Enkidu, un ser velludo, «con todo el cuerpo cubierto de pelos… también come hierba con las gacelas, rivaliza con los animales salvajes para abrevar». Los griegos y romanos conocían a silvanos, sátiros y faunos, y hasta la Biblia encierra pasajes que suenan como si un testigo ocular estuviera describiendo a un homínido vestigial.

Rebeca, la mujer de Isaac —y una de las «matriarcas» del Génesis—, esperaba gemelos y le predijeron: «Dos pueblos llevas en tu vientre, dos tribus se están separando en tu regazo». En el nacimiento, el «primogénito… era rojizo y estaba todo cubierto de pelos igual que una piel». Era Esaú, al que poco después siguió su hermano Jacob, «de piel suave». Esaú era el hombre amante de la naturaleza, que salía a los bosques, «un hombre ducho en la caza». Jacob, por el contrario, era más casero y «se quedaba en las tiendas». El más joven actuaba con más previsión y astucia: cuando Esaú estaba hambriento, Jacob le privó del derecho de primogenitura con una artimaña, a cambio de un plato de lentejas y pan. Y cuando Isaac, el padre, estaba en su lecho de muerte, Jacob, el menor, consiguió con engaños la bendición paterna: se hizo pasar por Esaú extendiendo la piel de un cabritillo sobre su brazo para que el padre, agonizante y casi ciego, lo tomara por el hermano mayor. De ese modo, con artimañas y mentiras junto al lecho de muerte, Jacob obtuvo lo que anhelaba: fortuna y poder. Cuando Esaú regresó de cazar, se enfureció, pero ya no podía reparar lo sucedido. Más tarde, los hermanos se reconciliaron, pero cuando la tierra ya no pudo alimentarlos a ambos, Esaú tuvo que marcharse a las montañas con los suyos.

Es asombroso lo mucho que se parecen numerosos mitos, símbolos y cuentos de los pueblos del mundo, al igual que sucede con los relatos sobre «hombres salvajes» peludos. El psicoanalista Carl Gustav Jung explica esas leyendas comunes recurriendo al *inconsciente colectivo* , que almacena arquetipos de la protohistoria de la humanidad; el etnólogo francés Claude Lévi-Strauss, por el contrario, opina que tales historias se transmitieron de boca en boca a través de las distintas generaciones y culturas. Las preguntas básicas del ser humano (¿Quién soy? ¿De dónde vengo?) revelan la capacidad de fascinación de esas historias, ya sean leyendas de la Biblia, sagas antiguas, relatos sobre hombres salvajes o conocimientos de la moderna paleoantropología. El ansia del ser humano por conocerse a sí mismo anima a la investigación y, al mismo tiempo, exige la narración histórica para escudriñar el propio origen y aumentar los conocimientos sobre nosotros mismos. Según una posible interpretación, un mito como el de Esaú y Jacob quizás denote también una especie de «remordimientos de conciencia», una culpa primitiva de la humanidad frente a los «hermanos» mayores, expulsados y desposeídos.

Al menos eso cabría pensar al leer el Antiguo Testamento parangonándolo con los acontecimientos de la evolución humana: entonces Esaú, el velludo hermano mayor, simbolizaría un tipo humano más antiguo, más cercano al origen. El conflicto de ambos, en el que el desnudo y más joven Jacob, superior en inteligencia, triunfa sobre el

primogénito más fuerte, podría entenderse como símbolo del encuentro de tipos humanos de diferentes estadios evolutivos, en el que el más evolucionado intelectualmente vence sin violencia y el perdedor se ve obligado a ceder.

La narración sobre los dos hermanos también resulta de lo más asombrosa porque precisamente en la tierra bíblica, la actual Israel, se encontraron por primera vez dos tipos humanos que coexistieron durante 50.000 años: los neandertales y el moderno *Homo sapiens* . El hombre moderno llegó hace unos 100.000 años de África, donde había surgido; el neandertal vivía en el Cercano Oriente en la frontera sudoriental de su hábitat. Hallazgos fósiles en el monte Carmelo demuestran que por aquel entonces los dos «hermanos» vivieron en la misma región hasta que los neandertales desaparecieron hace aproximadamente 45.000 años.

Frente a las tempranas representaciones de ese hombre primitivo y la opinión imperante, los neandertales no eran primitivos «simplones de la Edad del Hielo», ni tipos toscos y palurdos; además de hábiles cazadores capaces de cobrar piezas incluso del tamaño de un bisonte europeo con venablos de madera, eran inteligentes y sensibles, se ocupaban de sus enfermos y seguramente albergaban ideas religiosas, pues enterraban a sus muertos. En la cueva de Shanidar, emplazada en el actual Irak, fueron enterrados juntos cuatro neandertales: un hombre, dos mujeres y un niño. A su alrededor se encontraron granos de polen, en demasiada cantidad para que el viento los hubiese arrastrado hasta allí por casualidad: los supervivientes del grupo debían de adornar con flores a sus muertos. Seguramente los neandertales ya sabían hablar, aunque desde la óptica actual su lengua sonase muy áspera, y conocían la música. Así permiten deducirlo al menos los agujeros taladrados en el fémur de un oso de las cavernas descubierto en una cueva eslovena; algunos paleoantropólogos lo consideran una flauta primitiva.

Si un neandertal afeitado y bien trajeado montara en el metro, las diferencias anatómicas con el hombre moderno apenas llamarían la atención. Los hombres primitivos eran, por término medio, 10 centímetros más bajos que el actual *Homo sapiens* : alcanzaban hasta 1,60 metros de estatura y pesaban hasta 90 kilos. Una constitución musculosa, los huesos grandes, los poderosos arcos superciliares y el mentón huidizo le diferencian del hombre moderno. Su capacidad craneal acaso superase incluso a la del hombre actual. Con su ancha nariz, que calentaba el aire helado antes de inspirarlo, y su constitución vigorosa, robusta, estaba bien equipado para la dura vida en las regiones frías: el neandertal fue un hijo de las épocas glaciares y vivió sobre todo en Europa y en el Cercano Oriente.

¿Qué sucedería cuando los dos tipos se encontraron por primera vez en Israel? ¿Cómo se relacionarían entre sí? ¿Se producirían combates armados, atrocidades y guerras? Los hallazgos fósiles apuntan lo contrario: parece como si los dos «hermanos» desiguales hubieran coexistido en paz durante mucho tiempo. Hace unos 100.000 años, el

clima en el Cercano Oriente era muy templado, en los bosques mediterráneos se cazaban uros, ciervos, gacelas y jabalíes. Las condiciones de vida eran favorables para ambos tipos humanos, pero poco a poco irían acumulándose las desventajas corporales del neandertal. Su fuerza superior también implicaba debilidad pues una mayor musculatura requiere asimismo mayor aporte de energía; con una alimentación cada vez más escasa era difícil saciarse. Los humanos modernos eran más hábiles en la fabricación de herramientas. También los neandertales sabían confeccionarlas, pero la articulación anterior de su pulgar era claramente más larga y dificultaba esa tarea. Seguramente ellos vagarían casi siempre en grupos y pasarían gran parte de su tiempo cazando. Los hombres modernos, gracias a sus aptitudes intelectuales, no solo disponían de más comida, sino también de tiempo libre para embellecerse y dedicarse al arte. Su superioridad se manifestaba asimismo en una esperanza de vida más elevada: mientras que los neandertales solían fallecer en la veintena o en la treintena, nuestros antepasados directos vivían, por lo general, más de cuarenta años, de forma que sus grupos se beneficiaban de las experiencias vitales de los miembros de más edad. Los cálculos han dado como resultado que estos hechos pueden haber sido la causa de que el tipo humano más primitivo se extinguiera sin necesidad de recibir un cachiporrazo de otros.

La coexistencia entre las dos formas humanas en el monte Carmelo queda hasta ahora en el ámbito de la especulación; existen indicios fósiles en la región de que ambos tipos muy bien podrían haberse mezclado. Hoy se sigue discutiendo si el neandertal es una especie propia, el *Homo neanderthalensis* , o una subespecie del «hombre inteligente», un *Homo sapiens neanderthalensis* . Sin embargo, ningún investigador puede averiguar a partir de dos viejos trozos de hueso si sus antiguos propietarios lograron aparearse con éxito entre sí, un acto que, según la definición biológica de especie, solamente efectúan los miembros de la misma especie. No obstante, una cosa es segura: los neandertales no son nuestros antepasados directos, a lo sumo nuestra herencia albergará unos pocos de sus genes. Estos hombres primitivos pertenecen a una rama del árbol genealógico humano que no llegó hasta nosotros, los hombres modernos, sino que concluyó hace 27.000 años. De esa época datan al menos los más recientes hallazgos fósiles de neandertales en su última zona de refugio situada en la actual España.

Sin embargo, los relatos sobre hombres salvajes hacen dudar a algunos de que los neandertales u otros hombres primitivos se hayan extinguido definitivamente. Y a partir de historias tan increíbles se entrelazan sin cesar lo grotesco y lo oscuro, la investigación seria y la «charlatanería» corren casi parejas, las fronteras pueden ser difusas, como en los acontecimientos referidos al misterioso hombre de hielo de Minnesota, uno de los casos más polémicos de la criptozoología.

En 1968 Frank Hansen exhibió en las ferias del estado norteamericano de Minnesota por 35 centavos de entrada el cadáver de un hombre-

monstruo peludo de 1,80 metros de altura, que yacía congelado en un sarcófago de hielo. En esas ocasiones, Hansen contaba que unos pescadores —a veces rusos, otras, japoneses— habían pescado a la criatura en un bloque de hielo en el mar oriental de Siberia; en otros momentos decía haber recibido al hombre de hielo directamente de un comerciante de Hong Kong. Hansen aseguraba que la criatura no era propiedad suya, sino que pertenecía a un millonario del petróleo americano que deseaba guardar el anonimato. Por la razón que fuera, el caso es que el rico desconocido había puesto el hombre de hielo a disposición de Hansen. Una historia muy rara.

El escritor Ivan Sanderson y el zoólogo belga Bernard Heuvelmans, el «padre de la criptozoología», oyeron hablar del ser del hielo y durante tres días pudieron investigar con Hansen la criatura, fotografiarla y dibujarla, aunque solo a través del hielo. Hansen no permitió radiografías. El rostro y el bajo vientre del hombre de hielo estaban desprovistos de pelo, pero el resto del cuerpo estaba cubierto de una espesa capa. Sanderson y Heuvelmans estuvieron seguros de que era un primate desconocido y opinaron que solo podía proceder del Lejano Oriente.

¿Era el hombre de hielo de Minnesota, que fue exhibido por las ferias de Norteamérica congelado en un bloque de hielo, un neandertal superviviente de Vietnam?© *Fortean Picture Library*

En 1969, Heuvelmans describió al ser en una revista científica belga como *Homo pongoides* , «hombre con apariencia de antropoide». Los científicos de la Smithsonian Institution de Washington se interesaron por la criatura y se dirigieron a Hansen. Pero como Heuvelmans había mencionado en su artículo la herida de bala en un ojo, a Hansen, temiendo las investigaciones policiales, le asaltó el pánico y desapareció con el cadáver. Más tarde declaró que el cuerpo estaba de nuevo en poder del desconocido millonario. En la Smithsonian Institution el escepticismo aumentó rápidamente y se olvidaron del hombre de hielo. Surgieron nuevas y abstrusas teorías sobre su origen. De repente, Hansen declaró que lo había abatido personalmente en los bosques de Minnesota. Más tarde, una niña contó que ella había matado de un tiro a la criatura por intentar violarla. Luego, Hansen reconoció que el

hombre de hielo solo había sido un modelo que él mismo había mandado fabricar. El *Homo pongoides* había degenerado definitivamente dejando de ser una atracción de feria para convertirse en motivo de risa.

Heuvelmans, sin embargo, siguió convencido de la autenticidad de «su» hombre primitivo, incluso cuando los periódicos sensacionalistas comenzaron a burlarse del caso. Él lo consideraba «la culminación de su carrera» y, basándose en fotografías, comprobó que el hombre de hielo con el que Hansen recorrió los Estados Unidos durante los años posteriores tenía un aspecto diferente al que Heuvelmans había fotografiado en su día. Sospechaba que Hansen debía de haberlo cambiado.

Con el paso del tiempo, Heuvelmans llegó a creer incluso que el hombre de hielo era un neandertal superviviente, y ofrecía datos más exactos sobre su procedencia, pues Hansen había declarado que había visto por primera vez el cadáver enrollado en una envoltura de plástico. Por entonces los restos de los soldados caídos en Vietnam se devolvían a América en envoltorios de ese tipo. Hansen también había servido en Vietnam, y Heuvelmans creía que, gracias a sus antiguas relaciones, se había hecho con la propiedad del cadáver, que fue trasladado a América de contrabando desde Vietnam. Hansen había inventado su historia para encubrir el origen del hombre de hielo, pues en Estados Unidos se introducían drogas de contrabando procedentes de la misma región. Una explicación arriesgada, pero precisa, para una historia increíble, confusa y abstrusa. Pero ¿por qué increíble? Hasta en pleno Manhattan se descubren hombres primitivos de varios centenares de miles de años de antigüedad: en septiembre de 1999 se encontró en una tienda que vende rarezas biológicas el cráneo de un *Homo erectus* , valorado en el mercado en más de 500.000 dólares. Un misterioso coleccionista había remitido allí los antiquísimos restos, y con el paso del tiempo los científicos han comprobado que el cráneo tiene que proceder de Indonesia.

Con su intento de explicación, Heuvelmans describe un hábil quiebro, pues de Vietnam proceden reiterados relatos sobre homínidos que viven en regiones remotas denominados *nguoi rung* , «hombres del bosque». También algunos soldados americanos declararon que, durante la guerra de Vietnam, se habían topado con seres peludos antropomorfos; algunos pretendían incluso haber abatido a grandes monos en la selva durante una cacería de tigres. Pero estos animales no existen en Vietnam.

Todos esos relatos proceden precisamente de una región situada entre Vietnam, Laos y Camboya. En 1974, los avistamientos fueron tan frecuentes que el general norvietnamita Hoàng Minh Thao exigió una investigación científica de dicha región. Durante una expedición varios arqueólogos de Hanói penetraron en ese territorio, por entonces peligroso, y regresaron con unos elefantes para el circo.

Helmut Loofs-Wissowa, investigador de Asia de la Australian National University, ha investigado exhaustivamente al «hombre del bosque» vietnamita. Preguntó a muchos habitantes de las regiones en las que acontecieron esos avistamientos y que, debido a la proximidad de la frontera entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, los americanos habían deforestado casi por completo con venenos. Los nativos contaron que esos seres habían desaparecido desde principios de los años setenta. En opinión de Loofs-Wissowa, o bien perecieron en los disturbios bélicos o se han recluido en las montañas más inaccesibles. Por lo visto, las criaturas medían alrededor de 1,80 metros de altura, tenían piel roja grisácea y nariz chata. Los habitantes más ancianos de los pueblos aún recordaban bien a esos seres y referían auténticas historias de terror: cuando los hombres salvajes contaban con mayoría, atacaban a personas solitarias en el bosque, se las llevaban a sus cuevas y allí se las comían. En 1982, cerca de la frontera de Camboya, se encontraron huellas de pisadas parecidas a las humanas, de unos 28 centímetros de longitud y 16 centímetros de anchura, es decir, más anchas que un pie humano. Llama la atención que se describan seres diferentes, unos más pequeños y otros de hasta tres metros de altura, de color gris rojizo, pardos y de pelo negro. ¿Vivirán allí no una sino varias formas desconocidas de primate? ¿O tal vez orangutanes continentales que poblaron realmente Vietnam hace muchos miles de años? ¿O el mayor mono de todos los tiempos, el *Gigantopithecus* ? ¿O quizás hombres primitivos? Tras los numerosos y sorprendentes descubrimientos efectuados en Vietnam durante los años pasados, de repente parece que allí existen grandes posibilidades.

La imagen del neandertal ha cambiado. El antiguo «descerebrado de la Edad del Hielo» se convirtió en un forzudo con corazón y cerebro. ¿Qué ocurriría si hubiese sobrevivido hasta nuestros días?*Carlos Velázquez*

Una hipótesis fascinante. Pero si algún día llegara a descubrirse realmente un ser vivo antropomorfo oculto, para algunos supondría una experiencia muy desconcertante y monstruosa. Porque entonces saldría a la luz la verdadera situación de la unicidad del *Homo sapiens* . Según los conocimientos actuales, en el curso de la filogénesis humana podría haber habido hasta 20 especies de homínidos. De hecho, hace unos 2 millones de años al menos 3 especies prehumanas y humanas primitivas, tal vez incluso 6, poblaban el continente africano. En la época geológica más reciente, visto desde la perspectiva evolutiva hace un instante, coexistían 3 tipos humanos: el *Homo sapiens* , el neandertal y hasta hace unos 40.000 años también el *Homo erectus* . La situación actual que nos parece tan obvia —el moderno *Homo sapiens* es el único tipo

humano del mundo— constituye la gran excepción en una historia de la humanidad que dura ya 5 millones de años.

¿Qué sucedería, pues, si no estuviéramos solos, si ellos hubieran sobrevivido de verdad? ¿Cómo los acogeríamos? ¿Que haríamos con ellos? ¿Llevarlos al zoológico o a la escuela?

The mystery continues .

20La lista del siglo

He aquí los «grandes» descubrimientos y los hallazgos de especies animales más espectaculares durante el siglo XX:

1900 Descubrimiento del rinoceronte blanco del norte, una subespecie del tercer animal terrestre más grande del mundo, el *Ceratotherium simum cottoni* : hasta ahora solo se conocía el rinoceronte blanco de África del Sur, que por aquellas fechas había sido casi exterminado. Ahora también se encontraron grandes manadas de este paquidermo en Sudán, Uganda y en la actual República Popular del Congo, antes Zaire. Hoy sucede justo lo contrario: los rinocerontes blancos del sur han aumentado hasta unos 6.000 ejemplares gracias a la buena protección; los del norte han sido casi exterminados por los cazadores furtivos; en el parque nacional Garamba del Congo quedarán ya menos de 30 ejemplares.

1901 Sir Harry Johnston, gobernador de Uganda, recibió una piel y dos cráneos de un animal cuyas huellas seguía desde hacía tiempo. Desde 1890 llegaban noticias de un «burro de la selva virgen» del Congo. Johnston sospechaba que se trataba de una cebra selvática. Pero ahora reconoció en el okapi una jirafa de la selva de piel marrón y afelpada, orejas parecidas a las del burro y rayas de cebra en las patas y en la grupa.

1902 Oscar von Beringe disparó a uno de los «monstruos parecidos a monos» cuyos primeros informes, que se remontaban al año 1860, procedían de las montañas Virunga en Ruanda. Paul Matschie, director del museo de Berlín, describió al ser como una nueva subespecie del gorila: *Gorilla gorilla beringei* o «gorila de montaña».

1904 El alférez Richard Meinertzhagen vio por primera vez en el monte Kenya un jabalí abatido por los nativos, el cerdo más grande del mundo. Solo el cráneo puede llegar a medir casi un metro de largo. De su boca nacen fuertes colmillos; bajo los ojos tiene gruesos abultamientos faciales.

Se describe una nueva especie a partir de la piel negra de un pequeño monito brasileño, el tamarino saltador.

1905 Se describe científicamente la foca monje de Hawái, última especie conocida de foca. Antes era muy abundante, hoy es una de las focas más amenazadas de la Tierra.

1906 Descubrimiento en Nueva Guinea de la mayor mariposa del mundo: la *Ornithoptera alexandrae* alcanza una envergadura de casi 30 centímetros. Como suele vivir a una altura entre los 20 y los 30 metros,

el primer ejemplar de esta especie no fue capturado con red, como es habitual en los lepidópteros, sino abatido de un disparo certero.

George Boulender describió la rana más grande del mundo, la rana Goliath de África Occidental, que tiene una alzada superior a los 30 centímetros y puede llegar a pesar casi 4 kilos, igual que un gato gordo.

Basándose en dos largas plumas, muy atractivas, halladas en Formosa, la actual Taiwan, se describió uno de los faisanes más hermosos del mundo, el faisán Mikado, de color azul acero oscuro.

1907 Descubrimiento de otro monito araña al noroeste de Brasil, el tamarino emperador, llamado así por los largos bigotes blancos, que recordaban a los del káiser alemán Guillermo II. Al disecarlo, los primeros taxidermistas se atuvieron demasiado al modelo del monarca alemán y retorcían los bigotes de los monitos hacia arriba, cuando en realidad sus bigotes crecen hacia abajo.

1908 Ballenóptero *Mesoplodon bowdoini* (cap. 10).

1910 El zoólogo Richard Lydekker recibió el cráneo de un antílope con cuernos en espiral procedente de las tierras altas de Etiopía, la rara nyala de montaña tiene sus parientes más próximos en Sudáfrica.

En Célebes se descubrió la especie bovina más pequeña del mundo, el anoa de montaña, un pequeño búfalo de piel espesa y una alzada de apenas 80 centímetros.

1911 Se descubre en Bali un bonito pájaro blanco como la nieve, cola amarilla y un anillo azul brillante alrededor de los ojos: el mainá de Bali. Rápidamente se convirtió en un pájaro de jaula muy apreciado, por lo que casi fue exterminado. Hoy el mainá de Bali se reproduce muy bien en cautividad, la conservación de la especie hemos de agradecerla, sobre todo, al Jersey Wildlife Preservation Trust.

El naturalista Hans Schomburgk se topó por vez primera en Liberia con un hipopótamo enano, pero no pudo capturarlo, y tampoco quiso matarlo. Del «mini hipopótamo» se conocían cráneos desde hacía tiempo: había sido descrito científicamente por primera vez en 1849. En 1870 incluso se pudo contemplar en Dublín un ejemplar. Pero durante mucho tiempo se discutió si esos animales eran realmente una especie autónoma o simples hipopótamos «normales» enanos. En 1913, Schomburgk capturó cinco hipopótamos enanos por encargo de Hagenbeck, un comerciante de animales hamburgués, los llevó al Elba, y desde entonces ya no hubo la menor duda de que el hipopótamo enano era una especie.

1912 Un dragón de Komodo es abatido de un tiro por vez primera y la ciencia accede a él. Con ello quedó demostrada al fin la existencia de aquellos legendarios «cocodrilos terrestres» de los que los nativos informaban desde hacía mucho tiempo. Los mayores dragones de

Komodo cazados medían más de 3,5 metros, una longitud solo inferior al dragón de Papúa (Nueva Guinea), más esbelto y que puede superar los 4 metros.

1913 Ballenóptero de True, *Mesoplodon truei* (cap. 10).

1916 La ciencia occidental descubre al delfín lacustre chino o baiji. Desde el 200 a. C. en la poesía y en las leyendas chinas este cetáceo de agua dulce casi ciego es la reencarnación de una princesa ahogada. Seguramente ahora ya únicamente quedarán menos de 300 baijis en las turbias aguas del Yangtse y sus afluentes.

1923 Se redescubre el faisán de Edwards (cap. 18).

1926 Ballenóptero del Pacífico *Mesoplodon pacificus* (cap. 10).

1929 En un museo belga se descubre un nuevo antropoide, el bonobo, que antes también solía denominarse *chimpancé enano* . Los esqueletos y pieles eran muy distintos de los de los chimpancés habituales, algo más bajos y delgados. En 1933, el bonobo obtuvo definitivamente el estatus de especie autónoma. Hoy, es un apreciado objeto de estudio de los etólogos, sobre todo por su conducta sexual «libertina», en la que es posible prácticamente todo.

1930 La ciencia conoce la existencia del mayor pez de agua dulce del mundo, el siluro gigante chino. Este vegetariano de 2,50 metros de largo es hoy muy escaso por haber sido esquilmado por los pescadores.

Se redescubre el hámster dorado. Este roedor había sido descrito por primera vez en 1839 basándose en una piel procedente de los alrededores de la ciudad siria de Aleppo. En 1879 llegaron a Europa ejemplares vivos de esta especie, a partir de los cuales se criaron en Inglaterra hámsters dorados durante más de treinta años hasta que se extinguieron en cautividad. En 1930 se consiguió, de nuevo en Aleppo, capturar un hámster con once crías. De esta familia descienden casi todos los animales domésticos que viven en cautividad.

1936 James Chapin efectúa en un museo belga el descubrimiento ornitológico acaso más importante del siglo: dos ejemplares disecados del pavo real del Congo, a los que hasta entonces no se había prestado mayor atención. Este hallazgo fue asombroso porque no se conocían pavos reales africanos; las demás especies proceden del sureste asiático.

El kouprey (cap. 18).

1938 El celacántido *Latimeria chalumnae* (cap. 14).

1948 Se redescubre el takahe (cap. 11).

1951 Se descubre en Colombia el sapo Blomberg, el mayor del mundo, que puede alcanzar los 25 centímetros de longitud y más de un kilo de peso.

1952 Una expedición danesa saca de una profundidad marina superior a los 4.000 metros un animal al que los profanos en zoología apenas prestarían atención, pero que entre los expertos causó sensación: la *Neopilina* es un molusco especial, un fósil viviente del grupo de los *Monoplacophora* o lapas, que se creía extinguido desde hacía más de 350 millones de años, un pariente muy primitivo de lamelibranquios, caracoles y cefalópodos.

1956 Delfín de Fraser, *Lagenodelphis hosei* (cap. 10).

1958 Vaquita o cochito, uno de los cetáceos más pequeños y escasos del mundo (cap. 10).

Ballenóptero japonés, *Mesoplodon ginkodens* (cap. 10).

1963 Ballenóptero de Hubbs, *Mesoplodon carlhubbsi* (cap. 10).

1965 Se descubre en la isla japonesa de Iriomote un nuevo gato, pequeño y moteado: el gato de Iriomote. Algunos lo consideran también una subespecie del gato de Bengala.

1966 Calderón menor, *Peponocephala electra* (cap. 10).

Se redescubre en la isla de Kawau (Nueva Zelanda) el pequeño canguro Parma, donde había sido abandonado por los colonos hacia 1870. Hasta entonces la bonita especie parecía haberse extinguido en el continente australiano, pero se redescubrió en 1972.

1971 Se redescubre en Assam el jabalí enano. Esta especie de jabalí, la más pequeña existente, estaba en paradero desconocido desde finales de los años cincuenta. Con el paso de los años, se han emprendido programas de reproducción in situ de forma que el futuro de la especie es mucho más halagüeño.

1973 Ranas que incuban en el estómago (cap. 13).

1974 Se descubre que el pecarí del Chaco vive todavía. Antes, la especie más grande de los pecaríes sudamericanos solo se conocía por fósiles; se creía que se había extinguido en las glaciaciones.

1976 Tiburón boquiancho gigante (cap. 10).

1978 Descubrimiento del marsupial potoroo, una pequeña especie de canguro y al mismo tiempo la mayor de las ratas canguro.

1980 Sapo partero de Mallorca (cap. 13).

1985 El zoólogo Colin Groves se apercibe de que unas raras pieles de gacela recogidas en 1950 en el norte del Yemen tenían que ser adscritas a una nueva especie, la *Gazella arabica bilkis* . Poco después se descubrieron animales vivos en colecciones privadas de animales en Qatar.

Wolfgang Böhme, del Museo Alexander Koenig de Bonn, «casi se queda boquiabierto en el sillón» al descubrir una nueva especie de varano, expresión que hay que tomar al pie de la letra pues el experto en reptiles vio la nueva especie en un documental televisivo sobre el Yemen. «Y allí no se conocían los varanos». Un año después se capturaron los primeros animales, que en 1987 fueron bautizados con el nombre científico de *Varanus yemenensis* o varano del Yemen.

1986 Bernhard Meier, de la Ruhr-Universität de Bochum, descubre el lémur dorado del bambú, una nueva especie de lemúridos de Madagascar.

1987 Canguro arborícola negro o tenkile (cap. 4).

1988 Ballenóptero de pequeño tamaño, *Mesoplodon peruvianus* (cap. 10).

Rinoceronte de Java, *Rhinoceros sondaicus annamiticus* , redescubierto en Vietnam (cap. 18).

Se redescubre el águila culebrera de Madagascar, vista por última vez en 1930, año desde el que se consideraba extinguida.

1989 Se describe por primera vez el sifaca coronado de Madagascar. El bonito lemúrido de pelaje corto blanco y «corona» dorada en la cabeza había sido visto por primera vez en 1974, aunque no se lo reconocía como una especie propia.

Se redescubre una especie de tuátara, el *Tuatara guntheri* (cap. 7).

1990 Monito león de cabeza negra (cap. 16).

Redescubrimiento del papagayo nocturno australiano (cap. 6).

1991 Basándose en cráneos, se descubre en África una segunda especie de facóqueros: el facóquero del desierto de Etiopía, que antaño también vivió en África del Sur.

1992 Saola o bóvido de Vu-Quang (cap. 18).

Titís *Callithrix nigriceps* y mono capuchino *Cebus Caapori* (cap. 16).

1993 Análisis genéticos efectuados a la pequeña y «peluda» ave nacional de Nueva Zelanda, de pico largo, revelaron lo que ya sospechaban hacía mucho los naturalistas: que los pájaros adscritos al kiwi pardo pertenecen en realidad a dos especies muy parecidas. Tres poblaciones, dos en la isla sur y otra en la pequeña y más meridional isla Stewart, figuran ahora dentro de la nueva especie *Apteryx australis* , el tokoeka.

Descripción de otro animal de Vietnam, parecido a un toro: *Pseudonovibos spiralis* (cap. 18).

1994 Otro canguro arborícola: el dingiso (cap. 4).

El muntjac gigante (cap. 18).

1995 Se reencuentra en Laos un cerdo de Vietnam: *Sus bucculentus* (cap. 18).

1996 Titís *Callithrix humilis* (cap. 16).

Se encuentra en Vietnam por segunda vez en el siglo XX el faisán de Edwards (cap. 18).

1997 *Trung-son-muntjac* (cap. 18).

Se redescubren dos especies de tortugas gigantes de las Seychelles que se creía extinguidas (cap. 7).

Se redescubre el mochuelo de Blewitt (cap. 6).

El biólogo alemán Friedrich Wilhelmi redescubre en Etiopía el dibatag, que llevaba más de veinte años sin dar señales de vida. Este antílope, de una gracilidad infrecuente, se parece a las también elegantes gacelas jirafa.

Ballenóptero *Mesoplodon bahamondi* (cap. 10).

Se redescubre el tiburón de agua dulce de Borneo, pues no solo en los mares hay tiburones. Hace más de cien años se capturó en un río del norte de Borneo un pequeño tiburón, *Glyphis Species B* , solo conocido por los expertos. Dos biólogos de la IUCN capturaron varios ejemplares, los fotografiaron y devolvieron luego los animales al río.

1998 Celacántido de Célebes, *Latimeria menadoensis* (cap. 14).

1999 El biólogo marino Joseph Eastman descubre nada menos que cuatro nuevas especies de peces en las gélidas aguas del continente más desconocido, la Antártida. Las cuatro especies pertenecen a los *Nototheniidae* , o «peces antárticos». Este grupo desciende de peces sin

vejiga natatoria que viven en el suelo y aquí ha ocupado muchos nichos que en otros mares habitan otras especies.

La ciencia hace un descubrimiento verdaderamente grande en el mundo de los microbios diminutos: *Thiomargarita namibiensis* , sulfobacteria de Namibia, se conoce como la mayor bacteria viviente de la Tierra, que fue observada por primera vez dos años antes por la bióloga marina alemana Heide Schulz. La sulfobacteria, casi cien veces más grande que la mayor bacteria conocida hasta entonces, puede verse a simple vista: tiene el tamaño aproximado del punto con el que concluye esta frase.

Agradecimientos

Mi más cordial agradecimiento a Gabriele Ammermann, Volker Arzt, Michael Bohl, Ernst-Felix Gersmeyer, Jane Goodall, Julia Kühn, Martin Meister, Winand von Petersdorff-Campen, Jörn Röver, Marcus Schade y Heidi Stifel.

Lothar Frenz

octubre 1999

Notas

[1] Se refiere a la Sistemática, ciencia de la clasificación de las especies y, también, la clasificación en sí misma. *(N. de la T.)* . <<